Jesús Gordillo & Javier Martos

Índice

Prólogo
Parte 1. 1930. Un truco de verdad
1
2
3
4
5
6
7
Parte 2. Los peldaños falsos de la juventud.
1
2
3
4
5
6
7
8
Parte 3. 1942-1945. Europa: guerra o circo.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Parte 4. 1952. Encuentros y reencuentros
1
2
3
4
5

6
7
8
9
10
Parte 5. 1954-1956. Animales de circo.
Louisa
1
2
3
4
Bento
1
2
3
4
Andrei Diranov
1
Kisho Hanzo
1
2
3
4
Trisha Parker
1
2
3
Jimmy Floyd
1
Parte 6.1955-1961. Horrible e impresionante.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

13
Parte 7. 1962. Una frontera hecha de madera.
1
2
3
4
5
6
7
Epílogo
Agradecimientos

OJOS DE CIRCO

Javier Martos y Jesús Gordillo

Más libros en www.tyrannosaurus.es

A Marina, la tinta de cada una de mis letras
J.G.

A Beatriz y Yolanda
J.M.

Prólogo

1962. Un vistazo al futuro

El cielo estaba gris como el mar en invierno. El viento agredía con una fuerza inusitada, amenazando con arrasarlo todo como una escoba barre las hojas secas en la entrada de una iglesia. La lluvia no caía sino que parecía lanzada en unas ráfagas tan violentas que dificultaban la visión.

El agente del FBI se apostó detrás de su vehículo y echó un vistazo por encima del techo. El agua le caló rápidamente la tela de su abrigo y notó que empezaba a pesarle bastante. El tiempo seguía empeorando, de modo que se veía obligado a acelerar la operación y decretar una intervención relámpago, aunque eso implicaría muchas bajas.

En realidad no le importaba en absoluto.

Un trueno rugió sobre su cabeza, como si al cielo le molestara lo que acababa de pensar.

Miró hacia arriba unos segundos y por un momento pensó que aquella masa de nubes estaba empeñada en tragárselos como una bestia enloquecida se come a sus crías. Se preguntó qué sentiría al salir disparado por los aires y acabar empotrado en las ramas de un árbol o en el tejado de una casa. Desechó la idea. Eso no iba a pasar aquel día, sobre todo tratándose de un día que llevaba esperando desde hacía tanto tiempo.

Escudriñó ambos lados y comprobó que los federales —unos borrones oscuros bajo la lluvia— habían tomado sus puestos con presteza, fusiles en mano y seguros quitados. Aguardando nuevas órdenes y visiblemente ansiosos por entrar en acción. La lluvia no parecía importunarles. De hecho, le profería un halo místico a la situación.

El perímetro estaba cubierto y los barracones donde dormía la mayor parte de los empleados habían sido rodeados. Algo alejados de la casa principal, los establos ya eran suyos, asaltados rápidamente por un primer grupo de avanzadilla: aquella parte de la operación había resultado impecable.

Las luces azules y rojas restallaban encima de los vehículos oficiales y los faros delanteros luchaban por abrirse camino bajo el aguacero.

—¿No deberíamos apagar las luces? —dijo uno de los agentes que se había acercado para entregarle un *walkie talkie*.

—En absoluto —Patrick Walker parecía desafiante—. Quiero que

sepan que ya estamos aquí. Que no tienen escapatoria.

El joven federal asintió y volvió a su posición.

Walker miró hacia delante y vio la casa principal de la granja a medio centenar de metros. Detectó movimiento en las ventanas, aunque no había nadie en el exterior. Si hubieran llegado un rato antes, se habrían topado con el ruso, sentado en su sillita de playa allí en medio de la nada, oteando un horizonte que carecía de interés, pero tan concentrado que incomodaría hasta a los muertos.

Lo hubiera reconocido de inmediato. A cualquiera de ellos, claro. El agente Walker se sabía de memoria cada palabra de los expedientes de todos los criminales reunidos en aquella granja. Sabía hasta el más mínimo detalle de sus vidas pasadas, y, sobre todo, lo que serían sus vidas futuras. Una celda. Y después, la muerte. Él se encargaría de eso.

Estimaba que en el interior de todas las construcciones debía de haber un máximo de cuarenta personas en total, contando con los rehenes, por supuesto, de modo que los federales los superaban tres a uno; eso si es que llegaban a verse inmersos en un enfrentamiento directo a campo abierto. En cuanto a las armas, quizá sí que estuviesen empatados. Pero el FBI estaba de sobra preparado para acabar con ellos en un santiamén. Eran los mejores. Y se enorgullecían de ello.

Tratándose de una intervención precipitada vertiginosamente en las últimas horas, reunir un dispositivo tan numeroso de efectivos podía considerarse épico. A la mañana siguiente todas las portadas de los diarios nacionales hablarían del agente Patrick Walker, colocando su nombre en enormes tipos negros. Le diría a su mujer que comprase todos los ejemplares del quiosco.

La soberbia le hinchó el pecho.

La estática de la radio le sacó de sus pensamientos.

—Señor, al habla el agente Smith.

Walker agarró el *walkie talkie* y apretó el botón.

—Aquí Walker.

—Estamos listos.

—Manténganse en sus puestos y esperen nuevas órdenes —respondió Walker.

—Señor, la lluvia nos dificulta los movimientos, pero… hemos podido detener a dos individuos en el establo grande.

Walker se sorprendió.

—¿Les han identificado?

Unos segundos de estática.

—No han dicho nada, pero a simple vista ambos son extranjeros. Menudo golpe de suerte. Eran peces gordos.

—¡Magnífico! ¡Llévenlos a la berlina!

—Señor…

—Sí.

—Esto…

Estática metálica en el *walkie talkie*.

—¿Qué ocurre, agente Smith?

—Uno de ellos tiene…

Una pausa.

—¿Qué tiene, agente? —En realidad, ya conocía la respuesta. Esbozó una sonrisa.

—Tiene tres…

Más estática que le impidió oír lo que el agente quiso decirle. Patrick Walker esperó unos segundos para darle mayor suspense al momento.

—Agente Smith… esperen nuevas órdenes.

—Entendido, señor —y la comunicación se cortó.

Al cabo de un par de minutos, la lluvia parecía apretar un poco más. El agente Walker lo recibió como la señal que esperaba y dio la orden por radio. En realidad no había ninguna razón para esperar más. Incluso podía entenderse que se estaban retrasando.

—Atención a todos los oficiales, estén preparados. Recuerden que la pequeña Rachel debe salir ilesa. El resto de rehenes no nos importa, repito, la pequeña Rachel debe salir ilesa.

Luego abrió la puerta de su vehículo, agarró el megáfono que descansaba en el medio de los dos asientos y lo encendió. El espectáculo estaba a punto de comenzar. Aunque ninguno de ellos sabía en ese momento que el espectáculo, por el contrario, estaba llegando a su final.

La voz del agente Walker sonó metálica y estruendosa:

—*¡Les habla el FBI! ¡Atención al FBI!*

En la casa principal de la granja, el criminal regresó atrás en el tiempo y se imaginó a sí mismo cuando solo era un niño. Un niño que había sido real, pero en el que ya nunca pensaba.

Los recuerdos le agarraron del pecho y se dejó llevar…

Parte 1
1930
Un truco de verdad

1

Aquel día de otoño, entre un manto de hojas marrones y resecas, Nicholas Campbell hizo desaparecer a su amiga Christina Summer, aunque no sería para siempre.

2

Había nacido con los ojos tintados de circo. Un circo majestuoso y atestado de público.

De ese modo mágico en que la mente de un niño dibuja amigos invisibles, tras las retinas de Nicholas todo se teñía de vieja lona estampada y un redoble de tambores. Las sombras de los árboles, acariciando el césped de su patio, bien podrían ser miles de manos aplaudiendo su próximo número. Y el graznar de algún cuervo agazapado en el bosque disfrazaba la respiración contenida de cientos de alientos expectantes. Circo. Allí. En su casa. Alabama, 1930.

Sobre las tablas de un escenario invisible, y con el otoño como única carpa sobre sus cabezas, el enorme cesto de mimbre trenzado esperaba su turno junto a Christina, su única amiga en el mundo y fiel azafata de todos sus trucos circenses.

—Damas y caballeros, niños y niñas —anunció con solemnidad a la brisa de la tarde, mientras suponía las miradas de un público rodeándoles.— A continuación, Christina mostrará el interior del cesto, para que todos puedan ver que no contiene un doble fondo.

A medida que la chica trataba con esfuerzo de levantar el recipiente sobre su hombro, Nicholas extendió los brazos con las manos hacia arriba y giró sobre sí mismo dibujando un círculo sobre el suelo. Teatral. Vodevilesco. Consciente de que la parafernalia es tan necesaria como el propio número.

—¡Un aplauso para Christina! —pidió efusivo, y casi consiguió oírlo. La niña, obediente debido al amor puro que le profesaba a su amigo, se arrodilló haciendo una reverencia con el vestido de flores, y agachó la cabeza a la vez que Nicholas levantaba el cesto con decisión y la cubría por completo. Junto a este, en el suelo, descansaba una sábana color malva cuidadosamente doblada, usurpada del desván de la casa y decorada con unos pedazos de tiza que habían cogido del colegio y un trozo de carbón hallado de camino a casa. El estampado resultante les había llevado un buen rato de trabajo conjunto, y pese a la arbitrariedad de los trazos y la indecisión de las formas, a sus ojos

era sencillamente perfecto. Exótico. Como venido de las Indias. Capaz de deslumbrar al espectador más exigente. A esos espectadores que anidaban en la mente de Nicholas observando los enormes elefantes y payasos alocados.

La sujetó con cuidado por dos de sus esquinas y realizó un preciso movimiento de matador de toros, mostrando a todos los espectadores imaginarios de su cabeza que nada se ocultaba bajo la tela. Con un gesto de manos cubrió el cesto con la sábana y este quedó con el aspecto de un fantasma de castillo medieval. Entonces dio varios pasos hacia atrás sin dejar de mirar el cesto y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, tocándose las sienes con las puntas de los dedos. La chica tenía que desaparecer.

Ni siquiera llegó a cuestionarse el modo de hacerlo, ni la ciencia, ni la física, ni el simple sentido común —que entendía que debía quedarse siempre fuera de la carpa—. Sencillamente, tenía que funcionar. Como si la simple voluntad fuera poder suficiente. Como si El Circo, con mayúsculas, tuviera la obligación de concederle todo aquello a cambio de la pasión que él le profesaba.

Mirando fijamente la enorme cesta, el sol —potente como un foco de luz circense—, que se filtraba a través de la tela y del entramado del mimbre, insinuaba sutilmente la silueta de la chica. Ahora sí, ahora no, dependiendo del viento meciendo las ramas. Durante un segundo eterno, no se mostraba sombra alguna, para luego aparecer y desmontar el encanto.

Entrecerró los ojos y se esforzó con el músculo de la fantasía. —Vamos, vamos... —susurró entre dientes, mientras la frente se le empezaba a perlar de sudor.

Entonces, una nube caprichosa se interpuso entre ellos y el sol, llevándose consigo los rayos y las sombras. La sábana ganó opacidad y solo se podían ver los preciosos estampados. Si Christina estaba dentro, no había forma de saberlo.

«Ding», sonó dentro de la casa, aunque para él bien podía tratarse del rugido de un león.

Se levantó despacio, tembloroso, y dio varios pasos hacia el cesto, intentando escuchar a través del viento la respiración de la chica bajo la sábana.

Nada. Ningún sonido.

Imaginó a todo el público aguantando la respiración, mientras él lo hacía también sin ser consciente de ello. Tenía pánico de levantar la tela, pero a la vez se moría por hacerlo.

«Ding, ding, ding», insistió la campana en el interior, sacándole de la magia.

El abuelo le llamaba, y aquello conseguía mover sus músculos más que su propia voluntad. Dio un último vistazo al cesto, sin querer estropear el momento con lo nefasto de la precipitación, y echó a correr hacia las escalerillas del porche como si le siguiera un demonio.

O como si le estuviera esperando.

3

Las sombras envolvían al hombre como si formaran parte de él. Serio y orgulloso como un retrato de caballería, se pasaba los días en su sillón escuchando discos de pizarra de marchas militares. Lo llevaba en la sangre y grabado en el espíritu. Nació soldado, vivió soldado, perdió una oreja siendo soldado, y amenazaba con serlo hasta el fin de los días. Como si todos aquellos galones de los que presumía le anclaran al mundo de los vivos y no hubiera muerte que se atreviera a venir a buscarlo, por miedo a encontrarlo dispuesto a plantar batalla.

—¿Cuántos? —preguntó el abuelo bajo un enorme bigote al más puro estilo sureño. Temía la pregunta, pero la sabía inevitable.

—Tres —respondió Nicholas, consciente de que se refería al número de campanadas de más que su abuelo había tenido que dar con su viejo timbre de hotel.

—Exacto, soldado —respondió el viejo, sacando del lado derecho del sillón la vara de cuero de limpiar el caño de los fusiles.

El chico extendió la palma de la mano y recibió estoico los tres golpes de su abuelo, que hacían fino equilibrismo entre la educación de la conducta y el sadismo más puro e innato.

—Y ahora, limpia la sábana de tu abuela y deja de hacer el imbécil. Que las sábanas estén en el desván no significa que puedas usarlas a tu antojo. Y encima sin pedir permiso. Parece mentira que seas mi nieto — escupió casi sin respirar y se alejó hacia el rincón para volver a poner en marcha el viejo tocadiscos, dando rienda suelta a un puñado de voces masculinas que —sabiamente, según pensaba Nicholas— decidieron demostrar su virilidad frente a un micrófono y no desde el interior de una trinchera.

El niño aguantó varios segundos hasta comprobar que su abuelo se había olvidado de él, y echó a correr para recoger la sábana. Nada más salir de la casa creyó percibir el olor de los excrementos de los elefantes, los barquillos de azúcar y el sudor de los trapecistas.

4

Redobló un tambor imaginario y un cañón de luz hizo desaparecer el resto del planeta en la oscuridad más absoluta. Una fuerte ráfaga de aire había tumbado la sábana y amenazaba con lanzar por los aires a un forzudo que no existía y a los invisibles leones de las jaulas. Avanzó despacio hasta el cesto, mientras que el público se levantaba de sus asientos dentro de su hipotálamo.

—¿Christina? —la llamó despacio, casi susurrando, con los labios a varios centímetros del mimbre.

Dudó durante un segundo, en el que su pulso tembló como el niño que todavía era, y contuvo el aliento antes de tocar la cesta.

—¡Tachán! —gritó a las nubes, levantándola de golpe.

Al comprobar que no había nada debajo, que Christina no estaba allí, tuvo que obligarse a que su corazón continuara latiendo. El público, expectante y contenido, saltó de sus asientos entre aplausos y ovaciones. La banda, en algún lugar de su memoria, empezó a tocar con energía a ritmo de bombo y platillo.

Entonces, perdió el conocimiento. Quizá por la emoción. Quizá por la alegría. Quizá por ambas cosas.

Su último pensamiento, antes de perderse en la masa gris de su cerebro, fue que Christina debería aparecer por sorpresa entre bambalinas, con un brillante traje de lentejuelas. Pero al mirar a su alrededor, descubrió horrorizado que ya no había circo, sino el austero patio de militares de su casa en Alabama.

No había payasos. No había domadores. No había trapecios.

Y, lo peor de todo. No había Christina.

5

La niña oyó el «ding» de la campana desde el interior oscuro del cesto y enseguida adivinó que se avecinaban problemas disfrazados de algún tipo de golpes. Como siempre pasaba en estos casos.

Nicholas provenía de una familia de profundo calado militar: sus dos hermanos llegarían a ser soldados; su padre era sargento; su abuelo, comandante; su bisabuelo, general; y así hasta que el árbol genealógico se difuminaba entre los emigrantes irlandeses procedentes del Viejo Mundo. Gente estricta, dura, irascible. Sin ganas de ser felices, o al menos eso es lo que parecía.

Christina a veces dudaba de que ellos fueran su familia de verdad, por lo pacífico de él y lo bélico de sus parientes, pero nunca se había atrevido a planteárselo a su amigo. La chica, pese a su corta edad,

había aprendido —con sangre entra— que los hogares guardan preguntas entre sus paredes que son como demonios que jamás deben ser invocados. Nicholas, a sus ocho años, ya acumulaba todas las bondades que el resto de la familia no había sabido acopiar durante el paso del tiempo, como si su burbuja de inocencia siguiera intacta ante el devenir de la vida, y Christina no podía creer que su amigo perteneciese a aquella familia de uniformes verdes; Nicholas debía de formar parte de un mundo circense, con domadores, trapecistas, payasos y animales que hicieran de cualquier defecto una virtud y que lograran hacer reír y entretener a un público desocupado y sumido en una gran depresión económica después del lacerante crack del 29, aunque ella casi no entendía aquellos asuntos del mundo adulto. Lo único que sabía era que Nicholas no merecía aquella familia. En absoluto. Tampoco es que la familia de Nicholas distara mucho de la suya propia, aunque en ese momento no quería pensar en ello.

Christina alzó el cesto y vio la sábana caer hecha un revoltijo en el césped reseco por el sol. Asustada, se escabulló hasta la ventana más próxima de la casa. El sol aún convertía el cristal en espejo, de modo que la chica tuvo que hacer mampara con las palmas de las manos para poder ver en el interior. Dentro, vio cómo el comandante Campbell levantaba al aire la vara de los fusiles y cómo Nicholas apretaba los ojos mientras recibía un azote doloroso en sus manos extendidas. Christina se apartó de la ventana y vaciló un instante, para luego volver a asomarse y, con esa empatía que solo tienen los niños, sentir como suyo cada golpe recibido por su amigo, deseando que fuera así para compartir el castigo.

No era la primera vez que presenciaba una situación como aquella, de hecho había sido testigo de muchas hostilidades injustas y con resultados dolorosos hacia su amigo, y la niña pensó que ningún miembro de aquella familia habría aprobado el cursillo de cómo querer al prójimo sin partirle la crisma durante el proceso.

Finalmente, tras el tercer golpe del abuelo Campbell, Christina echó a correr hacia su casa. Con esa coherencia innata que tienen algunos niños, la chica sabía que su amigo necesitaría un poco de tiempo a solas para recomponer su orgullo. Esperaría un poco, y entonces volvería a brindarle a Nicholas todo su apoyo, una pizca de ánimo y probablemente un abrazo. Tendría que fingir que nada de eso había sucedido. Pero para volver a verle tendría que esperar. Unas horas, un par de días. Ahora mismo, no le quedaba nada más por hacer en aquel patio de una casa residencial de Alabama.

6

Christina vivía cuatro puertas más arriba de una calle paralela. No le llevó más de un minuto llegar al final, torcer a la derecha y distinguir el camino pavimentado de entrada de su casa. Allí mismo se encontraba la señora Summer, madre de Christina, arrastrando dos grandes maletas, con el motor del coche encendido y la puerta delantera abierta de par en par. Su padre le gritaba desde el umbral de la entrada. Estaba exageradamente gordo, sin afeitar, con la calva brillando por el sudor y roja por la tensión, con unos calzoncillos largos blancos y una camiseta interior que antes también había sido blanca pero que ahora era amarillenta. Con las venas de la frente luchando por aguantar la tensión arterial, profería a su mujer tales insultos y barbaridades que provocarían que, inevitablemente y durante toda su vida, Christina tuviera un difuso concepto del amor y la vida en pareja.

La mujer, a duras penas cargando una de las maletas en la parte de atrás del coche, mascullaba insultos hacia su marido, los cuales se alternaban con sollozos irreprimibles.

Christina apretó el paso y se acercó a su madre.

—Mamá... —balbuceó.

—Nos marchamos, cariño —dijo mientras se sorbía los mocos de la nariz.

La niña la miró a los ojos y se percató de la hinchazón que tenía en la mejilla derecha. Sangraba también por la comisura de la boca. No obstante, lo que su madre acababa de decirle la mataba un poquito, más que todas esas heridas, a las cuales, de todas formas, ya estaba acostumbrada. No era la primera vez que las veía. Incluso ella misma había lucido alguna con orgullo. Y rencor. Mucho rencor.

«Nos marchamos, cariño», acababa de decir su madre.

Christina se preguntó si era cierto, si se iban de verdad. Si iba a tener que abandonar el colegio, si iba a tener que despedirse de sus amigas. Si el mundo, tal y como hasta ahora lo conocía, iba de veras a desaparecer.

Las cuestiones *dónde y cuándo* se le agolparon en la boca.

—¿Ahora?

—Ahora mismo —respondió su madre.

—Pero... —protestó Christina, aunque se quedó sin palabras ante el llanto de su madre.

El padre continuaba lanzando exabruptos desde la entrada. Les vociferaba que no volvieran, que eran unas guarras, que eran el demonio. Que las detestaba, que las odiaba. Aunque todo aquello era

recíproco.

Christina notó que le temblaba todo el cuerpo. Tenía miedo. Sentía que el sudor le goteaba de las axilas en una cantidad inusitada, como solía pasarle cuando entraba en fases de auténtico pánico. Notaba que le flaqueaban las piernas. No sabía con certeza si se sentía más afligida por la situación extrema que estaba presenciando o por la asimilación paulatina e inexorable de que se marchaban de la ciudad y que jamás volvería a ver a Nicholas. Y ni siquiera había podido despedirse de él.

—No, mamá...

—¡Sube al coche, Chris!

—Pero...

—¡He dicho que subas!

Christina vaciló. Dio unos pasos en dirección a la casa, alzó la cabeza y, viendo la cara iracunda de su padre, desechó la idea de inmediato. Quedarse con él no era una opción, no entraba dentro de las alternativas. Sería su perdición. No estaba preparada para quedarse sola con el monstruo. La resignación copó todos los poros de su piel y agachó la cabeza, semblante oscurecido.

Rodeó el coche y subió al asiento del copiloto.

Su madre terminó de introducir la segunda maleta en la parte de atrás y se puso frente al volante. Metió la primera marcha y los neumáticos chirriaron en el asfalto.

Christina miró por la ventanilla del vehículo y, a medida que las casas de la zona residencial pasaban a mayor velocidad, las lágrimas empezaron a asomarse en sus ojos. No las reprimió. Le apetecía llorar. No pensaba que pudiera hacer otra cosa.

El padre de Christina ahogó sus gritos en el umbral de su casa al caer en la cuenta de que su esposa acababa de llevarse el Chevy que le había dejado prácticamente sin ahorros y en la ruina, y volvió a ponerse a gritar con más ahínco, con más furia. La compra del coche, un artículo por aquel entonces considerado de lujo, había traído muchas de las discusiones en el matrimonio —aparte de la bebida, por supuesto, y los golpes—. Y ahora la muy zorra le había arrebatado lo único que conseguía ponérsela dura en los últimos meses. El hombre se sintió un auténtico imbécil por haberla dejado marchar de ese modo. Tendría que tomar medidas y, por lo que él sabía, sus puños tendrían mucho que decir al respecto.

Sin duda, dirían la última palabra.

Nicholas despertó justo en el instante en que el coche donde viajaba Christina cruzaba por delante de su casa. Él no se dio cuenta, más allá de percibir el rugido de un motor al acelerar; sin embargo, pensó en la chica de inmediato.

—¡Chris!

Miró el cesto. Recordó que su amiga había desaparecido.

Se sintió aún más niño de lo que era. Nervioso e indefenso como si acabara de llegar al mundo manchado de sangre y placenta, con el cordón umbilical colgándole de la barriga.

Se le ocurrió entrar en la casa y contarle a su abuelo que su truco de magia había funcionado, que no sabía cómo hacer regresar a su amiga, pero rápidamente apartó la idea de su cabeza, porque a base de golpes y reprimendas había aprendido que su familia era contraria a su afición por los trucos y a todo lo que oliera a circo y espectáculo. Además, si había algo que su abuelo odiara más que todo eso, era el regusto amargo de la sensación de fracaso.

Así que rebuscó en su cabeza qué sería lo mejor que podía hacer y decidió que podría ir a buscarla a casa. Seguro que estaba allí. Seguro que se había escabullido del cesto y había regresado al ver que él había tenido que entrar por la llamada de su abuelo. Era lo más obvio, y las respuestas obvias eran normalmente las acertadas.

Sí. Allí la encontraría. Debía ir a verla. Aunque fuera tan solo unos minutos. Para cerciorarse de que se encontraba bien. Y también para que lo reconfortara. Su descanso del guerrero. Estaba harto de que su abuelo le pegara. Que le riñeran por utilizar una sábana vieja y por cualquier cosa que hiciera alejada del mundo militar. Echó a correr hasta el final de la calle y calcó el recorrido que un rato antes había hecho la misma Christina hasta su propia casa.

Jadeando, tocó el timbre. La estridente melodía sonó en el interior y la voz del padre de Christina, el señor Summer, surgió de entre una mezcla de nebulosa alcoholizada y un deje de cólera casi palpable.

—¿Quién es, joder? ¿Ya has vuelto, hija de puta? ¿Y mi Chevy? Nicholas se quedó petrificado.

La puerta se abrió con un chirrido y allí se quedaron los dos, mirándose fijamente; el hombre con la barriga asomándole por debajo de la camiseta, el niño con la boca abierta y a punto de mearse en los pantalones.

Nicholas sintió repugnancia. El señor Summer sudaba copiosamente, y apestaba a un olor rancio, como a muerte. Tenía los ojos inyectados en sangre y le temblaban las manos. Parecía que había

estado bebiendo, por cómo hedía. O más bien llorando. Eso, o se le habían estallado los lagrimales de tanto gritar, puesto que la vena de la sien le palpitaba como la bomba de agua de un camión de bomberos.

—¿Está Christina? —preguntó sintiéndose muy pequeño.

—¡No va a volver! —gruñó el monstruo en lo que parecía un quejido lastimoso.

—Pero…

—¡Espero que haya desaparecido para siempre!

No era posible que el hombre supiera lo del truco de magia, pero aquellas palabras acongojaron a Nicholas. Aunque también le infundieron cierta sensación de poder, y durante una milésima de segundo, apenas un parpadeo, la pérdida de su amiga le pareció un precio justo por acercarse a su sueño circense. Había hecho desaparecer a Christina. Su truco había funcionado tras ensayarlo apenas media docena de veces. Pero de pronto la echó de menos y sintió un vacío en el estómago, un salto al abismo.

Volvió a hacer la pregunta, como si quisiera volver a empezar, asegurarse de lo que preguntaba:

—¿Está Christina?

El hombre lo escrutó con la mirada enloquecida.

—¿Estás sordo, chico? ¡Se la ha llevado el demonio! ¡No va a volver! ¡Jamás!

El peso plomizo de aquellas palabras sucumbió por fin en la cabeza de Nicholas y sintió que la orina se le escapaba y le empapaba los pantalones. El miedo, la incertidumbre, el desconcierto terminaron venciéndolo. Se dio la vuelta y echó a correr de vuelta a su casa.

Mientras daba las zancadas más grandes que había dado en su vida, pensaba en cómo iba a evitar que el abuelo Campbell advirtiera que se había meado encima. Dudaba de que pudiera librarse, una vez más, de otra buena paliza.

Parte 2

Los peldaños falsos de la juventud

1

Junio de 1931

Nicholas Campbell cumplía nueve años aquella tarde de junio. El sol, inclinado al lado oeste del cielo, lanzaba sus últimos rayos de luz sobre las casas unifamiliares de Birmingham, Alabama. Pasaba la media tarde y pronto anochecería. Las farolas ya estaban encendidas en las calles, aunque la claridad diurna aún resultaba suficiente.

Habían engalanado el patio trasero de la residencia de los Campbell con detalles poco infantiles para la fiesta de un niño, tal y como sucedía cada vez que uno de los hijos de la familia cumplía años. En lugar de globos de colores, banderines de cartulina, piñatas con caramelos y payasos haciendo de las suyas, una amplia mesa de roble se situaba en el centro, donde su madre había colocado una enorme tarta de chocolate con nueve velas pulcramente alineadas —como un desfile de soldados—, y donde los amigos de Nicholas alborotaban sentados alrededor. No había adornos, ni hilo musical. Las servilletas eran de papel; los vasos, de cristal; no había ningún cartel de FELIZ CUMPLEAÑOS, como si la mera mención de la felicidad pudiera parecer un quisquilloso y lamentable signo de debilidad. Además, habían instalado una carpa de lonas caquis para que los padres pudieran disfrutar de viandas y bebedizos algo apartados de los niños, a la sombra, y habían extendido otro par más de lonas para que los más pequeños pudieran sentarse sobre el césped. Las niñeras se encargarían de ellos. Todo muy organizado. Todo muy formal. Todo muy Campbell.

Los amigos de Nicholas habían sido invitados a la fiesta mediante una tarjeta de notable corte militar, sin alardes, sin dibujos, sin colores. Una breve nota indicando el día y la hora de la celebración. En realidad no había muchos invitados. Los niños apenas si llegaban a la docena y no todos los padres habían podido dejar sus ocupaciones para acudir. Quizá habían buscado una mala excusa para no tener que pasarse por allí.

El ambiente entre los adultos era serio y las conversaciones poco animadas. En su mayoría trataban de los efectos de la crisis y la quiebra de la bolsa estadounidense. Los hombres vestían sobrios trajes de raya diplomática y las mujeres lucían vestidos de tonos oscuros, largos hasta casi los tobillos. Algunos de ellos eran vecinos; otros, compañeros de trabajo del señor Campbell, quienes podían distinguirse por su peinado extremadamente corto y sus rostros de

guerra.

Su padre vestía el uniforme militar, así como el abuelo Campbell, con las medallas ganadas en tierra de nadie enganchadas a la pechera de la chaqueta, con los galones bien a la vista de todos. Tanto Nicholas como sus dos hermanos, William —al que todos llamaban Billy— y Dominic, iban ataviados con ropas formales: pantalones de pinza, en mangas de camisa, pelo engominado y peinado hacia atrás, y zapatos de charol; nada acorde para niños de su edad, al menos no para el día en que celebraban un cumpleaños. Aquella vestimenta limitaba bastante sus movimientos, de manera que casi parecían autómatas cuando trataban de jugar con el resto de los niños.

Nicholas reía tímidamente desde su lugar preferencial en la mesa, aunque en el fondo de su corazón notaba un vacío disfrazado de añoranza. Echaba de menos a su amiga Christina. Desde que había desaparecido por arte de magia aquella tarde de octubre del año anterior, nadie había vuelto a atreverse a mencionarla delante de él. Ante las frecuentes preguntas que le hacía a su madre, esta le espetaba que no se inmiscuyera en asuntos que no le atañían. En la escuela ninguno de sus compañeros sabía nada. O no querían compartir la información con él. Le resultaba bastante raro.

Nicholas no lo entendía, había sido él quien la había hecho desaparecer debajo del cesto de mimbre. Y cada vez que sonaba el timbre, creía en las mismas proporciones que se trataría de ella, o de la policía que venía a llevárselo preso. En cualquier caso, tenía que hacer algo. Tenía que aprender a controlar la magia para hacerla regresar del lugar al que la había enviado.

Esperaba que al menos tuviese luz en aquel sitio. O como mínimo que no hiciera frío. Deseó con todas sus fuerzas poder hacerla regresar, y si aquello no era posible, al menos encontrar el modo de llegar hasta ella y preguntarle si le dolía. Y, Dios no lo quisiera, si se había convertido en un monstruo, que no pudiera volver desde debajo de la cama para atraparlo cuando se tapara con las sábanas para irse a dormir.

Apartó esos pensamientos cuando uno de los chicos le extendió una caja envuelta en papel de color rojo. No era una caja demasiado grande y al agitarla no escuchó ningún ruido. Nicholas rasgó el papel y la abrió con cuidado entre cuchicheos y murmullos de los demás chicos. En su interior había un chaleco, obviamente no elegido por el niño que le había hecho el regalo, sino por uno de sus padres.

Nicholas dio las gracias y se lo probó colocándoselo encima de su ropa. Parecía que le quedaba algo grande.

—Te estará perfecto el otoño próximo —dijo su madre—. Es un

chaleco muy bonito.

—Sí —respondió Nicholas con humildad, aunque él lo que quería era una chistera de mago.

Aprovechando que había llegado la hora de los regalos, otro chico se le acercó y le entregó un paraguas que difícilmente se disimulaba en el papel que lo envolvía. Sucesivamente, todos los asistentes le fueron entregando al pequeño Nicholas un presente; unos más útiles que los otros, otros más bonitos que los unos, pero por norma general, no se trataban de regalos acordes para un niño de nueve años. No eran juguetes, ni mucho menos objetos relacionados con la magia o el mundo del circo. Su padre, como no podía ser de otra manera, le regaló un pesado rifle de aire comprimido. Orgulloso, le dijo a Nicholas que ya había alcanzado la edad suficiente para aprender a disparar. Abrumado, puesto que él no quería disparar contra nada ni contra nadie, agachó la cabeza y le dio las gracias a su padre.

El abuelo Campbell, que no era partidario de regalar nada en los cumpleaños, ya que a él no le habían regalado nada en la vida, por supuesto, salió de la casa con una correa en la mano. En el extremo, un pequeño cachorro de terrier meneaba las orejas de un lado a otro bajo un trotar alegre.

Al ver al animal, todos pensaron que el corazón del viejo se había ablandado, que la bondad de Nicholas había terminado de conquistar al militar. Pero en realidad, el abuelo Campbell había traído al perro como aprendizaje para el niño, como una importante dosis de disciplina y responsabilidad. Cuidar del terrier, sacarlo a pasear, lavarlo y alimentarlo sería una buena manera de asimilar los fundamentos de la batalla, donde tendría que proteger a los soldados por debajo de su rango.

A Nicholas se le abrieron los ojos como platos, miró a sus hermanos, que comentaron algo en voz baja con una sonrisa maliciosa en la boca, y luego miró a su padre, con semblante impasible.

—¡Un perro! ¿Es para mí?

—Sí —respondió el abuelo Campbell—. Este perro es para ti. Ambos tendréis que aprender disciplina, juntos.

Nicholas se bajó de la silla y abrazó al animal con todas sus fuerzas. Tenía el pelaje marrón y brillante. Ojos enormes. Una lengua sonrojada. Era blandito.

—Te llamaré… —rebuscó en su cabeza un nombre adecuado y el rostro se le iluminó cuando lo encontró—. ¡Circo!

Su abuelo frunció el ceño.

—Tendrás que cuidarlo. Sacarlo. Alimentarlo. El niño asintió.

—Y si se te muere, pagarás los gastos del veterinario con tus

ahorros —añadió su padre.

Nicholas se preguntó si a los perros se les hacía funerales. Sus amigos habían enterrado a sus mascotas en el patio de atrás de sus casas, o en la parte alejada del bosque. Charlie, su insensible compañero de clase, había tirado su hámster a la basura.

Estos pensamientos se diluyeron cuando los otros niños dejaron sus asientos y rodearon al perro para acariciarlo. Las risas se extendieron por el patio de la residencia de los Campbell y en ese momento aquella jornada sí se parecía más a un cumpleaños feliz.

Al caer la noche, cuando casi todos los asistentes se habían marchado y los que quedaban se dedicaban a recoger y limpiar los restos de la fiesta, David Campbell se acercó a Nicholas.

Era el tío David, el gordo y afable tío David, que jamás había querido tener nada que ver con los señores de la guerra y la carrera militar. Era el «traidor a la patria», como lo llamaban su hermano —el padre de Nicholas— y el abuelo Campbell. David había preferido dedicarse a dibujar libros de cómics y en eso había enfocado su carrera. Era el único miembro que, después de enormes y profundas guerras internas en la familia, había logrado salirse con la suya y alejarse del mundo de los tanques. No obstante, sabía que jamás heredaría nada del abuelo ni de sus hermanos. Aunque tampoco le importaba. El dinero no era algo que le quitara el sueño, sino todo lo contrario. Era feliz. Se había convertido en un hombre gordo, enorme, grasiento… y feliz. Vestía camisetas de algodón, jamás uniforme, nadie le decía qué tenía que hacer, y no se veía en la tesitura de tener que levantarse cada mañana antes del amanecer bajo la orden estridente de una corneta que le obligaba a cubrir de mala gana unos cuarenta kilómetros a la carrera.

—No te he dado tu regalo —le dijo al niño.

Nicholas lo miró, aferrado a la correa de Circo para que no se le escapara hasta las flores del jardín.

—No tienes que regalarme nada, tío David.

—Claro que sí —carcajeó el gordo—. Toma.

Se trataba de una cajita pequeña, apenas del tamaño de la palma de una mano. Iba envuelta en una bolsita de cuero negro.

Nicholas la tomó. Sacó la caja de la bolsa y al ver lo que contenía creyó que el corazón le dejaría de latir de un momento a otro. La sonrisa se le extendió de tal manera en la cara que David pensó que se le soltarían las orejas.

—¡Una baraja…!

—De naipes —finalizó David Campbell.

—¡Es…! ¡Es…!

—¿Un buen regalo? —preguntó su tío.

—¡Es el mejor regalo del mundo!

David rió y despeinó al chico alborotándole el cabello con la mano.

—Podrás practicar con Circo. El año próximo, cuando nos veamos, podrás hacerme algún truco.

—¡Claro! ¡Muchas gracias, tío David! ¡Muchísimas gracias!

Días más tarde, Nicholas sí que practicaría magia con el cachorro, pero poco tendría que ver con los naipes, sino más bien con un intento de rescate de Christina, atando una cuerda alrededor de la tripa del animal y enviándolo inútilmente debajo del cesto de mimbre en busca de su amiga.

Abrazó a su tío, y este se alejó atravesando tranquilo la fiesta de cumpleaños más gris de la historia. Montó en su coche y se marchó sin despedirse del resto de la familia, ignorando que cuatro días más tarde sufriría un infarto de corazón mientras desayunaba una caja de alitas de pollo demasiado grasientas. Al menos, abandonó el mundo con la satisfacción de haber hecho sumamente feliz a su sobrino.

Habría sido un bonito último pensamiento; un niño sonriendo y una baraja de naipes. En cambio, lo último que atravesó su cabeza tuvo más que ver con el arrepentimiento y las alitas de pollo.

Como sucede siempre.

2

Abril de 1933

Un mes antes había llegado la abolición de la ley seca, por lo que la cerveza y el vino volvían a venderse en bares y establecimientos. Por la ciudad y las gargantas corrían ríos de whisky y ron.

La familia Campbell había decidido pasar un fin de semana largo en el Oak Mountain State Park, una reserva natural cercana a Birmingham en la que podían realizarse actividades como montar en bicicleta, senderismo, paseos a caballo, pescar o disfrutar de buenas comidas, entre muchos otros menesteres; aunque ninguno de ellos resultaba atractivo para Nicholas, cuyo sol favorito era el que le ofrecía la luz de una linterna bajo las mantas.

El abuelo Campbell se había quedado en casa, fiel a su ineludible cita con el campeonato de ajedrez con sus excompañeros, veteranos de guerra todos ellos, soldados supervivientes con los que había compartido noches de pesadillas y retruécanos en la Primera Guerra

Mundial. Un puñado de hombres decrépitos adictos a ese juego que no era más que una pequeña guerra sobre un tablero.

Aprovechando la circunstancia, también se había quedado al cuidado de Circo, aunque él nunca lo llamaba así, sino "perro" o sencillamente "chucho", pese a que lo cuidaba mejor que a la mayoría de los humanos, seguramente debido a algún añejo sentido del honor que solo el anciano comprendía.

Era lunes por la mañana, y Jack Campbell, el padre de Nicholas, estaba dando unas clases de tiro en el pabellón de la zona norte del parque. Mientras tanto, la señora Campbell, Helena, cosía un chaleco sentada en una manta que había extendido a la sombra. El sol ya apretaba desde el cielo y se antojaba que el día sería bastante caluroso, aun tratándose de los primeros días de abril.

Junto a Helena, una cesta de mimbre contenía varios trozos de queso, un par de barras de pan y unas onzas de chocolate. También había algunos frascos de agua fría junto a los utensilios de costura.

Dominic y William, los hermanos «obedientes» de la familia, corrían por un camino de tierra bien cuidado alrededor del parque. Se adentraban entre los árboles siguiendo el sendero y aparecían por el otro lado a los doce minutos exactos, después de cubrir el recorrido de dificultad intermedia que el recinto había dispuesto para aquellos visitantes a los que les gustara hacer ejercicio. Iban en pantalones cortos y con el torso descubierto. El sudor les perlaba la piel y el sol los teñía a ambos de un suave tono oliva.

A la cuarta o quinta vuelta, Dominic le dirigió un reproche a su hermano Nicholas, que estaba sentado en el césped, a unos cinco o seis metros de su madre, leyéndose un libro de trucos de magia para prestidigitadores avanzados. Era de formato pequeño, de unas doscientas páginas, muy desgastado y con las cubiertas dobladas. Por norma general debía mantenerlo escondido para que su padre no se lo quitara, pero cuando él no estaba presente (ni tampoco el abuelo Campbell), lo sacaba y lo releía una y otra vez, aunque ya casi se lo sabía de memoria.

—¡Enano, deja de leer y corre con nosotros! —le escupió Dominic mientras jadeaba.

—¡Enano¡ ¡Enano! ¡Eres una nena! —coreó William.

Nicholas levantó la vista de su libro y dibujó una mueca con la boca. No respondió.

—¡Corre y ponte en forma, mequetrefe! —volvió a insistir Dominic, mientras se desviaba del camino y se acercaba a su hermano pequeño. William lo siguió, y un instante después estaban al lado de Nicholas, sin dejar de mover las piernas arriba y abajo en el mismo

lugar sin desplazarse. El menor de los Campbell no dijo nada, volvió a la lectura de su libro e ignoró a sus hermanos.

Billy se inclinó y le arrebató el libro.

—¡Eh, Billy! —protestó Nicholas—. ¡Devuélveme mi libro!

La madre detuvo sus tareas de costura y miró a sus hijos. Sin decir nada, por el momento se quedó observándolos. Su pequeño tenía que aprender a defenderse solo de sus hermanos, y de la vida, dadas las circunstancias.

—¡Ven a correr con nosotros! ¡Si nos ganas en una carrera, te devolveremos el libro!

—¡Devuélvemelo!

—¡No! —dijo Dominic.

Ambos hermanos rieron a carcajadas.

—¡Devuélveme el libro!

—¿No vas a correr? —¡No!

—¿Por qué no? —¡Porque no!

—¡Entonces quédate con tu libro, mequetrefe!

De pronto, William lanzó el libro de trucos de magia por los aires.

—¡Eh! ¡¿Qué haces?! —bufó Nicholas, mientras contemplaba cómo volaba como si se tratase de algún tipo de ave con las alas enloquecidas, hasta caer detrás de unos matorrales altos.

—¡Billy! —le reprendió su madre desde la manta de cuadros rojos. Dominic intervino.

—Mamá, dile a Nicholas que deje de leer y se venga a correr con nosotros.

Nicholas se levantó del suelo y dio unos pasos en dirección a los arbustos donde había caído el libro.

—¡Eres un capullo! —le espetó dándose la vuelta hacia William. Empezaba a desarrollar un amor filial neutro hacia sus dos hermanos mayores. En la ligera frontera entre un sentimiento impuesto y un odio incipiente. A menudo se imaginaba a sí mismo sacando cosas terribles de una enorme chistera. Cosas que pudieran defenderle de aquellos dos Campbell en miniatura.

—¡Nicholas, esa boca! —protestó su madre.

El niño se sobresaltó, y por un momento dudó de si su madre añadiría: «¡Nicholas, esa mente!».

Los ojos se le anegaron de lágrimas. Era muy injusto que sus hermanos lo trataran de aquella manera cuando él no molestaba a ninguno de los dos.

—¡Mamá…!

—Dominic, Billy… dejad a vuestro hermano. Aún es pequeño…

—¡Tiene once años! —atajó William.

—Y tú dieciséis.

—Pero…

—Dejad a vuestro hermano —zanjó Helena—. Seguid con lo vuestro.

Los dos muchachos miraron a Nicholas con desprecio y seguidamente echaron a correr de vuelta al sendero de tierra. Al poco desaparecieron entre los árboles más lejanos.

A su vez, Nicholas se adentró entre los arbustos mientras oía la voz de su madre pidiéndole que no se alejara demasiado. Rebuscó entre los matorrales y encontró rápidamente el libro abierto por la mitad, cubierto de hojas secas y con la tapa trasera manchada de barro.

Nicholas aferró el libro, y se alejó más allá. No quería estar al lado de su madre. Sabía lo que venía en momentos como ese: intentaría consolarlo como si fuera un niño pequeño, y luego lo ignoraría para sumergirse en sus labores de costura. Pero esa no era la cuestión. No quería que lo consolaran, ni que lo protegieran. Solo quería que le dejaran en paz. Que le permitieran leer sus libros de magia y lo dejaran practicar. Quería ir al circo. Quería formar parte de ese mundo, y no de aquel otro lleno de militares, soldados, armas y tanques.

Se alejó y rodeó un trecho empinado repleto de árboles. Se tiró sobre el césped y sintió el frescor de la hierba en las fosas nasales. Aireó el libro y le quitó los restos de las hojas resecas, sacudiendo el barro de la tapa y desdoblando las páginas arrugadas. Lo cerró y lo dejó a un lado. Miró al horizonte y pensó en la feria de atracciones de la ciudad. Algunas carpas traían espectáculos circenses y con la sola idea de presenciar uno de los pases sintió un nudo en el estómago. Ojalá pudiera estar algún día delante de los focos, con un público maravillado ante su magia.

Al poco, reparó en unas ramitas que había a su lado, una de ellas con una forma medianamente recta y con una anchura que hacía asemejarse a una varita mágica.

La observó durante un rato, y se imaginó en el centro de las tablas, convirtiendo un elefante en una paloma, sacando un conejo de una chistera, provocando fuego desde las yemas de sus dedos, haciendo desaparecer a una niña debajo de un cesto…

Recordó a Christina y la culpabilidad le azotó los pensamientos. Le dolió como si fuera un latigazo. Como si un león le hubiese mordido en el brazo al sacarlo de su jaula para mostrarlo a su público. La verdad era que no había vuelto a casa de los Summer, y el miedo

aún le acongojaba el corazón. Debía hacerse un mago poderoso, insistió en el interior de su cabeza, para hacerla regresar del lugar adonde la había enviado.

Alzó la mirada de la varita mágica que hacía las veces de ramita caída de un árbol y vio que a un par de metros de distancia se encontraba una ardilla que observaba una bellota que tenía delante. A Nicholas le pareció adorable y repugnante a la vez. La ardilla se inclinó hacia la bellota y extendió las patitas para alcanzarla. Sin pensárselo un segundo, el niño hizo un gesto con el brazo y la varita dibujó un arco horizontal frente al animalillo. Durante un segundo no pasó nada, pero al instante la bellota se desplazó un poco más allá en el mismo momento en el que la ardilla iba a contactar con el fruto.

Nicholas se quedó petrificado. No sabía si la bellota se había movido por una ráfaga de aire o porque el animal había llegado a tocarla sin que él se diera cuenta. O quizá… quizá había sido él con su varita mágica.

La miró con el rabillo del ojo, esperando ver chispas saliendo de los extremos o humo verde de sus nudos de madera. Nada. Era solo una rama, estaba seguro.

La ardilla se irguió y miró a Nicholas un segundo, volvió a mirar el fruto, miró a Nicholas y volvió a centrarse en la bellota. Dio unos pasitos hacia delante e intentó agarrarla de nuevo.

Nicholas imitó el gesto anterior y la bellota se desplazó nuevamente unos diez centímetros a la izquierda. La ardilla parecía desconcertada. Movió las orejas y miró a ambos lados. Volvió a dar unos pequeños pasos y volvió a inclinarse.

Nicholas se incorporó y se colocó de rodillas. Ojos como platos. Boca desencajada. Magia en sus manos. Magia de verdad.

La arrimó con cuidado a sus fosas nasales con la esperanza de olfatear el aroma de inciensos exóticos o lugares lejanos. Nada.

Volvió a intentarlo y logró apartar la bellota de la ardilla unos centímetros más. Esta, perdida y desconcertada, vaciló, dio unos pasitos hacia atrás y volvió a lanzarse hacia la bellota.

Nicholas volvió a quitársela. Después de repetirlo en varias ocasiones, decidió no ser demasiado cruel con el animalito y le *empujó* el fruto a sus pies. No obstante, no pudo evitar pensar en si sería capaz de mover el esqueleto del animal fuera de su cuerpo, sacándoselo por la boca. O retorcerlo como una alcayata.

La ardilla agarró la bellota con sus manitas y salió huyendo a saltos. Nicholas alzó la vista para observarla mientras se alejaba y se topó con un niño pequeño que lo contemplaba boquiabierto desde unos metros de distancia.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó.

Era un niño de unos seis o siete años. Llevaba pantalones cortos y un polo de algodón azul.

Nicholas no supo qué responderle. Aún sentía el corazón encogido de emoción y, sí, miedo también. Pensó en unas manos mágicas invisibles que salían de su cabeza, tratando de extrapolar lo que acababa de suceder a elementos conocidos para su mente de niño.

—¿Podrías enseñarme a hacerlo? —insistió el pequeño. Nicholas dudó. Se encogió de hombros y sintió ruborizarse.

—La verdad es que no sé cómo lo he hecho, pero sí puedo enseñarte otro truco.

Se metió la mano en el bolsillo y extrajo su baraja de naipes que tantas tardes le había entretenido.

—Ven, siéntate.

El pequeño se le acercó y se sentó al lado de Nicholas. No era gran cosa, pero al menos era un público obediente.

3

Principios de junio de 1936

De nuevo había llegado el verano.

En Berlín no tardarían en celebrarse los Juegos Olímpicos, fechados para comienzos del mes de agosto, y Alexander Oparin redactaba la por entonces primera teoría moderna sobre el origen de la vida. Reber inventaba el radiotelescopio y John Maynard Keynes acababa de publicar unos meses antes su teoría general del empleo, el interés y el dinero. Era como si el planeta entero estuviera invadido de nuevos proyectos y un estúpido optimismo.

Pero para Nicholas era una mala fecha. Desde hacía varios meses quería detener el calendario —de hecho, llegó a intentarlo, concentrándose mucho y apuntando con la varita mágica hacia el reloj de la cocina—. Estaba aterrado. Ese mes cumplía los catorce años, edad mínima para ir al campamento estival que el grupo de veteranos de la Infantería de Marina había fundado para los jóvenes de entre catorce y diecinueve años.

William, con diecinueve, y Dominic, con dieciséis, estaban ansiosos por que llegara el día en que poder montarse en el autobús que los llevaría al campamento. Sin embargo, Nicholas detestaba ir, aun no habiendo estado nunca.

Allí tendría que levantarse a golpe de corneta antes de que saliera

el sol, hacer muchísimo ejercicio, aprender aquella absurda disciplina militar y realizar tareas que no tenían ningún sentido para él: lavar vehículos oficiales, cocinar para el resto de compañeros, correr kilómetros y kilómetros a un ritmo demoledor, completar circuitos de búsqueda de balizas, aprender a disparar, hacerse la cama, barrer los pabellones… Admitía que algunas de aquellas tareas tarde o temprano debía aprenderlas, para cuando atacaran los comunistas —fueran lo que fuesen—, pero pensaba que siempre podía educarse en casa. Lo peor de todo era que no tendría tiempo para practicar sus trucos de magia. Tenían completamente prohibida la entrada de objetos desde el exterior. Iban allí para convertirse en hombres, nada de llevarse tebeos, juguetes ni otras inutilidades dignas de bebés. Allí los únicos juegos que encontraría serían los de guerra, y Nicholas no comprendía cómo alguien podía disfrutar simulando algo tan terrible como una batalla.

A escasas horas de la hora de salida hacia el campamento, y mientras Dominic y William rellenaban de ropa sus petates, Nicholas lloraba en un rincón del sótano porque no quería acudir a aquella cita que lo mantendría alejado de casa durante casi dos meses, desde mediados de mes hasta principios de agosto. Su madre había intentado tranquilizarlo diciéndole que lo pasaría bien, que el tiempo transcurriría rápido y que pronto estaría de regreso. Nicholas no atendió a razones. Acopió el poco valor que le quedaba y se dispuso a rebelarse contra su familia.

Dominic y Williams no dudaron en aprovechar la ocasión para increpar a su hermano. Quizá porque lo despreciaban en su debilidad, o quizá porque lo temían. Tal vez, aunque no fueran conscientes de ello, ya habían conseguido ver algo extraño en los ojos del chico. Pero, como cualquier niño, su defensa era el ataque, así que comenzaron a picar a su hermano, a insultarlo, a dedicarle sutiles delicadezas como que era un blandengue y un cagado.

—Venga, Nicholas —espetó Dominic con burla—, vente con nosotros al campamento. Los soldados necesitaremos enfermeras.

—Además —se unió William—, con algo de suerte te crecerá una polla. El chico resistió ese primer envite sin demasiado esfuerzo. El problema llegó cuando los Campbell se replegaron y emplearon artillería pesada. Su padre lo abroncó de forma desmedida. Si los insultos de sus hermanos fueron crueles, las palabras dedicadas por el señor Campbell fueron dolorosas, injustas y de daños irreparables. Nicholas logró capear el temporal como pudo y su padre dejó de gritarle al cabo de un rato.

Ofuscado, con manchas en las axilas de tanto sofocón, Jack

Campbell le dio el relevo al abuelo para que hiciera entrar en razón al chico, aunque él ya lo consideraba una causa perdida.

—Nicholas —dijo el abuelo Campbell con voz severa.

Nicholas silenció de pronto sus lamentaciones y lloros. Sabía que aquella voz vendría acompañada de algo malo, de hecho era a su abuelo a quien más temía de toda la familia, como no podía ser de otra manera. El abuelo había estado en la Gran Guerra. Era temido y respetado por los enemigos —también por los aliados— y había matado a miles de alemanes.

—Nicholas —repitió—. Levántate.

El niño salió de su escondrijo detrás del rincón del sótano y se puso de pie frente a su abuelo.

—Irás al campamento militar junto a tus hermanos —sentenció. Nicholas, presa del miedo de abandonar su casa durante dos meses, decidió dar un paso valiente y responderle:

—No quiero ir.

—Ya —respondió con calma—. Pero irás.

—No quiero.

—Nicholas. —Dime, abuelo.

—Trae la vara de los fusiles.

El rostro del niño se ensombreció. Aun así, no se movió del sitio.

—Trae la vara de los fusiles —repitió el viejo.

Al poco, y ante la mirada satisfecha de su padre, que permanecía en silencio, Nicholas subió las escaleras, abrió el armario de armas y extrajo la vara. Regresó al sótano y se lo entregó a su abuelo.

—Bájate los pantalones —dijo mientras se sentaba en un taburete. Nicholas dudó. Ya conocía lo que vendría a continuación, y sabía que no iba a poder librarse de los golpes, a no ser que empujara a su abuelo y saliera huyendo como un rayo del sótano, de la casa, del barrio, de Birmingham, de Alabama, de los Estados Unidos... del jodido planeta.

El niño de catorce años, que había logrado encadenar varios meses seguidos sin que su abuelo lo fustigara, se desabrochó los botones de la bragueta de sus pantalones, que cayeron arrebujados a sus pies junto a su orgullo, y así se quedó, con las piernas escuálidas y blanquecinas al aire.

—Ven aquí —le indicó el abuelo Campbell desde el taburete, dándose una palmadita en la parte superior de los muslos.

Nicholas se acercó y se inclinó. No supo cómo colocarse. Era ya demasiado mayor.

Su abuelo se percató de ello y rectificó:

—Apóyate sobre la mesa. Las manos extendidas. Nicholas hizo lo

propio.

—Bájate la ropa interior. Nicholas sollozó.

—Vamos, Nicholas.

El calzoncillo bajó hasta las rodillas. Las nalgas blancas quedaron al descubierto.

El abuelo lo golpeó sin piedad al principio y no se detuvo hasta que Nicholas pidió a gritos que lo llevaran al campamento. No obstante, al abuelo le sorprendió el aguante y la voluntad del chico, al punto de que a los últimos golpes con la vara les había imprimido menos intensidad. El chico realmente estaba asustado, no quería acudir al campamento. No tenía madera de soldado. Como había ocurrido con su hijo David. Probablemente al final tendrían que aceptar que el niño Nicholas había salido como David Campbell, el dibujante de cómics, el gordo y seboso hijo bastardo que no había pasado por el aro de la vida militar. El traidor de la patria, como solían llamarlo en la familia.

Nicholas seguía sus pasos. Con convicción. El hecho de que el abuelo hubiera perdido la cuenta de los golpes al sobrepasar los cien le hizo sentir algo de compasión por el chico. Pero no se detuvo. Siguió golpeándolo hasta que Nicholas pidió que lo llevaran, hasta que admitió que deseaba ir con todas sus fuerzas. Dolorido, Nicholas cayó hecho un ovillo en un rincón y no se movió de allí hasta que el autobús hizo sonar la bocina en la puerta de la casa para recogerlo.

Fue su madre quien tuvo que prepararle el petate con la ropa. Su hermano Dominic lo llevó medio en brazos hasta el autobús. William ayudó a sujetarlo durante todo el trayecto porque Nicholas no fue capaz de sentarse en el asiento que le correspondía, así de dolorido tenía el trasero.

Solo sucumbiendo, cediendo, sometiéndose a aquello que detestaba con toda su alma, conseguía un poco de apoyo del resto de los miembros de la familia, como si todo el amor de esta tuviera que girar alrededor de la violencia y los malos tratos. En realidad no tenía claro si deseaba ese amor. Ni si lo necesitaba.

Así era la vida de un Campbell. Así era la vida de un soldado.

4

Mediados de julio de 1936

La buena noticia llegó de la mano de otra nefasta.

La pesadilla de Nicholas en el campamento militar duró unas

cinco semanas, debido al fallecimiento del abuelo Campbell por un infarto de miocardio. El servicio de ambulancia llegó tarde y sin recursos suficientes para reanimar el cuerpo inerte del anciano. Intentaron reanimarle durante más de quince minutos, pero Campbell no volvió a abrir los ojos.

Con una vida dedicada en exclusiva a lo militar, le habría gustado saber que el mismo día que su cuerpo abandonaba el mundo, estallaba en España una virulenta guerra civil entre republicanos y sublevados.

Enseguida, los hermanos Campbell fueron trasladados de urgencia de vuelta a casa. Dos días más tarde, gracias a su condición de alto rango en el cuerpo de Infantería de la Marina, donde había prestado servicio activo y más tarde pasado a retiro, pudo organizarse y celebrarse un funeral con honores militares. Su condición de ex alto cargo del ejército sirvió para que la petición fuera aprobada en menos de veinticuatro horas. Estados Unidos se cuidaba mucho de rendir los debidos respetos a sus veteranos. Era el mejor modo de garantizar que sus descendientes aspirasen a serlo también.

El cementerio de Birmingham estuvo abarrotado durante la ceremonia. Vecinos, antiguos compañeros, familia, conocidos… todos quisieron estar junto a los más íntimos allegados de los Campbell para compartir aquella aciaga mañana de dolor. Todos vestían de negro y traje protocolario. Nadie lloró, aunque algunos tenían el semblante descompuesto.

Jack Campbell estaba sentado al lado de su madre. Circo permanecía echado a los pies de Nicholas.

La brisa corría entre las lápidas que se ordenaban a lo largo del camposanto, una al lado de otra, a una distancia equidistante, alineadas de una forma casi matemática. Así eran los cementerios estadounidenses: impolutos e impersonales almacenes de tristeza. Los cipreses proyectaban enormes charcos de sombra sobre las extensiones de verde césped, y los pájaros gorjeaban suaves cánticos fúnebres, aunque realmente no eran conscientes de ello. No se veía ningún cuervo.

Después de la breve misa del enjuto sacerdote, cuatro militares uniformados doblaron y presentaron la bandera a Jack Campbell y su madre. Se oyó el toque de corneta característico y escucharon el Star-Spangled Banner. Seis soldados dispararon sus fusiles al aire.

—Preparados, listos, ¡fuego!

Al darse por concluida la ceremonia, después de bajar el ataúd de madera brillante a la tumba y que los familiares directos lanzaran algunas flores al hoyo, los asistentes se dispusieron a marcharse del lugar. Antes, los presentes se prestaron a darle el pésame a los

Campbell.

Cuando apenas quedaban tres o cuatro personas en los alrededores, Nicholas se acercó a su padre y le preguntó:

—¿Por qué se ha muerto el abuelo?

—Por los disgustos, Nicholas.

Ambos intercambiaron silencio. Al poco, Nicholas volvió a hablar.

—¿Yo le he dado muchos disgustos?

El padre vaciló en su respuesta, dudó en ser cruel con su hijo o si dejarlo estar. Al final optó por la primera opción, aprovechando las circunstancias.

—Sí. Tú el que más.

La cara de Nicholas se desmembró.

—¿Por qué, papá?

—Por no seguir sus deseos. Sus pasos.

El joven se sonrojó, sin saber con certeza si era debido a la vergüenza o a la ira por lo duro de la respuesta.

—Yo…

—El abuelo siempre quiso lo mejor para ti. Y en estos tiempos que corren, lo mejor es que te hagas soldado, al igual que están haciendo tus hermanos. Tal y como lo soy yo, como lo fue él, y su padre, y su abuelo…

Nicholas apretó los labios.

Helena se acercó a ellos en ese momento y les indicó que debían irse a casa.

Nicholas se alejó unos pasos y se dio la vuelta para observar a sus padres. Cuando Jack lo miró con ojos inquisidores, el joven escondió con un disimulado empujón la baraja de naipes que le asomaba por el bolsillo trasero de los pantalones. Se sentía avergonzado. También enfadado.

Y sus sentimientos, desquiciados, estaban encontrados.

5

Mayo de 1938

El Inverness High School era un edificio pequeño, con no demasiadas aulas y un patio bastante amplio en comparación. La fachada delantera, de anchos ladrillos rojizos, sostenía las enormes letras de cobre que le daban nombre al instituto. En el asta central, ondeaba al viento la bandera estadounidense.

Aunque aún restaba más de un mes para el término del curso,

aquel viernes de finales de mayo de 1938 iba a celebrarse el baile de promoción, festejar el triunfo del equipo de baloncesto en el campeonato estatal y hacer la entrega de los trofeos de las distintas actividades extraescolares.

Los chicos disfrutarían de una noche de fiesta, de la buena música de principio de los años treinta y de grandes cantidades de insípido ponche sin alcohol. El sueño americano convertido en un enorme cóctel de colonias, perfumes y licores escondidos en los bolsos.

El gimnasio no tardó en tener todos los alicientes para convertirse en un gran acontecimiento: la música a un volumen altísimo, los refrigerios muy fríos, los adornos muy logrados para tratarse de un evento organizado por los propios alumnos, la banda tocando en directo encima del escenario, las chicas con el dobladillo de sus faldas plegado para ofrecer al mundo su porción de anatomía en un fino equilibrio entre el decoro y la picardía.

En aquel momento, el grupo interpretaba su versión del God Bless America de Irving Berlin. Luego, el solista indicó que mientras se tomaban un descanso hasta el próximo pase, los alumnos del Invernsess High School podrían disfrutar de un espectacular truco de magia a manos de uno de sus compañeros: Nicholas Campbell.

La audiencia le dedicó un tímido aplauso.

En unas bambalinas improvisadas, Nicholas sentía la presión que conllevaba su primera actuación delante de más de dos o tres personas que no pertenecieran a su círculo más íntimo, sobre todo porque siempre había tenido que hacer sus trucos a escondidas, para que su padre no lo descubriera y entrara en un estado de rabia irremediable. El joven sentía el sudor en la espalda, le flaqueaban las piernas y las manos se sacudían de un lado a otro. Tomó varias bocanadas de aire y reunió toda la valentía de la que fue capaz. Recobró fuerzas y subió los peldaños de la escalera que daba acceso al escenario.

Nicholas contempló a su público, este expectante, generando un silencio sepulcral y portando un par de centenas de ojos escrutadores. El foco de luz blanca lo iluminó en el centro de todas las miradas y Nicholas quiso que se lo tragara la tierra.

No obstante, aquel era su sueño, y no estaba dispuesto a lloriquear como una niña y huir del escenario sin intentar el truco de magia que había ensayado una y otra vez encerrado en la soledad de su habitación.

El truco que iba a realizar lo había hecho famoso el gran Harry Houdini y fue retransmitido por los boletines de radio docenas de veces. Era un éxito asegurado. Nada podía ir mal.

Nicholas llamó a un miembro de la audiencia —Vanessa Peterson,

su compañera de clase de Lengua y Literatura— para que subiera al estrado. Al principio se resistió, pero finalmente, tras los ánimos y las risas de los jóvenes que tenía a su alrededor, decidió atreverse. Nicholas le extendió una camisa de fuerza de un prístino color blanco. La chica lo revisó y admitió que la veía resistente y sin subterfugios aparentes. A decir verdad, la tarea de salir como gancho desde el público debía haberle correspondido a Christina Summer, pero por supuesto ella ya no estaba allí. Nunca lo había estado desde que había desaparecido aquel mes de octubre de 1930. Hacía ya ocho años. Sintió que se le empañaban los ojos, pero sacudió la cabeza y se centró en la realidad que ahora le atañía.

Nicholas se colocó la camisa. Vanessa le ajustó los cuatro cinturones que se amarraban por la parte de atrás, dejándole los brazos cruzados por delante y atados por la espalda. La banda inferior pasaba por la entrepierna para asegurarlo todo, de modo que Nicholas no pudiera alcanzar las hebillas. No podía moverse. Se giró y se contorsionó y el público quedó convencido de que no podría zafarse ni en un millón de años. Seguidamente, le habló a Vanessa con voz engolada y sonora.

—Por favor, Vanessa, ¿serías tan amable de acercarme la estructura con la cortina oscura?

Vanessa siguió la mirada de Nicholas y vio una estructura de metal con forma circular de dos metros de altura de la cual colgaba una sábana marrón. Se acercó a ella y la atrajo hacia ellos. Creyó que pesaría demasiado pero al estar dotada de pequeñas ruedecitas en la parte inferior, la estructura se desplazó sin problemas.

Una vez en el centro del escenario, Nicholas se colocó debajo de la estructura, la camisa de fuerza bien apretada, y le pidió al público que contara en voz alta hasta diez mientras él, oculto por la sábana, intentaba liberarse de su prisión de tela.

Cuando los alumnos del Inverness High School pronunciaron al unísono el número tres, Nicholas supo que algo iba mal.

Intentó deshacerse de las correas, flexionar su cuerpo lo suficiente para que el truco hiciera su efecto en las hebillas y se soltaran, pero no había manera. No lograba adoptar la posición correcta.

El público llegó a ocho y Nicholas temió lo peor. No iba a salirle el número. Su primera actuación resultaría un auténtico fiasco, sería el hazmerreír de todo el instituto y haría un ridículo de campeonato. Como última alternativa, pensó en emplear las manos invisibles de su mente para tratar de soltarse, consciente de que aún no controlaba del todo su poder, como si a veces aquellas incorpóreas extremidades fueran ajenas a él y sus deseos. Hasta el punto de que había optado

por no ampararse en ellas por norma general, ajustándose a las bases originales de aquel truco de escapismo: el buen manejo de los músculos y la flexibilidad. Un manejo a todas luces fallido.

Los murmullos empezaron a infectar el silencio de la sala, mientras que Nicholas apretaba fuerte las cejas como si quisiera masajearse el cerebro. Ni siquiera se cuestionaba si aquello vulneraba algún estúpido código de honor de la magia; a ojos del público el resultado sería el mismo. Por supuesto que él sabría siempre que había hecho trampas, pero al menos conservaría intacta parte del orgullo que perdía por momentos bajo la camisa de fuerza.

No obstante, los nervios le jugaron una mala pasada. Intentó concentrarse, invocar las manos invisibles desde el fondo de su mente, pero no podía. No era capaz. No lograba percibir el poder. En cambio, sintió una derrota muy próxima.

El nueve lo recibió con sincero terror. Cuando el diez atronó en el gimnasio y la sábana marrón lo dejó al descubierto, los jóvenes que observaban desde el frontal del escenario quedaron mudos. Pasó un segundo. Luego otro. Tres segundos más que parecieron tres siglos. Y ahí estaba Nicholas, con la camisa de fuerza puesta. Amarrada tal y como estaba antes de meterse bajo la sábana.

Nicholas agachó la cabeza, hundido, humillado.

La luz del foco dejó de olerle a circo para parecerle un terrible rayo inquisidor. Una enorme lupa sobre la hormiga que se sentía en esos momentos.

Los profesores asistentes a la fiesta, que se encargaban de que no surgiera ningún problema, estaban perplejos, sin saber muy bien cómo actuar. Los alumnos seguían inmóviles, en absoluto silencio.

Desde la quinta o sexta fila, el popular *quarterback* del equipo de fútbol americano salió de su estupor momentáneo y con una risotada lanzó el vaso de plástico vacío que tenía en la mano. Como era de esperar, el vaso pesaba muy poco y no pasó más allá de un par de cabezas de las filas de delante. Sin embargo, aquel acto fue suficiente desencadenante. La imitación colectiva resultó irrefrenable y rápidamente los alumnos empezaron a murmurar entre ellos, a lanzar sus vasos de plástico al escenario y algún que otro trozo de tarta. Rieron a carcajadas y abuchearon al joven que se hacía cada vez más pequeño en el centro del escenario.

En un santiamén, el goteo de lanzamientos se convirtió en lluvia de objetos. Nicholas, completamente abochornado y mirando al suelo, se giró hacia Vanessa y le dijo:

—¿Podrías desatarme?

Su voz no era más que un hilillo apagado.

6

Agosto de 1940

La discusión volvía a ser la misma, del mismo modo en que casi todas las canciones trataban de desamor. Otra vez la misma cantinela.

Nicholas Campbell había cumplido los dieciocho años sin haberse convertido todavía en miembro alguno de ningún circo, de modo que pasó un verano relativamente tranquilo, practicando trucos, leyendo libros con la intención de aprender nuevos subterfugios y habilidades.

Aquella tarde de martes había estado en el autocine de la ciudad, viendo Pinocho, una nueva película de animación que la productora Disney había estrenado pocos meses atrás. Era una película con moraleja, el pequeño niño de madera al que las orejas se le convertían en las de un burro por no hacerle caso a su padre adoptivo Geppetto. No le costaba extrapolar la historia a su propia vida: un niño fabricado con un material distinto al de su padre. Con la diferencia de que, en su historia, toda la madera parecía estar concentrada en el corazón de su progenitor.

No es que le fascinaran las películas de dibujos animados, pero el autocine solo disponía de una pantalla y era el único pase que darían en todo el día. Con el gusto dulce de un final feliz, se despidió de los amigos que le habían acompañado y volvió a casa. Al entrar, Circo se le abalanzó con la lengua fuera y las patas extendidas. Nicholas le acarició la cabeza y le rascó el pelambre del pecho. Alzó la vista y vio a su madre sentada en la mesa del salón, situado al final del pasillo que daba a la entrada del vestíbulo. Tenía la cara compungida; se avecinaban problemas.

Nicholas recorrió el pasillo y entró al salón. De pie, a la derecha, estaba su padre, serio, con los brazos cruzados y los dedos de su mano derecha tamborileando con impaciencia, como si llevaran largo rato esperándolo. Nicholas miró en derredor y divisó un sobre abierto y varios documentos encima de la mesa. Parecían algún tipo de formulario. En el membrete, en la parte superior de los folios, se distinguía el escudo de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

—Siéntate, Nicholas —dijo su padre—. Llevamos un rato esperándote.

Nicholas vaciló.

—Prefiero quedarme de pie, ¿qué ocurre? ¿Qué son esos documentos? Su madre permanecía en silencio.

—Es el formulario de matriculación de la Academia Militar Lyman Ward, la misma a la que ha asistido toda la familia a lo largo de las generaciones.

Nicholas frunció el ceño. Intentó zanjar el asunto sin entrar en disputas:

—No quiero ir.

Jack Campbell bufó. Ya no había vuelta atrás: habría discusión.

—Nicholas, este centro se basa en la enseñanza primordial de los conocimientos y valores. No hay otra escuela mejor a la que ir. No dejarán de lado la preparación física y la instrucción será personalizada.

—No quiero ir —insistió Nicholas.

Su padre siguió enumerando las ventajas de la academia, como si fuera un comercial de carretera vendiéndole una Biblia al vecino de la puerta de al lado.

—El contenido de su programa educativo es espléndido, basado en el desarrollo de las ciencias y los programas sociales. No todo es entrenamiento y estudios; para conocer a quienes vas a defender en un futuro, es necesario relacionarse con ellos.

—Yo no voy a defender a nadie.

Su padre no entendió las palabras de su hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no voy a defender a nadie en un futuro. No me gustan las armas, ni quiero ir a la guerra.

—Adolf Hitler invadió Polonia el año pasado. Si las cosas siguen así, es cuestión de tiempo que los Estados Unidos se vean involucrados en el conflicto.

Para entonces, Hitler se encontraba en la cumbre de su poder. El movimiento Francia Libre se fundaba en el país galo bajo el mando del general Charles de Gaulle. Winston Churchill, primer ministro del Reino Unido, hizo su célebre discurso de sangre, sudor y lágrimas para alentar a los británicos de la peligrosa marea nazi. El Mediterráneo y la zona norte de África veían cómo la guerra se extendía a sus territorios.

—Esa guerra es europea —atajó Nicholas—, no va con nosotros.

—Eso no es algo que dependa de ti, hijo.

—En cualquier caso, no quiero ir a esa academia militar.

—¿Y qué quieres hacer, entonces?

Nicholas vaciló.

—Ya hemos hablado de esto muchas veces.

—Tus locas ideas de mago son inaceptables.

—Quiero ir a la universidad de Chicago, y estudiar Bellas Artes.

—¿Bellas Artes en Chicago? —preguntó su padre tan sorprendido como decepcionado.

—Harlan Tarbell da numerosas conferencias de magia allí —Nicholas acababa de delatarse—. Podría aprender muchos trucos y hacerme tan famoso como Houdini.

—¡Pamplinas! —rugió Jack Campbell—. ¡Houdini, dices! Helena intervino.

—Nicholas, cariño, debes hacer caso a tu padre, ese camino no tiene futuro…

—¡Mamá, no le apoyes! –los ojos se le empañaron de lágrimas. Reprimió un sollozo—. Ayúdame…

—¡Mi dinero no financiará las locuras que se te pasan por la cabeza! —insistió Jack–. ¡Olvida ya esa retahíla de la magia, de los trucos y de los circos! ¡Sé un hombre!

—Es mi vida…

—¡Crece de una vez! ¡Es una puta orden! Circo ladró desde el vestíbulo.

—¡No quiero ser soldado! —atajó Nicholas, apretando los puños como si fueran martillos de mármol.

—Y yo no quiero un hijo que sea el hazmerreír de toda Alabama.

—Mucha gente estudia en Chicago —se defendió el muchacho—. No son el hazmerreír de su familia…

—No pagaré esas patrañas.

—Trabajaré en mis horas libres… Jack Campbell estaba rabioso.

—¡No saldrás de Alabama!

—¡No iré a la academia militar!

—¡Harás lo que yo te diga!

Jack Campbell, en un arrebato de ira, dio un puñetazo encima de la mesa y varias hojas de papel volaron al suelo. Helena tenía un nudo en la boca del estómago que le impedía posicionarse en mitad de la confrontación. No quería convertir a su hijo en un infeliz, pero tampoco estaba dispuesta a contradecir a su marido. Así no es como se debían hacer las cosas.

La discusión siguió durante un buen rato. Hubo más gritos, llantos, amenazas y ataques que realmente ni se pensaban ni se sentían, aunque al ser pronunciadas en voz alta se elevaban a definitivas.

Jack Campbell envió a su hijo a su habitación —algo ridículo teniendo en cuenta que Nicholas pronto tendría la mayoría de edad— y luego se encerró en su despacho. Los gritos se oyeron durante unos minutos más detrás de la puerta. Era Jack Campbell gritándose a sí mismo y maldiciéndose por haber tenido un hijo tan descarriado, al

igual que su hermano David, que en paz descansara.

Cuando el interior del despacho pareció más calmado, Helena entró y habló con su marido. Intermedió todo lo que pudo por el bienestar de su hijo y logró convencer a su esposo de que no enviara a su hijo a la escuela militar. Empuñando versículos de la Biblia, y cargando sobre sus hombros gran parte de la culpa de un hijo tan indisciplinado, la mujer trató de buscar una solución que mantuviera el equilibrio entre el amor a su hijo y la directriz de obediencia con la que había sido educada.

Jack no cedería, y no pasaría por enviarle a Los Ángeles, de modo que optaron por que el muchacho se matriculara en Lengua y Literatura en la Universidad de Alabama, en el propio estado. Así podrían controlarlo y pararlo en caso de que aquellas ideas de magia y circos siguieran nublándole el raciocinio. Permitir que la oveja pastara libremente, pero no demasiado lejos de los dominios de su perro pastor.

Nicholas no tendría una formación en artes escénicas, ni tendría facilidad de asistir a los espectáculos que empezaban a popularizarse en Hollywood y las mansiones de Beverly Hills. Si seguía la carrera de Literatura, al menos tendría acceso a muchos libros de temáticas diferentes, y así, entendía Helena, su hijo podría seguir anclado de algún modo, aunque fuese mediante un hilillo de algodón, a ese mundo que tanto le fascinaba.

Creía que había logrado un pacto justo. Esperaba que así las aguas quedaran mansas durante un tiempo. El precio, sin duda, era la clara convicción de que su marido había dado a su hijo por perdido. Tendría que buscar alguna parábola en la Biblia para encontrar consuelo sobre ese tema.

Seguro que la había. Siempre la había.

7

Noviembre de 1940

—¡Nicholas! —gritó Billy desde lejos.

El joven giró sobre sus talones y vio a sus dos hermanos frente a Sheb's, la cafetería donde preparaban los mejores helados de crema de la ciudad. William y Dominic iban acompañados de un grupito de chicas bonitas y risueñas. Llevaban gruesos abrigos ajustados hasta el cuello, algo que no impedía adivinar que las muchachas tenían unos cuerpos muy bien esculpidos. Sus rostros, con las mejillas sonrojadas

por la baja temperatura, eran angelicales. Sonreían de oreja a oreja y les brillaban los ojos.

Hacía bastante frío para estar solo a principios de noviembre, y la brisa removía las últimas hojas secas que habían caído de los árboles durante la noche anterior.

El grupo se encontró con Nicholas unos segundos más tarde, y William le animó a que se quedara con ellos y los acompañara a tomarse un refresco a casa de una de las chicas. Sin embargo, Nicholas rehusó, y balbuceó un par de frases inconexas a modo de excusa.

—No seas así —replicó Dominic—. Vente con nosotros.

—Tengo… cosas que hacer —atajó Nicholas.

Las niñas soltaron una risita tonta por detrás. Nicholas sintió cómo sus mejillas se ruborizaban.

Como intento de persuasión, William pasó el brazo por encima del hombro de una chica de pelo rojizo y rizado, y seguidamente le dio un beso en el moflete. Ella sonrió con coquetería.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Dominic. Nicholas vaciló.

—A… la biblioteca.

—¡Venga ya, pero si hoy es sábado!

—Tengo tareas pendientes para el lunes.

Una chica rubia se adelantó unos pasos y le insistió a que se uniera a ellos:

—Deberías venirte, solo serán unas horas y lo pasarás bien.

Nicholas sintió cómo empequeñecía. Le pasaba siempre. Pero no entendía a qué venía tanta timidez. No sabía por qué reaccionaba así al estar frente a una chica. A decir verdad, admitía que no se le daba nada bien entablar conversaciones con ellas, pero tampoco creía que fueran monstruos que fueran a comérselo. Le daba vergüenza y apenas encontraba las palabras cuando quería invitar a alguna chica a ir al cine o tomar un granizado.

—Bueno… no, gracias.

Dominic le hizo una señal con la cabeza señalándole a la chica, sin que ella se percatara. Le hacía gestos con una sonrisa picarona, indicándole que probablemente tuviese oportunidades con ella.

—Vamos, hermanito —insistió William.

—De verdad que no, Billy —miró a la chica que se había dirigido a él—. Gracias, Sarah. Pero tendremos que dejarlo para otro día.

Seguidamente se dio la vuelta y apresuró el paso para alejarse de allí cuanto antes, no sin antes dedicarle un poco disimulado vistazo a las curvas que los pechos de la chica imprimían al abrigo. Se recriminó mentalmente por ser tan cobarde y tan capullo. Por ser tan ingenuo.

Unos metros más adelante, oyó pisadas a su espalda y notó una mano que le aferraba por el brazo.

—Vamos, Nicholas, son unas chicas muy guapas. ¿Qué demonios te pasa?

—No me apetece…

—¿Cómo no va a apetecerte?

—¡No me apetece!

—Sarah está colada por ti.

—No me interesa, ¿estamos?

Nicholas se dio la vuelta y siguió caminando. Su hermano le habló y lo siguió:

—Elige a otra, o no elijas a ninguna, pero vente con nosotros y pásalo bien. Deja ya esas chorradas de las cartas para más adelante.

—No son las cartas… —dijo deteniéndose de nuevo.

—Ya, claro.

—No es eso, Billy.

William se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, pero deberías olvidarte ya de Christina. No va a volver.

Nicholas se quedó petrificado. Las sombras de un cesto, la fresca temperatura de mediados de octubre de hacía pocos años —aunque a él le parecían muchos— y una chica desaparecida le asestaron un golpe en la boca del estómago que apenas lo dejaron respirar.

—¿Por qué dices…?

—Llevas enamorado de ella desde que eras un crío.

—No.

—Lo llevas escrito en la cara, Nicholas.

El rubor volvió a sus mejillas.

—Pero no va a volver —insistió William. Nicholas creía que su hermano estaba a punto de acusarlo de haber enviado a Christina a otro mundo, a otro lugar de magia y… dolor—. Su madre se la llevó de la ciudad, acéptalo.

Hay palabras que pueden detener un corazón.

—¿Su madre se la llevó?

William no atendió a la pregunta.

—No va a volver, de modo que lo mejor que puedes hacer es venirte con nosotros y pasarlo bien con Sarah. Olvida a Christina. Te irá mejor así.

Nicholas no había asimilado aún las palabras. Sentía un vacío en su interior, como un hambre atroz que te pellizca las entrañas.

—¿Su madre se la llevó? —logró balbucear. Aferró con fuerza la manga del abrigo de su hermano y le tironeó del brazo.

William no comprendía el estupor inicial de Nicholas, y le sorprendía la fuerza con la que su hermano pequeño le estaba zarandeando. Nunca le había visto ponerse así, y le asustó lo que vio en el fondo de su mirada. Algo obsesivo. Demente.

—Pero ¿qué demonios te pasa, Nicholas?

—¿Sabes dónde está Christina?

William abrió los ojos como platos.

—¿Estás de broma?

Nicholas se sentía perdido. Durante mucho tiempo pensó que había hecho desaparecer a su amiga y que aún seguía en unos parajes de oscuridad más allá del cesto de la ropa en el que se había ocultado para realizar el truco de magia aquel día de octubre de 1930. No se había ido con su madre, o al menos eso creía. Ella estaba allí dentro, en la cesta, no cabía duda. Y él no había estado demasiado rato en el interior de la casa, cuando su abuelo le había fustigado con la vara de los fusiles. Y, además, cuando fue a casa de Christina, su padre…

Algún pilar de su cordura se tambaleó peligrosamente.

—¿Sabes dónde está Christina? —repitió. Su rostro era una lápida de mármol blanco. Frío. Gélido.

William se encogió de hombros.

—Se la llevó su madre. La señora Summer detestaba a su marido. Metió a Christina en el coche y se marcharon.

—Pero…

Nicholas soltó despacio a su hermano, confuso. Perdiendo apoyo.

—¿No sabías dónde se había metido tu novieta?

—Pero...

—Pero nada. Demonios, Nicholas, ¿dónde pensabas que había estado Christina todo este tiempo?

—Yo…

Antes incluso de comenzar la frase, sintió cómo se desmayaba. A lo lejos, tras una nebulosa de dudas y sensaciones encontradas, podía oír la voz asustada de su hermano llamándole. Poco a poco, la voz se disipó y todo se volvió negro.

8

Diciembre de 1941

El viejo teatro George Washington era un coqueto local de aspecto romántico, cuyo propietario, el señor Parker, lo había adquirido casi a precio de saldo a principios de los años treinta,

aprovechándose de las acuciantes deudas del dueño anterior, un bróker de Wall Street enamorado del mundo del espectáculo y arruinado por la depresión del 29. Su cuerpo huesudo terminó precipitándose desde la ventana de uno de los edificios más altos del centro, y el señor Parker pudo optar a quedarse con el teatro siempre y cuando se hiciera cargo de las cargas hipotecarias.

La sala principal del teatro albergaba casi sesenta filas de mullidos sillones aterciopelados. El escenario era amplio y profería al teatro un semblante majestuoso. La temperatura del interior era idónea y la iluminación tenue le proporcionaba un aspecto acogedor.

El señor Parker organizaba funciones todos los fines de semana, incluyendo algún pase entre semana si el espectáculo era especialmente bien recibido entre los ciudadanos, algo bastante habitual, puesto que sabía elegir adecuadamente a qué compañías darle la oportunidad de representar sus obras.

Nicholas Campbell había logrado convencerle para que le dejara realizar un par de trucos después de la última función del domingo. Actuaría detrás del grupo de jazz y ofrecería al público algunos de los mejores efectos de su repertorio. Magia, con letras mayúsculas.

Convencer al viejo Parker no había sido nada fácil, de hecho se había visto obligado a realizar una prueba previa. Al final, el viejo quedó absolutamente fascinado. A lo largo de su vida había visto a un montón de magos y prestidigitadores, algunos mejores, otros peores, pero casi siempre lograba adivinar el quid de todos los trucos. Con Nicholas, en cambio, hubo un par de veces que pensó realmente que el muchacho estaba haciendo magia de verdad. Le pidió que repitiera uno de esos trucos varias veces y no logró descifrar dónde estaba la trampa. Sabía que la magia no era real, que solo se trataba de algún tipo de fullería, y que si no era capaz de darse cuenta de cómo hacía desaparecer las cartas era porque la habilidad del muchacho era sobresaliente.

Finalmente accedió a que representara su actuación, aunque no estaba dispuesto a modificar el cartel de la entrada para anunciarle, sino que lo presentaría sobre la marcha al comienzo del espectáculo. No podía asegurarle al muchacho que el público se quedara a verle. En el mejor de los casos, los últimos rezagados y los más bebidos se quedarían y le darían una oportunidad a sus primeros trucos. En Nicholas estaba que se quedaran hasta el final. Tendría que meterse al público en el bolsillo.

Aquella mañana de domingo se despertó pronto, casi de madrugada —el sol no había terminado de asomar por el horizonte— y, apenas sin desayunar, abandonó su casa con un grito a modo de

despedida —su padre no iba a ir a verle, por supuesto, y su madre no sabía si podría hacerlo por lo tardío de la función— y se dirigió al teatro con semblante triunfal. Quería ayudar en los preparativos y asegurarse de que todo estuviera perfecto. Comería por allí cerca. Y cuando acabase de limpiar las butacas y barrer el escenario, quizá practicara un poco más entre bambalinas.

Poco después de las ocho de la mañana, Nicholas ya charlaba animadamente con uno de los integrantes de la banda de jazz. Un hombre de cabello rizado y mejillas rollizas que colocaba los atriles con las partituras del swing que interpretarían como tema final. Los demás miembros del grupo aún no habían llegado al teatro y no lo harían hasta una hora antes del comienzo del espectáculo, pasadas las ocho de la tarde. Quedaba aún bastante tiempo. Tenían todo el día por delante, de hecho. Pero es que los nervios le podían a Nicholas, y quedarse en casa sin hacer nada le podía provocar una úlcera.

Cuando un rato después el señor Parker entró en la sala, Nicholas supo de inmediato que algo no iba bien. El gesto del viejo era una pura mueca de disgusto.

—Idos a casa, muchachos —sentenció sin más. Nicholas sintió que se le paraba el corazón.

—Pero…

—A casa, vamos, vete a casa… El músico los miraba en silencio.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas.

—No va a haber función. Se cancela el espectáculo hasta próximo aviso —el señor Parker se mesó el cabello y soltó un suspiro. Pensaba en centenares de detalles del futuro próximo— . Esto es la ruina...

El mundo dejó de girar bajo los pies de Nicholas y este lo notó como si hubiese sido un frenazo en seco. Creyó que se caería al suelo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar.

—¿No te has enterado?

Sus ojos de animalillo respondieron que no.

—¿Qué?

—Japón ha atacado Pearl Harbor. Nicholas tomó una bocanada de aire.

—Eso no es posible.

—Chico, estamos en guerra.

Parte 3
1942-1945.
Europa: guerra o circo

1

—Imagínate un circo. Oscuro. Abarrotado de gente —hizo una pausa calculada antes de continuar—. Que la carpa cuelgue sobre sus cabezas demasiado baja, para que sientan el peso del espectáculo. Y en el centro, iluminado por los focos, solitario, un lanzador de cuchillos.

La voz estaba comprimida por el sonido exterior de los cuatro motores del Lancaster, formando una burbuja de palabras que apenas alcanzaba a los soldados que dormitaban a su alrededor. La oscuridad de la cabina las teñía con pinceladas de misterio, pero decepcionaban por el simple hecho de no formar la única frase que todos anhelaban desde que empezó aquella mierda: «*La guerra se ha acabado. Nos vamos a casa*».

—Ya lo imagino, mi teniente —respondió uno de ellos, que no debía de tener más de diecinueve años.

Su ascenso a teniente había sido meteórico desde que todo había empezado tres años antes con el ataque a la bahía de Pearl Harbor. El tira y afloja que durante toda su vida había mantenido con su familia por esquivar de la mejor manera posible la carrera militar, había quedado borrado bajo las llamaradas del bombardeo japonés. Aquel día en que la radio describió cada explosión, cada víctima y cada calculado paso del viejo presidente Roosevelt, Nicholas, viendo a su padre llorar frente al aparato, supo que no tendría más opción que alistarse en aquella maldita guerra europea de la que nunca debieron haber tomado parte.

En realidad, no fue ningún repentino alumbramiento patriótico el que le empujó a tener esa certeza, sino la expresión que vio en el rostro de todos los miembros de su familia rodeando el transistor en el salón. Lloraban las víctimas. Sangraban la patria. Pero, sobre todo, en sus más profundos pensamientos, aquella familia de soldados se alegraba de tener un motivo para entrar en guerra. Para dar sentido a su vida de disciplina, honores y medallas. Matar japoneses o matar nazis. Cualquier cosa serviría.

Ahora, sobrevolando Europa, aquello no era más que un recuerdo que maldecir junto al olor del aceite de los rifles.

—Al otro lado de la pista —continuó Nicholas, satisfecho al comprobar que alguien le escuchaba—, se enciende un foco y aparece la chica.

El resto de los soldados observaba lejanos horizontes dentro de su cabeza, mientras que otros fingían dormir con el paracaídas apretado

contra el regazo, como si acunaran a siniestros retoños de tela verde camuflaje.

—Tiene que ser guapa —su voz se iba llenando de entusiasmo—. Para que todos los hombres del público quieran levantarse de sus asientos y saltar a la pista para rescatarla de cualquier mal que pueda sucederle.

—Claro que sí, mi teniente —añadió el soldado con desgana.

—Claro que sí —corroboró él—. Entonces, la chica se coloca sobre la cabeza una fruta de tamaño mediano. Una piña, una calabaza. ¡Joder, una manzana!

Nicholas se inclinó hacia adelante en su asiento y bajó un poco el tono de su voz, ensombreciéndola. Como si fuera a desvelar el más oscuro de los secretos.

—Y ahora, ese número circense, que en todo caso empezaría con un redoble de tambores, tiene dos finales posibles —Su nueva tesitura hizo que varios soldados le prestasen atención—. En el primer caso posible, el cuchillo vuela a través de la pista. Rápido. Girando como la hélice de un bombardero. Los alientos se paran, y el tambor se queda mudo.

Hizo una pausa examinando las miradas de los que le prestaban atención.

—¡Zas! —exclamó, golpeándose la rodilla con la mano derecha—. La manzana cae partida en dos y la chica no deja de sonreír ni un solo instante. El público aplaude. Algunos se abrazan. Los orgullos masculinos quedan intactos y las envidias femeninas se cuecen en sus hornos.

Volvió a reclinarse en su asiento, aprovechando un viraje del avión.

—¿Y el segundo final, mi teniente? —preguntó uno de los soldados.

La sonrisa de Nicholas se ensanchó de un modo macabro. Un entusiasmo iluminado por la luz roja de la cabina, que no hacía más que convertir su rostro en un auténtico pozo de cosas oscuras. Aguardó el tiempo que creyó necesario para que los que fingían dormir abrieran los ojos, consciente de que un buen espectáculo necesita de las adecuadas pausas, y dio una fuerte palmada con ambas manos.

—¡Chas! —acompañó a la palmada—. El jodido cuchillo se le clava a la chica en uno de los ojos.

Como un morboso cómplice omnipresente, el viento sacudió al avión en una pequeña turbulencia, consiguiendo que la mayoría de los jóvenes paracaidistas sintieran un terrible escalofrío.

Nicholas sonrió e inclinó la cabeza hacia atrás para disponerse a dormir los pocos minutos que le quedaban hasta alcanzar el punto de salto. Cerró los ojos mientras todos le miraban perplejos, y cuando creían que ya no diría ni una sola palabra más, su voz clara y grave sonó de nuevo.

—¿Sabéis qué? —preguntó retóricamente—. Solo en uno de esos casos, a la mañana siguiente, todos los asistentes del público se despertarán con la misma palabra en la cabeza: circo.

Dicho aquello, dio la charla por terminada y se dispuso a dormir de verdad.

Bajo su casco, sobrevolando a miles de metros de altura la guerra mundial más sangrienta e importante hasta la fecha, Nicholas Campbell esbozó una sonrisa digna de la mejor de las celdas acolchadas.

2

—Teniente.

La voz le sobresaltó justo cuando empezaba a apoyarse en un sueño. El cabo Walker le miraba fijamente, con la clásica expresión desafiante de todo joven que tiene por intención devorar el mundo. Nicholas supo enseguida, de forma bastante aproximada, lo que vendría a continuación.

—Dígame, cabo Walker —recalcó la palabra *cabo* para intentar marcar bien la frontera de sus galones, aún consciente de que no serviría de nada.

—Tiene usted las botas muy limpias —dijo el joven, sin llegar a sonreír, pero bastante cerca de hacerlo.

Tal y como se temía, aquel joven imbécil estaba dispuesto a desafiar su autoridad frente al resto de los soldados. Sabía que tarde o temprano sucedería.

Su carrera militar era un chiste, y todos lo sabían dentro de aquel avión. Tras el ataque a la bahía de Pearl Harbor, su familia no tardó en alistarle —con un beneplácito rodeado de un halo de resignación— como personal de apoyo administrativo en el ejército de los Estados Unidos. Como única arma, tenía un uniforme verde y una gastada máquina de escribir. Lo convirtieron en una parodia de soldado de juguete. Un militar de ventanilla.

El presidente Roosevelt había ordenado confiscar la radio de todo japonés que se encontrara en el país, sospechoso cada *ojo rasgado* de ser espía del ejército nipón. Era una empresa ridícula y tediosa, como

si un pobre empleado de lavandería que se abría camino dificultosamente en suelo estadounidense pudiera o quisiera informar al mismísimo general Yamamoto de la vulnerable defensa de los buques del puerto.

Le habían encomendado la tarea de examinar censos, tarjetas de residencias y direcciones postales de todo emigrante conocido y por conocer. Su misión era localizar japoneses y especular de forma bastante inconstitucional sobre la posibilidad de vinculación con el ejército enemigo.

En realidad, no le desagradaba la tarea. Era cómoda, segura, y mantenía a su familia lo bastante alejada de él. De hecho, habría continuado de buena gana con esa digna contribución a la guerra, de no haber sido porque, gracias a un golpe de suerte administrativa, pudo vincular a toda una familia de japoneses afincados en New Jersey con un general nipón en activo. El vínculo era tan profundo en el árbol genealógico que era necesario hacer auténtica espeleología para encontrar las raíces en común, pero, tal y como estaban los ánimos en el país, aquello era más que suficiente para condenar a toda la familia al completo, a sus amigos y cualquier vecino que tuviera los ojos un poco rasgados. Hasta a sus mascotas.

Aquello le proporcionó un más que dudoso ascenso a soldado en activo de fuerza efectiva. Recibió una precipitada formación militar de dos meses y fue destinado a un Centro de Recolocación de japoneses en el desierto de Utah. El presidente había inventado el término Centro de Recolocación como eufemismo hipócrita de Campo de Concentración, y el pueblo estadounidense devoró aquel término sin rechistar, ciegos como estaban por el hundimiento de los barcos y los soldados muertos en Pearl Harbor.

De modo que durante más de un mes sirvió como guardián en una alta torre de vigilancia portando una ametralladora, y contemplando —como si fuera un dios temido e inmisericorde— a cientos de familias inocentes de japoneses que malvivían en aquellos barracones de madera gastada bajo las heladas temperaturas de las noches del desierto y el abrasador calor durante día.

Así continuó hasta que una tarde, de esa forma en que las noticias llegaban misteriosas a la sombra alargada e influyente del apellido Campbell, fue reclutado para participar en una misión que pretendía ser una respuesta más al ataque sufrido en Pearl Harbor. En abril de 1942, partió en el portaaviones USS Hornet a las órdenes del Coronel Jimmy Doolittle, y participó como cabo de cubierta coordinando la salida de todos aquellos bombarderos B25 que hicieron tanto ruido sobre Japón.

A decir verdad, los daños infligidos sobre la industria nipona no fueron tan grandes como se esperaban, pero el valor propagandístico de la misión fue decisivo para la guerra, y sirvió de garabato suficiente sobre el historial militar de Nicholas como para que su familia no tuviera inconveniente alguno para conseguirle un nuevo ascenso hasta el rango de teniente. Solo hizo falta exagerar ligeramente en los informes algunas de las decisiones que tomó en cubierta, y darle cierto empujón desde las sombras militares.

De ese modo, ahora, sobrevolando por primera vez el auténtico foco de la guerra, Nicholas saltaría en paracaídas, liderando a aquellos soldados con la misión de cubrir la retaguardia del desembarco que tendría lugar al día siguiente en las costas francesas.

Evidentemente, el teniente Nicholas Campbell tenía las botas limpias. Demasiado limpias. En el peor de los casos, las podría haber ensuciado con tinta de escritorio, o con arena del desierto. Pero nunca con sangre enemiga. Requisito indispensable que aquellos hombres asustados querrían exigir a cualquier persona de la que dependieran sus vidas.

Ahora aquel soldado le desafiaba —seguramente para combatir sus miedos— y Nicholas no tenía más remedio que aceptar el desafío.

3

—¿Hay algo que quiera decirme, cabo Walker? —preguntó Nicholas, haciendo que todos los presentes prestaran atención de inmediato—. Hable claro.

Nicholas había procurado no aprenderse el nombre de ninguno de sus hombres. Sabía que no tardarían en morir y que la media de supervivencia era de diecisiete días. Era consciente de que un recuerdo sin nombre es más fácil de olvidar. De modo que se limitaba entonces a llamarlos «soldado» o nombrarlos por su nivel de jerarquía que identificaba en los galones de sus hombreras. Y por supuesto no era amigo de ninguno de ellos. Sin embargo, le sorprendió encontrar en su cabeza el rango y apellido del joven que le estaba hablando en aquel momento. Al parecer algunas cosas eran inevitables.

—Nada, teniente —dijo sujetando la sonrisa—. Solo que sus botas están muy limpias. De hecho, debe de ser usted el teniente con las botas más limpias que he visto jamás —miró a sus compañeros buscando apoyo, divertido, y finalizó diciendo—: Debería estar usted orgulloso.

Nicholas le sujetó la mirada al soldado, serio como el ojo de un

rifle. Este, por primera vez desde que había empezado a hablar, tomó conciencia de que sus palabras podían tener consecuencias. Miró a su alrededor de nuevo, pero el abrigo de miradas había desaparecido. Sus compañeros, asustados por los ojos de su teniente, habían vuelto a fingir una incómoda duermevela.

La expresión del soldado cambió de repente, y parecía desear con todas sus fuerzas retroceder en el tiempo y tragarse sus palabras. Pero era demasiado tarde.

—Sí —comenzó Nicholas—. Están muy limpias. Gracias por su apreciación, cabo.

El chico mitigó un suspiro sonoro, prudente en su alivio. Nicholas, sencillamente, no dejaba de mirarle. Esperó un par de segundos y volvió a cerrar los ojos para dormirse.

Los pasajeros del avión se relajaron, y el murmullo de los motores se convirtió en una improvisada canción de cuna. La noche que se veía por las pequeñas ventanillas redondas era un pozo de secretos y mentiras, mientras que el miedo a la inminente batalla se espesaba por momentos en el interior del fuselaje. El asunto parecía zanjado cuando, inesperadamente, la voz de Nicholas volvió a sonar con tono distraído.

—Cabo Walker —dijo mientras se incorporaba—. Déjeme ver su paracaídas.

El tipo palideció al instante, como si hubiera recibido el impacto de una bala. Las reglas sobre el paracaídas eran bastante estrictas. Cada soldado preparaba el suyo, y un cabo veterano hacía una última revisión antes de subir al avión. Después de eso, no debían soltarlo bajo ningún concepto.

—Pero, teniente…

—Es una orden —atajó de forma brusca—. Solo quiero revisarlo —añadió con algo más de suavidad.

Ya nadie fingía dormir, ni ofrecía disimulo alguno a la hora de observar la escena. Los jóvenes intercambiaban miradas entre sí, angustiados, como si todos esperasen que alguno pusiera fin a aquella locura, fuera lo fuera lo que pensara hacer el teniente.

El soldado parecía un cadáver sudoroso, con los ojos hundidos en el miedo. Nicholas extendió la mano hacia él sin dejar de mirarle a los ojos.

Acorralado, el joven soltó la hebilla delantera de seguridad y le acercó el paracaídas a su teniente, que lo sujetó con ambas manos sin dejar de mirar al rostro del soldado. Esperó casi un minuto eterno, hasta que volvió a hablar con tono condescendiente.

—Lo lamento, cabo. Este paracaídas no está correctamente

empacado —dijo, pese a que ni siquiera le había echado un vistazo.

—¿Cómo dice, teniente? —casi tartamudeó el chico.

—Noto un bulto extraño en un lateral. Quizá sea un enredo en la lona o en alguna de las cuerdas. No creo que se abra en el lanzamiento.

Todos a su alrededor contuvieron el aliento, conscientes de lo que aquello significaba.

—Pero, teniente… —volvió a tartamudear el soldado.

—No se hable más —concluyó Nicholas—. No pienso correr más riesgos con mis soldados. No podrá saltar esta noche, cabo Walker. Volverá con el piloto y se unirá a uno de los escuadrones del desembarco en la costa de Normandía.

Como para acentuar sus palabras, un crujido de radio de la cabina anunció que debían prepararse para el salto, y sonó como si el corazón de aquel pobre soldado se rompiera en pedazos. Acababan de mandarle a una misión de las que pocos hombres saldrían con vida.

Un par de minutos después, Nicholas, junto a su escuadrón de soldados raudos y fieros, se mecía sobre las cuerdas del paracaídas que se agarraba heroico al nublado y oscuro cielo francés. Con el rabillo del ojo pudo ver cómo el avión giraba sobre el aire y regresaba rumbo a la base de campaña. Llevándose consigo a un pobre chico asustado —herido de muerte en su orgullo—, y, junto a él, cualquier resto de remordimientos que no hubiera devorado ya aquella maldita guerra de mierda.

4

La misión fue un agradable picnic aliñado con miedo y mierda de vaca. Toma de tierra silenciosa, adoptar las posiciones y asegurar un puente por el que no pasó más que una familia de civiles clandestina en todo lo que duró la operación.

Ni un disparo, ni un sobresalto. Únicamente soportar el pánico de escuchar el ataque a la costa situada a más de diez kilómetros de allí. Sonaba como debe de sonar el fin del mundo, y la radio no escupió ni un solo hercio que llevarse al espíritu.

Fueron cuatro días tediosos y tensos, donde el mayor peligro era el de especular sobre el resultado de la batalla y cagarse encima si no les era favorable; si fallaba el desembarco en la costa de Normandía, no habría plan de rescate para ellos. Todo un esfuerzo psicológico de quienes no aparecen en los libros de hazañas bélicas.

Cuando varios días después la radio por fin dio buenas noticias,

Nicholas redactó el informe que presentaría al alto mando. A la luz de una linterna de campaña, deslizó el lápiz sobre el papel con membrete del Ejército de los Estados Unidos. No se perdió demasiado en los detalles, sencillamente explicó la llegada y concluyó con la frase: «Aseguramos el puente, de modo que ninguna fuerza enemiga consiguió atravesarlo». Le echó un último vistazo y lo firmó sobre la palabra teniente.

Enrolló el papel y lo introdujo en el cilindro de metal que hacía las veces de valija interna. Aquello se había convertido en un juego y ahora le tocaba a su familia volver a mover ficha.

Se sentó sobre el camastro y se desató los cordones de las botas. Limpias como una impoluta gota de lluvia.

5

La política de Tierra Quemada de Hitler había convertido Europa en un manto yermo de piel sin cicatrizar. Los nazis, en su retirada, tenían órdenes de destruir cada casa, cada puente y cada pequeño resto de algo bonito que se encontraran en su huída, por lo que las ruinas en las que ahora se agolpaban aquellos seis soldados no mostraban en absoluto a qué tipo de edificio pertenecieron algún día.

Llovía fría y salvajemente, de ese modo que hace cuestionarte, estés donde estés, si no estarás en el lugar equivocado. Nicholas apenas conseguía mantener a salvo la llama que salía de la pastilla de parafina. «Cocido», podía leerse en la lata que pretendía calentar para la cena, sin especificar qué tipo de alimento había sido cocido, ni mucho menos cuándo. Suponía que lo hacían para no decepcionar, puesto que todo sabía a lo mismo: a guerra.

Rodeaba la llama con ambas manos, temblorosas, un poco por protección y otro poco por aprovechar el calor que pudiera llegarle, intentando gozar del privilegio de tener seca una mínima parte de su cuerpo.

—¿No podríamos encender un jodido fuego de verdad? —preguntó a sus subordinados, de forma retórica, ya que sabía que eso desvelaría automáticamente su posición.

—No me joda, teniente —respondió uno de los zapadores, que tenía una medalla tatuada en el antebrazo, de la que presumía le habían concedido por construir un puente provisional en mitad de un bombardeo.

No le preocupaba el hecho de saber que esa misión le quedaba visiblemente grande, sino el hecho de que los seis hombres de aquel

comando lo supieran tan bien como él. Desde que había empezado la misión, todos le miraban con cierto recelo. Con la furiosa resignación de tener que cargar con un superior en rango, pero inferior en todo lo demás. Estaba convencido de que, llegado el caso, no sería capaz de hacer valer su autoridad ante aquellos profesionales, que poco tenían que ver con los imberbes que había mal dirigido hasta ahora. Pero la última misión en Normandía había sido un éxito, y como recompensa ahora tenía que dirigir a aquel comando a través de una operación realmente incómoda y peligrosa.

Llevaban más de quince horas sentados en aquellas ruinas abandonadas, y el enemigo seguía sin asomar por ningún agujero. Quince kilómetros más al oeste, todo un pelotón de aliados esperaba noticias suyas desde entonces, y Nicholas era el único que parecía sentirse nervioso.

Se encontraban en un pequeño pueblo en la frontera de Alemania con Francia, donde apenas quedaban en pie cinco o seis edificios. Según Inteligencia, la única fuerza enemiga en la zona era un pequeño grupo de miembros de las SS que conservaban su base en la oficina de correos, cuya única misión era controlar la digna retirada de sus propios hombres. Tanto Hitler como Himmler pensaban que una retirada desordenada y sin disciplina era la peor de las derrotas, de modo que enviaban miembros de la policía militar para sembrar el miedo entre sus soldados. Así ahorraban deserciones y desbandadas. Aquellos hombres de uniforme negro estaban allí para disparar contra sus compatriotas si era necesario. Un delirio más de aquel dictador psicópata.

En realidad, no significaban resistencia alguna para el avance aliado, pero el problema era que algún alto mando había tenido un presentimiento, soplo, pesadilla, o cualquier mierda de esas en las que realmente se basaba la inteligencia militar, y tenían las sospechas de que bajo los terrenos del pueblo había una pequeña red de túneles que, con un poco de mala suerte, estaría llena de nazis que acabarían enterrándolos en metralla por sorpresa.

De esa forma, a modo de réplica, habían enviado al pequeño comando liderado por Nicholas para intentar encontrar aquellos caminos subterráneos, entrar en su interior y dar parte sobre lo que fuera que había allá abajo. Y, si era posible, neutralizarlos. Las órdenes, curiosamente, no mencionaban ningún protocolo de evacuación o retirada ante la posibilidad de que «no fuera posible» acabar con ellos.

6

La Conferencia de Dumbarton Oaks en Washington DC en agosto de 1944, donde germinaría la idea de la creación de las Naciones Unidas un año después, fue un duro golpe moral para las mermadas fuerzas alemanas. Hitler empezó a comprender que su siniestro sueño de conquista no tenía cabida en una sociedad como aquella y, de no haber estado tan avanzada su locura, habría firmado la rendición sin perder un segundo. Las cifras hablaban ya de cuarenta millones de víctimas de la guerra, de los que más de cinco millones eran alemanes; algunos de ellos, en los últimos dos meses, asesinados a manos del severo y casi extinto Tercer Reich.

De hecho, aquella misión consistía en aguantar los coletazos de aquel enorme animal herido.

Habían caminado cuatro horas, reptado otra más y llevaban allí escondidos toda una eternidad. Cuando Nicholas leyó las instrucciones, su mente, contagiada por las historias de los jóvenes soldados que había comandado hasta ahora, soñó con la posibilidad que todos esperaban: encontrar la auténtica Guarida del Lobo. El escondite de Hitler. Ese trofeo que podía terminar con esa estúpida guerra con un solo golpe de gatillo.

Sin embargo, los hombres que Nicholas debía liderar en esta ocasión ni siquiera se planteaban esas fantasías. Eran tipos duros. Silenciosos. Profesionales. Letales. Gente que había tragado tanta mierda que se limitaba a escuchar órdenes y cumplirlas. Nada más.

Se turnaban para vigilar la quietud del pueblo, a la espera de que la tierra se abriera bajo sus pies y mostrase un enorme agujero repleto de munición, mientras que la radio permanecía muda y paciente sobre la mochila de uno de ellos. No había sonado en todo ese tiempo. Los altos mandos confiaban en esos hombres, y sabían que intentar contactar con ellos no haría más que delatar su posición, si es que por entonces quedaba algún enemigo presto a interceptar las transmisiones aliadas. De manera que el único contacto del comando con sus superiores consistía en un pequeño crujido de estática en la radio que enviaban a la retaguardia, cada hora, como única prueba de que continuaban vivos.

Nicholas bostezó aunque no tenía sueño. La lata de «cocido» empezó a oler a hollín, señal inequívoca de que tendría los bordes quemados y el centro frío como el mismísimo Polo Norte. Receta especial para los tiempos de guerra. Nicholas sacó la navaja reglamentaria y desplegó el incómodo tenedor, manteniendo una mano cerca de la llama para aprovechar cada grado centígrado que se

desprendía y perdía en el gélido ambiente fronterizo. Probó un poco del contenido y le supo a mierda, como todo últimamente. Como su propia vida.

—Teniente —el susurro le sobresaltó—. Tenemos algo.

Nicholas reptó temeroso hasta el borde del pequeño muro y un tipo con una fea cicatriz en la cara le acercó unos prismáticos de color verde.

—Allí —dijo el soldado, señalando con el dedo hacia un carro de madera parado junto a los restos demolidos de una granja.

Otros tres hombres se arrellanaron a su alrededor, mientras que él intentaba distinguir algo a través de la espesa lluvia. Y entonces lo vio. Algo se movía debajo del carro. Las pupilas se acostumbraron a la tarde y consiguieron ignorar el llanto del cielo. Entonces pudo ver con dificultad cómo un soldado, con un chubasquero de plástico, salía arrastrándose de la tierra y se incorporaba despreocupado. O el tipo vivía allí debajo, o habían dado con la puerta del túnel subterráneo.

—¿Vamos, teniente? —preguntó otro de los hombres. Nicholas pensó todo lo rápido que pudo antes de responder.

—No —dijo con decisión—. Vamos a esperar a que el tipo vuelva al agujero. No queremos que nos pillen por la espalda.

Aquellos hombres duros, deseosos de entrar en acción, le miraron con cierto desagrado, pero nadie se cuestionó desobedecerle.

—Está bien, teniente —dijo el tipo de la radio a su espalda, visiblemente molesto—. Esperaremos.

El nazi apenas si tardó veinte minutos en regresar, pero la tensión ya se mascaba dentro de la cabeza de Nicholas. Había intentado acabar con la lata de comida, pero el estómago se le había cerrado por completo.

Cuando vio que el soldado del chubasquero volvía y se arrastraba bajo la carreta, supo que no tenía más opciones. Era hora de actuar.

—¿Teniente? —preguntó una voz impaciente.

—Está bien —susurró, y se volvió hacia el encargado de la radio —. Avise por radio. Solicite que avancen diez kilómetros y aguarden noticias. En cuanto lleguen hasta aquí, intervendremos.

Otra decisión equivocada, según pudo ver reflejado en la mirada de sus hombres.

—Ahora que sabemos que hay un túnel ahí abajo, podemos intentar acabar con los guardias de las SS —se justificó, sin poder ocultar la inseguridad de su voz. La indefensión.

Los soldados se miraron entre sí, como si evaluasen la posibilidad de pegarle un tiro allí mismo.

—Eso no es una muy buena idea, teniente —dijo uno de ellos,

enarcando una ceja y haciéndola desaparecer bajo el casco.

Nicholas se supo encerrado, y reaccionó con prudencia.

—¿Eso cree, cabo? —preguntó—. ¿Y qué sería una buena idea para usted?

—Una muy buena idea sería que yo me deslizase hasta la entrada, despejara el terreno a golpe de cuchillo y luego os diera una señal para que avancéis, si es que todo está tranquilo. Podemos acabar con ellos nosotros mismos, sin involucrar a los demás pelotones.

Nicholas buscó durante un momento alguna salida a aquella situación que consiguiera dejarle el orgullo intacto y, al no encontrar ninguna, admitió su derrota.

—De acuerdo —dijo con renovada seguridad, como si el cambio de planes fuera algo suyo—. Quizá eso sea lo más prudente. Adelante.

Apenas había terminado de escupir aquellas palabras, cuando el soldado se encontraba arrastrándose a medio camino del agujero cubierto por la carreta.

El resto se preparaba para la acción; él, como no podía ser de otra manera, se debatía por no cagarse encima.

7

Desaviniendo los deseos más oscuros y siniestros de Nicholas, unos minutos más tarde el soldado reapareció bajo el carro como un espectro emergido del mismo barro. Hizo una serie de gestos con la mano, lo que sus compañeros interpretaron con total claridad y sincronización, y menos de un segundo más tarde, su pecho tocó la tierra y el grupo lo siguió bajo la lluvia de un modo cómodo, natural y animal. Como auténticos anfibios humanos o letales bestias de fango.

Nicholas les imitó, bien aleccionado por aquellos hombres del comando. Debía mantenerse en penúltima posición, con el Colt 1911 enfundado en la parte trasera del cinturón, para mantenerlo lo más alejado posible de la humedad del fango, y bajo la chaqueta, para protegerlo de la lluvia. Le habían indicado que si tenía que disparar, procurase primero descargar la bala de la recámara, ya que seguramente tuviera la pólvora demasiado mojada como para explosionar.

Habían abandonado los rifles en las ruinas, conscientes de la inutilidad de las armas largas en espacios reducidos, pero a él, primerizo en esto del combate real, desprenderse de su mayor calibre le había creado más inseguridad de la que cabía soportar sobre sus galones.

—Venga, teniente —dijo a su espalda el soldado de retaguardia—. Que llegamos tarde al té y las pastas.

Nicholas miró hacia delante a través de la cortina de lluvia y comprobó que estaban quedándose atrás. Se ahogaba con el agua, mientras que la lengua le sabía a barro y bastante miedo. Incrementó el paso, sintiéndose torpe, hasta que llegó hasta el carro. La lluvia cesó un poco bajo la madera hinchada del vehículo y aquel lugar se le antojó el mismísimo paraíso.

Había una trampilla en el suelo, que ya se había tragado al resto de su comando, y, mientras devoraba las piernas del último, el soldado que venía a su espalda llegó a su posición.

—Vamos, teniente. Su turno. Yo le cubro.

Luchando contra la negativa de sus músculos a moverse, Nicholas palpó la oscuridad con las manos y pronto localizó los escalones de madera manchados de mugre y fango. Cuando tenía introducido la mitad del cuerpo en el agujero, la voz del soldado a su espalda le sobresaltó.

—¡Teniente!

Nicholas se giró y vio el rostro curtido de aquel hombre, sonriendo con cierto sarcasmo.

—Alguien le quiere mal —añadió guiñándole un ojo. Nicholas no entendió la frase, y esbozó una mueca—. Para haberle metido en esta mierda, digo —le explicó el soldado.

Reflexionó un momento sobre el asunto y no tuvo más opción que rendirse a la evidencia.

—Sí —admitió resignado—, alguien me quiere jodidamente mal. Continuó el descenso. Enseguida la oscuridad le envolvió las pupilas y lo más profundo de su alma.

8

Cuando la trampilla volvió a estar en su lugar, la lluvia no era más que un susurro en el exterior. Casi místico. Relajante. Como si de repente todo estuviera bien en el mundo y la naturaleza agradecida les acogiera en su vientre.

Uno de los soldados encendió una pequeña lámpara eléctrica y la cueva se mostró con una rústica madriguera de apenas un metro sesenta de alto. Las paredes estaban apuntaladas de manera rudimentaria, y un cable blanco, alternado en una ristra de bombillas, se perdía en la negrura colgando sobre las vigas. Si había un interruptor en algún lugar, no se veía por ningún lado.

Varios metros a la derecha, el pasillo se ensanchaba para dejar espacio a un camastro de campaña, sobre el que descansaba el cuerpo de un soldado de las SS con el cuello degollado de lado a lado. La tierra del suelo absorbía la sangre a medida que caía desde la lona en grandes gotas carmesíes.

—No hay nadie más, teniente —dijo el primer hombre, que ya había terminado de explorar la cueva–. Pero tiene que ver esto.

Nicholas dejó de mirar a aquel macabro bello durmiente y siguió al soldado a través del túnel. El resto de hombres le acompañó caminando ligeramente inclinados. La linterna iba descubriendo un pasillo largo y vacío que finalizaba en una pequeña habitación. La luz de la lámpara, reflejada sobre aquellos proyectiles, hacía que refulgieran como si fueran auténtico oro. Aunque, en aquel contexto, tal y como estaban las cosas en el mundo, aquel almacén de munición podía llegar a ser mucho más valioso que el preciado metal dorado.

Apiladas en varias estanterías descansaban balas de mortero, munición de ametralladora y granadas de mano suficientes para tumbar una ciudad pequeña.

—Premio gordo —dijo uno de aquellos hombres mecánicos, sin mostrar verdadera alegría.

—Está bien —comenzó Nicholas—. Salga fuera y avise por radio a la retaguardia. Dígales lo que hemos encontrado y que esperamos órdenes concretas.

Los soldados asintieron satisfechos. Sus mentes mercenarias funcionaban de aquella manera: finalizar misión y esperar indicaciones para una nueva. Una más peligrosa y complicada todavía.

El experto en telecomunicaciones —un joven de Sarasota que ni siquiera había terminado aún el primer curso de la universidad— desapareció trampilla arriba, mientras que todos permanecían en silencio. Nicholas esperaba de todo corazón que la orden consistiera en aguardar allí escondidos hasta que la guerra hubiera terminado, y por un momento llegó a convencerse de que esa sería la misión.

—Nuevas órdenes —dijo el muchacho al regresar. Tenía la cara manchada de barro—. Esperar. Esperar aquí abajo mientras ellos asaltan la oficina central de correos. Luego vendrán hacia aquí. Será cuestión de horas.

A Nicholas le parecía una decisión genial. Allí estaban a salvo y la idea de volver bajo la lluvia incesante trocaba en una destartalada pesadilla. Sin embargo, los rostros enjutos de sus hombres reflejaban precisamente lo contrario.

—¿Qué sucede? —preguntó de mala gana, intuyendo la respuesta.

Las caras se miraron entre sí con expresión de condescendencia.

—Con todo mi respeto al alto mando, teniente: es una mierda de misión—dijo uno de ellos mientras empezaba a desanudarse las botas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Nicholas.

—A ver, teniente —comenzó otro de ellos con voz queda—, imagínese que usted fuera el puto Adolf Hitler y tuviera todo esto aquí escondido. ¿Qué haría en caso de ataque?

—Protegerlo con todos los efectivos posibles —respondió ausente. Descubriendo un mundo nuevo de posibilidades sobre lo fea que podía ponerse la situación.

—Y peor aún —continúo el soldado—, ¿qué haría si le superasen en número y supiera que no hay victoria posible?

Nicholas sintió cómo las piernas le flaqueaban, haciendo peligrar su verticalidad. Se le secó la garganta, tragó saliva e intentó decir algo, pero, a falta de buenas palabras, no consiguió articular ni una sílaba. Se apoyó de cuclillas sobre una pared de tierra embarrada.

—Exacto —añadió el hombre sin esperar respuesta—: destruir la munición para que el enemigo no se haga con ella.

El resto de soldados seguía en silencio. Uno de ellos terminaba de quitarse la camisa empapada y buscaba un sitio donde colgarla.

—Nos van a dar por el culo —susurró Nicholas para sí mismo.

—Muy bien, teniente —dijo otro de ellos—. Por fin empieza a entender de qué va esto de la guerra.

9

Se prepararon con resignación y siempre ajenos a las órdenes que Nicholas no era capaz de formular. Secuencialmente fueron quitándose la ropa y escurriéndola de la mejor forma posible, para que el peso de la lluvia no pudiera interferir en sus movimientos. Lo hicieron de uno en uno, y nadie se quitó una sola prenda hasta que el predecesor no se había vestido por completo. De esa forma, según contaron a Nicholas, evitaban el riesgo de que el enemigo entrase por sorpresa y los pillaran a todos en ropa interior como en una tranquila fiesta de pijamas.

Mientras tanto, el tipo de la radio se la descolgó de la espalda y salió por la trampilla a buscar los rifles. Cuando las cosas se pusieran jodidas allí abajo, necesitarían todos los gatillos posibles.

El último turno de secado le tocó a Nicholas. A medida que lo iba haciendo, no era capaz de distinguir qué porcentaje de su temblor correspondía al frío y qué parte al pánico más intenso que había sentido en el tiempo que llevaba detrás de las trincheras.

—Ninguna otra salida, teniente —informó uno de sus hombres. Nicholas tampoco recordaba su nombre—. Hay un agujero de ventilación, pero apenas tiene veinte centímetros de diámetro.

—¿Podríamos ampliarlo? —preguntó, más por el puro instinto de sentirse menos encerrado que por tener un plan concreto.

—Imposible sin herramientas —le respondió el zapador—. Además, viendo lo precario de esta instalación, estoy seguro de que todo el túnel se nos podría venir encima a la mínima palada de tierra.

—¿Entonces? —volvió a preguntar.

—Entonces, teniente, ese agujero nos da oxígeno pero también nos da por el culo.

—Menuda mierda—añadió, perdiendo las formas.

—Y ¿sabe qué es lo mejor, teniente? —preguntó otro de forma retórica.— Que esta munición alemana no sirve para estos rifles.

Nicholas sintió como si el techo del túnel bajase medio metro y el aire ganase la solidez del acero. Él sabía que no había nacido para morir allá abajo como un conejo en una madriguera. Valoró despacio las posibilidades y, sin dudar demasiado, pronunció las palabras que llevaban un rato empujándolo detrás de los labios.

—Nos vamos.

Medió el silencio entre ellos.

Se miraron los unos a los otros, conteniendo el aliento. Ninguno sabía cómo procesar aquellas palabras que parecían totalmente fuera de contexto. Sus cerebros adiestrados estaban preparados para predecir y acatar cualquiera que fueran las órdenes entre todas las posibilidades disponibles, solo que esa opción no estaba en la lista desplegable. Aquello, sencillamente, no era posible.

—¿Está bromeando, teniente? —preguntó uno de ellos. Nicholas dudó durante un segundo.

—Es una orden directa, cabo —dijo tratando de sonar firme—. Nos vamos ahora mismo.

Nadie movió un solo músculo. Las miradas de los soldados se iban sincronizando en un entendimiento mudo y peligroso que Nicholas interpretó como un motín incipiente. Pero entonces, una voz ronca y metálica emergió del cadáver del camastro y todos dieron un respingo de pánico.

—*Gerolf*

La voz sonaba hueca y eléctrica, con ese vibrato inconfundible de las emisoras de radio. Alumbrando con la linterna encontraron un intercomunicador junto a la cama, a la altura de la mesilla de noche.

—Mierda —dijo un soldado, mirando al resto como esperando alguna solución divina.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Nicholas.

—Creo que están tratando de hablar con nuestro amigo el dormilón.

—¿*Gerolf*? ¿*Bist du da*?

La voz del interfono sonaba preocupada y furiosa al mismo tiempo. Los soldados aguantaron la respiración, esperando con temor qué iba a ocurrir a continuación. Transcurrieron muchos —aunque en realidad eran pocos— segundos de silencio, interrumpidos por el sonido sordo de la lluvia sobre su cabezas. Entonces, una sirena en el exterior rompió la tarde en mil pedazos a golpe de incómoda bocina. Había saltado la alarma.

—¿Sabe una cosa, teniente? —preguntó uno de los hombres—. Creo que ya es demasiado tarde para ir a ninguna parte.

10

Todo aquello le quedaba enorme. Cada vez más. Aun así, Nicholas luchó por controlar la situación a la vez que su vejiga.

—Vale. Tranquilidad —dijo, pese a ser él quien mostraba más nervios.— ¿Cuánto tardarán en llegar los refuerzos?

—Hace más de treinta y cinco minutos que contactamos por radio. Calculo que aún pueden tardar más de diez minutos en dar señales de vida.

—Vale. Vale. Vale.

Necesitaba pensar, pero no disponía del tiempo suficiente. La estridente alarma procedente del exterior se le clavaba en lo más hondo de la cabeza.

—¿Funciona la radio aquí abajo? —preguntó.

—No.

—Vale. Vale —casi tartamudeaba—. Pues sal fuera y avisa al pelotón. Que avancen más rápido… ¡Que estén aquí ya!

—Con todos mis respetos, teniente —le espetó el soldado—. Si quiere le dejo la radio y sale usted ahí fuera a hablar con quien le dé la gana. Aunque me temo que solo conseguirá hablar con Dios.

Nicholas sintió una punzada en el orgullo. A la urgencia de su vejiga se le unió la de su vientre.

—Joder —balbuceó tratando de calmarse—. Diez minutos no son tantos.

—Es una puta eternidad —dijo una voz que no identificó.

Nicholas fingió no haberlo oído. En ese momento deseó saberse el nombre de todos ellos. Enumerar sus apellidos y decirles que todos

eran unos hijos de puta sabelotodos. Sin embargo, se mordió la garganta y se centró en aclarar el punto que más le preocupaba.

—¿A qué creéis que nos enfrentamos?

—Humo, teniente —respondió raudo otro de los hombres a su espalda—. O gas.

La idea de verse allí abajo privados de aire hizo que los ojos se le empezaran a empañar.

—¡Maldita sea!

—Puede que a estas alturas no tengan ninguna de las dos cosas —atajó otro, a modo de autosúplica.

De repente, aquellos tipos duros ya no lo parecían tanto. Nicholas se sintió aliviado al compartir su temor con otros seres humanos que al principio lucían tan despiadados.

Durante un tiempo permanecieron todos en silencio, sincronizando sus latidos con la cadencia de la sirena que sonaba desde el exterior. Apostaron posiciones a lo largo del pasillo, con los rifles sobre las rodillas. Uno de ellos tumbó el camastro a modo de improvisada trinchera, pese a que era de lona y no ofrecía cobertura alguna.

Nadie se movía allí abajo, al punto de que si alguien entraba en ese momento en aquella madriguera podría pensar que estaba absolutamente vacía. Sin embargo, de repente se oyó un golpe seco y sordo a sus espaldas, en lo pantanoso de la oscuridad. Ninguno logró identificar que se trataba de una granada en el conducto de ventilación hasta que esta explosionó y los sepultó con vida debajo de la tierra.

Definitivamente, el soldado había tenido razón: no tenían granadas de humo.

11

Durante unos minutos soñó. Se vio desapareciendo bajo un cesto de la ropa en el jardín de una casa en Alabama. Se perdía en un mundo fabricado con mimbre y trozos de sábana, y allí encontraba a una niña pequeña. Indefensa. Pura. En el cielo, frente a un sol como un disco de pizarra, se recortaba la silueta de un bombardero alemán. Imposible ver al piloto e imposible no saber quién era. Un Campbell, sin lugar a dudas. Atravesaría el cielo, de franjas rojas y blancas, y dispararía metralla de tabaco de pipa.

Sentía miedo por él, por la niña y por ese mundo de mimbre. Sentía un miedo que tenía sabor a tierra mojada y pólvora. Un miedo

que caía desde el cielo, en forma de lluvia y humo a cielo abierto. Un miedo que le ahogaba y le asfixiaba como si fuera un embrión indefenso. Creyó oír el ladrido de un perro, y pensó en Circo. Inmediatamente su pensamiento saltó a chocolate caliente y la imagen se emborronó en su mente.

Entonces despertó y todo desapareció. El cesto, el mimbre, las nubes hechas de sábana. La niña. Todo salvo el miedo. Esa sensación continuó. Estaba bien sujeta al cerebro.

La mitad de su rostro estaba enterrado en el barro y la lluvia le había empapado hasta el último hueso del cuerpo. Yacía en mitad de lo que parecía un cráter. Miró a su alrededor y comprobó que una enorme viga metálica le atravesaba el cuerpo cruzándole el tórax y dejándolo aprisionado. Era imposible confirmar el tamaño de la viga; uno de sus extremos se perdía dentro de la tierra. La lluvia se deslizaba por la pendiente del nuevo agujero y se acumulaba rápidamente sobre su cuerpo, subiendo vertiginosamente el nivel del agua hasta casi alcanzarle las fosas nasales, con la firme amenaza de colarse por ellos y llenarle los pulmones. Por instinto, trató de levantarse, pero lo único que consiguió fue un ligero movimiento de cuello insuficiente para escapar del agua asesina. Intentó hacer presión con los músculos del brazo, pero la viga no se inmutó. Así nunca conseguiría salir de allí.

Y entonces, aterrado, empujó con la mente. De pronto, volvió a funcionar. La viga parecía haber temblado. Después de estar años escondida, volvió a surgir de sus entrañas: la voluntad. La magia. Esa extraña habilidad con la que conseguía mover los objetos desde la distancia con solo desearlo. Ese don que no había vuelto a utilizar desde antes de empezar la guerra y que suponía desaparecido.

Pero ahí estaba de nuevo, a su lado como un perro fiel, aunque no sabía a ciencia cierta si le funcionaría del todo para liberarse. Nunca había conseguido mover nada tan pesado, o quizá nunca antes lo había necesitado con tanta vehemencia.

En los primeros centímetros tuvo que ayudarse con los brazos, pero un instante después, la viga quedó flotando en el aire, y luego se deslizó hacia atrás, quedando completamente a la vista. Trazó un giro de noventa grados y salió disparada a varios metros de su posición.

La tierra estaba húmeda, de forma que sus músculos no encontraron demasiada resistencia a la hora de incorporarse. Estuvo a punto de caerse de bruces varias veces. Cuando logró ponerse en pie, el mundo parecía un lienzo. La lluvia fingía las pinceladas y todo se movía a su alrededor como si se tratase de un sueño difuso. Despacio y deprisa al mismo tiempo.

Tenía los tímpanos inflamados, y las explosiones que surgían de todas partes le sonaban como palomitas de maíz dentro de una cazuela. Formaban enormes flores silenciosas y lentas que se abrían y se esfumaban.

Sacó su pistola de una forma ajena a él, y empezó a tener constancia de donde estaba y los peligros que le acechaban con ojos de lobo.

Había soldados por todas partes. Alemanes y aliados. A su espalda, dos de sus hombres disparaban sus rifles, con el barro cubriéndoles todo el cuerpo, como si fueran lombrices de tierra.

Algo más atrás, varios tanques aliados disparaban sus bombas hacia adelante, como si el propio horizonte fuera el enemigo. Recordó que habían pedido refuerzos, y las cosas se estaban complicando. Desde la retaguardia habían aparecido pequeños coches de combate. Se encontraban en mitad de la batalla. Tras un edificio cercano, un par de enormes ametralladoras vomitaban balas al ritmo acelerado de su corazón.

El suelo temblaba. Por las balas. Por los tanques. Por el miedo. Y Nicholas no hacía más que disparar hacia adelante sin siquiera agacharse y buscar refugio. El barro se le metía en los ojos, como una joven adolescente desmaquillada por las lágrimas. Identificó el borrón parduzco de lo que sería uno de sus hombres y reparó en que este le miraba directamente mientras le gritaba y hacía gestos con las manos.

—¡Teniente! —decían las formas de sus labios, aunque en realidad no podía oírle—. ¡Al suelo!

Tenía sentido. Al suelo.

Pero justo cuando se disponía a hacerlo, lo vio.

Un Junker Ju 87. Uno de esos aviones Stuka de los que tanto se hablaba en aquellos días. El arma alemana que más les había jodido desde que había empezado la guerra. Auténticos acróbatas del aire poniendo su destreza al servicio de la muerte.

Aquellos pequeños aviones, que parecían enormes gaviotas de acero, eran capaces de hacer picados impresionantes y soltar sus bombas a menos de cuatro metros de altura de sus tanques. De haber tenido los oídos sanos, Nicholas se habría cagado en los pantalones al escuchar su característica sirena mecánica a la que llamaban Trompeta de Jericó.

El avión empezó a trazar un increíble dibujo en el cielo mientras se precipitaba peligrosamente hacia el suelo. Nicholas contenía la respiración, fascinado. En cada ocasión, el avión repuntaba en el último segundo, en búsqueda de un ángulo más exacto para soltar la carga. Viéndolo, el corazón se te paraba durante los segundos

anteriores a la remontada, para luego explotar todo tu cuerpo en un caudal de adrenalina.

De repente, su vida ya no importaba. Ni las balas. Ni los nazis. Solo aquel magnífico espectáculo que te hacía sentir la magia y te daba ganas de aplaudir.

Una y otra vez, el avión subía y bajaba en precisos tirabuzones, como un trapecista en la pista. La fascinación lo clavó allí, en mitad de la batalla. Con la mirada fija en el cielo, los ojos entornados y la boca abierta en un gesto de asombro.

Ni siquiera movió un músculo cuando el Stuka soltó una bomba bastante cerca de su posición.

Cuando la onda expansiva le alcanzó de lleno aplastándole la cara, sintió que su mundo recuperaba el sentido.

Aquello era tensión. Aquello era espectáculo.

Aquello, por mucho que quemase, era circo.

12

Las pupilas se le emborracharon de blanco. Tanto, que de no ser por los gemidos de dolor del tipo de la cama de al lado, bien podía haber confundido aquel hospital con el paraíso. Hacía meses que sus ojos no procesaban colores tan puros e inmaculados y por un momento se sintió como un ser llegado de otro planeta. Más bien como un viajero a punto de partir, puesto que fuera, tras la ventana, podía escuchar el sonido de algún carro de combate atravesando la calle, pero sin explosiones, como si fuese un animal que obligatoriamente tuviera que formar parte de todos los paisajes del mundo.

Enseguida sintió el raro contacto de las vendas sobre el rostro. Exploró con las manos con sumo cuidado, detectando texturas y dolores. Haciendo un balance de pérdidas.

—Tenga cuidado, teniente Campbell. No hable.

La voz era suave y delicada, pese a lo grave de su tesitura. Se trataba de un enfermero joven sin ningún tipo de distintivo militar. Alto, delgado y enjuto. Con mirada clara y comprometida. Su acento era inconfundiblemente británico.

Desobedeciendo la orden, intentó preguntarle dónde estaba, pero se percató de que la venda del rostro se extendía más allá de su cráneo y ambas sienes, cubriéndole las mejillas y conformando una mortaja que le impedía mover la mandíbula. Sus ojos debieron mostrar auténtico terror, porque el enfermero se apresuró a tranquilizarlo

tocándole el hombro.

—No, tranquilo, tranquilo. No es grave. Tuvo una fuerte conmoción y estuvimos a punto de perderle. Lleva inconsciente cuatro días. Las fiebres han sido terribles, pero creemos que ya está fuera de peligro.

Nicholas frunció el ceño y se señaló el vendaje con una mano.

—Sí —confirmó el enfermero—. Una herida muy fea. Un trozo de metralla le cortó la mejilla y fracturó varias piezas dentales. Aunque los médicos de campo hicieron un buen trabajo en el hospital de campaña.

Recapacitó unos segundos antes de añadir:

—Bueno... teniendo en cuenta las condiciones, claro.

El tipo de la cama de al lado no dejaba de gemir, soltando pequeños gritos de impotencia que recordaban bastante a lo que en realidad era: un animal herido. Nicholas posó su mirada en él, una momia cubierta completamente de vendas teñidas de un tenue color marrón.

—Quemaduras —dijo el enfermero como única explicación—. Un bombardeo en Dresde. ¡Bombas de fósforo! ¡No me jodas!

Nicholas parpadeó desde su camastro.

El joven se veía claramente irritado, probablemente hastiado de tantas muertes injustas y caprichosas. Como buen hombre de profesión vocacional, se le notaba un marcado respeto por la vida. A Nicholas, en esos momentos, le sucedía todo lo contrario. La detestaba.

—¿Qué somos? ¿Salvajes? —preguntó al aire, alzando ligeramente el tono de voz—. La ciudad ardió durante tres días.

Como si se hubiese dado cuenta de que aquel no era ni el sitio ni el lugar, respiró hondo, buscando la calma en algún rincón de su estómago, mientras Nicholas le miraba sin pasión alguna. Sin lástima. Sin rabia. Sin nada.

—¿Y sabe qué es lo peor? —preguntó el sanitario para sí mismo, en un susurro apenas audible—. Que el ataque era de los nuestros.

Lo dijo con un enorme pesar en la mirada, con una carga sobre los hombros formada de amputaciones y sangrías médicas, como si tuviese las piernas aprisionadas con grilletes de aberración.

—Esta guerra es una mierda —concluyó.

Allí, bajo la luz del frío sol que entraba por la ventana, Nicholas descubrió que nunca en toda su vida había estado tan de acuerdo con alguien.

Aquella guerra era una mierda y, por supuesto, no era suya.

Ni le comunicaron las bajas ni él las preguntó, pero según supo al día siguiente, la misión había sido un éxito. Finalmente habían podido desenterrar toda la munición, debilitando así el frente enemigo en toda la zona. No le costó imaginar a su familia frotándose las manos desde las sombras del alto mando sobre el impulso que aquello supondría a su carrera. Encumbrando una vez más el apellido Campbell como una única unidad de batalla que tuviera que ser recordado en los anales de la guerra. Como si hubiera que colmar su apellido de todos los galones posibles.

Según le comentaron, la URSS había tomado el control definitivo sobre la región de los Balcanes, y en el otro bando, Roosevelt, Stalin y Churchill empezaban a hablar de repartirse el pastel antes de tiempo. El conflicto parecía sentenciado, pero Hitler no parecía entrar en razón y continuaba jugando a su juego de guerra desde el interior de un búnker en Berlín. Si bien la guerra parecía finiquitada, aún quedaba muchísima mierda que tragar. No hay peor enemigo que el que se sabe derrotado y no le queda nada que perder.

Y entonces llegaron a su cabeza las palabras más sabias que había escuchado últimamente: «Alguien te quiere mal».

Fue como un relámpago que le atravesó el alma. Una evidencia que había tenido delante de las narices durante toda su vida, una realidad que pudo asimilar una vez terminada la disputa internacional bélica más importante de la historia.

Alguien le quería mal. No había orgullo en su familia por las victorias logradas, sino peligros que le empujaban a una muerte con honores. Y cuanto más grande fuera el intento de proeza que le llevara a la tumba, más brillarían los galones en el apellido Campbell.

Alguien le quería mal. No habría batalla que le acercara a su gente, porque su gente jamás había querido tenerlo demasiado cerca. Porque su estirpe no había nacido para hacerle bien al prójimo, sino precisamente para todo lo contrario. Amarás al prójimo como a ti mismo. Amarás tu apellido por encima de todas las cosas. Qué errados habían estado los evangelistas.

Alguien le quería mal. Y no habría avión que le elevara el espíritu, ni acorazado que protegiera su alma. Alguien le quería mal. Jodidamente mal.

Nicholas no era consciente de lo que hacía hasta que sus pies colgaron del camastro y tocaron el suelo helado de la sala del hospital. Había sido un movimiento retardado. Los músculos habían empezado su tarea y luego el cerebro buscaría las razones. Solo sabía que tenía

que moverse, lejos. Lejos de la guerra. Lejos de las armas. Lejos de aquellas bombas de fósforo, fueran lo que fueran.

Junto a la cama, sobre la silla, estaba su uniforme lavado, planchado y cuidadosamente doblado. Casi como si fuera de cartón. Lo miró con cierto recelo y le entraron unas náuseas terribles. En el suelo, a los pies de la cama, estaban sus botas.

Nicholas sonrió con amargura, sintiendo la tirantez de los puntos. Una lágrima escapó de su ojo y fue rápidamente absorbida por la venda de su rostro.

Alguien le había limpiado las botas. Estaban impolutas.

14

Empezó a nevar y la claridad de cada copo contrastaba con el sucio marrón de la venda. Tras varios días caminando sin rumbo por las calles de Frankfurt, toda su ropa se había contagiado del tono ocre que tenía el planeta. Esa enorme capa de saturación que había teñido la piel de Europa como una huella imborrable.

Dos semanas después de abandonar el hospital, todo rastro militar había desaparecido de su atuendo. En su lugar, un abrigo largo de solapa ancha cubría todo su cuerpo. Olía un poco a cadáver —quizá en sus tejidos o quizá en sus recuerdos— pero le protegía a la perfección del invierno. Además, le hacía mimetizarse perfectamente con los rostros demacrados de los civiles que trataban de levantar de nuevo el mundo.

La hambruna no le importaba demasiado, mientras que la difteria se mantenía alejada de él como una amante precavida. El vendaje hacía las veces de abrigo y de máscara al mismo tiempo, aunque sabía que, probablemente, nadie le estaba buscando. Eso, sumado al hecho de que no pronunciaba palabra alguna, había conseguido mantenerle alejado de cualquier tipo de problemas. No desentonaba en las enormes colas de ayuda humanitaria para conseguir un plato caliente de sopa con un mendrugo de pan. Y no era solo la herida lo que le mantenía la boca cerrada, sino el sentimiento de que, después de tanta mierda, cualquier cosa que dijese no sería más que una simple trivialidad.

Se había deshecho de sus botas y las había intercambiado por unos viejos zapatos de obrero, mucho menos cálidos para la piel, pero infinitamente más gratificantes para el espíritu.

Caminaba a través de la calle empedrada de la zona vieja de la ciudad, cuando algo en un muro le llamó la atención. Se trataba de un

cartel de publicidad militar. No entendía las letras en alemán, pero los dibujos parecían decir algo así como: «mientras vuestros maridos se parten el culo en combate, las abnegadas mujeres podéis ayudar en las fábricas de munición». Otro eufemismo de Himmler, ya que, a esas alturas, el trabajo en las fábricas era obligatorio bajo pena de traición.

Cuidadosamente representada, una hermosa mujer de ojos enormes sonreía frente a una cadena de montaje de balas de cañón.

Se quedó fascinado mirando la imagen sin saber muy bien por qué. Como si una fuerza sobrehumana le llamase desde la tinta. Era algo que había notado su cerebro antes que él mismo. Hasta que reparó en lo que realmente le había llamado la atención: en un punto del papel, un exceso de cola había transparentado el lienzo y se distinguía ligeramente el anuncio de debajo. Solo se adivinaban unas franjas rojas y blancas, pero aquello era suficiente para activar algo en la cabeza de Nicholas.

Se acercó despacio, casi sintiéndolo vibrar, y de un tirón rápido y decidido arrancó la mitad del cartel superior, rasgando la cara de la chica de una forma macabra y siniestra.

CIRCO

Cada letra era como una medalla para Nicholas.

EL GRAN BINGO

LA MAYOR BESTIA QUE RESPIRA

En el rótulo aparecía el dibujo de un elefante de dimensiones desproporcionadas, ataviado con unas ornamentadas alfombras persas. A su lado, junto a las patas, un domador de paquidermos levantaba con la mano un pequeño arpón claramente insuficiente en caso de peligro.

Casi temblando, emocionado, se fijó en la fecha que tenía impreso en letras rojas. No hacía ni un mes que el circo había estado en aquella ciudad. Arrancó cuidadosamente un enorme trozo del cartel, que mostraba casi todo el elefante, y lo dobló como si se tratase de la seda más pura y costosa del planeta. Lo guardó en el interior de su chaqueta desgastada.

Luego se metió las manos en los bolsillos y sintió auténtica felicidad por primera vez desde hacía varios años. Posó la mirada en el suelo, casi esperando ver una enorme huella de elefante, y comenzó a caminar mucho más animado.

Sonrió y se le saltó uno de los puntos de la herida, aunque eso no le importó en absoluto.

En ese momento, solo pensaba en cómo conseguir una baraja francesa.

Parte 4
1952.
Encuentros y reencuentros

1

Las luces del camerino habían perdido sabor. Cada vez más tenues. Cada vez más opacas. Cada vez más embusteras. Las mismas bombillas que durante años habían rodeado su espejo, y que un día se le habían antojado auténticas puertas del cielo, ahora se habían convertido en una suerte de focos oscuros que apenas si conseguían alumbrarle los ojos por debajo de la chistera.

Nicholas sujetó el vaso y no recordó lo que estaba bebiendo hasta dar el primer sorbo. Vodka, quizá. O puede que aguardiente. La calidad no le permitía ser más exacto. Corrían malos tiempos para el circo y era habitual comprar el licor local que fuera más barato, en un rápido cálculo de rentabilidad consistente en una fórmula matemática que relacionaba el precio de la botella con el número de grados de alcohol que contenía.

A su lado, Román compartía espejo, suerte y botella, como si realmente fueran amigos. Como si aquel mundo lo permitiera. Tenía que admitir que era con el único que había sentido cierta afinidad.

—Poca gente hoy —dijo por hablar de algo. —Ajá —respondió su amigo—. Malos tiempos.

Sí, lo eran. El entusiasmo del fin de la guerra había terminado hace años. Ahora solo quedaba la decepción de una realidad que no era tan buena como se añoraba durante el conflicto. Una fuerte depresión azotaba a todo el continente y la ilusión del circo era un precio que pocos querían —o podían— permitirse. De hecho, el valor de las entradas en taquilla hacía tiempo que rozaba lo humillante.

En cuanto a la magia, la crisis en ese aspecto se duplicaba. La capacidad de asombro de la gente había desaparecido tras ver cómo una sola bomba podía acabar con una ciudad como Hiroshima en menos de un minuto. Después de aquello, cualquier truco de magia palidecía por su simpleza. Sobre el escenario, cuando era Magic Alabama —nombre impuesto por el antiguo director del circo y que Nicholas odió desde un principio aunque lo hubiera tolerado como suyo— ya no se sentía tan cómodo ni extasiado como en los primeros años. A menudo se veía obligado a reprimir sus deseos de fallar un truco intencionadamente, consciente de que eso sorprendería al público más que el propio éxito.

Acarició despacio su espesa barba negra, levantando el cabello y dejando ver la vieja cicatriz de guerra que parecía alargarle la sonrisa. Una década después y seguía tan profunda como los primeros meses. Dio un sorbo para apurar el vaso, intentando quitarse de la boca el

sabor a sueño añejo y podrido. El Circo, como todo en la vida, le había decepcionado.

Los primeros años se sintió como si viajara en una nube. El público. Los focos. Los aplausos. La adrenalina. Tan feliz, que a menudo pensaba que no había sobrevivido a la explosión del agujero y que se encontraba en algún Edén especial para magos y trapecistas.

Pero el tiempo lo empañó todo y las caras de asombro del público eran cada vez más escasas. Solo los niños seguían sorprendiéndose casi siempre, aunque a Nicholas aquello no le consolaba. Se sentía hueco, y nada lo llenaba. Siempre se trataba del vaso medio vacío: el de whisky y el de su alma. Como si su estado de ánimo hubiera naufragado, sin ninguna isla del tesoro en leguas a la redonda.

—Román —dijo mientras volvía a rellenar el vaso—, ¿tú eres gitano? El español sonrió por la ocurrencia.

—Algo habrá —respondió, sin dejar de mirar su reflejo en el espejo.

—Un gitano llamado Dakota, ¡no me jodas! —bromeó Nicholas, visiblemente embriagado—. Brindo por ello.

El pistolero levantó su vaso frente al espejo y ambos brindaron con sus reflejos como cuatro amigos en una cantina. Cada vez con menos motivos para celebrar nada.

Cada vez con más ocasiones para ello.

2

La historia de Román Cruz era otra historia de guerra. Larga, terrible y cotidiana, como resultaban todas.

Hijo de un peón operario de una fábrica de munición al norte de España, desde niño tuvo contacto con todo tipo de armas de fuego que su familia custodiaba por si llegaban tiempos peores. Nunca pudo afirmar que le gustaran, ni todo lo contrario; sencillamente, formaban parte de su vida. Y por eso las coleccionaba. Las contemplaba como si fueran la primera maravilla del mundo. De modo que, con esa familiaridad que los niños adquieren con todo objeto que cae en sus manos, no tardó en aprender a disparar de una forma extraordinaria. Era algo innato. Básico. Natural. No tenía más que fijar un blanco y durante el siguiente latido que emitiera su corazón conseguía sincronizar el pulso con la presión de su dedo, logrando una destreza con la que rara vez fallaba un disparo.

Vivió su juventud entre pólvora y aceite de revólver, hasta que a los veintiún años fue absorbido por el ejército de un país que

empezaba a dividirse.

Luchó en el bando franquista durante la Guerra Civil Española, ni por pasión ni convicción política, sino porque eligió el bando que le resultaba más cercano. Vistió uniforme, fijó enemigos y falló pocos disparos hasta que ganaron cada batalla y terminó el conflicto.

Aquello no le produjo alegría, tristeza ni orgullo, sino tan solo un alivio cómodo de saberse un soldado útil y no necesitar volver a pensar cómo podía arreglárselas en el futuro próximo. Además de proporcionarle el rango de suboficial y un sueldo medianamente aceptable.

Estuvo un tiempo como instructor de armas en el ejército falangista español —porque el destino tiene esos caprichos y suele empujar a cada persona hacia su lado de la pista—, y comprobó con indiferencia cómo el fascismo empezaba a remover las tripas de todo el continente. Alemania invadió Polonia, mientras que él no hacía más que gastar munición en los campos de entrenamiento.

Oficialmente España no iba a participar en el conflicto. Así se lo manifestó públicamente el General Francisco Franco al mismísimo Adolf Hitler en la reunión de Hendaya, sin saber este último que, de haber hecho el más mínimo movimiento en falso dentro del vagón del Erika, Román Cruz le habría volado la cabeza desde su posición oculta en una colina a trescientos metros de distancia. Tenía órdenes directas de disparar a la menor señal de peligro y no le habría temblado el pulso aun conociendo la importancia política mundial de su objetivo. Y no es que no le hubiera temblado el pulso porque no temiera las consecuencias de matar al hombre más relevante en ese momento del planeta, sino que a Román Cruz, cuando se trataba de disparar, jamás le temblaba. Jamás dudaba. Nunca erraba.

Sin embargo, pese a las declaraciones públicas del Generalísimo, España sí que apoyó finalmente a Alemania en la Segunda Guerra Mundial. En 1943, alguien propuso a Román alistarse como voluntario en la División Azul en virtud de ayudar a las tropas alemanas en el asedio de Stalingrado. Su respuesta fue un simple encogimiento de hombros. Aquello tenía lógica: era soldado y los soldados luchaban en las guerras.

En menos de una semana estuvo en primera línea de ataque, helándose las pelotas en los campos inhóspitos de Rusia, esquivando balas, lobos, frío y disentería, como si el mismísimo Dios estuviera en desacuerdo con su invasión. Pero él luchaba sin ánimo ni desánimo, casi como si se tratase de un juego. A veces como francotirador y otras veces con ataques cercanos puerta a puerta, pero siempre con disparos certeros y compitiendo únicamente contra su propia habilidad.

Marcándose disparos imposibles como objetivos y celebrando cada blanco con un ligero levantamiento de cejas.

Iban perdiendo, de eso no cabía duda. El asedio duraba ya meses y los rusos no hacían más que recuperar los pocos metros de terreno industrial que lograban arrebatarle a sus dominios conquistados. Aquellos tipos eran duros, y no tenían ninguna intención de perder la fantasmagórica ciudad de Stalin.

Cierto día, mucho más tarde de lo que un general inteligente hubiera considerado aceptable para la retirada, Hitler ordenó un nuevo ataque a una zona residencial a las afueras de la ciudad. Las fuerzas y los ánimos estaban bastante mermados, hasta el punto de que habían empezado a producirse las primeras deserciones en plena noche, conscientes todos ellos de que era mejor ser repudiado por tu país que masacrados o congelados por aquel implacable país soviético. De modo que los soldados tenían bastantes reticencias a obedecer las órdenes.

Además, el ataque era suicida y poco deliberado; una decisión tomada a la ligera. El terreno no les era propicio y la zona estaba infestada de aquellos temibles Órganos de Stalin. Pero tampoco tenían muchas otras opciones, de manera que salieron de las trincheras y lanzaron la ofensiva. Habían escuchado rumores sobre las órdenes directas de Hitler a sus oficiales superiores de ejecutar sobre el terreno a cualquier soldado que tratara de desertar, pero ninguno llegó a creerlo hasta que realmente lo presenciaron de primera mano.

Les estaban dando plomo por todos lados. Aquellos lanzacohetes no parecían agotar nunca su munición, pese a los meses de asedio a la ciudad. Román había conseguido avanzar apenas cincuenta metros en las dos horas que llevaban de combate, y el número de bajas era más que preocupante. Pero entonces, vio la peculiar e inhumana escena por el rabillo del ojo.

Un joven soldado que parecía haberse quedado sin munición, emergió de la fuente de piedra en la que se encontraba oculto y echó a correr hacia la retaguardia, ligeramente inclinado para esquivar las balas que caían a su alrededor como una lluvia de esquirlas de plomo. Entonces, el coronel alemán que lideraba el ataque sacó de la cartuchera su Luger de calibre 22 y disparó sin dudarlo a la cabeza del soldado.

Aquello pulsó algún interruptor perdido en la mente de Román Cruz, quien pese a su infinita indiferencia ante el mundo siempre había sido un hombre leal. Le sacudió como un torbellino, y de pronto sintió el impacto de la dura y cruda realidad en la que estaba metido. Decidió que aquella mierda era toda la que estaba dispuesta a

tragarse. La demás la escupiría.

En un momento, todos los colores de los uniformes desaparecieron, se disiparon en un encharcado borrón indescifrable, convirtiendo a cada ser humano en un simple blanco móvil.

Sus manos volaron como relámpagos y sus balas se subieron al escenario. Había llegado su turno.

Una hora más tarde, Román se encontraba a varios kilómetros de Stalingrado, con una pistola en cada mano, un montón de munición en el bolsillo y la incertidumbre de si había matado amigos o enemigos.

Su única certeza era que no había fallado ni un solo disparo.

3

—Estaba pensando —dijo Nicholas mientras rememoraba la historia de su amigo—, que habría dado todo lo que tengo por verte matar nazis y rusos a dos pistolas.

Román sonrió al recordarlo, seguramente orgulloso de la proeza de haber acabado con más de una treintena hombres en menos de veinte minutos, en el entorno más hostil que nadie pueda imaginarse.

—De hecho —continuó meditabundo—, creo que mucha gente pagaría fortunas enteras por ver algo así. ¿Imaginas?

El español le miró sorprendido, viendo en los ojos del mago algo oscuro e inquietante.

—¿A qué te refieres, amigo?

Nicholas carcajeó y miró al pistolero en el reflejo del espejo.

—Nada, hombre. Nada —dijo, intercalando las palabras entre las risas—. Solo bromeaba.

Dio otro sorbo al vaso y arrellanó su cuerpo sobre la silla del camerino. Román soltó un eructo. Ambos soltaron una carcajada.

Cuando se calmaron, Nicholas volvió a hablar:

—Lo que no es una broma es que el público está cansado de los mismos números de siempre.

—Puede ser —admitió el español con desgana.

—Además —dijo el mago—, este circo es un puto desastre.

Realmente lo era. El director del circo —y domador de leones— tenía un serio problema con la cocaína y estaba sumiendo a la empresa en la más absoluta de las decadencias. La gestión era pésima. Hacía años que no se invertía ni un solo dólar en renovar carpas, material o animales. Los leones cada vez menos fieros. Las bestias cada vez más rústicas. Bingo, el elefante gigante, había muerto de una extraña enfermedad cinco años atrás.

Era tal su adicción a las drogas que a menudo solía actuar en pleno viaje, lo que obligaba a Román Dakota Cruz a permanecer alerta tras bambalinas, preparado para sacrificar de un disparo a los leones al menor síntoma de peligro.

—Un puto desastre —convino Román.

Ambos bebieron callados durante un rato, mirando sendos reflejos, mientras de fondo sonaba la actuación en la pista, con tímidos aplausos y las ocasionales risas de los niños.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto, Alabama? —preguntó el español a bocajarro.

—Si tuviera dinero —dijo con el entusiasmo de quien soñaba despierto— , montaría mi propio circo —hizo una pausa teatral—. Pero sería un circo completamente diferente —levantó la mirada hacia la lona del techo. Imaginando cosas—. Completamente diferente.

—¿Y querrías un socio? —preguntó Román. Nicholas giró la cabeza y lo miró.

—¿Un socio? ¿Quién? ¿Tú?

Román no respondió, solo se levantó de la silla y empezó a ajustarse su vestimenta para entrar en la pista. Lucía un ridículo traje de pistolero blanco, adornado con abalorios y lentejuelas, con el toque de un sombrero enorme. A la espalda, bordado en rojo brillante, podía leerse la palabra Dakota.

Al ver que no respondía, el mago continuó.

—Por supuesto que sí, amigo —dijo con sinceridad—. No estaría nada mal.

Levantó la copa una vez más, como si aquel gesto sustituyera a la mejor de las promesas. Dio un sorbo.

—¿Y si te dijera que tengo dinero?

La pregunta de Dakota le golpeó como una bofetada del destino.

—¿Dinero? —preguntó con la boca llena de alcohol—. ¿Cuánto?

—Digamos que lo suficiente...

—Pero haría falta una cantidad bastante importante.

—Créeme, Alabama, tengo lo suficiente para cubrir mi parte si fuésemos al cincuenta por ciento —dijo ajustándose el corbatín sobre el cuello de la camisa—. Consigue tu parte y ya tienes un socio.

Román Dakota Cruz extendió el brazo y le ofreció la mano.

—¿Y de dónde coño has sacado tú tanto dinero? —preguntó Nicholas mientras se la estrechaba con cierto recelo.

—De una chistera, como harías tú, ¿no?

—Mis chisteras no están para muchos trotes. Vamos, Dakota, ¿de dónde sacarías la pasta?

El pistolero se apartó y extrajo sus pistolas de un cajón del

tocador para introducirlas en sus cartucheras, y aquello casi respondió la insistente pregunta de Nicholas. Aun así, el español fue algo más elocuente.

—En cada pueblo siempre hay ciertas historias de celos —explicó —. Y por norma general, los tipos que tienen más dinero que moral no terminan de solucionar los problemas por sí mismos...

—Y tú te encargas de solucionarlos —completó Nicholas fascinado. —Ajá. Yo proporciono el plomo que hace falta.

Ninguno de los dos tenía el espíritu intacto ni problemas de conciencia, por lo que no se produjo ningún juicio de valor dentro de la habitación. Un esbozo de sonrisa y unos hombros encogidos, nada más.

—¿Y no te preocupa matar gente inocente?

—Nadie es inocente. Todo el mundo tiene algo por lo que pagar.

—Bueno...

Román abrió los brazos con las palmas hacia arriba, como si se quitara la culpa de encima.

—En cualquier caso, no es asunto mío —dijo tranquilo—. Además, yo trabajo para el mejor postor. Y como se suele decir, el dinero manda.

Aquello distaba mucho de ser una justificación, pero para ambos fue más que suficiente.

—Claro, hermano —sentenció Nicholas.

—Ya me toca salir —dijo colocándose el sombrero.

La simple idea de que alguien pudiera pagarle un buen puñado de dólares a Román por acabar con él, hizo que Nicholas sintiera un escalofrío en la parte baja de la espalda.

—Consigue tu parte, Alabama, y seremos socios. Ya es hora de que nos llegue la fama.

—Cuenta con ello —respondió Nicholas, animado por la idea y por el licor.

Por primera vez, intercambiaron un chocar de copas. Luego bebieron. Volvieron a quedarse en silencio, escuchando de fondo el inconfundible redoble de tambores que indicaba que los trapecistas se jugaban la vida sobre las cuerdas. Dakota dejó su copa encima de la mesa de maquillaje y se dirigió a la puerta del camerino.

—Por cierto —dijo Nicholas antes de que saliera—. He recibido un mensaje. Mi padre ha muerto.

El español se volvió debajo del umbral y lo miró de arriba abajo. La respuesta le llegó sin dudar, y, con un leve toque en el ala de su sombrero, al estilo de un valioso vaquero del oeste, le hizo un gesto de cortesía. Levantó una mano en la que sostenía una copa invisible y le

dijo:

—Brindo por ello, Alabama.

Nicholas levantó la copa y aceptó el brindis.

No tenía claro sus sentimientos, pero sabía que la ocasión lo merecía. El mundo sería un poco menos terrible ahora.

4

Solo en el camerino, volvió a atusarse la barba para cubrir la cicatriz de su cara todo lo posible. No le gustaba que nadie pensara de él que era un monstruo deforme y malogrado, aunque dudaba de que alguien pudiera verle de otra manera distinta.

Pensó en su familia, sintiéndose pequeño e indefenso. Toda la seguridad que demostraba frente al público se esfumó, convirtiéndose de nuevo en su perro Circo. Sentía algo en el corazón, como un arañazo, pero sabía que no era añoranza. Había pensado que jamás los echaría de menos, al menos hasta que no los hubiera perdonado; o se hubiera perdonado a sí mismo, aunque no tenía claro de por qué tenía que perdonarse.

En realidad, había contactado con ellos varios años atrás, mediante una carta enviada a su vieja casa de Alabama, de la que no recibió respuesta hasta transcurridos varios meses. Seguramente, todo ese tiempo fue el que necesitó su madre para atreverse a escribirle, dejar atrás el castigo por haber abandonado su país, por haber abandonado su apellido y por haberla abandonado a ella.

Sin embargo, al final la mujer había cedido... quizá había encontrado en la Biblia algún versículo que le obligaba a perdonar a su hijo prófugo. Pero el caso es que Helena envió de vuelta una carta que a fin de cuentas resultó demasiado pesada para un Nicholas convaleciente de espíritu.

Al parecer, la guerra se había cebado con los Campbell. Todo el entusiasmo y formación militar que habían recibido sus hermanos parecía no haber servido para mucho.

Dominic había fallecido en una campaña militar al norte de África contra las tropas de Rommel, seguramente en un estúpido intento de impresionar a los altos mandos haciendo algo que le proporcionara una medalla, y ni siquiera lo habían avisado para el entierro —aunque probablemente lo hubiesen intentado sin lograr contactar con él—; y su otro hermano, Billy, había perdido una pierna en algún páramo recóndito al norte de Bélgica. Un final prácticamente predecible para dos hombres que siempre amaron la guerra, pero que solo se la

tomaron en serio en apariencia. A Nicholas no le costó imaginarse a su padre invadido por una mezcla de melancolía y orgullo tras ver a sus hijos tan víctimas de la guerra como condecorados por ella.

Lo odió una vez más, quizá no por última vez, y decidió no volver a contactar con su familia. No quería volver a escuchar hablar de ellos. Prefería dejarlos solos con sus armas y sus medallas. Alejado de ellos, sabría curar el dolor que lo atenazaba.

Y así habían transcurrido los días, las semanas y los meses. Años, también. Y la ausencia de noticias durante tanto tiempo le resultó reparadora.

Hasta que varios días atrás recibió una escueta carta de color hueso donde le comunicaban que un cáncer de páncreas había conseguido lo que no lograron varias guerras por mucho que lo intentaron: acabar con la raíz de los Campbell. Su padre.

Si le hubiesen puesto una pistola en la sien y preguntado por qué sentía la necesidad de volver a casa por el funeral de su padre, no habría sido capaz de responder. No tenía la respuesta, así de simple. En cualquier caso, había solicitado —y le habían concedido a regañadientes— unos días de permiso en el circo, y reservó un billete para un vuelo de la aerolínea Pan Am que saldría a la mañana siguiente desde la capital. No le quedaba más remedio que volver a Estados Unidos para luchar contra sus fantasmas. Se lo debía a su madre y se lo debía a sí mismo.

Quizá, frente a la tumba de su padre, fuera capaz de deshacerse de unos invisibles y pesados sacos de arpillera repletos de rencor, miedo y locura que le cargaban el espinazo. En vez de lanzar flores al hoyo, pensaba escupirle ese regusto de amargura que residía desde hacía mucho tiempo en su paladar.

El sonido de los disparos en la pista le trajo de nuevo a la realidad.

Enseguida sonaron los aplausos. Los más sinceros de toda noche: Dakota, como solía ser habitual en él, había conectado con el público.

Nicholas sonrió y barajó las cartas con una sola mano, algo que hacía de forma automática, pues en los últimos tiempos siempre llevaba una copa de vodka en la otra. O de whisky, lo mismo daba.

Durante un rato se olvidó de su familia y pensó en la oferta de su amigo Román.

No sabía cómo iban a conseguirlo, pero estaba seguro de que lo lograrían.

—Necesitaremos un gigante —susurró a su reflejo con una mueca —. Un gigante descomunal.

Una alfombra de nubes perezosas separaba su asiento del avión del resto de la tierra. Quizá debajo de ellas llovía. O tronaba. O un puede que un volcán hiciera erupción irremediablemente, arrasando a toda la humanidad y llevándola directamente al infierno. Seguro que en algún lugar, allá abajo, había gente matando gente. Seguro que había robos, violaciones, abogados. Seguro que había mierda. Seguro que había muchos Campbell.

Nicholas apuró el último sorbo de su vaso de whisky y estuvo tentado de pedir el tercero en menos de una hora, pero el poco pudor que le quedaba a esas alturas de su vida le hizo sentir vergüenza sobre lo que podría pensar de él aquella guapísima azafata de enormes pechos apretados. Así que sujetó un poco los temblores por el ambiente frío del aparato y se arropó hasta los hombros con la manta que habían repartido al comienzo del vuelo.

Detestaba tener que hacer aquel viaje, pero sabía que no tenía otra opción. De alguna forma, su espíritu lo necesitaba. Aunque allí, atravesando el océano Atlántico por encima de las nubes, sintió que los problemas mundanos no podían alcanzar aquella altura. Casi deseó aterrizar y encontrarse un maldito mundo desolado. Quizá solo así tuviera paz. Tal vez así se apagase el fuego que le quemaba por dentro y que el licor no conseguía apaciguar. Pero sabía que aquello era imposible. El mundo, por cabrón que fuera, siempre seguía girando.

Pero allí arriba se sentía feliz, sin que el tufo de la humanidad le impregnase los pulmones, lo que le llevó a concebir una idea terrible y etílica: el avión no tenía por qué aterrizar.

Era una locura, impropia de gente civilizada, pero también era posible. Y más difícil todavía.

Se incorporó innecesariamente sobre su asiento y al hacerlo tiró al suelo el vaso de whisky vacío, llamando la atención de la azafata y el resto de pasajeros. No le importó que las miradas se centraran en él, de hecho estaba acostumbrado, y rápidamente todos perdieron el interés, retomando sus menesteres. Otro hombre maduro pasado de copas ya no era noticia en aquellos días.

Cerró despacio los ojos e imaginó sus blancas manos invisibles. Esas con la que conseguía tocar las cosas sin tocarlas. Al principio, las proyectó como solía hacerlo —unas perfectas manos humanas de piel lisa y blanca, sin ningún tipo de huella dactilar—, pero poco a poco empezó a alargarles los dedos, de una forma grotesca y fantasmagórica. Cuando eran lo bastante grandes, las sacó del avión sintiendo —imaginando— el frío del exterior, y sujetó con fuerza

ambas alas del aparato.

Nada más hacerlo notó la vibración de las hélices sobre el metal. Un movimiento leve y continuo que resultaba casi agradable para la mente. No solía «sujetar» objetos tan grandes, de manera que, con la cantidad de alcohol que llevaba en la sangre, era muy probable que no pudiera llevar a cabo el movimiento, pero aun así lo intentó.

Empleando todo su potencial, empujó ligeramente las alas, haciendo que todo el aparato se meciera a un lado. Apenas un balanceo inocente, pero que le hizo sonreír por debajo del bigote. Notó enseguida que la resistencia se intensificaba, y no le cupo la menor duda de que se trataba del piloto, cagándose encima por el desconcierto, tirando fuerte de la palanca para controlar el vuelo.

Incrementó un poco la fuerza, consiguiendo esta vez que el avión protestara por el movimiento, desestabilizándose peligrosamente y sembrando la alerta entre las azafatas, que simularon normalidad de forma bastante deficiente. Eran veteranas en eso de volar y sabían diferenciar perfectamente lo que era una turbulencia de lo que no. El aparato crujió, mientras que Nicholas forcejeaba con la destreza del piloto, seducido por el reto y sin pensar en las posibles consecuencias.

Se concentró por encima de su embriaguez y de pronto se sintió muy fuerte. Fijó con fuerza las alas, apretando sus nudillos invisibles, y meneó el avión arriba y abajo. En menos de dos segundos colocó la aeronave en un ángulo de más de treinta grados sobre su eje horizontal, invadiendo de pánico toda la cabina y sintiendo cómo el viento empezaba a empujar de forma peligrosa el fuselaje.

Aguantó en esa postura unos cuantos segundos más, dejando patente su victoria frente al piloto y disfrutando de los gritos de terror que acompañaban los rostros desencajados de los pasajeros. Aquel era, sin lugar a dudas, el espectáculo más impresionante que había presenciado en toda su vida. Reflejo de ello era la reacción del público: sincera, espontánea, pura. Aquello, en cierto modo, también era circo.

Después, eufórico, soltó despacio las alas y dejó que el piloto volviera a retomar el control. Se arrellanó en el asiento y ni siquiera esperó a que la azafata recuperase la compostura y tranquilizara al resto de los pasajeros para pedirle otro vaso de whisky. Qué demonios. Que pensase lo que quisiera.

Alabama ya debía de estar por debajo de sus pelotas.

El entierro de su padre fue calcado al de su abuelo. Misma ceremonia, misma frialdad, casi las mismas personas. El cementerio albergaba un mayor número de lápidas, algunas nuevas, la mayor parte cubiertas de polvo; de eso Nicholas había podido darse cuenta a primera vista. La guerra se había encargado de dejar repleto aquel almacén de héroes difuntos y condecorados. Los árboles eran más añejos, gruesos hasta decir basta. Como tétricos animales saciados de tanto absorber las lágrimas caídas al suelo. Sin embargo, el cielo seguía igual de azul y la ciudad igual de gris. Nada parecía distinto, aunque ya nada era igual. Las fachadas de las calles habían sido remodeladas, repintadas con otros colores, los carteles de madera sustituidos por letreros de luces de neón y el contenido de las tiendas mucho más moderno y actualizado. La vida seguía adelante, el mundo avanzaba.

Ahora, sentado en el borde de la cama de su antigua habitación, Nicholas se odió a sí mismo por no haber manejado las cosas de una manera distinta. Su familia, convertida en una caricatura grotesca, podía definirse con palabras poco halagüeñas.

Qué desastre, pensó.

Una desunión total e irreparable. Insalvable. Como huesos machacados.

Aunque pareciera una contradicción.

Difícilmente podrían recuperar el tiempo perdido, y mucho menos volver a amarse. De hecho ya no quedaba casi nadie a quien amar. Con su abuelo, su padre y su hermano muertos, no quedaban esperanzas. Para arreglar todo eso tendría que esperar a que el carromato conducido por el sobrino de la muerte se lo llevara al infierno y lo reuniera con ellos. Por supuesto, Nicholas no dudaba en absoluto de que sería en el infierno donde se encontrarían. La gente que se desvivía por la guerra no tenía otro lugar al que ir cuando la muerte se la llevara consigo. El cielo no tenía cabida para ellos. Para él, tampoco. Nicholas, el monstruo, Magic Alabama.

Por otro lado estaba Billy, quien, con la pierna desmembrada y el espíritu quebrado, había vuelto a la residencia donde se encargaban de él después de quedarse un par de horas en casa tras el funeral del Jack Campbell. Nicholas no se atrevió a dirigirle la palabra, avergonzado y asustado a partes iguales, y se limitó a observarlo desde lejos mientras el chófer lo ayudaba a montarse en el coche que lo haría desaparecer calle abajo. Jamás lo reconocería, pero las lágrimas se agolparon contenidas en sus ojos como si se tratara de una boca de incendios cerrada. William, en el interior del vehículo negro, no pudo contenerse, y lloró durante todo el camino de vuelta a la

residencia.

En definitiva, solo le quedaba su madre, Helena, quien, pese a estar al alcance de la mano, sentada en el patio de atrás en una de las butacas de madera que habían adquirido tras la última reforma de la casa, accesible a una reconciliadora conversación con tan solo bajar los peldaños de la escalera, y deseosa de que su hijo se acercara y se fundiera con ella en un abrazo eterno y reparador, se encontraba a miles de galaxias de distancia. Sus ojos eran palabras fáciles de leer:

Rencor. Tristeza. Miedo. Amor.

Su madre era una mujer que de tanto amor, solo podía odiarle. Nicholas no supo de dónde salían esas palabras, pero retumbaron en su cabeza como un tañido de campanas.

Todo se reducía a la impotencia de no haber tenido al tercero de sus hijos de esa forma que solo las madres desean y necesitan tener a sus hijos. Al menos, cerca. Y ni eso había podido conseguir.

Maldito era el apellido Campbell.

Malditos todos los miembros de aquella familia desdichada.

La tensión se había podido notar hirviendo en el ambiente durante la ceremonia, como los restos de azufre en el aliento requemado de un dragón centenario, y las miradas apenas se habían intercambiado. Los mentones permanecían pegados al pecho y las cabezas miraban al suelo.

Nicholas pensó que solo le quedaba la resignación. Poco más podía hacer. Eso era lo que habían querido, eso era lo que habían tenido. Esa era la cosecha de todo cuanto habían sembrado.

Había entrado en su antigua habitación con la intención de llevarse algunos recuerdos de su niñez, pero lo que recibió fue un severo torrente de nostalgia mal entendida, porque realmente no lograba comprender la mezcla indefinible de sus sensaciones. Su estómago era un revoltijo de sentimientos contradictorios, como un sol a oscuras o una luna luminiscente.

Posiblemente hermoso, indudablemente demoledor.

El joven observó las paredes de su habitación, sus libros, sus pósters, sus cuadernos. Pasó las páginas de un álbum de fotografías viejas. Caras conocidas, personas olvidadas.

Todo seguía en su sitio, en los cajones y en las estanterías, la cama estaba pulcramente hecha, cada objeto parecía ser el atrezo de una película de cine, artificial, irreal, tal y como lo había dejado todo al abandonar Birmingham para ir a Europa, a la guerra, a una trampa mortal que, como mínimo, se había quedado con su alma… y con su inocencia.

A través de la ventana escuchó un ronco ladrido que le recordó la

ráfaga de una ametralladora. Los pelos de la nuca se le erizaron, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para sacudirse el miedo irracional que le infundía aquella casa. Al poco se tranquilizó, sabedor de que ahí fuera ya no había batallas, al menos de las que se disputaban con balas, y se acercó despacio a la ventana esperando recibir otro fuerte derechazo del pasado en forma de recuerdo agridulce. En el patio, como una fotografía revelada de sus recuerdos, Circo, gordo y con dos décadas sobre su espinazo, había desafiado a la muerte de un modo sorprendente, como si el tiempo se hubiera detenido en el instante en que él se fue a la guerra. Le silbó, golpeando ligeramente con el dedo el cristal, a lo que el animal respondió con un lento movimiento de orejas carente de todo interés. Si algún día aquel animal había sido su aliado en la lucha contra los Campbell, no se parecía en absoluto al actual puñado de pelo que bastante tenía con descontar sus propios latidos.

Volvió a cerrar las cortinas, dejando afuera un pedazo de su infancia, y abrió despacio un cajón donde encontró la baraja de cartas que su tío David le había regalado por uno de sus cumpleaños. Recordó al rechoncho hombre que era tu tío, el dibujante de cómics que había logrado zafarse de las directrices de la familia y que había logrado ser medianamente feliz. Lástima que también estuviera muerto, aunque parecía que era lo mejor que un Campbell podía hacer: morirse.

Pero el recuerdo de aquel hombre le hizo sentirse bien. Una sonrisa se le dibujó en la cara y pensó en cómo le había dado a escondidas la baraja. Él era el único que le comprendía de verdad, el único que había sido capaz de meterse en su pecho y colarse por alguna rendija de su corazón. Supuso que ambos, tío y sobrino, habían compartido un alma parecida.

Se guardó la baraja en el bolsillo de la chaqueta. Su peso hizo que se sintiera joven.

De pronto, una seca llamada a la puerta de la habitación lo interrumpió. —Adelante —se limitó a decir Nicholas.

Y no solo le dio paso a un señor a quien reconoció de inmediato, ataviado con un traje de chaqueta y una corbata, con el pelo ralo y blanco y un rostro arrugado que no escondía sus setenta y tres años de edad, sino que también le permitió la entrada a la necesitada y ansiada solución de sus problemas económicos.

Aquel hombre apestaba al enfermizo olor del dinero. Bienvenido fuera.

Wilfred Peterson interpretaba el papel de abogado de la familia Campbell desde que a Nicholas le alcanzaba la memoria. Aparte de la amplia relación profesional en la que el señor Peterson se encargaba de los asuntos burocráticos y legales de los Campbell, les unía un intenso nexo de amistad labrado en turbias cuestiones económicas y militares que databan de cuando los padres de Nicholas aún eran niños. De modo que fue el abuelo Campbell, o el padre de este, quien lo había encaramado hacía muchos años atrás entre las ramas del árbol genealógico familiar. Siempre guardando el equilibrio, para poder recolectar los frutos.

Nicholas jamás lo había visto con otra vestimenta que no fuera su traje de chaqueta negro y su corbata burdeos a juego. Ya fuera verano, invierno, lloviera o apretara el sol, el señor Peterson siempre lucía un aspecto envidiable. Sin embargo, con el paso del tiempo, su cabello espeso y negro pasó a una escasa cabellera encanecida, y la panza le creció hasta establecerse con orgullo por encima del cinturón de cuero oscuro.

En la actualidad parecía una pasa arrugada y gris a punto de ser desechada hasta por el más famélico animal. No obstante, Nicholas sintió una bocanada de afabilidad cuando vio al viejo asomarse por la rendija de la puerta entornada de su habitación.

—Wilfred —dijo Nicholas con una sonrisa en la boca. El señor Peterson se adentró en la estancia.

—Hola, Nicholas.

Medió un silencio entre ellos.

—Tenemos que hablar, Nicholas. Hay algo de lo que debo hablarte. Nicholas lo observó de arriba abajo.

—Dime, Wilfred. ¿En qué puedo ayudarte? El señor Peterson carraspeó.

—Creo que soy yo quien puede ayudarte a ti. Vayamos al salón. Tengo allí los documentos.

—¿Qué documentos? —preguntó enarcando las cejas.

El anciano se dio la vuelta y abandonó la habitación. Nicholas lo siguió con curiosidad, sorprendido porque el abogado de la familia tuviera algo que tratar con él. Por supuesto que lo conocía desde niño, pero nunca habían hablado de temas serios, nada más allá de un intercambio de frases amistosas, deseos mutuos de que todo fuera genial y algún que otro consejo cuando la situación con su padre, Jack Campbell, se le hacía insostenible.

Ahora, sin embargo, había algo. Algo que tenían que ver a solas.

Nicholas esperaba que el asunto no le acarreara demasiados problemas. De hecho, durante todo el tiempo que llevaba en Estados Unidos, no se había atrevido a preguntar sobre cuál era su situación legal en aquellos momentos. No sabía si estaba considerado un desertor —y por lo tanto un fugitivo— o, sencillamente, dado por muerto en combate.

De cualquier forma tampoco le importaba demasiado, ya que no tenía intención de permanecer en el país más tiempo del estrictamente necesario.

Observó al viejo sentarse en una silla junto a la enorme mesa de roble del salón y abrir un maletín de piel —debía de haberle costado una fortuna, a tenor de los rebordes dorados que lucía—. Luego extrajo una carpeta marrón con un montón de papeles dentro.

—Deberías leer todo esto —dijo al fin. Y le extendió el bloque de papel.

Nicholas no lo cogió, aunque su primer impulso fue levantar los brazos.

—Wilfred, sabes que esto no es lo mío. Si quieres, lo leeré más tarde con detenimiento, pero podrías hacerme un resumen.

El señor Peterson sonrió, dejó la carpeta en la mesa y miró a Nicholas a los ojos.

—Es el testamento y todos los documentos relacionados con la herencia de tu tío.

—¿Mí tío? —preguntó incrédulo.

—Al parecer, tu tío David había reunido una importante cantidad de bienes y dinero a raíz del éxito que tuvo con sus libros de cómic.

—¿Mi padre no lo sabía?

—Eso me temo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Como ya sabes, Nicholas, soy el abogado de la familia desde hace muchos años. Al morir tu tío, procedí a la lectura de su testamento. Hubo una reunión con el grueso de los Campbell, esto es, tu padre, tu madre, tu abuelo y su exesposa. También acudieron un par de amigos íntimos, a quienes David les había dejado alguna suma de dinero en efectivo. Tus hermanos también recibieron parte de la herencia y, bueno, la verdad es que todos obtuvieron algo… salvo tú.

—Ha pasado mucho tiempo —sentenció Nicholas encogiéndose de hombros—. No voy a enfadarme con él por no haberme dejado dinero… y menos ahora que está muerto.

—Pero sí que lo hizo —atajó Wilfred.

Nicholas se quedó mirándolo fijamente. No dijo nada, de modo que el señor Peterson continuó hablando.

—En el testamento había un sobre aparte con unas instrucciones detalladas.

Nicholas seguía en silencio.

—Tu tío David creó un fideicomiso para ti.

—¿Un qué?

—Un fideicomiso es una disposición por la cual el testador, tu tío, deja su hacienda o parte de ella encomendada a la buena fe de alguien para que, en caso y tiempo determinados, la transmita a otra persona o la invierta del modo que se le señala.

—No termino de entender qué relación puede tener todo eso conmigo…

—Tu tío redactó unas directrices muy claras.

—¿Directrices?

—Sí, me encargó la tarea de invertir una cierta cantidad de dinero en varias operaciones bursátiles y en otras inversiones que a mi juicio fueran beneficiosas, y más tarde entregarte los réditos y el capital inicial en una fecha determinada, siempre en caso de que no arreglaras las cosas con tu padre, algo que, la verdad, todos pensábamos improbable. Aunque albergaba la esperanza, la verdad. Quería que fueseis felices.

—Ya —se limitó a decir. El rostro se le ensombreció con recuerdos que le atormentaban.

Wilfred Peterson abrió la carpeta y seleccionó varios documentos.

—Hice lo que pude con el dinero y las acciones que dejó tu tío a tu nombre, al menos llegado el caso de que terminaran en tu poder.

—Entiendo.

El viejo le extendió a Nicholas un folio repleto de letras y números mecanografiados y este lo agarró por un borde, le echó un vistazo y lo dejó de nuevo encima de la mesa.

—¿Qué significa?

Wilfred carraspeó y se ajustó la corbata. En el exterior de la casa, un pájaro gorjeó.

—Ese documento indica que eres poseedor de varios cientos de miles de dólares en acciones convertibles de General Motors.

—General Motors…

—Pensé que era la mejor opción, dadas las circunstancias. Y acerté. Siempre he tenido suerte en la bolsa. Soy abogado pero, dejando a un lado la falsa modestia, me extraña que no hubiera terminado siendo bróker en Wall Street.

Nicholas no sabía que los ojos se le podían abrir tanto. Pensó que la mandíbula se le iba a desencajar.

—Cierra la boca, Nicholas. Pareces un pasmarote.

—¿Cómo dices?

—Un pasmarote. —Me refiero a lo otro. Wilfred sonrió.

—Eso mismo, Nicholas. Además —añadió, rebuscando entre los documentos y sacando una hoja de papel de color nácar—, hay una cuenta corriente abierta a tu nombre en el Harrodsburg First Financial Bancorp. Es dinero liberado, ya sabes, puedes sacarlo cuando te plazca. Hay una cantidad importante: casi ochenta mil dólares.

A Nicholas se le escapó un silbido y al darse cuenta cerró la boca. Decidió que sería buena idea sentarse también. Había comenzado la conversación de pie junto a la mesa y por un momento pensó que caería al suelo por la sorpresa.

—Pero…

—Lo sé. Sé que tienes muchas preguntas. Probablemente las acciones de GM no te interesen, de modo que me tomé la libertad de localizar a un comprador que estaría interesado en realizar una muy generosa oferta económica por ellas. Podríamos apretar un poco, y hacer una contraoferta por una cantidad superior…

—¿Por qué ahora? —preguntó Nicholas, ajeno a lo que Wilfred le estaba explicando.

—Sé que debía haberte entregado todo esto hace tiempo, Nicholas. Pero desapareciste, por Europa, o por cualquiera sabe qué otros continentes. Pensábamos que regresarías, al menos eso pensé yo, pero me equivoqué. Ya ves que lo mío no son las relaciones personales. En cualquier caso, intenté buscarte. En tu ficha militar sencillamente aparecías como desaparecido, y eso suele significar que todos tus datos han sido devorados por la burocracia de la posguerra. Envié telegramas al Viejo Continente. No obtuve respuesta. De hecho, estaba convencido de que si a finales de este mismo año no lograba encontrarte, o al menos contactar contigo, convertiría todos los títulos en dinero líquido y los donaría a la beneficencia. Al final, la ironía de la vida ha provocado que tu padre te empujara a regresar a casa, aunque sea por poco tiempo, y que tú y yo hayamos podido mantener esta conversación.

—No sé qué decir. —Solo da las gracias. —Gracias, Wilfred.

—A mí no, Nicholas. A tu tío. Ve al cementerio, llévale flores. Haz algo...

—Lo haré —mintió.

—Y perdona a tu padre. Asume la vida pasada y perdónale. Él te quería mucho. Y tu madre también. Ella ha sufrido mucho.

Nicholas cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas empujaban al otro lado de los párpados. Al poco tiempo los abrió.

Exhaló una gran cantidad de aire.

—¿Querrá quedarse mi madre con el dinero?

—No, Nicholas. Este dinero es tuyo. Ella ya recibió lo que le correspondía. Y con el fallecimiento de tu padre, probablemente ingrese una cantidad lo bastante alta como para vivir sin apuros el resto de sus días.

Nicholas asintió.

—¿Qué hay de mi hermano? ¿Querrá quedárselo para cubrir las facturas de sus cuidados médicos?

—No lo necesita, Nicholas.

—Entiendo. Ya veo que se las han arreglado bastante bien.

—Lo han hecho lo mejor que han podido...

—No me han echado de menos, ¿verdad?

—Más de lo que imaginas.

Nicholas miró los papeles desperdigados por encima de la mesa.

—¿Todo esto está pasando en realidad?

El anciano cabeceó.

—Quédate esta documentación y léela con calma. Si tienes preguntas, llámame. —Extrajo una tarjeta personal del bolsillo y se la entregó—. Antes de volver a Europa, o marcharte allá donde quieras ir, ponte en contacto conmigo para aclarar los flecos que quedan pendientes.

—Lo haré.

—Coge tu dinero y sé feliz. Recupera toda la felicidad que puedas. Todos habéis sufrido una barbaridad. Gasta el dinero en algo de provecho.

Nicholas pensó en Dakota Cruz. En el circo. En el negocio que podría dirigir con su compañero. Sintió un ataque de adrenalina, de emoción, de miedo. Muchos, demasiados sentimientos a la vez. Estaba deseoso de volver a Europa y darle la buena nueva a Román. Al mismo tiempo deseó volver atrás en el tiempo, y que sus hermanos y su padre estuvieran bajo aquel mismo techo, como si nada malo hubiera pasado. Sintió ganas de llorar. Se sintió desesperado. Decidió no interrogarse a sí mismo sobre el origen de todos esos sentimientos. Así, con el paso del tiempo, su propia memoria se encargaría de difuminar el recuerdo y mantener la conciencia tranquila. Si soltaba lágrimas, que el tiempo las repartiese como le viniera en gana.

Wilfred se levantó de la mesa y se dirigió a la salida. —Gracias, Wilfred —volvió a decir Nicholas.

—Es un placer. Siempre es un placer volver a verte, Nicholas.

—Siento…

—No sientas nada —le interrumpió. —Te llamaré pronto.

El señor Peterson se detuvo bajo el umbral de la entrada y se giró.

—Hay algo más —dijo Wilfred.

—¿Más?

—Sí.

El anciano miró a los ojos a Nicholas y esperó unos segundos antes de hablar.

—Hay alguien que ha venido a verte.

Nicholas no lo entendió.

Wilfred se apartó de la entrada y le hizo un gesto para que se acercara. Nicholas se levantó, asomó la cabeza por la entrada y vio a una mujer en el patio. De pie, con un vestido de flores hasta los tobillos, con un escote abierto que dejaba sugerir mucho pero a la vez nada, encogida de hombros y con una sonrisa tímida en la cara que hacía entrever que los nervios la comían por dentro. Cabello dorado, ojos enormes. El corazón le dio un vuelco. La reconoció de inmediato. Era Christina Summer.

8

Le había sentado bien vivir dentro de un cesto.

No era del todo guapa, pero en un sentido especial lucía hermosa. Los rizos de su cabello descansaban sobre sus hombros, su cuerpo ligeramente más ancho y adulto se escondía bajo un vestido de flores idéntico al que llevaba el último día que la vio. Su boca se abrió al ver la cicatriz en el rostro de Nicholas.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo él, murmurando para sí mismo más que dirigiéndose a ella.

—Sí —aceptó Christina. —¿Dónde has estado?

—Me mudé con mi madre a Mobile, donde viven mis tías. —¿Cómo está tu madre?

Ella no respondió. Agachó la cabeza y centró la mirada en el suelo de grava. Nicholas comprendió.

—¿Cuándo fue?

—Hace cuatro años. Cáncer. —Lo siento.

—No te preocupes.

Se quedaron callados unos lánguidos segundos.

—¿Cómo te has hecho esa cicatriz?

Nicholas se había afeitado para el funeral y sus mejillas quedaban al descubierto.

—No es nada.

—Pero...

—No es más que una cicatriz.

Nicholas echó a caminar acera abajo y rápidamente Christina lo siguió para ponerse a su altura. Anduvieron por las calles de la ciudad durante un rato, la mayor parte del tiempo en silencio. Era como si prefiriesen decirse las cosas sin articular palabra, con gestos, caminando, compartiendo un paseo, rozándose de vez en cuando una mano con la otra, sonriéndose, mirándose, intercambiando comentarios inofensivos. Hablaron del tiempo, de la diferencia de las ciudades de Estados Unidos con las de Europa. Esquivaron el tema de la guerra. Y se conformaron, sobre todo, con su compañía.

Recorrieron la Primera Avenida y giraron a la derecha por Brooks Street. Pasaron por delante de Southern Pipe & Supply y siguieron adelante hasta una reciente zona comercial. Compraron una nube de azúcar en un puesto y la compartieron a medida que se lo iban comiendo a pellizcos. Cuando acabaron, tiraron el palito de madera en una papelera cercana, Nicholas se giró hacia Christina y ambos quedaron de pie uno frente al otro. El tiempo pareció pararse y Nicholas se perdió en los ojos de la mujer. El deseo se volvió necesidad, las miradas conectaron, él se inclinó tímidamente sobre ella y las bocas se fundieron en un profundo beso inevitable. Nicholas la estrechó entre sus brazos, Christina le devolvió el apretón con más fuerzas. La conexión era irrompible.

—Deseaba esto desde el primer día que te vi —admitió Nicholas. Christina se ruborizó y sonrió con unos dientes tan blancos como la nieve. La luz del sol se echó sobre ellos, como un foco circense enfocándolos. Christina volvió a besarlo en la comisura de los labios. Él la aceptó con gusto.

Ella suspiró.

—¿Sabes...?

—¿Qué, Christina?

—Me gustaría...

Christina hizo un gesto hacia la fachada que estaba detrás de Nicholas. Este miró por encima del hombro y vio el letrero enorme que anunciaba el Motel Majestic, un nombre que era más adecuado para un cine que para un motel. La entrada estaba flanqueada por dos columnas de mármol y una alfombra de terciopelo roja. Era modesto, a pesar de todo.

Nicholas miró a Christina y entendió qué estaba pensando. Sonrió.

—A mí también me gustaría —le susurró al oído—. Mucho.

Nicholas la agarró de la mano y ambos entraron en el edificio

como si se trataran de un par de adolescentes. En el fondo, seguían siéndolo, aunque la vida los hubiera curtido demasiado pronto a base de sufrimiento y cicatrices.

Reservaron una habitación durante una hora y nada más abrir la puerta de la 209, ambos se abalanzaron sobre la cama, cobertores al suelo, ropas a los rincones.

Fue un sexo sucio, salvaje, excitante y compenetrado. Los cuerpos encajaron a la perfección, como si llevaran haciendo el amor durante años y conocieran cada uno de los recovecos de su piel. Nicholas le acarició la espalda y los pechos con deseo, derrochando delicadeza y brusquedad en proporciones similares. Christina gemía como si nunca antes hubiera vivido aquellas sensaciones que le abotargaban los sentidos. Se mordió el labio inferior adoptando el semblante de una jovencita descarriada y se sentó a horcajadas sobre él. Luego estuvo debajo, de lado, incluso de espaldas. Forzaron cada uno de los músculos del cuerpo y derrocharon más besos de los que ninguno de los dos había dado en toda su vida. Se amaron durante una hora como Romeo y Julieta lo hicieron en los malévolos dominios de los Montesco y los Capuleto.

Ambos quedaron exhaustos y él se quedó dormido durante unos minutos. Luego Christina lo despertó mientras le acariciaba el pecho liso con la uña de un dedo de la mano, y le susurró suavemente en el oído. Él sonrió y se estiró. Ella bajó de la cama y empezó a vestirse.

—Me ha encantado —dijo él.

Ella se abotonó el vestido de flores y esbozó un mohín risueño que le abarcó todo el rostro. Estaba esplendorosa, perlada su piel de sudor. Nicholas se levantó y se dispuso también a vestirse. En silencio, cómplices y tímidos, bajaron a recepción y enfilaron el hall.

Salieron al exterior y la brisa fresca les animó a dar otro nuevo paseo. Se dirigieron calle abajo y se perdieron entre la muchedumbre que empezaba a salir de las oficinas y las tiendas.

El sol empezaba ya a inclinarse ligeramente en el cielo.

Parecía que las agujas del reloj se habían detenido para dejarles disfrutar de su momento, unos instantes que se habían resistido durante muchos años, durante demasiado tiempo.

Habían caminado hasta el parque y ahora estaban sentados en los columpios de la zona de juegos, como si retomaran la relación en el mismo instante donde la dejaron, siendo niños, siendo inocentes.

Durante el paseo hasta allí, se alargó un silencio incómodo entre ellos. Ambos se sentían ruborizados por la sesión de sexo y amor que habían tenido un rato antes. Nicholas recordaba aquel acto como una nebulosa perfumada, el olor acre del sudor de la piel de ella, y la

imagen borrosa de una espalda repleta de pecas. Christina sentía una picazón en el estómago, una mezcla de felicidad y melancolía, tristeza y desazón, alegría y satisfacción. Apenas lograron intercalar un par de frases y a duras penas eran capaces de controlar los nervios. Al sentarse en los columpios, ambos miraron al frente y evitaron cuanto fue posible encontrarse con la mirada. Ella se impulsó y adquirió un suave y sereno vaivén. Sus manos agarradas a las gruesas cadenas brillantes.

—¿Por qué no respondiste a mis cartas? —preguntó finalmente—. ¿Tan enfadado estabas conmigo por haberme marchado? Nicholas sintió una bofetada de desconcierto. —¿Qué cartas?

Christina giró la cabeza y lo miró.

—Mis cartas.

—Yo no…

—Te escribí muchas veces. Tuvieron que llegarte, puesto que no me llegó devuelto el correo.

Nicholas enmudeció. No hacía falta ser muy listo para hallar la respuesta al enigma de las cartas no recibidas.

—¿Qué decías en ellas? Christina se ruborizó.

—Bueno… Te hablaba de mí, de la nueva ciudad, del nuevo colegio…

—Me habría gustado poder leerlas.

—Te hablaba de nosotros —añadió Christina, sin atender el comentario de Nicholas.

—Nosotros —repitió él.

—A veces me gustaría poder viajar. Lejos. En tren. En coche. En el tiempo. Volver atrás.

—Volver atrás —repitió él de nuevo, como un botarate.

La emoción le apretó la garganta. Reprimió un suspiro que podría haberse confundido con un gemido lastimero. Un pájaro gorjeó desde la rama baja de un árbol, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Por qué no volviste a casa después de la guerra? —preguntó ella. Nicholas sopesó la respuesta, no encontró ninguna adecuada. —Supongo que será porque todavía no ha llegado ese «después de la guerra» —dijo, sorprendiéndose a sí mismo—. La guerra no ha terminado aún. Al menos esa guerra que lleva toda la vida librándose dentro de mí.

—Estás distinto.

—Han pasado muchos años. No soy el mismo niño de ocho años al que abandonaste.

Nada más salir aquella última palabra de su boca, el mecanismo de arrepentimiento se activó en su cabeza. No debía de haberle dicho

eso.

—Yo no te abandoné. No podía quedarme aquí. Mi padre…

—¿Qué vas a contarme a mí de padres? —la atajó él. Ella sonrió.

—Sí. No hemos tenido mucha suerte.

—En absoluto.

—Tuve que irme con mi madre —insistió ella—. Te escribí, y al ver que no respondías, pensé que no querías saber nada de mí.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Vi la necrológica en el periódico. Tu padre era un personaje con buen nombre. Imaginé que no podrías evitar acudir a su entierro.

Nicholas frunció el ceño. Temía que eso pudiera ser cierto. Que aún no se hubiera curado del todo de la maldición Campbell.

—Tenía que asegurarme de que estaba bien muerto.

Christina no dijo nada. Él la secundó. Permitieron que pasara medio minuto y luego ambos intentaron hablar al mismo tiempo.

—Te he echa…

—No he dejado de pen… Los dos se miraron y rieron. Nicholas pensó que la amaba. Christina pensó que lo amaba. Ambos callaron.

Había pasado mucho tiempo, muchísimos años, pero era como si nada hubiese cambiado. Como si todo siguiera siendo igual. Como si su conexión continuara intacta. A los ocho años no podía hablarse de amor, pero a su manera, habían estado enamorados. Eran almas gemelas, de ese modo triste e insano en que dos espíritus truncados pueden llegar a conectar con una fusión indeleble. Dos personas con una infancia tan corta que atesoran cada buen recuerdo de esta por el resto de sus vidas.

—¿Eres feliz? —preguntó ella con solemnidad.

—¿Qué es la felicidad, Christina?

—¿Sentirse cómodo con uno mismo, tal vez?

—Entonces no.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué has hecho, Nicholas? ¿Qué ha pasado en Europa? ¿De qué vives? ¿Estás saliendo con alguna mujer?

Nicholas se puso de pie. Le incomodó la pregunta sobre otras mujeres cuando un rato antes ambos habían compartido una cama. Se le acercó y se puso frente a ella.

—Son muchas preguntas —le respondió, con una sonrisa en la comisura de la boca—. No puedo darte tantas respuestas en tan poco tiempo, aunque son más las respuestas que yo quiero darte que las preguntas que tú podrías formular. ¿Vas a quedarte en la ciudad?

—Debo volver a Mobile.

—¿Cuándo?

—Esta noche sale el Greyhound.

Desilusión. Iban a tener que despedirse demasiado pronto.

—Entiendo.

Volvieron a quedarse en silencio. Luego fue ella quien habló otra vez.

—¿Regresas a Europa?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé.

—¿Sigues haciendo tus trucos? —preguntó abruptamente, como si la pregunta se le hubiera ocurrido al pensar en algo que le hacía sentir estupendamente.

Él sonrió.

—Magia —dijo con mayúsculas—, sí. Sigo haciendo magia. De hecho, trabajo en un circo.

Christina abrió los ojos como platos.

—¡Un circo!

—Sí.

—¿De veras?

—Por supuesto, ¿por qué iba a mentirte?

—¡Es genial! ¡Cumpliste tu sueño!

—Es fantástico oír los aplausos del público, Christina. Deberías venir a una función. Serías mi acompañante en el espectáculo, como cuando éramos críos…

Nicholas extendió el brazo, Christina alzó el suyo y se tomaron de la mano, levantándose del columpio al notar que él tiraba de ella. Se puso de pie a su lado, mirándolo con unos ojos mitad divertidos mitad expectantes. Nicholas la atrajo hacía él mientras alzaba el brazo por encima de su cabeza, y con la otra mano hacía girar el cuerpo de ella sobre sí misma, como si la estuviera presentando a una audiencia invisible y entusiasmada. Christina reconoció el gesto y se inclinó hacia adelante, saludando ante unos aplausos que ambos podían oír en sus cabezas. Ella soltó una risotada. A Nicholas le pareció la mejor de las melodías.

Volvió a tirar de ella y, girándose en una pirueta que terminó en un abrazo, ambos quedaron pegados, los cuerpos muy juntos, las cabezas apoyadas una con la otra, frente contra frente, bocas a escasos centímetros. Nicholas abrió los ojos y vio el rostro de Christina enorme, desenfocado. Retiró la cabeza hacia atrás y la miró fijamente. Las pupilas de Christina titilaban de emoción. La besó.

Durante un instante se fundieron en un mar de deseo, pero de pronto ella se apartó.

—No —vaciló.

—¿No? —Nicholas parecía perdido.

—Yo...

Se despegó de él y se soltó de su abrazo. Nicholas esperó.

—No puede ser.

—Pero ¿qué ocurre?

Christina bajó la mirada al suelo. Pareció transcurrir una eternidad.

—Voy a casarme.

Solo esas palabras pueden detener el corazón de un hombre. Esas palabras y la muerte.

Nicholas se sintió morir un poco.

—¿Cómo has podido? —se limitó a decir. Christina seguía con la vista clavada en el suelo. —¿Cómo te atreves? ¿Cómo has podido?

La rabia lo devoraba. Lo sentía.

—¿Por qué te has acostado conmigo?

Christina lo miró a los ojos.

—Necesitaba saber qué sentía. Necesitaba volver a verte... tenía que averiguarlo.

—Tú y yo nunca estuvimos juntos... ¡No había nada que averiguar! Los árboles cercanos parecían inmóviles, marchitos. La brisa se había detenido. El mundo entero los observaba.

—Nicholas...

—¡Maldita sea!

Nicholas se secó por dentro. Sintió que toda el agua que albergaba su cuerpo se evaporaba en unos segundos. Se notó rígido como un tronco gastado. La garganta quemándole por dentro y el estómago hirviéndole entre jugos gástricos que rezumaban ira.

Primero se odió a sí mismo, por haber bajado la guardia. Por creer que la vida estaba dispuesta a compensarle por toda la mierda que le había hecho tragar a lo largo de los años. Por creer que Alabama podía ofrecer algo más que aire puro con olor a estiércol de caballo. Y después la odió a ella, por no seguir siendo la niña que conoció un día. Por no haber salido de debajo de un cesto. Por no haber seguido un camino de sufrimiento paralelo al suyo, y por conseguir lo que Nicholas no había logrado por más que lo hubiera intentado: ser feliz sin que estuvieran juntos.

La echó de menos como se echa de menos el aire cuando pasas sumergido varios minutos eternos en un profundo lago.

Sintió que de los pies le surgían raíces astilladas que se incrustaban en la tierra, y que tiraban de él para tragárselo. Sintió rabia, furia, la impotencia de aquellos que se saben arrebatados. Era

consciente de que no veía a Christina desde hacía más de veinte años, pero el dolor lo acuciaba como si el tiempo y la distancia no hubieran existido. Era un dolor visceral, brutal, irrefrenable e indestructible.

—Márchate —gritó de repente. En su interior había dictado sentencia. Christina se sorprendió, no esperaba aquella reacción de Nicholas, aunque al pensar la situación miles de veces en la oscuridad de su habitación, acostada junto a su novio, había imaginado una decena de alternativas.

—Nicholas…

—Márchate —repitió él.

Nicholas apretó los puños y dio un paso atrás. A diferencia de las dudas que tenía siendo niño, ahora estaba convencido de que sería capaz de separarle todos los huesos del cuerpo a un ser humano. Sin apenas darse cuenta, ya tenía sujeto el esqueleto de la chica con las garras de su mente.

Christina intentó acercarse. Él se apartó.

—Márchate. Lárgate de aquí.

Las lágrimas empezaban a buscar su sitio en los ojos de ella. La ira iba expandiéndose por cada poro de la piel de él. —¡Márchate! ¡Ahora!

Nicholas sintió el poder de su don. Sabía que no podría contenerlo mucho tiempo más y que su efecto sería destructivo. En su cabeza se imaginó a sí mismo quebrándole el espinazo a Christina, dejándola en el suelo con los huesos rotos, inerte, muerta. La imaginó volando por los aires, lanzándola al cielo, al espacio exterior. Empujándola sin tocarla hacia los bajos de un coche, que pasaría por encima sin remisión.

—¡Márchate! —gritó.

—¡Nicholas!

El poder de su magia empezó a hacerse notar y el suelo comenzó a temblar. Christina notó la sacudida bajo sus pies, viendo cómo las piedrecitas de grava se movían dando diminutos brincos a su alrededor. Nicholas enfocó su poder contra Christina, apretándole los huesos desde el interior de su cuerpo. La chica gimió como un cachorro. La escasa flexibilidad de sus huesos estaba llegando a su límite. Su estructura ósea empezó ligeramente a crujir y el sonido le recordó bastante a un enorme cesto de mimbre.

Notó una oportuna ráfaga de viento que le trajo aromas a hierba cortada y a niñez desaparecida, y entonces Nicholas, sencillamente, soltó a Christina para siempre. Despertó de su enajenación y supo que en realidad no quería matarla. La soltó con la mente, la soltó con los labios y la soltó con el corazón.

Christina era algo que no tenía cabida en su vida. Christina era Alabama.

—Márchate —dijo, su furia ya controlada.

La mujer comprendió lo que acababa de suceder, supo lo que podía haber pasado y se quedó petrificada. Así es como ella podía terminar si se quedaba junto a él. Dio unos pasos hacia atrás, sollozó una frase ininteligible y echó a correr.

Nicholas la vio correr y volvió a sentarse de nuevo en el columpio, deseando más que nunca tener algo de licor entre las manos. Una lágrima dudó si rodar por su mejilla, pero probablemente se asustó ante la idea de atravesar semejante cicatriz.

A lo lejos, Christina echó un último vistazo hacia atrás, y Nicholas supo sin lugar a dudas la palabra que estaría atravesando su mente en aquellos momentos.

No podía ser otra. La única palabra que describía cómo lo veían los demás y cómo empezaba a verse él mismo. Una palabra que temía, pero que a la vez adoraba de una forma extraña.

Una palabra. Monstruo.

9

Nicholas volvió a casa caminando y encontró a su madre sentada en la butaca del patio. Se había levantado una brisa fresca y la mujer se tapaba con una manta fina. Miraba sin mirar a un horizonte que terminaba abruptamente en la valla de madera que se alzaba a unos metros de ella.

—¿Dónde están las cartas? —preguntó Nicholas desde detrás de la butaca.

Helena tardó en responder, más por el esfuerzo de hallar las palabras adecuadas que por la sorpresa de la cuestión. En el fondo, siempre había esperado aquel momento. Tarde o temprano sabía que llegaría, porque esos momentos siempre llegan, por mucho que corras o te puedas esconder. Se le habían ocurrido numerosas respuestas válidas, pero al fin y al cabo no le sirvieron de nada, no era capaz de mentirle a su hijo y se limitó a decirle la verdad.

—Tu padre las quemó. Nicholas apretó los puños.

—¿Por qué?

Su madre reflexionó unos segundos. Sopesó las alternativas y finalmente respondió:

—Fue su modo de castigarte. Nicholas no dijo nada.

—Así, de algún modo, compensaba que su hijo pequeño le

hubiese arrebatado la felicidad.

—Yo no le arrebaté nada —suspiró con indignación—. ¿De verdad era feliz enviándome a la guerra? ¿De verdad podía sentir la felicidad viendo muerto a uno de sus hijos, a otro inválido y a mí huyendo de él?

—Él pensaba de otra manera, Nicholas, no seas injusto.

La mujer se levantó de la butaca, se giró y se enfrentó a los ojos de su hijo.

—Nicholas, cariño, tu padre siempre quiso que siguieras sus sueños, siempre quiso lo mejor para ti.

—Eran sus sueños, no los míos.

—Sueños, en cualquier caso. Y al no seguirlos, tu padre jamás se sintió completo.

—Y como no había ninguna puta guerra de verdad, decidió presentarle batalla a una pobre niña de ocho años.

—Estaba cegado por la rabia.

—Papá fue muchas cosas en la vida, pero nunca fue un ciego.

—Alguna vez intenté convencerle, que te entregara alguna carta, que te permitiera ponerte en contacto con ella, pero no cedió; ya sabes cómo era tu padre. Al final las cartas dejaron de llegar.

—Lógico. Se cansó de *mi* silencio.

—¿Qué más podía hacer yo? ¿Contradecir a mi esposo? ¿Declarar una guerra abierta en la familia?

—¿Qué coño quieres que te diga, mamá, si ni aún muerto te atreves a contradecirle?

—Te tenía miedo —confesó ella al fin, como última esperanza de recuperar a su hijo, como la última bala de una pistola presta para una inminente ruleta rusa.

Nicholas se quedó petrificado. Una mezcla de desazón y satisfacción le golpeó en las sienes. Al ver que su madre no iba a decir nada más, repitió aquella última palabra:

—¿Miedo?

—Eras un niño... especial... —balbuceó la mujer.

—No es eso lo que ibas a decir.

—Maldito —espetó—. Iba a decir que eras un niño maldito. Desde que naciste... hacías cosas... raras, Nicholas, cosas muy raras. Desde que naciste, desde que eras un bebé, no parabas de mover cosas con la mente. Al principio no sabíamos que se trataba de ti, y había rachas en las que no ocurría nada, pero finalmente siempre regresaba. Tu padre llegó a tenerte miedo. Y todos nosotros.

—Nunca hablamos de ello. Nunca me dijisteis nada. Ni vosotros ni mis hermanos. Aunque erais conscientes de que me pasaba algo. Y

peor era el abuelo, cuando me pegaba con la vara de los fusiles. Nunca lo impediste.

La mujer negó con la cabeza. Hundida. Avergonzada.

—No hiciste nada, mamá. Ninguno de vosotros lo hizo.

—No. De algún modo lo dejamos correr —Helena Campbell se secó las lágrimas de los ojos con un pañuelo que sacó del bolsillo de su falda.— ¿Qué podíamos hacer? ¿Qué podíamos decir?

—¿Por qué no me llevasteis a un hospital?

—¿Para qué? ¿Para que te estudiaran como a un mono de feria? ¿Cómo a un monstruo de circo?

Al oír la palabra circo, Nicholas sintió una sacudida en todos los huesos de su esqueleto. Eso precisamente era en lo que quería convertirse, en un monstruo de circo.

—Tu padre no habría permitido eso —continuó Helena—, habría preferido tu muerte. En cambio, pensó que si seguías sus pasos, si continuabas una carrera militar y unas normas a rajatabla, como él había hecho durante toda su vida, aquellas... cosas... desaparecerían.

—Pero no desaparecieron. De hecho, mi poder se intensificó con el tiempo.

—¿Tu poder? Hablas como si fuera algo bueno.

—Lo es. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo que me ha hecho grande. Mi salvación. Mi redención.

—Es una maldición, hijo mío. Una maldición que te ha separado de tu familia.

Nicholas la miró con desidia. Ella no era nadie para despreciar su poder. No podía recriminarle nada. Ni el distanciamiento, ni el rencor, ni el dolor. Agachó la cabeza y apretó los puños, reprimiendo los deseos de destrozarlo todo, de lanzar los muebles del patio por los aires, resquebrajar la fachada, romper paredes, tirar la casa abajo.

Helena miró a Nicholas. Finalmente entendió.

—No vas a volver, ¿verdad?

Nicholas alzó la mirada y vio que su madre tenía los ojos inundados de llanto. Su sentimiento de venganza se disipó, agotando lo poco que le quedaba de compasión. Aquella mujer que era su madre y antes una mujer libre no podía cargar más con la responsabilidad, con la tristeza, con el peso de los años sin el amor. Quiso acercarse y abrazarla, pero se contuvo. Tuvo la necesidad de decirle algo. Sin embargo, no habló. Se quedaron en silencio, y al cabo de unos segundos que parecieron eternos, Nicholas abandonó el patio, recogió sus cosas y salió de lo que una vez, hacía mucho tiempo, había sido su hogar.

Restaban unos minutos para que el avión despegase.

Nicholas miró por la ventanilla de su asiento y observó lo poco que podía verse de Birmingham. Recordó en una milésima de segundo todo por cuanto había pasado, a todas las personas que había conocido. Un ramalazo de añoranza le recorrió el cuerpo.

Recordó su niñez, su adolescencia, y su entrada en la madurez. Acabar luchando en la guerra europea no le pareció un destino cruel; de hecho pensaba que su niñez había sido infinitamente más cruenta. Más oscura. Pensó en su baraja de cartas, en Román, en el circo. En palomitas de maíz. Casi creyó estar oliendo su olor intenso y dulzón.

Durante un instante quiso que todo hubiera sido de otra manera. Que su familia hubiese sido una familia feliz y que todos sus miembros hubieran permanecido juntos.

Se planteó darse por vencido, lanzar el rencor al fondo de su mente, encerrarlo en una jaula, recobrar el cariño y bajarse de aquel enorme avión transatlántico. Podía volver a casa, abrazar a su madre, acompañar a Circo durante los pocos días —a lo sumo semanas— que le quedaban de vida, visitar a menudo a su hermano amputado, y retomar la relación —aunque fuera amistosa— con Christina. Estuvo a un tris de levantarse de su asiento y abandonar el avión.

Sin embargo, súbitamente, desechó la idea. No podía bajarse de aquel avión. No podía dar un paso atrás. Su vida estaba en Europa. En Alabama no le quedaba nada. Christina no querría volver a verlo. Había estado a punto de acabar con su vida. El futuro de Nicholas era montar un nuevo circo, un nuevo espectáculo. Asociarse con Dakota y formar una nueva compañía, una de la que todas las damas, todos los caballeros y todos los niños se sintieran impresionados. Alucinados, sobrecogidos. Asustados, incluso. Les haría sentir el miedo más irracional y aterrador que hubieran sentido nunca. Conformarían un circo con varias carpas, con animales exóticos, con los mejores magos del mundo, con los más valientes trapecistas, con fenómenos extraños e inimitables. Decidió que buscaría gente como él, personas con su mismo don, y juntos mostrarían al mundo su poder. Serían únicos.

Serían leyenda.

Hinchado de emoción, supo que no podía renunciar a todo aquello, más aún después de haberse encontrado de sopetón con el dinero que su tío David le había dejado en herencia. Sentía todos esos billetes de dólar quemándole en el estómago. Sentía su magnificencia. La prosperidad, el poder, la magia, un imperio… todo eso era lo que le esperaba en el futuro. Y esa era la vida que siempre había querido. Esa

era la vida que quería ahora, ¿verdad?

¿Verdad?

Parte 5
1954-1956.
Animales de circo

Louisa

1

Los faros hacían lo que podían. Había pasado más de una hora desde que habían abandonado la última carretera asfaltada y el camino empezaba a estrecharse junto al acantilado, como si el abismo le fuera ganando terreno poco a poco a la montaña. El Ford Station Wagon de alquiler tenía los neumáticos demasiado gastados para rodar por aquel terreno tan húmedo y rocoso, por lo que a menudo Nicholas perdía el control sobre las ruedas traseras, amenazando el coche con despeñarse colina abajo. La pequeña valla de madera que les acompañaba junto a la carretera no inspiraba confianza alguna, ligeramente inclinada hacia el precipicio.

Román no había pronunciado palabra desde que habían aterrizado en el aeropuerto de Moisant Field de New Orleans, y Nicholas sabía que algo rondaba por la cabeza del español.

—Mierda, me he dejado olvidada la petaca —protestó Nicholas. Tenía ganas de dar un buen trago de whisky, al cual se había aficionado última-mente.

Román no respondió.

—Estás muy callado, amigo —dijo mientras giraba el volante enfrentándose a una nueva curva oscura.

El coche dibujó un trazado inseguro, pero continuó el lastimoso ascenso por la montaña.

—No me gusta esta mierda —respondió el pistolero.

—¿Quieres que conduzca más despacio?

—No me refiero a eso –parecía un niño enfurruñado, con las piernas bien juntas sobre el asiento y una pistola asomándole bajo la solapa de la chaqueta de ante—. Me refiero a toda esta mierda. A esa mujer...

Nicholas lo entendió al instante. Pese a su inexplicable capacidad de mover objetos con la mente, era bastante reacio a creer en este tipo de cuestiones de fantasmas y espíritus, pero aun así sus pesquisas eran suficientemente fiables. Si aquella mujer era capaz de hacer lo que decían que podía hacer, estaba dispuesto a darle todo el dinero que tenía para que se uniera a su espectáculo. Incluso estaría dispuesto a darle todo el dinero que no tenía, si es que ella le pedía más.

—Calma, hombre —dijo el mago—. Probablemente se trate de otra farsante.

Aunque no lo creía así. Tenía un fuerte presentimiento sobre la

mujer. El español pareció recapacitar un momento antes de añadir con voz apagada:

—Ojalá tengas razón, Alabama. Con los muertos no se juega. Quizá por el frío de la noche o quizá por lo estrecho y peligroso del firme de la carretera, Nicholas sintió cómo se le erizaban todos los pelos de su cuerpo.

Ciertamente —pensó con inquietud—, *con los muertos no se juega*.

2

Siguiendo las burdas indicaciones recibidas en el pueblo —que incluían referencias del tipo: «gira en el próximo pino muerto y encontrarás una roca negra»— consiguieron dar con un estrecho camino que parecía estar siendo devorado por la maleza por ambos lados. «Un camino como el interior de una víbora», les habían dicho, y no cabía duda de que avanzaban por ese. Las luces del vehículo se estrellaban contra las ramas que se interponían en la carretera, de manera que Nicholas no consiguió ver al tipo del rifle hasta que estuvo a dos metros de él. Frenó en seco y se quedó a medio metro de arrebatarle las rodillas y el resto de su vida por extensión.

El hombre —enorme y negro como la noche— apenas se inmutó. Tenía los ojos clavados en el vehículo.

—¡Hostia puta! —exclamó Román, que había apretado los pies con bastante fuerza contra la alfombrilla del suelo como si pisara unos pedales de freno invisibles.

—Será solo un lugareño —le calmó Nicholas, aunque a él le temblaban las piernas del susto. Fuera, el tipo empezaba a rodear el coche sin dejar de apuntarles con el arma.

—Los lugareños tienen escopetas de caza —respondió Román en estado de alerta—. Eso es un Remington 511. Definitivamente, no debe de ser de por aquí.

El español blandió el mango de su revólver pero no lo sacó de su funda debajo de la chaqueta. Nicholas sabía que no la enseñaría a menos que hubiera un peligro inminente de ataque, como si fuera los dientes de una serpiente. Aun así, Nicholas notó demasiado intranquilo a su amigo.

—Tranquilo, Dakota. No te lances.

El tipo del rifle se colocó junto a la ventana y se agachó para ponerse a la altura de Nicholas y, sin saberlo él, también a tiro del revólver. El hombre negro hizo un gesto con la cabeza, y apoyó el cañón del rifle en el borde del cristal bajado.

—Buscamos a Louisa —dijo el mago.

—Claro —respondió el tipo—. Cien por cabeza.

Según habían investigado, la mujer se dedicaba a recibir a gente de los pueblos colindantes, cobrando una buena suma de dinero por contactar con sus difuntos seres queridos. También hacía las veces de curandera, e incluso se atrevía con ciertas adivinaciones.

—No somos clientes —respondió Nicholas—. Venimos a proponerle algo.

La boca del rifle se introdujo un poco más en el coche. —Lo que sea —dijo el negro—. Cien por cabeza.

Nicholas desistió y sacó el dinero de su zurrón. Doscientos tan solo por intentarlo. Merecía la pena.

Le lanzó el dinero por la ventanilla.

—Está bien —dijo el gigante guardándose el dinero—. Mi hermana les verá enseguida. Síganme.

Entonces, se colocó delante del coche y echó a andar con parsimonia, el rifle al hombro. Nicholas metió marcha y condujo muy despacio detrás de él. Aquel hombre no parecía tener ninguna prisa. Aunque, de haber sabido las ganas de dispararle que le habían entrado a Román Cruz, habría corrido como el mismísimo demonio.

3

El interior de la cabaña era pura parafernalia. La habitación estaba presidida por el esqueleto de algún enorme pez de río, rodeado por pieles de serpiente a modo de siniestra cortina. A ambos lados, unas rústicas estanterías cubrían las paredes, repletas de tarros de formol rellenos de sapos embalsamados y raíces de plantas exóticas. El suelo estaba prácticamente cubierto por lo que parecían dos enormes pieles de oso grizzli y el techo estaba rebajado por unas cortinas de estampados primitivos africanos, algo ajenos al lugar. Todo encajaba perfectamente, arrugando el espíritu de la sala nada más atravesar el umbral de la puerta.

Sin embargo, a los expertos ojos de Nicholas no pasaron desapercibidos varios detalles importantes, como el hecho de que los frascos de las estanterías estuvieran cuidadosamente iluminados con luz indirecta, o como una rejilla de ventilación semioculta que no dejaba de escupir aire caliente al interior de la estancia. Elaborado. Discreto. Efectivo. Pero no cabía duda alguna: aquello era un escenario.

—Venís desde muy lejos.

La voz de Louisa casi les cogió por sorpresa, ya que la mujer se encontraba en penumbra y hacían falta varios segundos para acostumbrar las pupilas y conseguir distinguirla. Estaba sentada en una silla de madera, frente a una mesa sencilla y desnuda. Se trataba de una mujer de color, con marcados rasgos africanos. Debía rondar los cuarenta años y tenía una extraña belleza salvaje. Animal.

—¿Lo dicen los espíritus? —preguntó Nicholas. La mujer esbozó una media sonrisa.

—Los espíritus o la matrícula del coche de alquiler en el que habéis venido —respondió tranquila, evaluando a los recién llegados —. ¿Acaso importa?

—En realidad, no —admitió.

Ambos se quedaron en silencio. No había más sillas en la sala, de modo que permanecieron en pie frente a ella.

—¿Y bien? —comenzó la mujer—. Dice mi hermano que queríais proponerme algo.

Se la veía muy segura de sí misma, por lo que Nicholas decidió ir al grano.

—Hemos escuchado de lo que eres capaz —dijo sin rodeos—. Si eso es cierto, queremos darte trabajo en el circo más grande que jamás se haya montado. Un circo increíble. Te hablo, sencillamente, de hacer historia.

—La historia me importa una mierda —respondió Louisa, siendo franca.

—De hacer historia... y mucho más dinero del que puedas gastar en toda tu vida.

La hechicera se incorporó en la silla, algo curiosa. Buscando las palabras.

—Créeme —puntualizó—, puedo llegar a gastar mucho dinero. La mujer metió la mano en uno de los bolsillos delanteros de su falda y extrajo un bloc de notas y un trozo de lápiz gastado.

—Imaginemos que soy capaz de hacer lo que habéis escuchado que hago —dijo—. Escribe aquí la cantidad de dinero que ganaría por actuación.

Nicholas miró a Román, que hasta el momento se había mostrado nervioso y no pronunciaba palabra, y este asintió con la cabeza. Entonces, Nicholas sujetó el lápiz y anotó la cifra que habían fijado durante el trayecto. Era un importe serio. Sin duda, más de lo que podía ganar aquella mujer en mucho tiempo.

Extendió el papel a la hechicera, que lo miró apenas un segundo. —No sé qué habrás escuchado sobre mí, pero lo que yo hago vale el doble de eso.

—He escuchado que eres capaz de contactar con los muertos. Louisa soltó una sonora carcajada que les produjo un escalofrío a ambos hombres, quizá por ser lo único auténtico de toda la habitación.

—No soy una cutre médium de pueblo —espetó con arrogancia—.

Eso por estas tierras lo hace hasta la puta más vieja que trabaja en los burdeles. No echo cartas, ni leo mierdas de bola de cristal. ¿Por quién coño me habéis tomado?

Se oyó un ruido en la habitación de al lado y Román pensó que se trataba del hermano, el gigantón del rifle, alerta a posibles inconvenientes. Dispuesto a quebrar algunos huesos.

—¿Y qué te diferencia del resto de las médium? —preguntó Nicholas como desafío.

—¿Qué me diferencia de ellas? —preguntó mientras se ponía en pie.— Pues me diferencia en que no solo soy capaz de contactar con los muertos...

Una pequeña nube de humo gris comenzó a formarse a su espalda, condensando la nada y bajando varios grados la temperatura de la estancia.

—...sino que soy capaz de convocar sus espíritus para que los veas con tus putos ojos de incrédulo.

La mirada de la mujer se perdió bajo sus brillantes párpados oscuros.

4

La fascinación era lo único que conseguía mantener en pie a Nicholas, ya que la vejiga amenazaba con perder la compostura, soltarle el vientre y hacer que se meara en los pantalones. Los ojos de la mujer se habían vuelto completamente blancos, ocultos los iris en la parte superior de los párpados, mientras que sus manos se habían entrelazado sobre el estómago, apretando fuerte los dedos y tensando al máximo los músculos de los brazos. La piel parecía brillar con la luz que empezaba a irradiar la extraña nube que tenía a su lado, motor de invocación de los muertos.

Era como una pequeña tormenta alargada y luminosa de color gris azulado. Crecía despacio, cambiando de forma lentamente, como palpitando de forma errática, ganando opacidad poco a poco, como un mal augurio.

Y entonces, justo cuando empezaba a tomar una forma vagamente humana, se oyó un disparo.

Aquello era demasiado para Román Cruz. No había podido evitar hacer uso de su pistola, asustado como estaba ante la proyección al mundo terrenal de un espíritu que muy posiblemente estaría irritado por haber sido despertado de dondequiera que estuviera descansando, si es que los espíritus descansaban alguna vez.

Sin embargo, la trayectoria del proyectil apenas produjo un pequeño anillo de humo al atravesar la nube, y el estruendo del disparo se mitigó en la sala atestada de estantes y frascos. El corazón de Nicholas tardó un par de décimas de segundos en volver a latir, recuperando el ritmo tras el tropiezo provocado por el ruido atronador del disparo, y vio cómo los ojos de la hechicera volvían a mostrar dos inquietantes pupilas negras, enormes y sorprendidas. Entonces dirigió la vista hacia Román, mirando atónito cómo este apuntaba directamente a la nube con el revólver. El mismo que siempre guardaba debajo de la chaqueta, y que muchos hombres duros como rocas habrían deseado no llegar a ver jamás. Cuando por fin consiguió hablar, se sorprendió del tono de furia contenida que desprendían sus palabras.

—¿Qué coño haces? —preguntó a voz en grito. No quería perder la prudencia, pero estaba realmente enfadado. No entendía cómo su amigo podía haber disparado a semejante maravilla de la naturaleza.

Román respiraba profunda y aceleradamente, gesto inusual en aquel hombre frío como el acero.

—Esto no me gusta, Alabama —respondió frunciendo el ceño.

—¡Podíamos haber visto un espíritu, Román!

—¡Joder si quiero ver un espíritu, Alabama!

—¡Maldita sea! —escupió Nicholas.

En ese momento, Román Cruz se percató de algo más y se agachó. Lo hizo flexionando las piernas y manteniendo la espalda recta, intentando no perder la horizontalidad del brazo derecho, que seguía apuntando a la nube como una máquina que hubiera fijado su objetivo y no estuviese dispuesta a soltarlo. Casi como si esta fuera un imán que atrajera la pistola.

Bajó rápidamente la mano que tenía libre hasta el tobillo. Tras retirar la pernera del pantalón, todo en un suspiro, empuñó con firmeza un segundo revólver que la experiencia le había enseñado a guardar ahí abajo, y, antes de que Nicholas supiera bien lo que estaba ocurriendo, Román Cruz disparó con él hacia atrás, sin apuntar como era debido, seguramente por el temor de que si dejaba de mirar a la nube, esta podría tragárselo en un santiamén.

El mago había seguido la dirección del brazo de su amigo y al principio no entendió este segundo disparo. La bala había salido de la

habitación haciendo un agujero limpio a través de la cortina de tela aterciopelada que colgaba de la puerta de entrada, rozando ligeramente el marco y provocando un pequeño rastro de astillas de madera. Al instante, todo cobró sentido cuando el hermano de Louisa se dejó ver echando a un lado la cortina, levantando su brazo libre, con una expresión que denotaba que la bala debía de haberle pasado condenadamente cerca.

—No me jodas y suelta el rifle —le dijo el español sin mirarle. El hombre obedeció sin rechistar, detalle que, con toda certeza, consiguió salvarle la vida.

Todos se quedaron en silencio durante un largo periodo de tiempo. Román, con los brazos en cruz, respirando profundamente y con la piel inusualmente pálida, no se decidía a bajar ninguna de las dos armas.

—Román, amigo, tranquilízate —dijo Nicholas.

—No me gustan las cosas que ignoran las balas —dijo visiblemente nervioso.

—Entiendo —respondió el mago, sin saber muy bien qué hacer. No esperaba la reacción de Román, exagerada aunque comprensible vista desde cierto punto, de modo que decidió que lo mejor sería que abandonara la sala, enviarlo al coche y que lo esperase allí.

Intentó ponerle una mano en el hombro para calmarlo, pero no estaba seguro de si aquello le costaría un disparo entre ceja y ceja. Se abstuvo de hacerlo, por si acaso.

—¿Sabes qué me estoy preguntando ahora mismo, Alabama? —cuestionó Dakota sin dejar de apuntar a ambos lados—. Me pregunto si disparando a la bruja conseguiré que la puta nube desaparezca.

Dicho eso, desplazó el brazo y apuntó a la mujer.

—Yo solo abro la puerta —habló Louisa, más tranquila de lo que sería razonable en aquella situación, dadas las circunstancias.

Nicholas no sabía muy bien qué significaba todo aquello, pero estaba seguro de que si no hacía algo, pronto lo descubriría. Y no sería nada bueno. Si las cosas se torcían, quizá terminaran todos muertos. Y con una hilera de espíritus escapándose por la nube que la mujer había creado delante de ellos. O no, porque su cabeza era un galimatías en esos momentos.

Pensó en emplear su poder y dirigir el arma de Román a un lado, desarmarlo y retenerlo con la mente, pero esa idea le hizo sentirse un auténtico traidor. Solo pensarlo lo convertía en uno, de modo que optó por intentar arreglar las cosas con las palabras.

—Louisa, por favor —dijo mirando fijamente a Román—, ¿te importaría hacer desaparecer esa nube?

—Querías que demostrara mi poder.

—Lo sé. Y ha sido más que suficiente, de veras —admitió Nicholas. La mujer vaciló un instante y asintió con la cabeza. Volvió a poner los ojos en blanco y la nube empezó a desaparecer con rapidez. Al principio perdió luminosidad; luego, sencillamente, se disipó como una bocanada de humo de tabaco.

—Román —se dirigió a su amigo—, por favor, ¿me esperas en el coche?

El pistolero tardó unos segundos en responder, pero finalmente pareció salir de su peligroso estado de alerta. Miró fijamente a los ojos del tipo negro y debió de leer en ellos las claras palabras del miedo porque no tuvo reparos en guardarse de nuevo la pequeña arma en la funda del tobillo y la otra en la cinturilla de los pantalones.

—No me gusta esta mierda —repitió enfurruñado y se dirigió a la puerta. Antes, recogió el rifle que había soltado el hombre y se encogió de hombros—. Esto me lo quedo. Para mi colección —y luego salió al exterior.

Una vez solos, Nicholas metió la mano en su zurrón, sacó un enorme fajo de billetes y lo puso sobre la mesa que había al lado de la mujer.

—Todo esto ha sido un malentendido, disculpad lo ocurrido —dijo Nicholas.

—¿Es peligroso? —preguntó la mujer.

—No será una amenaza para vosotros. Me hago responsable de él. —¿Cuánto hay? —preguntó haciendo un gesto con la cabeza hacia el dinero.

—Lo suficiente para que puedas viajar a Europa. Te daré el triple de la cantidad anotada en el papel por cada una de las actuaciones que hagas —añadió, dándose la vuelta sin esperar respuesta—. Tu esbirro puede acompañarte, pero tú te harás cargo de los gastos. Bienvenida al circo.

Dicho aquello, abandonó la cabaña y sintió un enorme alivio al recibir el frescor del atardecer en sus pulmones. A la segunda bocanada de aire, se recriminó el hecho de no haber intentado tocar aquella fascinante nube. Pero no quería contactar con ella con los dedos, sino intentar hacerlo con la mente. Ver qué pasaría si lo hacía.

Se prometió intentarlo la próxima vez, pero tuvo un mal presentimiento. Si no malo, al menos sí oscuro.

Como prometía ser su circo.

Un circo oscuro. Un circo negro.

Bento

1

Había sido un verano caluroso, de manera que la mayoría de las calles de Venecia olía a cloaca seca y desechos de tiempos mejores. El sol apenas conseguía tocar el agua de aquel pequeño callejón sin salida, tan alejado del Gran Canal que la única corriente que tenían sus aguas provenía probablemente de algún desagüe ilegal o fuga de alcantarilla. Cuando la lancha taxi dobló la última esquina, el caudal perezoso mojó las paredes cubiertas de algas secas.

—Es aquí —dijo el taxista, reduciendo la velocidad e invirtiendo el sentido del motor.

La fachada del edificio era un triste reflejo de una época gloriosa, de corte clásico y ventanales de arco. La segunda planta tenía los cristales rotos frente a unas cortinas sucias y raídas, sin duda abandonadas, mientras que las ventanas del piso inferior estaban completamente cerradas con compuertas de madera. La entrada principal, de roble tallado, estaba ligeramente descolgada de sus goznes.

—¿Está seguro? —preguntó Nicholas, extrañado.

—Si está buscando a Bento, el gondolero, estoy completamente seguro de que es aquí. Ese tipo es más conocido en Venecia que la plaza de San Marcos.

El taxista arrimó la lancha al escalón de la entrada y golpeó fuerte la puerta con el puño. La madera crujió y las bisagras protestaron, pero nada sonó en su interior.

—Creo que aquí no hay nadie —respondió el mago, algo preocupado por no haberse traído a Román a ese viaje. Llevaba mucho dinero encima y se sentía muy indefenso sobre el bote. Instintivamente se puso en alerta, rodeando con su poder la tráquea del taxista. Sin apretar ni rozar. Solo para ganar tiempo en caso de que hubiera problemas.

—Créame, amigo —respondió el hombre—, está ahí. Anoche tuvo una pelea y acabó bastante jodido.

—¿Una pelea?

—Sí, en una taberna. Bento tiene mal beber. Alguien le dijo algo que no le gustó y acabó machacando a tres marineros del puerto —explicó mientras volvía a golpear la puerta con el puño—. Pero uno de ellos le clavó una pequeña navaja del ejército en un costado antes de perder el conocimiento.

Nicholas compuso una imagen mental de la situación y se preocupó por su futura inversión.

—¿Sobrevivirá?

—¿Bento? —cuestionó el taxista antes de reírse a carcajadas—. Hace falta mucho más que una mierda de navaja para joder al gondolero.

Golpeó una vez más la puerta y sonó algo en el interior. El inconfundible sonido de una botella cayendo sobre un suelo de madera.

—¡*Passa, cazzo*! —sonó desde las entrañas de la casa.

—Ya lo ha oído —dijo el taxista sonriendo—. Entre, joder —añadió guiñándole el ojo.

Nicholas se incorporó con sumo cuidado y se apeó de la lancha sobre el escalón de la puerta. Antes de empujarla, se giró de nuevo.

—Por cierto —preguntó—, ¿es cierto que tiene tres brazos?

El lanchero se encogió de hombros y levantó las cejas, en ese inequívoco gesto de negación de lo que no se sabe.

—Yo que sé —dijo apagando el motor del barco—. Solo sé que la pelea de anoche comenzó por esa misma pregunta.

2

Al igual que la fachada, el vestíbulo parecía abandonado. Colgaba del techo una lámpara sencilla de cono metálico oxidado, desprovista de bombilla y con una gruesa capa de polvo que constataba que nadie la había tocado durante décadas. Como único mobiliario, junto a la puerta, un rústico bate de béisbol descansaba apoyado en la pared. Al parecer, al amigo Bento no le gustaban demasiado las visitas.

Un pasillo oscuro se introducía en el edificio, desembocando en una habitación de la que emanaba la inconfundible luz bailarina de una lámpara de aceite.

—¡*In camera*!

La voz era tosca y aguardentosa. Nicholas no entendió las palabras, pero siguió el sonido. Anduvo a través del pasillo, dejando a los lados habitaciones vacías y polvorientas, hasta llegar al dormitorio del gondolero. Olía a sudor antiguo y licor añejo.

—¿*Pòsso esserti utile*? —preguntó Bento con recelo.

El gondolero se encontraba tumbado en la cama, cubierto con una sucia colcha marrón hasta el cuello. Las pobladas patillas bandoleras y el escaso cabello que tenía sobre las orejas estaban completamente húmedos, síntoma de que había estado sudando toda la noche. Debía

de rondar los cincuenta años, pero su piel oscurecida por el sol y maltratada por el alcohol le impregnaba un aspecto de objeto viejo y desechable.

—Buenas tardes —dijo Nicholas, sopesando la posibilidad de extenderle una mano para estrecharla y desechándola al instante—. Soy Nicholas Campbell. Le envié una carta hace un par de semanas.

—Ah, usted —dijo con prudencia—. La verdad es que me dejó bastante intrigado.

Su inglés era bastante bueno, cosa razonable en un hombre que se ganaba la vida entre turistas.

Sacó el brazo derecho de debajo de la colcha para coger la botella de whisky que aguardaba sobre la pesada mesilla de noche de su lado. Nicholas observó fascinado cómo el bulto que formaba su cuerpo bajo las sábanas se movía de forma extraña.

—Como le decía en mi carta —continuó el mago yendo directamente al grano—, he oído que tiene usted tres brazos.

El gondolero interrumpió súbitamente el trago que estaba dándole a la botella y le miró directamente a los ojos.

—Anoche envíe a tres hombres al hospital por insinuar eso mismo.

El momento podía haber sido tenso, pero Nicholas estaba preparado para aquello.

—Intenciones, amigo Bento —respondió de forma amistosa pero firme—. La diferencia reside en las intenciones. Probablemente la intención de esos tipos era la burla o el morbo. Mi intención es hacerte ganar muchísimo dinero.

La simple mención del dinero pareció calmar la mirada del gondolero, que dejó despacio la botella en el suelo. Sin duda, aquel era el único tratamiento médico que tenía intención de recibir.

—¿Muchísimo dinero?

—Suficiente como para no tener que volver a pisar un lugar como este en toda tu vida.

Entonces, Bento retiró la sábana con una de las manos y dejó al descubierto su torso desnudo, aunque un vendaje le cubría gran parte del abdomen. Y pese a que Nicholas estaba preparado para lo que iba ver, a su mente le costó varios segundos asimilar semejante obra de Dios.

3

Parecía un error de la vista, como si los ojos procesaran la imagen

por duplicado. Mientras que el lado derecho de su cuerpo era normal, el opuesto le confería un extraño aspecto de animal mitológico. Tenía el hombro izquierdo algo elevado, donde seguramente se ubicaría una doble clavícula de la que colgaban dos brazos, uno encima del otro. El de arriba era similar al diestro, aunque ligeramente más delgado en la zona del bíceps, mientras que el de debajo, algo más corto y musculoso, se movía de forma independiente.

El gondolero extendió los tres brazos, abriendo y cerrando los quince dedos varias veces, como para demostrar que todos estaban plenamente operativos.

Nicholas comprobó con asombro que el tipo parecía un poco avergonzado, timorato. Como si no le gustara estar tan al descubierto, desprotegido.

—Maravilloso —susurró fascinado.

Bento no respondió nada. Con la timidez multiplicada por tres, volvió a cubrirse el cuerpo con cuidado.

—¿Por qué lo ocultas?

—Trabajo de gondolero —respondió—. ¿Acaso crees que a los turistas les gustaría ver a un monstruo de tres brazos conduciéndolos por los callejones de esta ciudad?

Nicholas meditó sobre la pregunta. Realmente él estaría encantado con algo así, pero entendía que no todo el mundo era tan abierto de mente.

—Supongo que no —admitió.

Hubo un segundo de silencio en el que los dos hombres se miraron a los ojos.

—No quiero ser un monstruo de feria —dijo el gondolero con seriedad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no pienso exponerme a la mirada morbosa de un montón de público por el simple hecho de tener tres brazos.

—No entiendo. Me respondiste a la carta diciendo que estabas interesado.

El tipo se incorporó en la cama y se quedó sentado, dejando al descubierto de nuevo los tres brazos. Entonces, Nicholas reparó en que el vendaje que le cubría la cintura se había teñido de rojo, debido a que la herida provocada por el navajazo la noche anterior se había abierto con el movimiento del italiano. Debía estar bastante malherido.

—Lo que intento decir —le dijo Bento—, es que no quiero ser un simple objeto de observación. Quiero ser el forzudo del circo. El más grande, el más temido.

Dicho esto, se levantó de la cama y se acuclilló con dificultad. Soltó un gemido cuando la herida del costado le protestó, pero sin pensárselo dos veces sujetó con su tercer brazo una de las patas de hierro de la cama. Lo hizo muy abajo, casi a ras de suelo, lo que dificultaba enormemente la maniobra. Entonces, con una mueca de dolor en la cara, gruñendo como un perro a punto de atacar a una ardilla desvalida, levantó la cama con lentitud, hasta alzarla por encima de su cabeza sin apenas temblar un poco. Sin duda, ese brazo intruso era fuerte como un elefante.

4

Nicholas aplaudió encantado. Aquello superaba con creces lo que había imaginado.

—Impresionante, amigo —dijo sin poder dejar de sonreír—. ¿Cuánto eres capaz de levantar?

El gondolero dejó la cama en el suelo y se señaló el vendaje del abdomen.

—Hoy no estoy en mi mejor día —dijo—. Pero en un día bueno, este brazo levanta todo lo que le permita esta maldita pierna.

El italiano se sentó en el borde de la cama y se golpeó con los nudillos por debajo de la rodilla izquierda. Un sonido hueco confirmaba que tenía una prótesis de madera debajo de la tela del pijama.

—Ya veo —dijo Nicholas pensativo—. ¿Cómo la perdiste?

Bento volvió a acostarse y se cubrió de nuevo hasta el cuello con la sábana. A decir verdad, tenía un aspecto deplorable.

—Hace un montón de años —explicó—, algún *stronzo* soltó un par de caimanes pequeños en uno de los canales de la ciudad. Los muy cabrones se hicieron grandes comiendo peces, ratas, perros… yo qué coño sé. El caso es que tenían aterrorizados a todos y aquello no era bueno para el turismo.

Volvió a coger la botella del suelo y se automedicó con buen trago.

—Eran unos bichos listos y huían del bullicio de los barcos de motor del Gran Canal, refugiándose sobre todo en los barrios más decadentes de Venecia. Así que, a pesar de todo, las buenas gentes estaban relativamente a salvo, por lo que la inversión en solucionar el problema fue ínfima. Contrataron a varios pescadores que lo intentaron, pero aquellos cabrones caimanes se refugiaban bajo los cimientos de la ciudad y era prácticamente imposible dar con ellos. El

sacco di merda del alcalde mandó a varios buzos para examinar las calles principales de la ciudad, más que nada por aplacar los temores de los votantes, pero por aquel entonces los cocodrilos habían anidado ya en los peores barrios y aquellos buceadores no encontraron una mierda. Así que todo el mundo se olvidó del asunto.

Nicholas reparó en que los últimos tragos le habían sentado bien al gondolero. Tenía mejor aspecto. Sin duda, aquel hombre era alcohólico.

—Pero los putos bichos seguían allí abajo. En los malos barrios. En nuestros barrios. Y esa gente no tenía dinero para pescadores o buzos. Así que hicieron lo único que podían permitirse: me contrataron a mí.

Bento levantó la botella a modo de brindis y continuó.

—Salí de esta misma casa, con un rifle y un machete, y no volví hasta tres días después con el cadáver de los dos caimanes —dijo con voz teatral—. Eso sí: mi pierna izquierda iba dentro de uno de ellos.

El mago recapacitó durante un instante sobre la historia que acababa de escuchar.

—Una historia estupenda —admitió—. No es cierta, ¿verdad? El gondolero soltó una tremenda carcajada e inmediatamente se resintió de dolor en la herida.

—Pues claro que no, *cazzo* —dijo sonriendo—. Solo es una historia que les cuento a los turistas para hacerles más ameno el viaje en góndola. Les encanta.

Nicholas aplaudió de nuevo.

—¿Sabes qué? —preguntó por pura retórica—. A partir de ahora esa historia debe ser completamente cierta. Solo nosotros dos sabremos que no lo es. Ahora, amigo mío, estás en el circo.

Introdujo su mano en el zurrón y sacó un sobre marrón bastante abultado. Antes de extendérselo al gondolero, se lo pensó un instante.

—Sobrevivirás a esa herida, ¿verdad?

Bento retiró la sábana de nuevo, dejando el torso al descubierto. El vendaje estaba bastante impregnado en sangre, pero aun así el italiano golpeó varias veces la herida con la palma de su tercer brazo.

—¿Este arañazo? —preguntó con arrogancia—. Créeme, amigo, no es la primera vez que me meten un palmo de acero.

—Bien —dijo el mago ofreciéndole el sobre—. Ahí hay dinero suficiente para que te vea un médico, un billete de avión y una larga excedencia para tu remo. Recupérate y pronto volveré a escribirte con instrucciones.

Bento asintió con la cabeza, sosteniendo con dos manos el sobre con más dinero del que había visto en toda su vida.

—Tú mandas.

Nicholas se puso muy serio, más preocupado por la posibilidad de perder a semejante capricho de la naturaleza que por su inversión económica.

—Exacto —respondió—. Ahora mando yo. Eso quiere decir que no me jodas con peleas en tabernas y mierdas parecidas. ¿Estamos?

—*Certo*! —respondió el gondolero sin lugar a dudas.

—Está bien, amigo. Nos veremos pronto.

Extendió el brazo derecho para estrecharle la mano pero en el último segundo vaciló y le tendió finalmente la izquierda. Bento lo entendió enseguida y le sujetó fuertemente la mano con su tercer brazo.

—Realmente increíble —susurró Nicholas.

Fascinado, el apretón duró mucho más de lo que socialmente sería aceptado como natural, pero el contacto con aquel tercer miembro le hizo sentir como si, por primera vez, pudiera tocar su circo con las manos. Como si pudiera tocar su sueño hecho materia.

Asintió con la cabeza y se giró de nuevo hacia la puerta de entrada. Antes de salir de la habitación, habló por última vez.

—Serán cinco —dijo sin girarse hacia el gondolero.

—¿Cinco? —preguntó este extrañado.

—Tu historia. Cinco jodidos caimanes.

Andrei Diranov

1

Nicholas se arremangó los bajos de los pantalones, se descalzó y pisó la arena fresca de la playa. Llegó hasta la orilla y anduvo durante un rato con el océano a su izquierda, dejando que el líquido cristalino le mojara los pies.

La brisa le removía el cabello y el olor a sal le inundaba las fosas nasales. El cielo lucía claro por este lado, aunque el sol de aquel nuevo otoño no apretaba demasiado; sin embargo, cerca de la imaginaria línea entre el agua y el cielo, las nubes se acercaban negras, amenazantes, dispuestas a quebrarse sobre aquella herrumbrosa ciudad costera y descargar lluvia, fantasmas, dioses enfurecidos y dragones de locura.

No le costó encontrar al hombre que buscaba, pues apenas si

había gente en la playa. Nadie se bañaba, muy pocos tomaban el sol; las gaviotas se habían hecho dueñas de la vastedad del lugar, graznando, picoteando aquí y allá, tragando detritos y persiguiendo pequeños cangrejos por entre las piedras del espigón.

Andrei Diranov estaba sentado en una destartalada silla metálica frente al mar, los codos apoyados en los reposabrazos y las manos sobre los muslos. Una escuálida sombrilla le procuraba una sombra famélica, que apenas conseguía cubrir la inmensidad de su persona. Su orondo cuerpo barrigón, ataviado con una camiseta blanca de tirantes y un bañador con flores enormes estampadas, parecía encasquetado a presión en el hueco del asiento. La cabeza sin cabello brillaba como una bota recién lustrada. El hombre oteaba el horizonte con un semblante tan concentrado que parecía estar recibiendo una clase teórica de física cuántica casi sin entenderla. Permanecía inmóvil, apenas si parpadeaba y el sudor le perlaba la frente y los hombros, mientras sus piernas flexionadas se hundían en la arena blanca.

Nicholas se le acercó, se colocó a su lado, dirigió la mirada hacia un punto ambiguo del océano y dejó que el silencio se encargara de las presentaciones.

—¿Lo estás haciendo tú? —preguntó Nicholas al fin.

Andrei Diranov no respondió, sino que se inclinó en la silla hacia delante. Se concentró un poco más y varias arrugas florecieron en el rabillo de sus ojos. De pronto, un rayo saltó entre el cuerpo de dos nubes grises como el pelaje de una rata y se precipitó en un punto indefinido del agua. El gordinflón hizo un mohín satisfecho y se giró hacia Nicholas. Segundos más tarde recibieron el sonido del trueno.

—Esta noche habrá tormenta —anunció con un tono de voz sombrío. Nicholas le estrechó la mano y le dijo su nombre.

—Te esperaba hace varios días, chico —espetó de mala gana. Nicholas ya no era un chico. Esa denominación le irritó.

—El tren tuvo problemas al cruzar las montañas —dijo Nicholas. Andrei Diranov sacudió la mano a modo de disculpa.

—Ah, sí, eso ha sido otro de mis experimentos.

—¿Experimentos?

—Para llevar a cabo mi plan.

—¿Qué plan?

—Está en la Biblia, amigo. Ahí se desvela la verdad. Noé era un gran tipo, ¿sabes, chico?

Nicholas sonrió, asintiendo con la cabeza, aunque en realidad se estaba preguntando para qué estaría experimentando aquel hombre, cuál era su plan y qué se escondía entre las páginas de la Biblia. Había mencionado a Noé, el protagonista de la parábola del diluvio, el

hombre que se había dedicado a reunir parejas de animales en su barco antes de que se inundara todo el planeta. Un imbécil que, de haber existido, posiblemente habría sido devorado por la primera pareja de tigres que intentara capturar. Nicholas dudaba de que Andrei Diranov se estuviera planteando un segundo diluvio universal, puesto que ni siquiera el primero habría sido posible, y durante un momento trató de recordar las clases de ciencias que había recibido en el colegio siglos atrás. Pensó en cirros y pensó en estratos. En borrascas y mierdas por el estilo, hasta que reparó que aquellos polvorientos libros escolares no tenían todas las respuestas. No recordaba ninguna clase de anatomía que mostrase un cerebro con unas enormes manos blancas invisibles saliéndole de ambos lados.

En cualquier caso, lo que escondían las palabras de aquel hombre gordo era indescifrable, aunque ciertamente estaban recubiertas por un halo de maldad, eso se notaba a leguas. Los ojos de Diranov albergaban resentimiento, venganza y crueldad. Y puede que también locura, pero no la suficiente como para no mantener todo su poder bajo un perfecto control.

Nicholas volvió a dejar que mediara el silencio entre ellos mientras esa parte de la conversación se diluía en la brisa que procedía del interior del océano con un intenso olor a ozono. Luego habló con calma:

—¿Cómo funciona?

Hizo un gesto con la cabeza hacia la tormenta cercana.

—Es cuestión de concentración.

—No creo que solo sea…

—Hay que concentrarse mucho, chico. Y requiere tiempo.

—Entiendo.

—En realidad, no sé cómo funciona —admitió al poco—. Solo pienso en ello, y termina sucediendo. Es un don. Un don de Dios. El *jefe* me ha elegido.

—¿Para qué?

—Para realizar mi plan.

Nicholas decidió no seguir por ese lado.

—¿Puedes hacer que nieve? —preguntó. Andrei Diranov lo miró con hostilidad.

—No has entendido nada, chico.

—¿Disculpa?

—El proceso no es tan rápido. En este lado no hay nubes, y las que se acercan por el horizonte he tardado mucho en invocarlas.

—Pero…

—Eso de ahí es una tormenta eléctrica, así que solo puedo hacer

llover. En las tormentas eléctricas no hay nieve. Además, estamos al nivel del mar. Las condiciones no son idóneas para la nieve. ¿Has ido al colegio alguna vez, chico, o eres realmente tan idiota?

—Fui una vez, pero ya no lo recuerdo. Mi vida…

—Si quieres nieve, tendrás que esperar unos días —le atajó Andrei

Diranov sin dejarlo terminar.

—¿Unos días?

—Claro, chico. No puedo hacer que llueva en el desierto con solo chasquear los dedos, ni disipar una ventisca con un parpadeo de ojos… No soy Dios, chico.

—No eres Dios… —repitió Nicholas perplejo.

—Claro que no, chico. El jefe sí podría hacer todo eso. Él es el Todopoderoso y pudo crear el universo en siete días. En cambio yo, necesito tiempo y concentración para hacer mis trucos. Mucha concentración y mucho tiempo. No demasiado, pero sí el suficiente.

—¿Cuánto? —preguntó el mago, fascinado.

El ruso le miró directamente a los ojos, con expresión divertida.

—Siete veces siete —respondió—, que suele decir la Biblia.

—¿Siete veces siete? —reflexionó Nicholas— ¿Y cuánto es eso? Andrei sonrió ampliamente antes de responder.

—¡Y yo que sé, amigo! Necesito el tiempo que se necesita —concluyó, guiñando un ojo.

A Nicholas se le contagió un poco la sonrisa y sintió cierta simpatía por aquel chalado.

—Ya veo. Puedes modificar el clima —resumió Nicholas.

Andrei Diranov miró a su tormenta y tres rayos cayeron al unísono sobre la masa oceánica. Los truenos rugieron como leones hambrientos.

—Eso parece.

—Pero…

—Pero ¿qué?

Nicholas vaciló en su respuesta.

—No veo cómo podría incluirte en mi espectáculo. Si tardas varios días en atraer una tormenta, ¿qué podrías hacer en una función de un par de horas?

—De ir, no iré a tu circo por las funciones. Y mucho menos por el dinero que mencionabas en tu telegrama.

—¿Entonces?

—Mi plan, chico, mi plan. No lo olvides.

Ahí estaba otra vez. La oscuridad, la malicia en sus palabras, y una mueca que anunciaba un destino inexorable repleto de muerte.

—No podremos darte alojamiento y comida gratis. Tendrás que trabajar.

—No seré una molestia, chico. Y tengo brazos fuertes para montar carpas y postes. Además, yo como poco.

Nicholas sofocó una risotada ante la evidencia de que la sebosa barriga de Andrei Diranov había sido cultivada a base de enormes cargamentos de comida grasienta y aborrecible.

Otro rayo en el horizonte, y el trueno correspondiente cogido de su mano. Las nubes negras acechaban ya la orilla de la playa.

—Puedes modificar el clima —reflexionó Nicholas con un susurro, y luego volvió a elevarla, al haber encontrado una ocupación para aquel hombre—. Al menos podrás alejar el mal tiempo de las ciudades que visitemos.

—Quizá el truco sea otro —dijo la voz tenebrosa de Andrei, nada dispuesto a negociar su carga de trabajo mientras dominaba una tormenta sobre sus cabezas.

—No entiendo.

—¿Y si lo que soy capaz de hacer —inquirió el gordo— es adivinar el futuro y saber en qué sitio y a qué hora va a llover, nevar o caer un rayo?

—Si pudieras adivinar el futuro… harías algo peor que aparentar empujar tormentas.

—No si no lo requiere mi plan.

Nicholas escrutó los ojos negros de Andrei Diranov, que lo miraban suspicaces, ocultando una verdad misteriosa.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó al fin.

—¿Qué crees, chico? ¿Influyo en el clima o adivino el futuro?

—Ambas alternativas me ponen los pelos de punta.

—¿Qué haces tú?

—Yo no veo el futuro —zanjó Nicholas.

—Quizá yo sí.

—Si lo hicieras, serías Dios.

Andrei Diranov exhaló una bocanada de aire, rió con ganas y se repantingó hacia atrás en su silla, satisfecho con la respuesta dada por ese tal Nicholas Campbell, el miserable fundador de un circo lleno de bichos raros.

—No, chico, no soy Dios.

—¿Nos vamos, entonces? —se giró sobre sus talones y extendió un brazo en el gesto de invitación clásico de los porteros de los hoteles —. Si no estás muy ocupado.

—Iré contigo a ese maldito circo, sí. Eso es lo que dicta el plan. Nicholas alzó la mirada y contempló la acumulación de relámpagos en

el cielo. Se dio la vuelta y se alejó, dejando que el batir enérgico de los truenos le abrazara junto a una brisa desagradable. Andrei Diranov recogió apresuradamente la sombrilla y la silla, y siguió las suaves huellas de Nicholas Campbell por la arena fría de la playa.

A medida que se alejaban, el sol empezó a dar manotazos a través de unas nubes que parecían haber perdido el interés por aquel rincón del planeta.

Kisho Hanzo

1

La lonja del pequeño pueblo de Shionomisaki era un hervidero de cientos de japoneses atareados como un enjambre de abejas. La extraña sonoridad del idioma nipón —donde Nicholas era totalmente incapaz de distinguir cuándo terminaba una palabra para comenzar la siguiente— hacía que a sus oídos todo sonase como un obstinado zumbido monocorde y, en cierto modo, relajante. Se trataba de una enorme nave diáfana, de techos altos y tejado en forma de pagoda, fabricada en madera antigua pero robusta, como la mayoría de las cosas en aquel maravilloso país.

En contraste con el bullicio, los negocios importantes se tramitaban en el más absoluto de los silencios, mediante un ancestral sistema de gestos por el cual se llevaban a cabo las subastas de los enormes atunes que descansaban en el suelo, tan frescos que alguno aún boqueaba. El subastador se limitaba a señalar con la mano la mejor puja, mientras que los pescadores y empresarios locales realizaban toda una coreografía de levantamiento y giros de dedos. Al final, se establecía un ganador, y solo entonces todos los presentes emitían gruñidos de desagrado y murmullos de aceptación.

Nicholas, enorme en comparación con la mayoría de los presentes, asistió fascinado a varias subastas de pescado. Últimamente el mago había empezado a cuestionar de forma casi inconsciente su escala de valores, de modo que había optado por realizar una clara distinción en lo que serían buenos espectáculos para el circo y buenos espectáculos para su espíritu. Aquello que tenía delante calmaba de forma extraña sus demonios, que empezaban a atormentarlo con desencanto sobre la vida y sus placeres. Ese ancestral ritual de pesca y lonja tenía tintes de cosa pura. Natural, fresco, inocente. Adjetivos todos que le habían sido arrebatados tras su último encuentro con

Christina Summer, donde esta, desapareciendo como pequeña pieza clave de su moral, había conseguido que todo su ser se tambalease.

Espantando el pensamiento de su cabeza, se dirigió caminando a la zona de despiece y venta de atunes y otras especies, donde, según sus vastas investigaciones, encontraría a la persona que andaba buscando. Sabía que no iba a ser fácil convencerlo, después de más de cuarenta años retirado de los escenarios, pero Nicholas tenía la esperanza de que aquel hombre llevara en su corazón el virus del circo. La adicción a los aplausos.

Así, tras un pequeño paseo por los puestos del mercado, pese a la distancia temporal y las arrugas en el rostro, no le costó localizar al tipo que aparecía en el antiguo cartel que guardaba en su zurrón.

No cabía duda de que era él. Kisho Hanzo. Un faquir tan impresionante que lograba hacer vomitar al cirujano más experto.

2

Román se había quedado en Tokio, visitando las armerías autóctonas con la firme intención de adquirir espadas niponas para sumarlas a su colección. Probablemente se decidiera por una katana samurái, o alguna que otra daga corta. En su obsesión por las armas, al español no le había importado dejar solo a su amigo en su desplazamiento hasta Shionomisaki. Y así estaban, a más de seiscientos kilómetros de distancia, en un país absolutamente desconocido para ellos y rodeados de carteles repletos de símbolos ilegibles.

En el mercado, Nicholas caminó con parsimonia hasta el puesto de pescado, donde el japonés se enfrentaba a un enorme atún con una espada de hoja y empuñadura curvadas. Realizaba cortes con pulso firme y seguro, demostrando no solo su destreza sino el increíble grado de precisión de aquel filo reluciente. Con sumo cuidado, separó todo un enorme trozo de uno de los laterales, realizando un corte muy cerca de la espina principal pero sin tocarla. Despacio, sujetó el enorme pedazo ayudándose con la espada y lo situó sobre una tarima de madera cubierta con hojas de algún tipo de palmera.

—Buena katana —dijo Nicholas, un intento sutil para entablar conversación.

El japonés adoptó expresión afable sin dejar de mirar lo que tenía entre manos. Era delgado y viejo, como Japón, aunque su piel era tersa y firme sobre sus arrugas. Tenía los párpados gruesos y solemnes, y al sonreír, su fino y largo bigote se meció ligeramente con una

brinza de hierba.

—*Ko wakizashi* —respondió el nipón mientras empezaba a realizar delicadas incisiones sobre el trozo de pescado.

—¿Perdón? —preguntó el mago, consciente de su ineptitud con el idioma.

Esta vez Kisho levantó el rostro de forma amistosa y a Nicholas le invadió una enorme sensación de sosiego.

—La katana es más larga —respondió mientras colocaba la hoja de forma horizontal frente a los ojos de Nicholas—. Esto es un ko wakizashi. Su inglés era correcto, pero con un acento extraño, divertido. Casi parecía la parodia cómica de cómo debía hablar un japonés.

—¿*Ko wazakishi*? —erró Nicholas con torpeza.

—*Ko wakizashi* —repitió el japonés.

—*Ko wakizashi*.

—Ajá —respondió, enfrentándose de nuevo a su tarea.

Durante un segundo apoyó la espada en paralelo al enorme trozo de pescado rojo, seguramente midiéndolo mediante alguna minúscula muesca en el acero de la hoja, y comenzó a realizar cortes apoyando de forma solemne la palma de la mano sobre el filo romo para hacer algo de presión. El resultado eran unos tacos de atún simétricos del tamaño de un ladrillo. Nicholas se preguntó si una máquina industrial habría sido capaz de crear un despiece más perfecto.

—Soy... —comenzó a hablar el mago.

—El americano que se aloja en el hotel de la plaza —interrumpió el pescadero—. El que va por ahí preguntando por mí.

No había ningún tipo de agresividad en sus palabras, solo se limitaba a evidenciar un hecho.

—Es un pueblo pequeño —añadió el japonés sonriendo.

—Sí —dijo el mago con recelo—. Me llamo Nicholas Campbell.

—Kisho Hanzo —respondió el oriental, bajando la cabeza en señal de respeto.

Nicholas lo imitó, sintiéndose torpe con el gesto.

—He venido...

—Has venido a ofrecerme trabajo en algún espectáculo —mientras decía esto, continuaba realizando cortes casi matemáticos—. ¿Las Vegas?

El mago casi carcajeó con la ocurrencia. Aquello tenía cierta gracia. —Las Vegas, Kisho Hanzo —dijo con cierto aire grandilocuente —, comparado con lo que yo te voy a ofrecer, te parecerá una tarde tomando el té con tu abuela. Yo te hablo de un auténtico circo de fenómenos. El circo más extraño y misterioso que jamás se haya

montado y jamás se llegue a montar. Una carpa que reúna a los seres más exclusivos y fantásticos de todo el planeta —hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Un auténtico capricho de la naturaleza.

El japonés había dejado de cortar el pescado y ahora le miraba con gran atención.

—Y tú, Kisho Hanzo —continuó—, vas a aceptar mi oferta.

El pescadero pareció quedar sumido en un pequeño trance durante un par de segundos, tras los cuales volvió de nuevo a su trabajo de forma tranquila y delicada.

—¿Y qué te hace estar tan seguro, amigo americano, de que voy a aceptar tu oferta?

Nicholas sonrió unos segundos y empezó a desdoblar un pequeño trozo de papel amarillento que tenía en su zurrón. Era una hoja arrancada de algún libro antiguo.

—Porque desde que he llegado —respondió—, y sobre todo después de mencionarte mi circo, he visto en ti la misma mirada que tenías en esta foto.

Se la extendió y ambos se quedaron mirando la imagen. En ella, un jovencísimo Kisho Hanzo posaba para un letrero promocional, sin camiseta, y con una espada atravesándole el pecho a la misma altura en que debía estar el centro de su corazón.

3

Dándole vueltas a la cuestión, el japonés sacó una pequeña caja de madera que contenía un paño impregnado en algún tipo de alcohol aromatizado, y con él comenzó a limpiar con esmero la hoja del sable.

—En aquellos tiempos la gente no estaba preparada para eso, y creo que sigue sin estarlo.

Lo dijo con una tristeza antigua y resignada. Como una nostalgia robada.

—Por supuesto que no —respondió Nicholas con expresión severa.— Nadie en todo el planeta está preparado para el circo que yo quiero montar. Kisho sopesó las palabras como si las sílabas cargaran piedras en grandes alforjas. Cogió un pedazo de algodón y secó el acero con meticulosidad. Lo hacía realizando pequeñas pasadas sobre el metal, de forma paciente y respetuosa. Una vez envainada la espada, se quedó mirando fijamente al mago. Los segundos tomaron cuerpo entre los dos hombres.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Estás preparado?

Inconscientemente, Nicholas sonrió de medio lado bajo su bigote,

un nuevo look que había adoptado tras su paso por Londres... el viejo y a la vez modernizado Londres. Echó un vistazo a su alrededor, buscando miradas indiscretas de transeúntes curiosos, pero comprobó que en aquel hormiguero todos hacían su trabajo de forma exhaustiva y concentrada, sin fijarse en los demás, sin importarles nada ni nadie. Entonces Nicholas desvió la mirada hacia el puesto del pescadero y reparó en que el japonés tenía a su espalda un pequeño y estrecho mostrador en el que descansaban una botella de whisky y seis vasos pulcramente limpios y apilados.

—¿Escocés?

Tras un segundo de duda, Kisho lo entendió y sonrió abiertamente.

—El sake sabe terrible —dijo guiñándole un ojo.

Nicholas hizo un mohín y dio un paso hacia delante. Apretó los puños, se concentró e imaginó en su cabeza el recorrido que iban a realizar sus manos invisibles, como si se tratase de un boceto o un simple paso de baile. Una vez concluido el ensayo mental, lo ejecutó en el plano de la realidad.

Rápidamente, el tapón de la botella se giró solo, cayó sobre la mesa dibujando un vaivén y se quedó quieto, como si alguien le hubiese puesto la palma de la mano encima. A continuación, todos los bailarines —la botella y dos vasos— flotaron en el aire y se posaron junto a las piezas de atún, como si tuvieran conciencia propia. El japonés, que retrocedió un par de pasos sobre la tarima, abrió los ojos fascinado. De pronto, la botella de whisky dibujó en el aire un medio círculo y llenó ambos vasos hasta una altura correcta y elegante. Lo justo para brindar.

—Impresionante —concedió Kisho, con esa maravillosa capacidad de aceptación y entendimiento que solo tienen aquellas personas que son diferentes. Distintas. Especiales. Cualquier otro, probablemente se habría cagado encima, y al no ser así, Nicholas no hacía más que confirmar que Kisho era perfecto para su circo de fenómenos.

—Además —añadió Nicholas, cogiendo un vaso con su mano derecha— , ganarías mucho dinero.

—¿Y qué te hace pensar que necesito dinero? —preguntó el japonés en voz baja, dando a entender que no buscaba una respuesta a su pregunta.— En este pueblo tengo todo lo que necesito para ser feliz.

Nicholas tanteó la posibilidad de reprocharle que no era más que un simple pescadero, aunque al recordar sus movimientos con la espada a la hora de cortar la pieza de pescado, supo que aquello sería mala idea, de modo que se guardó las palabras. Se las comió con

orgullo, irritado por no poder soltarle un par de verdades sobre la vida.

—No lo dudo —se limitó a decir.

Ambos hombres se quedaron mirando fijamente; el mago mucho más alto que el japonés, el japonés mucho más satisfecho que el mago. Al poco, fue Nicholas quien volvió a romper el silencio, un silencio aderezado con el tenue runrún de la algarabía que compraba y charlaba entre los demás tenderetes y puestos.

—Entonces, ¿te unirás a nosotros?

—Podría hacerlo —respondió con recelo.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Nicholas a quemarropa.

—Mi cuerpo. Es diferente.

—¿Diferente?

—Sana rápido —dijo el japonés con cara afable—. Muy rápido.

—Entonces, ¿eres inmortal?

No había ningún doble sentido en la pregunta. Para Nicholas, el mundo era un lugar donde todo lo desconocido era posible, y además apetecible. Interesante. Atractivo. Sin embargo, el japonés no pudo evitar soltar una risotada ante la pregunta.

—No, en absoluto —dijo entre risas—. Por suerte para mí, no. Eso sería terrible.

—Entiendo —dijo el mago reflexivo—. ¿Qué hay de los órganos?

—No sanan si están severamente dañados.

—Ya veo —añadió asintiendo—. ¿Y los huesos?

—Tampoco. Solo piel, masa muscular, grasa, pequeños vasos sanguíneos... todo eso es fácil —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Estás seguro?

La pregunta era más que nada para ganar tiempo. Estaba encantado con aquello.

—Amigo Nicholas, participé en la Segunda Guerra Mundial. Créeme, tuve un buen puñado de ocasiones para comprobarlo. Si todos los soldados hubiesen sido como yo, la guerra no hubiese durado tanto... —Kisho enarcó las cejas y se lo pensó mejor—. O quizá todavía estuviésemos en ella.

En el instante en el que los recuerdos de la guerra tocaron el cerebro de Nicholas, un torbellino de emociones y comprensión le atravesó el cuerpo y le recorrió el espinazo. La guerra había marcado un antes y un después en el devenir de la humanidad, un amasijo de vergüenzas, miedos y reproches metidos en un saco que todos, con profundo ahínco y sin excepción, deseaban esconder. Y olvidar, un aspecto mucho más importante que todo lo demás.

—Necesito que me lo enseñes —pidió Nicholas, nervioso como un

niño el día de Navidad.

Kisho reflexionó durante unos segundos antes de responder indeciso.

—Duele —dijo perdiendo los modales que con tanta rajatabla se seguían en Japón.

—Como la vida, amigo Kisho —respondió el mago, serio como nunca, ansioso como siempre—. Como la vida.

4

Por fin el japonés se decidió y se dispuso para el espectáculo. Sin demasiado teatro ni farándula, sacó un pequeño cuchillo común de debajo del mostrador, y, sin mediar palabra, se produjo un profundo corte circular en el dedo índice por encima de la articulación. De haber tirado con fuerza en ese momento, probablemente habría dejado el hueso al aire, como el esquelético dedo inquisidor de una parca que te señala. Pero, en lugar de eso, lo extendió hacia adelante para que el americano pudiera ver la reacción.

Lo primero que le llamó la atención a Nicholas fue la poca sangre que manó de la herida. Apenas un pequeño cordel a medio coagular para rellenar la hendidura que había dejado la hoja. La cara del japonés era tranquila, pese a que sudaba bastante, más por el dolor del corte que por la propia operación. Entonces, en menos de veinte segundos, la sangre empezó a oscurecerse y ganar solidez, mientras que se hinchaba ligeramente como empujada por dentro. Antes de que pasara un minuto completo desde el corte, ya era una postilla marrón y seca. Casi vieja.

Durante todo el tiempo, el mago no se había atrevido a parpadear siquiera, por miedo a perderse un solo instante de tan maravilloso espectáculo. Cuando Kisho se frotó la postilla con el dedo, esta cayó al suelo dejando al descubierto un pequeño anillo de piel sonrojada donde segundos antes estaba el corte, tras lo cual hizo un par de flexiones con el dedo, como si se tratase de un diminuto maestro de ceremonias inclinándose ante los aplausos.

—Impresionante —balbuceó Nicholas—. ¿Cómo funciona?

Kisho volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —admitió—. Supongo que como sana todo el mundo, pero más rápido.

—Bravo —añadió el mago, falto de palabras. Estaba fascinado. Acercó la cabeza al dedo del japonés. Tenía ganas de tocarlo, pero se contuvo. De repente, una idea le rondó por la cabeza.

—Has dicho que tus órganos no sanan así —planteó—, pero en la foto tienes una espada enorme atravesándote el pecho.

El japonés sonrió de oreja a oreja, encantado con la pregunta.

—Es fácil —dijo—, solo tengo que esquivar los órganos.

La explicación caló en el mago pero pinchó hueso. Uno no podía mover los órganos en su interior, al menos por lo que sabía de las clases de biología que había recibido en el colegio cuando los dinosaurios aún no sabían que serían exterminados por un meteorito gigantesco.

—¿Esquivarlos? —preguntó Nicholas perplejo—. ¿Y cómo se hace eso?

—Solo tengo que sentirlos, y entonces los evito.

—¿Sentirlos?

Kisho había pensado cientos de veces en aquello y había encontrado un modo sencillo de explicarlo, aunque lo cierto era que se lo había explicado a muy pocas personas y más cierto era que apenas si lo habían entendido.

—Verás —adoptó un tono de voz radiofónico, como si estuviera frente a un foco de luz blanca en medio de un escenario—. Cierra los ojos y extiende la mano.

El mago lo hizo sin dudar.

—Concéntrate —continuó el oriental—, y piensa en la punta de tus dedos.

Al hacerlo casi pudo verlos. Era como si la silueta de su mano se hubiera dibujado en la negrura de sus párpados. No tenía forma de saberlo con seguridad, pero casi llegó a sentir sus huellas dactilares.

—Ahora —continuó el oriental—, solo tienes que visualizar el punto exacto donde terminan.

—No puedo visualizar nada. Tengo los ojos cerrados.

—Mira bien —insistió Kisho.

Y entonces lo vio. O creyó verlo. Un punto blanco sobre la negrura de sus ojos.

—Si extendieras ahora tu mano hacia una pared —preguntó el pescadero—, ¿sabrías decir el momento exacto en que la tocarías?

Pensó un instante sobre ello.

—Quizá —admitió el mago, confuso.

—Pues así de simple —dijo satisfecho—. ¿Entiendes?

—Entiendo —respondió Nicholas sin entenderlo del todo, de modo que decidió seguirle la corriente y dejarlo pasar, aunque sí que había captado algo de la idea general que podía estar pasando en ese momento por la cabeza de aquel pequeño cortador de atunes—. Es lo más impresionante que he visto en toda mi vida. Y, créeme, viniendo

de mí, eso es mucho decir.

Kisho bajó la cabeza sonriente y complacido ante el cumplido. —Entonces, ¿aceptas?

La pregunta de Nicholas era casi retórica, ya que ambos habían tomado la demostración como una confirmación, como la firma de un contrato tácito que los unía en un incierto destino conjunto.

—Acepto.

El mago esbozó una amplia sonrisa y extendió la mano al japonés para cerrar el trato. El pescadero no la estrechó, sino que juntó las palmas de sus manos, colocó las puntas bajo la barbilla y se inclinó hacia delante, como hacían los nipones para cerrar los acuerdos personales. Luego se irguió y habló:

—De todas formas, tendremos que hablar de dinero —dijo.

—Creí que habías dicho que tienes todo lo que necesitas para ser feliz. El pescadero sonrió asintiendo con la cabeza.

—Dije que en este pueblo tengo todo lo que me hace falta para ser feliz —declaró con solemnidad—. Pero tú vas a sacarme de aquí, y ahí afuera el mundo es un enorme montón de almas podridas.

Aquel viejo veterano de guerra, mago de nacimiento y cabrón por cortesía de la vida, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia de aquella afirmación.

—Desde luego que lo es, amigo Kisho. Desde luego que lo es. Y, sin más, volvió a meter la mano en un zurrón que cada vez pesaba menos.

Como su conciencia.

Trisha Parker

1

Aquella noche Nicholas estaba demasiado inquieto.

Había intentado quedarse dormido pero no lograba conciliar el sueño. Una persona del pasado, de un pasado del que apenas se reconocía dueño, le había rondado los pensamientos durante las últimas noches. En realidad nunca había dejado de hacerlo. Pero últimamente había aumentado el número de veces en que pensaba en ella.

Christina. Esa odiosa piedra necesaria sobre la que se tambaleaba su mundo.

Al no poder dormir, había cogido un libro: *El señor de las moscas*, de William Golding, que acababa de ser publicado en Estados Unidos

y estaba recibiendo muy buenas críticas entre las novelas de ficción. Pero a él le estaba sirviendo de tétrico autopsicoanálisis, tratando de adivinar qué pieza fallaba en su cabeza para disfrutar en los pasajes que atormentaban al regordete Piggy, así como la empatía que sentía por Jack, el encantador niño salvaje.

En un par de ocasiones intentó dejar el libro e intentar dormir. Pero las pesadillas le atormentaban y no quería dejar de leer. Pasaba una a una las páginas del libro, leyendo en diagonal, y al término de cada hoja se obligaba a continuar con la siguiente, consciente de que si se detenía no podría evitar pensar en

Christina, ¿dónde estás?

ella y eso le hacía bastante daño. Los recuerdos regresaban y arañaban su cabeza por dentro, como un rastrillo remueve la arena en la orilla de la playa. Se sentía de veras lastimado.

Cuando hubo devorado el libro, pensó en comenzar otro, pero eso significaba tener que salir de la habitación de la caravana para llegar hasta la estantería de la otra sala, al lado de la cocinilla y el diminuto cuarto de baño, donde había colgada una pequeña fotografía en blanco y negro de ella, una imagen que había conservado para no olvidar su belleza, de cuando eran niños, inocentes,

Christina, desnúdate, así estarás más cómoda

cuando su cuerpo lucía una piel lisa, y sus ojos ofrecían una mirada de ojos miel como el maíz tostado.

Nicholas yacía en la cama de su caravana, una enorme y destartalada que habían aparcado en el lado más alejado del circo, tras las carpas y las jaulas de los animales. Estaba dividida en dos partes: la habitación dormitorio y el resto del espacio, donde estaban los armarios de la ropa, la cocina que no utilizaba, un sofá con un televisor barato pero a color y el cuarto de baño que solo empleaba por la noche, si la necesidad apremiaba.

Durante un rato cerró los ojos e intentó concentrarse en pensamientos para dormir: ovejas, el mar, nubes o terneros. Nada. No lograba dejar de pensar en

Christina... te necesito

ella.

Se echó boca arriba y miró al techo salpicado de las luces que se colaban por los orificios de la persiana. Fuera se oyó ruido, quizá alguno de los muchachos trabajando en las carpas o las furgonetas.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Antiguos sufrimientos, antiguos dolores.

Christina, abrázame… abrázame

Sin darse cuenta, llevaba rato apretando fuerte los puños, como si

intentara agarrarse al momento y no pensar en la mujer que antes fue niña y que antes fue nada. Llevaba días obligándose a dormir poco, tratando de huir de las recurrentes pesadillas que le acosaban, donde todas las personas que se habían cruzado en su vida le atormentaban con finales terribles que solían ser culpa suya. Y como rasgo común en todo ellos, estaban los pájaros. Esos odiosos cuervos rojos aparecidos de la nada como un puñado de macabros espectadores.

Pero los más terribles de todos eran a la vez los más cotidianos: los que protagonizaba junto a Christina.

Christina… Christina…

Revivía una y otra vez aquel nefasto día en que volvieron a verse para despedirse de nuevo y para siempre. Durante el funeral de su padre donde todo había acabado mal. Jamás había vuelto a amar a nadie de aquella forma casi enfermiza, casi espiritual, para luego verla desaparecer y afrontar una vida de perfecta mujer estadounidense. Sin preocuparse siquiera de que su pobre alma de mago pudiera marchitarse sin ella.

A veces deseaba ser insomne y no tener que volver a dormir para no tener que soportar el tormento y el desprecio que en sueños se infligía. Y si bien había conseguido escudarse en su circo, en su poder, en su magia torcida y maleable, solo había logrado oscurecerse más el corazón. Deseaba hacer daño y deseaba venganza, a la vez deseaba todo lo contrario.

Solo quería sacar a Christina para siempre de su cabeza. Costase lo que costase.

Luego se quedó dormido. Y soñó.

Una pesadilla, como no podía ser de otra manera.

2

Nicholas cree que no está soñando cuando despierta en la habitación de un motel barato, solitario como un obelisco en mitad de una plaza. No hace calor, pero igualmente está empapado en un sudor gélido que le hace estremecerse. Lo que le ha hecho despertar no son los tiritones sino el sonido de los pájaros.

La nube de pájaros que invade su habitación. Otra vez.

Un centenar de cuervos se agolpan en todas partes, algunos revolotean y se espantan desde un rincón a otro, graznando, batiendo alas, chocando entre sí.

Son cuervos normales salvo por su color. No son negros sino de color

bronce. Lucen un plumaje de color rojizo, como la medalla de quien queda tercero en una competición. Nicholas se incorpora en la cama sobre los codos. No está asustado, los pájaros ya lo han visitado en más de una ocasión y nunca le han atacado. Sencillamente están ahí, colapsando la estancia. Los graznidos son cada vez más ensordecedores, como si todos hubiesen decidido dejarle sordo. Uno de los cuervos se alza en vuelo y se dirige hacia la ventana, chocando estruendosamente contra el cristal. El vidrio no llega a romperse pero el pájaro ha dejado una desagradable mancha de sangre con varias plumas pegadas.

Nicholas no sabe por qué están los cuervos reunidos alrededor de su cama. Desconoce también por qué hay uno de ellos que lo mira fijamente. Nunca antes ha tenido un cuervo tan cerca. Pensándolo mejor, nunca ha tenido ningún pájaro tan cerca. Ya sabe qué va a ocurrir a continuación. Ya ha tenido este sueño más de una vez. Tan solo tiene que esperar el ritual.

Y los pájaros, una vez más, no improvisan sino que siguen el guión a rajatabla.

Los cuervos forman un círculo a los pies de la cama de Nicholas, siguen graznando, como si conversaran entre ellos, como si cantaran. Se apelotonan entre sí para dejar un hueco enorme en el centro de la habitación. Dan saltitos, una vez sobre sus patas derechas, otra vez sobre las patas izquierdas. Todos los animales a la vez. Al unísono. Dentro del círculo, un cuervo de tamaño más grande gira sobre sí mismo, elevando la cabeza y bajándola rápidamente. Abre el pico repetidas veces y grazna como un tenor de ópera. Extiende las alas y el color bronce de sus plumas restalla a pesar de que la habitación está a oscuras. Puede distinguir con nitidez los ojos del cuervo sobre los suyos, mirándolo fijamente.

Nicholas espera que alguna vez ese cuervo hable, pero sabe que hoy no lo va a hacer. Tampoco esta noche. Pero tiene la esperanza de que una vez aparezca, le suelte un discurso y le explique qué demonios significan esos sueños con tantos pájaros, porque sabe que está soñando, lo sabe a ciencia cierta. Quiere que el extraño pájaro le explique con voz aguda, como la de un dibujo animado, qué es lo que desean y cuándo piensan marcharse.

Quiere que lo dejen en paz.

Si Román estuviera allí con él, ya habría disparado su pistola. Y desayunarían pájaro a la brasa.

Sin embargo, el cuervo jefe sigue escrutándolo en la oscuridad. Observándolo. Desafiándolo. Bate las alas y las extiende cuan largas son. Desprende una brisa que hace mover el mechón de pelo que cae sobre los ojos del mago.

Por fin, el cuervo se alza en vuelo y se lanza directamente hacia él.

Como siempre. Y tal y como sucede en cada sueño, en el instante en que el cuervo va a hacer impacto contra Nicholas, todo desaparece. La oscuridad lo alcanza y despierta sobresaltado.

3

Nicholas despertó de un brinco y en el mismo movimiento logró alcanzar el interruptor de la lámpara de su mesilla de noche. La débil bombilla dejó la habitación de la caravana en penumbra. Fuera, ya no se oía ruido. Los muchachos debían de haberse ido a dormir para descansar un par de horas antes de ir a la ciudad por la mañana temprano para hacer acopio de provisiones.

Por supuesto, Nicholas no vio ningún cuervo, pero sabía que habían estado allí. Lo sabía porque cuando se incorporó en el colchón y apoyó los pies descalzos sobre la moqueta de la habitación pudo notar las plumas rojizas aquí y allá.

No cabía duda de que la visita había sido real. No cabía duda de que había estado soñando.

Y esta ocasión completaba ya una docena de veces en la que los pájaros se habían colado por Dios sabía dónde para bailar esa danza zumbona sobre la moqueta de su habitación. Y peor era lo del cuervo jefe, que se le quedaba mirando fijamente como si quisiera decirle algo, como si mirara dentro de él, como si mirara *a través de* él.

Miró hacia la ventana y vio que el manchurrón de sangre y plumas que había sobre el cristal tampoco había desaparecido. Aunque el golpe del pájaro contra el vidrio era en la ventana del hotel donde se despertaba en el sueño. Un motel que no reconocía, y apenas si podía decidir si estaba en el mismo estado en el que habían instalado el circo. La mezcla entre realidad y sueño le afligía los sentidos. Se sentía perdido. Desconcertado. Y tenía la garganta seca como el mismísimo desierto del Sáhara.

Las plumas se quebraron como astillas diminutas bajo sus pies, mientras salvaba los pocos pasos que le separaban de la cocina. Abrió el grifo del agua fría, se lavó la cara, se la secó con una toalla de papel y la tiró en el cubo de la basura.

En una ocasión, al acostarse, había dejado la ventana abierta de par en par. De esa manera dedujo que, si aquella noche soñaba, el pájaro podría salir por la ella y evitar así la colisión. Pensó que al hacer aquel cambio en el escenario del sueño, su cabeza bloquearía la pesadilla y sería sustituida por alguno de los muchos otros sueños que almacenaba en el interior de su mente traidora. Quizá de aquella

manera podría evitar soñar con su familia, con Christina, evitar aquel tormento desquiciante y lacerante.

Sin embargo, no fue así. Aquella noche volvió a soñar con los pájaros y, en la pesadilla, el cuervo volvió a toparse con el cristal fantasma, puesto que, al despertar, su ventana seguía igualmente abierta. Por lo tanto, quedaba demostrado que lo que había visto no era más que su imaginación soñolienta y nada más. Pero…

…las plumas seguían en el suelo. Estaban ahí. Podía verlas. Podía tocarlas. Podía olerlas.

Tenían el mismo aroma que el perfume de la mujer pelirroja que en esos momentos le miraba desde un sillón del saloncito. Al verla, por poco no sufre un infarto. De no haberle llamado la atención su belleza, posiblemente podría haberla hecho estallar desde dentro antes de recuperar el aliento.

Tenía los ojos grandes, muy negros. Piel blanca. Pechos enormes, un escote exageradamente pronunciado. Atractiva. El cabello pelirrojo como las plumas de los pájaros. De algún modo, sin que se lo explicaran, Nicholas entendió que aquella mujer era la causante de la visita de los pájaros y de sus sueños. No sabía plenamente el motivo, pero ella era la razón.

—Debes de ser la peor ladrona de todo el planeta —dijo Nicholas, una vez sobrepuesto—. Aquí no encontrarás nada de valor.

—¿Tengo pinta de ladrona? —respondió la mujer, divertida. Su voz era suave. Como un susurro.

—Teniendo en cuenta que llevas puesta mi caravana como vestido de noche, yo diría que sí.

Lo dijo desganado, mientras abría un pequeño mueble bar que había junto al tocadiscos.

—Soy Trisha Parker. Andaba buscándote.

—¿Y no puedes llamar a la puerta como todo el mundo?

—No quería despertarte todavía.

—No lo habrías hecho de venir a media tarde.

Ambos se quedaron mirando fijamente. Nicholas pensó en el cuervo jefe. Tenían los mismos ojos.

—Quiero formar parte de tu circo de fenómenos extraños.

Nicholas mostró un mohín de sorpresa, aunque la verdad es que no estaba sorprendido. En el fondo de sus entrañas sabía que todos aquellos sueños tenían algo que ver con su circo, y ahora tenía la respuesta delante de las narices. Le habría gustado que Román estuviera allí con él.

—Soy una mujer muy versátil —añadió—, con curiosas habilidades. Como vosotros.

—Vaya —esta vez sí que estaba sorprendido de verdad—. ¿Qué sabes tú de eso?

—Se oyen rumores por ahí. —¿Qué rumores?

Trisha Parker hizo caso omiso de la pregunta. —Además, he estado indagando en tus sueños.

—Entonces eres tú.

La mujer asintió, y de pronto todo lo demás dejó de tener importancia para Nicholas. La fascinación por los fenómenos extraños le activó la adrenalina como la más fuerte de todas las drogas.

—¿Cómo manejas a los pájaros? ¿Son de verdad?

Como le solía suceder en estos casos, las preguntas tropezaban entre ellas dentro de la cabeza del mago.

—¿Qué pájaros? —esquivó ella, soltando una risotada juvenil. Misteriosa e irritante. Le gustaba.

—¿Para qué sirve lo que sabes hacer? —preguntó con desgana—. A mí solo me has causado molestias.

—¿Para qué sirve lo que tú sabes hacer? —replicó ella.

Nicholas, aunque aún no lo sabía, ya había aceptado a aquella mujer entre sus fenómenos y monstruos. Su circo empezaba a estar casi completo. Un par de pinceladas más y la maquinaria empezaría a rugir.

—Lo que yo hago... es magia.

—Lo mismo digo.

—Quiero que dejes de meterte en mi cabeza —le exigió Nicholas.

—Ese es mi poder. No sé hacer otra cosa.

—Entonces, enséñamelo otra vez —pidió Nicholas. En realidad estaba fascinado. Como siempre le ocurría cuando se encontraba a alguien como él.

—Te contradices, Nicholas.

La mujer se inclinó hacia adelante, mostrando su escote de forma calculada.

—Dices que deje de meterme en tu cabeza y que vuelva a enseñártelo.

—Quiero que lo hagas mientras soy consciente.

—Lo has estado sufriendo cada noche durante las últimas tres semanas. ¿No has tenido suficiente?

—¿Hasta dónde puedes llegar?

Trisha Parker reflexionó su respuesta.

—Digamos que puedo influir en los sueños de los demás y hacer que crean que son de verdad. Y después, por alguna razón que casi ni yo misma soy capaz de entender, hay detalles que se vuelven realidad. Como tus plumas —Trisha se encogió de hombros. Su expresión fue

agradable. Nicholas sintió ganas de desnudarla.

—¿Cómo un hipnotizador? —preguntó, para quitarse esos últimos pensamientos de sexo.

Trisha asintió con la cabeza. Soltó otra risotada.

—Algo así. Puedo hacer que una persona sueñe con lo que me apetezca. Normalmente hurgo en sus peores pensamientos y los retuerzo para hacerlos sufrir.

—¿Puedes hacerlo a lo grande? —preguntó extasiado—. ¿Engañar a una ciudad completa? ¿Al mundo entero?

—El mundo entero ya vive engañado. Guerras, bancos, dinero, hambre, enfermedades, televisión... todo es un engaño. Una apestosa estafa. La gente solo quiere guerrear entre ellos mismos.

Nicholas sonrió satisfecho.

—El mundo solo vive para la guerra, tienes razón. Se engañan con ella, creen que las batallas arreglan las malas funcionalidades de los hombres...—susurró Nicholas, rememorando a su padre. Al maldito señor Jack Campbell—. Al planeta le gusta vivir con una guerra metida en el culo.

—Quiero ser parte de tu circo, Nicholas Campbell.

Oír su apellido a la vez que lo pensaba junto al nombre de su padre lo hizo estremecerse de rabia.

—Podremos encontrarte un hueco, por supuesto. No obstante, ¿qué quieres a cambio?

—Lo que todos.

—Fama... poder... destrucción... —Nicholas se embelesó con sus propios deseos y temores.

—No, Nicholas, no todos somos tú.

—¿Entonces? ¿Qué quieres?

—Yo solo quiero una familia. —Trisha volvió a echarse a reír. Después de un par de segundos de dudas, Nicholas se volvió a la cama.

Desde la habitación, alzó la voz:

—¿Vienes, Trisha?

Ella no lo acompañó aquella vez, pero sí lo haría algunas noches más tarde.

Era un experto ilusionista, y las personas no tenían secretos para él. Menos aún las mujeres.

Ambos podían formar una familia, aunque para él solo se tratara de sexo. Y alcohol. Porque el alcohol también importaba.

Jimmy Floyd

1

Un avión surcó el cielo a veinte mil pies de altura dejando una estela plateada a su paso. Hacía días que Jimmy Floyd no veía ninguno, aunque cuando estaba de buen humor le gustaba acercarse al extremo oeste de la pista de aterrizaje del aeropuerto —cuando el viento soplaba a favor— y observar cómo despegaban las aeronaves hacia un destino que desconocía. A veces deseaba estar sentado en uno de sus asientos, y largarse de aquella ciudad que olía a desesperación. Irse lejos para no volver.

Un tren herrumbroso traqueteó e hizo sonar su bocina a lo lejos, a su espalda, probablemente una locomotora arrastrando vagones de mercancía hacia la costa, donde los ricos tenían casas lujosas y fiestas de postín. A veces deseaba estar sentado en la sala de máquinas dirigiéndose hacia un destino que desconocía, y abandonar aquella ciudad que destilaba corrupción. Irse lejos para ser feliz.

El motor de una furgoneta tosió detrás de la casa y el sonido se perdió en la calidez de los pensamientos que no tienen interés. Sonaba a la camioneta que usaba el viejo Mike para hacer el reparto de periódicos matutinos, de modo que aquella tarde debía estar de vuelta de hacer la ronda diaria. Jimmy nunca deseó estar sentado en el asiento del copiloto, porque conocía su destino, y era todos los días el mismo: repartir la prensa desde la primera casa hasta la última, y vuelta a empezar. Aquello debía ser tedioso. Como su trabajo. Aunque ya no lo tenía.

Jimmy Floyd estaba sentado en el escalón de cemento del borde del granero donde vivía por aquella época, y observaba con detenimiento la gallina del interior de una de las tres jaulas de metal que había junto a él. Dos de ellas estaban ocupadas, pero la tercera tenía la portezuela abierta y no tenía nada en su interior. Su ocupante yacía a unos cinco metros de distancia, caída de lado sobre el suelo polvoriento.

Hacía bastante calor y, aunque estaba a la sombra, el sudor le empapaba la frente. Estaba aburrido. Cansado. Harto. No tenía nada que hacer desde que lo habían despedido aquella misma mañana de la fábrica. Ensamblar cajas no era nada del otro mundo, la verdad, pero cobrar un salario en aquellos días era todo un privilegio y más de sesenta hombres como él, más inteligentes y cultivados, por supuesto, hacían cola cada mañana en la entrada de la garita de administración

en busca del empleo que acababa de dejar libre, o cualquier otro, dadas las circunstancias. No estaba preocupado, sabía que en cualquier momento podría encontrar otro trabajo. Podría preguntarle a su hermano, y que le buscase algo en la obra en la que cubría el turno nocturno de guardia. O podría preguntar en el cementerio, puesto que Richard Sparks, el viejo enterrador, estaba a punto de jubilarse y no había demasiada gente interesada en un trabajo como aquel. A Jimmy Floyd no le importaba. Se cobraba una miseria, pero él no necesitaba mucho para subsistir. Con unos dólares para comprar un bocadillo y algún refresco a mediodía le sobraba. Por la noche podía ir a cenar a casa de su madre, aunque ya no vivía allí con ella, sino que iba de aquí para allá, de apartamento de algún amigo que aceptara darle cobijo hasta dormir al raso alguna noche en algún banco del parque. También podía pasar unas semanas en la casa de la playa de alguna chica con dinero a la que hubiese engatusado en el bar de Ted. Él aún era joven, y podía aprovechar su robustez y belleza para encandilar a las damas. Siempre le habían considerado un joven apuesto. De todas formas, más temprano que tarde tendría que buscarse algo en lo que ocupar su tiempo, porque solo llevaba media mañana desempleado y ya estaba aburrido hasta límites insospechados. Y cuando se aburría no se le ocurría nada mejor que entretenerse con su poder. Y la verdad era que, joder, se estaba quedando sin gallinas.

Jimmy Floyd abrió la portezuela metálica de la jaula y agarró a la gallina elegida por el pescuezo. La sacó del interior y la colocó entre sus piernas.

El animal cacareaba desesperado, y revolvía las alas y las patas en pos de una huida digna, si es que las gallinas entendían de dignidad. Pero era inútil, Jimmy había hecho presa en su cuello y difícilmente podría salir de aquella con vida.

La Parca de las gallinas, con su hoz en miniatura y su capa negra de ante, debía de andar merodeando en aquellos momentos, apuntando en su pergamino de seguimiento el nombre de la próxima gallina que iba a llevarse al otro barrio.

Jimmy Floyd alzó el brazo y dejó colgando en el aire al bicho hasta que se calmó. Al poco, le agarró la cabeza con la otra mano y retorció ambas con fuerza hasta que el pescuezo le crujió como una rama seca. La vida se le escapó por el pico con un último cacareo ahogado.

Qué injusto era ser gallina.

Qué injusta era la vida, fueras gallina o cualquier otra cosa.

Los ojillos negros perdieron el brillo y dejaron de mirar a ninguna

parte, mientras que el pico quedaba abierto en una mueca casi ridícula y las patas dejaron de moverse. Jimmy Floyd dejó caer el cadáver al suelo con un *plof* y una nubecilla de polvo se formó a su alrededor.

El cuello del animal estaba torcido en un ángulo innatural, pero Jimmy Floyd no sentía compasión alguna, ni mucho menos culpabilidad. Aquello era algo que hacía habitualmente para entretenerse, para pasar el rato. Como los niños que se dedicaban a quemar hormigas con una lupa o tirar de los rabos de los gatos callejeros. No existía maldad en sus actos, simplemente lo consideraba un juego más como cualquier otro. Lo había intentado también con perros, pero le costaba más esfuerzo —además de más dinero, puesto que comprarlos resultaba caro, y aunque podía conseguirlos gratis en la protectora de animales, no podría adoptar tantos sin levantar sospechas—, debía concentrarse con más precisión, de forma que había optado por limitarse a las gallinas, las cuales podía criar sin dedicarles demasiada atención y además podía comérselas más tarde en un guiso o en un asado.

El joven alzó la mirada y miró al cielo. El avión se había perdido en el horizonte y su estela ya era solo un hilillo blanco en la inmensidad azul. Bajó la mirada y agarró de nuevo a la gallina por el pescuezo. Cubrió la parte quebrada con la mano, donde el animal tenía el hueso roto, a tenor del bulto y la forma de L que tomaba el cuello, y tiró hacia arriba, dejándola colgando a medio metro del suelo.

Luego se concentró, cerró los ojos y dejó que la fuerza, su energía, se deslizara desde el interior de su corazón hasta el plumaje del animal pasando por su brazo y su mano. Sintió que la vida circulaba por sus venas, por sus vasos sanguíneos. Notó un escalofrío en la espalda. De pronto, sin alardes ni fuegos artificiales, la gallina dio un respingo, abrió el pico y graznó una arcada ahogada, como si acabara de despertar de una dosis de cloroformo malintencionada. Las patas empezaron a sacudirse. Los ojillos negros recobraron el movimiento.

Entonces, sin darse cuenta de que dos figuras oscuras estaban espiándole desde la esquina del granero, Jimmy Floyd posó al animal en el suelo, con delicadeza, para no romperle una pata; tampoco había motivos para seguir maltratándolo. Luego abrió la mano y vio que el pescuezo estaba recto, curado. Debajo del pelaje, de alguna manera, el hueso había soldado y la cabeza podía mantenerse erguida. Aleteó torpemente y se apartó de Jimmy Floyd, dio un par de vueltas sobre sí misma y se alejó de frente. Cacareó un par de veces, dio unos saltitos a un lado y a otro, como si estuviera intentando echar a volar, aunque le iba a resultar imposible, y cuando estaba a unos seis metros de

distancia de Jimmy, la gallina respingó varias veces, cabeceó con el pico hacia delante y luego cayó de lado como una bolsa llena de piedras. Estaba muerta.

No hubo más magia. Ningún espectro salió del cadáver. Ninguna forma de ectoplasma se hizo visible. Murió del mismo modo en que lo había hecho minutos antes, cuando Jimmy le rompió el pescuezo con un fuerte giro de manos.

En realidad, el joven nunca supo determinar con seguridad si esos animales morían dos veces o solamente la primera. Para una persona que había nacido con vida y muerte en las manos, los conceptos sobres los estados vitales pasaban a tener un significado más trivial y menos trascendental.

La gallina había resucitado, sí, como lo hizo Jesucristo tres días después de ser crucificado. Pero, en el caso del animal, su extensión de vida no había durado más de dos minutos.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Román desde lejos.

Jimmy Floyd se giró como un resorte, sabedor de que lo habían pillado con las manos en la masa, como si el FBI lo hubiera interceptado en mitad de un atraco a la caja blindada de un banco. Al darse la vuelta, el joven se topó con dos hombres mayores que él, aunque no eran tan viejos como su padre. Le sorprendió pensar en su padre, puesto que los había abandonado a él y a su madre cuando Jimmy tenía solo cuatro años, y la imagen de su rostro no era más que un recuerdo difuso.

El hombre que había hablado tenía aspecto hispano, no era estadounidense, de eso estaba seguro. El otro lo miraba fijamente. Sin decir nada.

Nicholas Campbell tenía la boca abierta como la rana del juego en que hay que colarle una pastilla de plástico desde lejos. Lo que acababa de ver era un auténtico milagro. Otro más que presenciaba en los últimos dos años. En cualquier caso, supo de inmediato que quería a ese joven en su circo. No era negociable.

—¿Has visto eso, Alabama? ¡Esto es peor que lo de la bruja! —escupió Román.

Nicholas reaccionó ante las palabras de su compañero.

—Louisa no es una bruja…

Aunque le habría encantado que así fuera. Una mujer volando en una escoba con un gato negro arrellanado en su falda negra habría sido una guinda perfecta para su circo.

—No la defiendas, sé que es tu bicho favorito.

—No es un bicho. Y tampoco mi favorito.

—Sí.

—Cállate.

—A mí no me engañas.

Nicholas se ruborizó.

—¡¿Se puede saber quién diablos sois vosotros?!

Jimmy Floyd se había puesto en pie y se enfrentaba a ellos con los puños apretados, consciente de que probablemente tendría que liarse a golpes con ellos y salir huyendo. Pelear con dos hombres no era algo que le apeteciera en aquel momento, y probablemente le darían una paliza de muerte, pero lo haría si no le dejaban otra opción.

—Cálmate, James —le dijo Nicholas, y dio un paso corto hacia el joven.

Jimmy Floyd lo miró extrañado al oír su nombre.

—Me llamo Jimmy Floyd, nadie me llama James.

—Entiendo —aceptó Nicholas—. Yo soy Nicholas. Te escribí una carta.

—Yo no he hecho nada —exclamó el joven, haciendo caso omiso a las palabras de Nicholas.

—Yo diría que sí, joder —espetó Román.

—Ya sabemos lo que haces —dijo Nicholas—, aunque visto de cerca supera con creces los rumores.

—Yo no he hecho nada —repitió el muchacho.

Jimmy Floyd se giró sobre los talones y echó a correr alejándose de ellos. Nicholas lo abrazó con su poder y lo tiró al suelo. Anduvo hacia él y cuando lo tuvo a sus pies le pidió que se calmara:

—Yo sí he hecho algo, James. Te he tirado al suelo sin necesidad de tocarte. Y ahora voy a soltarte, pero debes calmarte, ¿de acuerdo? Si no lo haces la próxima vez te detendrá él —dijo señalando al español—. Y no creo que eso te guste.

El joven pataleaba apretado boca abajo sobre el suelo, jadeando y suplicando que lo dejaran marchar.

—No tengas miedo. Venimos en son de paz —dijo Román.

—Yo no he hecho nada —repitió por tercera vez. No dejaba de forcejear, de modo que Nicholas no podía arriesgarse por el momento a aflojar su presión mental.

—Leíste la carta, ¿verdad? —Nicholas estaba seguro de ello.

—¡No!

—¿Sabes leer? —preguntó Román.

—¡Claro que sí, gilipollas!

—James —intermedió Nicholas—, ¿quieres largarte de esta ciudad y venir con nosotros?

La cadencia de aquellas palabras fue una catarsis para el joven.

Jimmy dejó de forcejear y giró la cabeza a un lado. Un hilillo de saliva le salpicaba el labio superior. La frente la tenía manchada de tierra, pegada a la piel por el sudor. Miró por el rabillo del ojo a Nicholas y le preguntó:

—¿Adónde?

Nicholas lo soltó poco a poco con la mente y el joven notó que la fuerza que le empujaba hacia abajo desaparecía de su espalda. Se levantó del suelo y se sacudió las rodillas y la pechera, manchadas de polvo y tierra.

—¿Leíste la carta, James?

—Sí —admitió Jimmy Floyd.

—Bien —dijo Nicholas—. Pues la oferta sigue en pie. ¿Necesitas algún tiempo para pensarlo?

Jimmy reflexionó unos segundos antes de contestar:

—Hoy me han echado del trabajo.

Román soltó una carcajada y Nicholas sonrió.

—Primera noticia —dijo el español, y se encogió de hombros, mostrando una culpabilidad fingida.

—¿Habéis sido vosotros? Román miró a Nicholas.

—¿Nosotros? En absoluto.

Nicholas se acercó a Jimmy Floyd y extendió el brazo. El joven le estrechó la mano y esbozó una suerte de mueca mitad afable mitad asustada.

—Soy Nicholas Campbell. Encantado de conocerte.

—Igualmente.

El mago soltó la mano de Jimmy y se acercó a la gallina que acababa de morir. Alzó la vista y sus ojos mostraron una fascinación absoluta.

—¿Lo has probado con seres humanos?

Jimmy protestó:

—No suelo tener cadáveres de personas a mano, ¿qué os creéis?

—Entiendo. ¿Algún otro animal?

—Perros. Gatos. Un centenar de lagartijas.

—¿Lagartijas?

—Y salamanquesas.

—¿Cuánto tiempo puedes hacer que vivan?

—Una vez resucité a un hámster y estuvo vivo casi tres semanas.

—¿Y luego murió?

—Sí. Creo que el tiempo de vida depende de cuánto me concentre y cuánta energía le inyecte a lo que... reviva.

—¿Podrías hacer que una persona viviera para siempre?

Jimmy Floyd caviló antes de responder.

—Todos debemos morir algún día, ¿no crees? —contestó. Nicholas no había pensado nunca en la inmortalidad, al menos no de una forma carnal. Como leyenda de circo, sí, y ese era su objetivo realmente, convertirse en un mito que perdurase en el tiempo, pero pensaba que algún día le llegaría la hora, como a todo el mundo.

—En todo caso, no lo sé. No he resucitado a ningún animal más de dos veces seguidas. Sería bastante raro.

—No me refería a eso. Hablo de una sola vez... y que dure para siempre.

—Ufff. ¿Y cuánta energía haría falta para eso?

Lo preguntó con un tono de pereza adolescente, aunque detrás de los ojos ocultaba algo más. Como si la simple idea le oscureciera las pupilas.

—No lo sé —respondió el mago, intrigado—. Dímelo tú.

—No tengo ninguna intención de averiguarlo.

Una pausa de reflexión.

—¿Podrías enseñarme a hacerlo? —preguntó Nicholas dejando ese aspecto oscuro a un lado.

—Claro. Solo tienes que agarrarle el pescuezo con fuerza a una gallina y retorcérselo.

Jimmy Floyd trocó su rostro en una mueca de irritación. Por supuesto que no podía enseñarle cómo lo hacía, ni siquiera él mismo lograba entenderlo. Además, estaba harto de preguntas.

Nicholas pilló la indirecta. Román volvió a carcajear.

—Buena respuesta —dijo—. Buena respuesta.

Nicholas se dio la vuelta, caminó y giró en la esquina del granero. Román lo siguió en seguida. Aunque hiciera chistes, bromas y soltara risotadas, era algo fingido, una autodefensa algo nerviosa y cutre. A decir verdad no le hacía ninguna gracia en absoluto quedarse a solas con otro brujo. El circo se estaba llenando de gente peligrosa, de locos y hechiceros. Primero Louisa, la tal Trisha y todos los demás. Ahora este joven llamado Jimmy Floyd. Y había otros en la lista, muchos que quedaban por visitar. Ese pensamiento le empujó a acelerar el paso.

Al poco, Jimmy Floyd los siguió a ambos. Y se dirigió hacia un destino que desconocía.

Algo le decía que sus días de gallinas habían terminado.

Parte 6
1956-1961.
Horrible e impresionante

1

Cincuenta varas huecas de incienso con interior de sándalo ardían repartidas estratégicamente por toda la extensión del circo, acumulando nubes de aromas bajo la lona de la carpa, ligeramente más baja y colgante que las lonas habituales. También era inusual el aforo del recinto, mucho más reducido que lo que recomendaba la contabilidad, pero Nicholas había insistido sobremanera en este asunto. Quería pocas localidades —no más de doscientas— y con una inclinación máxima en las gradas, para que el público estuviera lo más cerca posible de la pista. No era aquel un espectáculo que debiera ser sentido a medias.

Un telón negro circular ocultaba el escenario a todos los asistentes que aguardaban con impaciencia, sin quedar una sola localidad vacía. El trabajo de publicidad había sido esmerado y costoso, invirtiendo una gran cantidad de dinero en un camión con megáfono, miles de carteles y los consabidos sobornos municipales en forma de impuestos ficticios pagados bajo cuerda. También se había enviado un calculado número de invitaciones a celebridades de todo el país, incluyendo en esta los costes de alojamiento y traslado en avión en primera clase. Aquella noche, Nicholas pretendía dar un vuelco al concepto de circo que la sociedad tenía hasta el momento, sustituyéndolo por algo exclusivo y lujoso que poco tenía que ver con el carácter habitual de los espectáculos ambulantes. De hecho, el precio de las pocas entradas que quedaban disponibles en taquilla para las gentes de Edimburgo tenían un coste indecente, lo que, curiosamente, en lugar de espantar al público llano, no hizo más que sembrar mucha más expectación y hacerlas más cotizadas. Sin duda, la mejor de las magias de Nicholas no era su habilidad para mover objetos con su mente, sino su increíble capacidad de entender y controlar a su potencial público, ya fuera el que cabía en el interior de un recinto cerrado o el de un país entero.

Con la clara intención de manipular a la sociedad, y siendo consciente del incalculable valor de una publicidad mundial, Nicholas había dado órdenes estrictas a sus empleados de prohibir la entrada a la carpa a cualquier persona que llegase después del último toque de campana, diez minutos antes de la hora fijada para el espectáculo, dejando fuera de ese modo a varias personalidades que consideraban elegante el hecho de llegar tarde a todos los eventos de altos vuelos. Impedirles la entrada iba a ser todo un escándalo. Parte del espectáculo.

Desde su pequeña cabina de apuntador debajo del escenario, Nicholas miraba las agujas del reloj iluminadas únicamente por una pequeña linterna de luz endeble. Cuando el minutero llegó a su posición más alta, tiró de la cuerda haciendo sonar la campana con poderío y majestuosidad.

—Joder —susurró para sí mismo—. Allá vamos.

2

Las luces se apagaron por completo, dejando el interior de la carpa en una oscuridad absoluta. Robusta. Esa que consigue que fuerces al máximo las pupilas para no conseguir ni una mala silueta que echarte a la mente. Una ceguera total en la que se mantuvo al público durante tres minutos exactos, creando una angustia y pesadez que casi se podía palpar en la atmósfera de la carpa. Luego, un cañón de luz rasgó ese velo de negrura a través del humo de incienso que empezaba a dificultar un poco la respiración. Nada peligroso para los pulmones, pero bastante incómodo para las ideas. El telón se retiró, y en mitad de la pista no había más que dos siniestras marionetas humanoides de color blanco, como dos pequeños elfos o un par de extraños seres de otro planeta. Sus cabezas —provistas de unos redondeles a ambos lados que hacían las veces de orejas— terminaban por delante en sendos picos largos y curvados, rememorando las antiguas máscaras que los doctores rellenaban en la antigüedad con hierbas aromáticas para combatir la lepra. Parecían dos pequeñas crías de algún pecaminoso incesto entre humanos y cuervos. De un modo enfermizo, esas criaturas conseguían evocar sentimientos contradictorios. Ternura, rechazo, desasosiego. Terror. Unos focos alumbraban sus rostros por debajo, marcando sus grotescas facciones y creando sombras que simulaban expresiones terribles y peligrosas.

Los hilos de las marionetas eran gruesos y fosforescentes, dibujándose en la oscuridad y perdiéndose hacia el techo, donde un experto titiritero les insuflaba vida como si fuera un oscuro dios en las alturas. Los muñecos partían de una postura fetal e iban poco a poco levantándose, frotándose los ojos, simulando un extraño nacimiento que iba en todo momento acompañado por la melodía acompasada de un pianista *honky-tonk*, que se encontraba situado en una plataforma elevada junto al escenario. La música rememoraba la escena de amor de una conocida película de cine mudo, y justo cuando los dos muñecos iban a juntar sus picos en un gesto afectivo-lascivo que ponía la carne de gallina, Román Cruz, vestido de Dakota, irrumpió en el

escenario.

Las protestas de Nicholas no habían servido de nada a la hora de intentar convencer a su amigo español de que necesitaba un nuevo atuendo para este nuevo espectáculo más oscuro. Le había insistido bastante en que agenciara un traje más adecuado y que tirara las ropas viejas. Sin embargo, este se había limitado a decir:

—Alabama, no me jodas —nadie más le llamaba ya Alabama, solo él y sus pesadillas—. Ya tengo un traje que me gusta, ¿para qué coño quiero otro?

Después de demasiadas discusiones como aquella, el mago se había rendido y olvidado del traje. Que se vistiera como le viniese en gana. Aquello era cosa de pólvora, no de malditas modas.

Las cuerdas del piano forzaron su tensión cuando el músico recalcó con maestría la entrada en escena del pistolero. Un foco, cuidadosamente colocado en el suelo bajo el escenario, convertía la figura de Román — brazos en cruz— en una especie de ángel surgido de algún lugar bastante alejado del cielo.

Los títeres se giraron hacia el pistolero de forma teatral, hasta que este desenfundó rápidamente los dos revólveres y realizó cuatro disparos con cada uno de ellos. El público, que rodeaba toda la pista salvo la entrada por la que había aparecido Román, se agazapó en sus butacas de forma automática, sobre todo el sector que se encontraba frente a las armas. Pero las balas cortaron todos los hilos de las marionetas de forma impecable, con una trayectoria inclinada que pasó por encima de los asistentes, a una distancia que, en manos de cualquier otro pistolero, habría sido sumamente peligrosa. De haber lucido el sol en esos momentos sobre Edimburgo, todos se habrían escandalizado al ver lo cerca que estaban los orificios de bala de la coronilla del último espectador.

En un principio todos se sobresaltaron, para después estallar en forzadas risas de alivio que no consiguieron calmar la inquietud que todavía flotaba en el ambiente. Eran conscientes de que habían utilizado munición real contra ellos, y aquello consiguió que todos temieran, por primera vez en la inédita historia de los circos, que alguien propusiera el famoso «más difícil todavía». El público aún se removía nervioso en sus asientos cuando el piano cesó por completo. El silencio invadió el interior de la carpa y el contagio entre los presentes fue inmediato.

Cuando las marionetas saltaron de golpe, sujetas únicamente por las manos invisibles de Nicholas Campbell, alias Magic Alabama, y empezaron a moverse en el aire, realizando un baile al son de una nueva melodía insana y demente, el público aguantó la respiración

buscando nuevos cables que justificaran aquel movimiento, pero no cabía duda alguna de que no los había. Los murmullos empezaron a infectar las gradas como si se tratase de un virus de duda, y algunas personas llegaron incluso a santiguarse ante aquel acto extraño y macabro. De repente la música paró y los títeres se giraron mirando al público con ojos inexistentes en cuencas vacías y la sombra de su enorme nariz simulando sonrisas siniestras. Entonces, el telón cayó de golpe justo en el momento en que ambas figuras se abalanzaban sobre el pianista.

Cuando este simuló ser atacado golpeando teclas al azar detrás de la cortina, hubo alguna chica entre el público que no pudo evitar que se le escapara un hilillo de orina que le humedeció la ropa interior.

3

El escenario volvió a quedarse completamente a oscuras, con el objetivo de sujetar al público a sus asientos. Nicholas lo calculaba todo, tenía cada mínimo aspecto en cuenta, incluso las sensaciones de los espectadores, cuyas mentes debían ser bombardeadas constantemente con sensaciones misteriosas y contradictorias, para que sus almas no llegasen en ningún momento a sentirse cómodas. Solo el sonido del piano, esta vez con un tono mucho más grave y un tempo más ralentizado, se abría paso entre la oscuridad absoluta. Entonces sonó el batir de los tambores africanos, y cuando las luces volvieron a encenderse, sobre el escenario se encontraban doce bailarines de color formando un círculo, ataviados con ropa de alguna tribu perdida y adornados con pinturas sobre el cuerpo. Realizaban un baile híbrido entre danza tribal y capoeria. En el centro, Louisa permanecía sentada en un rústico trono fabricado con cañas, ramas y huesos de animales.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Román.

Nicholas tenía el semblante serio, la concentración supurándole por cada poro de la piel. En la sien se le marcaba una vena verdosa y a punto de reventar.

—¿Has visto sus caras? —preguntó Nicholas señalando al público, fascinado, extasiado.

—Y tú, ¿has visto la tuya? —respondió el español con un deje de molestia, dejándolo allí solo y con un rostro desencajado por la emoción.

Román aún no había logrado acostumbrarse a Louisa. Aceptaba los poderes macabros de los demás, las actitudes violentas y oscuras

de los otros, el ambiente negro y podrido del circo, pero no era capaz de aceptar lo de los espíritus. No es que no lo creyera, porque por supuesto que creía en ello —los había visto, ergo existían; no era Román hombre de hacerse preguntas más trascendentales—, pero en el fondo de su corazón debía admitir que estaba cagado de miedo. Aquello lo sobrepasaba, se sentía un conejo en una jaula en manos de su cazador. Los espíritus, los ectoplasmas —como ella los llamaba, como si fuera un apodo cariñoso—, no podían detenerse con una bala y aquello no cabía en su concepción plúmbea de la vida. Además, el pistolero no era muy amigo de andar jugando con fantasmas y espectros, y mucho menos amigo de que Nicholas Alabama Campbell los dejara quedarse entre ellos tan a la ligera. Así que allí lo había dejado, solo, en su cabina pendiente del espectáculo. Si el mago se metía en líos con aquello, nada podría hacer él con sus armas. Su presencia, sin el plomo de sus pistolas, era la más absoluta de las ausencias.

El mago seguía imbuido por la actuación, dirigiendo, viviendo, sintiendo el circo como si fuera la primera vez. Con la intención de mantener todos los sentidos alerta, había decidido no beber aquella noche, nada podía apartarlo de la emoción de ser el creador de aquel universo. Un universo que no solo le atañía a él, sino a todos aquellos fenómenos que había logrado reunir junto a él. Todos habían esperado mucho, habían ensayado hasta el hartazgo y todo saldría perfecto. De modo que Nicholas apenas tenía necesidad de mirar al escenario, sino que su verdadera obsesión consistía en los rostros —compungidos unos, fascinados otros— del público presente bajo las lonas de su circo.

En el centro del escenario, Louisa se levantó de su trono y abrió los brazos. Tenía las palmas de las manos extendidas, y la intensidad de las luces se redujo a la mitad. Puso los ojos en blanco, como Nicholas le había visto hacer centenares de veces, mientras que el piano emitía golpes de tecla constantes e incoherentes, y entonces hizo su magia tal y como habían ensayado una y otra y otra vez.

Lentamente, empezaron a surgir varios focos de humo a su alrededor, los cuales se fueron tiñendo de un viscoso color azul a medida que la bruja movía los dedos con un gesto innecesario pero eficazmente pomposo. Al igual que el mago le había visto hacer la primera vez que se había encontrado con Louisa, las nubes empezaron a ganar solidez y a formar cinco pequeñas formas a su alrededor.

Pero en aquella ocasión, hasta Nicholas Campbell, que había presenciado muchas situaciones de mierda a lo largo de su vida, no pudo evitar sentir un escalofrío cuando aquellos terribles niños

fantasmas pudieron verse por completo en el centro del escenario, con unas miradas tan opacas como el abismo infernal. Vestían ropas que ya no eran suyas, porque pertenecían a los vivos, y que lucían con todo el esplendor que le había sido arrebatado a sus rostros. Tenían una expresión confusa y miraban hacia todos lados como si no conocieran el mundo. O como si no lo recordasen. Y de repente, casi como si estuvieran sincronizados, todos ellos fueron adquiriendo gestos de auténtico terror, e intentaron gritar sin emitir sonido alguno. Entonces, las mejillas de Louisa se hincharon de aire durante un momento, antes de dejarse vencer y emitir el grito que aquellos pobres niños ya nunca podrían emitir. Un grito terrible que sonaba con la angustia de mucha voces distintas.

El público se revolvió en sus asientos y se escucharon algunos chillidos de auténtico terror —puede que también de admiración; sin duda, de respeto y de prudencia— entre los más susceptibles y creyentes. Dudasen o no de que todo aquello fuera una simple estafa, la práctica totalidad del público se había dejado arrastrar por la magia y estaban entregados a la causa.

Nicholas, desde su escondrijo, mantenía un brazo en alto mientras el técnico esperaba la señal para apagar las luces. Sabía que si no lo hacía pronto, el miedo se contagiaría y el público querría largarse de allí cuanto antes, pero en su más fuero interno temía que, al apagarlas, aquellos niños, fueran lo que fueran, se dirigieran a su garita y le atrapasen para obligarle a expiar sus pecados. Entonces, mirando fijamente al escenario, una de las figuras le recordó a Christina Summer y sintió tal ramalazo de pánico que no fue consciente de que había bajado el brazo y dejado todo el circo a oscuras.

Las primeras notas al piano de lo que debía ser una melodía alegre, tartamudearon al no poder disimular los temblores de un músico aterrorizado.

4

Nunca un payaso tuvo una función más complicada. Cuando el clown salió al candor de los focos y vio los rostros demacrados del público, deseó estar en cualquier otra parte del mundo. Distinguió a una mujer de la primera hilera de asientos llorando de forma copiosa, probablemente afectada por alguna muerte reciente en su círculo cercano, y en ese momento se sintió extremadamente ridículo con su traje de colores y sus enormes zapatos. Pero sin duda se trataba un

profesional y, pese a todo, el payaso holandés, uno de los más grandes, consiguió con su sesión relajar a los asistentes; distender un ambiente tan tenso que casi podía cortarse con un cuchillo.

Una serie de malabares y acrobacias cómicas lograron paulatinamente capturar alguna risa fugaz y un puñado de aplausos, pero para cuando su actuación finalizó, Nicholas, fiel observador desde su rincón privilegiado, ya sabía que había calculado mal las reacciones. La gente estaba bastante lejos del nivel de relajación que el mago había esperado que tuviesen a aquellas alturas. Se notaba un público incómodo, deseoso de que acabase la función. No estaban tan preparados como Nicholas pensaba. Les estaba tensando la cuerda demasiado. Aun así, adicto a aquello que estaba haciendo, ni siquiera se planteó suspender lo que quedaba del espectáculo. Se limitó a encomendarse a los dioses del circo. Si es que existía semejante mierda. Mañana sería otro día y se encargarían de afinar los detalles. De momento, el espectáculo debía continuar.

La siguiente actuación corrió a cargo de Bento el Gondolero, que entró en escena acompañado de los focos y un redoble de tambor, ataviado con calzones y capa fabricados con piel de cocodrilo, con la cabeza de uno de estos sobre la coronilla a modo de siniestra corona de pantano. Unos altavoces de bocina, oportunamente ecualizados para que sonaran roncos, retransmitían la historia de cómo el gondolero se había enfrentado él solo a cinco cocodrilos, únicamente con sus tres brazos y un machete. Como trofeo: sus cabezas. Como ofrenda: una pierna, que aparecía ahora sustituida por una rústica pata de palo, que solo utilizaba en los espectáculos. Fuera de estos se había hecho fabricar una prótesis de última generación.

La actuación consistió en el levantamiento de objetos pesados con su tercer brazo, siempre sentado en un taburete, empezando con pequeñas cosas y terminando con el levantamiento del mismísimo piano. El público, reciente como estaban las noticias en prensa sobre las mutaciones tras la caída de la bomba atómica en Hiroshima, y superado el impacto inicial de ver a aquel ser deforme y monstruoso, acabó disfrutando con el número, llegando incluso a despertarles cierta simpatía.

Nicholas tomó nota mental del efecto que había generado el veneciano en los asistentes, planteándose darle más minutos del espectáculo en futuros pases. Desde su cubículo oscuro bajo el escenario, como un fantasmagórico espectador de aquella maravilla que era completamente obra suya, se sentía mejor que en ningún lugar del mundo. Como si hubiera vuelto al vientre materno, cuestión no demasiado descabellada teniendo en cuenta que siempre se sintió más

hijo del circo que de los Campbell, por mucho que el apellido de soltera de su madre fuera Peterson, algo que no le suponía consuelo alguno. Como si hubiera sido Rockefeller. O Hilton. Lo mismo le daba.

En un rincón de la carpa, más allá de las gradas, Andrei seguía como lo había dejado varias horas antes. Se había sentado agazapado, sujetándose las piernas con los brazos en una postura que hacía que su enorme barriga se desperdigase por ambos lados. Oteaba, como solía hacer, la profundidad de un horizonte que solo existía en su mente, y Nicholas esperaba que su número, que sería anónimo y breve, funcionase como él lo había planeado. El ruso no le gustaba demasiado —siempre alejado del resto y divagando sobre deidades y juicios finales, sobre su plan misterioso y devastador,— pero lo admiraba al igual que se admira a la magnífica aurora boreal.

Cuando Bento dejó el piano en su lugar, con mucha más delicadeza de que la que se podría esperar por su aspecto, el mago hizo un gesto y las luces volvieron a apagarse.

—Venga, soltadlo todo —susurró Nicholas a uno de sus ayudantes. Momentos después, el pianista pareció volverse loco.

5

Un espectáculo de luces, sonido y movimiento en estado puro invadió la pista como si fuera una ráfaga de ametralladora. Se trataba del número central de relleno que Nicholas había preparado para ganar algo de tiempo y aliviar tensiones de cara a afrontar la actuación final. Como un aperitivo entre platos fuertes. Al son que marcaban las precipitadas notas del piano, los bailarines, acróbatas, exóticas bestias traídas de países lejanos, escupefuegos, títeres de esqueletos y domadores, se sucedieron a toda velocidad, entusiasmando al público que durante unos cuantos minutos tuvo la extraña sensación de encontrarse dentro de un circo normal y corriente. Aquel añadido era solo una distracción que había ideado Nicholas, consciente de que el pueblo llano no estaba preparado para todo aquello. Se sentía sucio por el simple hecho de incluirlo en su circo, y durante el tiempo que duró esa parte el mago permaneció acurrucado en su garita, sirviéndose el primer vaso de whisky de toda la noche. Ni siquiera se asomó a las tablas, empecinado en que ese número, aunque muy necesario, empañaba el concepto básico del que se alimentaba su espectáculo.

—Joder —se lamentó para sí mismo—. Esto es una mierda.

Se sirvió otro vaso de whisky y esperó paciente e irritado a que

aquello terminase.

Pocos minutos más tarde, el pianista interrumpió su melodía con una nota fuerte y el silencio absoluto llegó justo en el momento en que el último bailarín bajaba del escenario y se perdía tras la cortina. Luego la intensidad de la luz disminuyó ligeramente y apareció Kisho Hanzo.

Vestía un sencillo kimono azul con un estampado de peces sumamente elegante. Descalzo, caminó hasta el centro del escenario seguido por el cañón de luz y se arrodilló sobre una toalla doblada que había en el suelo, al lado de una mesilla de madera con una bandeja de acero con objetos punzantes. Las teclas del piano empezaron a ser acariciadas con cuidado y la melodía oriental empezó a transmitir una paz fluida que invadió todo el recinto.

Sin más dilación, el japonés empezó a respirar con lentitud y realizó todo un complejo número de faquir que fascinó al público de una manera tranquila y serena. Atravesó su cuerpo con varias agujas largas, confiriendo a sus extremidades una extraña forma de cactus metálico. Lo único que distinguía aquel número de uno común era que, pese a que las agujas aparecían manchadas de rojo, no manaba ni una gota de sangre de ninguna de las heridas una vez extraído el metal, dada a la rapidez de coagulación del japonés.

Nicholas alternaba su mirada entre el pescadero y el público, satisfecho al comprobar que todo estaba funcionando como él esperaba. Kisho retiró con cuidado todas las agujas, dejando su cuerpo lleno de puntos rojos de sangre coagulada, y, hecho esto, se incorporó y saludó a los asistentes inclinando ligeramente el tronco hacia delante, a modo de respeto. El público empezó a aplaudir con efusividad, cuando, de repente, por su espalda, Román Dakota apareció en el escenario y, sin mediar palabra, disparó tres veces en la espalda del japonés, atravesándole la carne de modo que todo el público pudiera comprobar que allí no había trampa ni cartón. Una vez más, los proyectiles cruzaron la carpa por encima de las cabezas de los espectadores, quienes parecían enloquecer y se levantaban de sus butacas, dudando entre huir o quedarse en sus localidades, esperando que lo que estaban viendo fuera solo un truco de magia y a la vez temiendo que se tratara de todo lo contrario.

De pronto, el pianista interpretó una melodía simpática y alegre, de final de ceremonia, logrando que el público quedara sorprendido y perplejo ante lo inapropiado de la funesta situación.

Entonces el japonés, no sin cierto semblante de esfuerzo, se incorporó agarrándose del brazo del pistolero y saludó de nuevo hacia el frente. Luego se perdió entre bambalinas.

Entonces llegó la ovación. Palmas sonando rítmicamente ante lo que acababa de suceder.

Aquel número pasaría a la historia como uno de los números de faquir más impresionantes del mundo.

Nicholas, que sonreía como el niño que un día había llevado dentro, alzó su copa y brindó consigo mismo mientras que el público, emocionado, volvía a sentarse en sus butacas.

Nicholas tragó aire. Aún faltaba lo mejor por llegar.

6

Antes de que los espectadores pudieran pensar demasiado, el piano comenzó a tocar una melodía de jazz lento y acompasado, casi sensual. Con las luces bajas, y con un vestido que detendría el corazón de cualquier hombre, Trisha Parker entró en escena moviéndose despacio hasta un diván que los operarios acababan de colocar en el centro. Llevaba puestas unas enormes gafas de cristal sin graduar que le daban un aspecto de doctora de cómic erótico. Nicholas le había impuesto esas gafas un poco por el espectáculo y otro poco porque aquello le excitaba sobremanera.

La joven era todo un misterio y su poder era el único que asustaba de veras al mago. Llevaba más de un mes estudiándola detenidamente —y tratando de seducirla, además—, y había sacado tan solo unas vagas conclusiones sobre cómo podía funcionar aquello. Al parecer, por algún extraño motivo o alguna malformación cerebral, aquella chica conseguía percibir la magnitud de onda que producía un cerebro cuando estaba en la fase REM del sueño, siendo capaz de interpretarlas e incluso llegar a manipularas. De este modo, conseguía *leer* los sueños y pesadillas de la gente, *empujando* ligeramente las ondas para alejarlas de los buenos pensamientos y acercarlas a los peores temores. Esas vagas conclusiones que Nicholas había inventado para no enloquecer tratando de entenderlo, chocaban con el hecho de que pudiera materializar parte de esas pesadillas cuando estas finalizaban. No obstante, suponía que alguna mierda relacionada con los hertzios y el magnetismo de los polos de la tierra quizá pudiera proporcionar alguna explicación factible, lo que justificaría que, al tocar esos sueños hechos materia, se deshicieran en el polvo que en realidad eran. Ciencia o religión mal curada. En realidad tampoco importaba. Le habría gustado ser capaz de aceptarlo sin rechistar, pero no podía evitar devanarse los sesos con el asunto. Además, se sentía bastante indefenso y vulnerable. Más aún, teniendo en cuenta que en

los últimos días no hacía más que tener sueños eróticos con ella. Sueños en los que hacía cosas que la gente cuerda no debería hacer jamás.

Cuando Trisha se dirigió al público con voz grave y sensual, Nicholas tuvo que beber otro trago para bajar la libido. Sin embargo, en cuanto la chica sacó a un joven voluntario del público —que seguro que pretendía impresionar a alguna dama que le acompañaba— cualquier atisbo de interés sexual por parte del mago se esfumó, centrándose en la obsesión por el espectáculo que había marcado toda su vida.

Trisha invitó al voluntario a tumbarse en el diván y procedió lentamente a masajearle las sienes, con los pechos oportunamente arrimados a la cabeza del joven, quien se quedó dormido al instante debido a la comodidad y a los gases que emanaban de los algodones impregnados en cloroformo que la hipnotista llevaba ocultos en las mangas de los puños —habían decidido arriesgarse hasta tal punto, obviando la legalidad y el peligro de aquel fármaco que solo podía conseguirse bajo receta médica o cruzando una raya que no debía traspasarse nunca—. Cuando al fin el chico quedó sumergido en un sueño profundo, Trisha empezó a mover las manos alrededor de su cabeza, emulando a una hechicera con su bola de cristal. Lo hacía con los ojos muy abiertos y sin dejar de mirar fijamente al público, hasta que, de repente, paró en seco como activada por un resorte.

—¡Serpientes! —gritó echándose a un lado.

Como si aquella palabra fuera una flecha en llamas, el joven saltó del diván y empezó a revolverse sobre sí mismo, como si realmente estuviera invadido por un puñado de reptiles. Movía los brazos de forma enérgica, tratando de apartarse del cuerpo a aquellos animales invisibles. En realidad, se habría tratado de un simple número de hipnotismo normal y corriente de no ser porque, en varias ocasiones, todo el público creyó ver aparecer y desaparecer varias serpientes entre el amasijo de brazos que se movían a toda velocidad.

Nadie se atrevería a afirmarlo con seguridad después del espectáculo, ya en sus casas o en el coche de regreso a la ciudad, pero incluso hubo quien llegó a ver una serpiente caer al suelo desde el pecho del joven y escabullirse bajo el diván para no volver a salir de allí jamás.

7

Cuando Nicholas subió al escenario para interpretar el número

final, a punto estuvo de tener un orgasmo en vivo y en directo frente a una grada repleta de ojos expectantes. Se preguntó si los de la primera fila habrían notado la erección de su entrepierna. Las miradas a las que se enfrentaba concentraban una mezcla de miedo y fascinación. Detectó en aquellos ojos el temor por lo que pudiera venir a continuación, pero, a la vez, deseaban ser testigos de lo que fuese que estuviera preparado.

Esa sensación era la que Nicholas había estado buscando toda su vida. Expectación en su estado más puro.

Pura alquimia.

El mago se dirigió al centro del escenario enfundado en su viejo traje de Magic Alabama, y sacó de su bolsillo una baraja de cartas. Con mucha tranquilidad, y observando cómo el público adoptaba una expresión entre alivio y decepción, empezó a barajar los naipes con una sola mano, en silencio, separando las cartas en dos tacos con los dedos y uniéndolos después con un rápido giro de la mano. No se empleaba a fondo en la tarea, sino que esperó a que el público sintiera desinterés, que no le apeteciera ver aquel truco, que bajara la guardia, que quedara desprotegido.

Dividió el mazo en dos mitades, una para cada mano, y luego las lanzó por los aires, desperdigándolas en una lluvia inconstante de rectángulos de cartón. Las cartas empezaron a volar enloquecidas alrededor de Nicholas, mientras que los espectadores fruncían el ceño con extrañeza.

El mago se concentró con rapidez y aplicó su poder sobre los naipes, pensó en ellos y los cogió uno a uno con manos invisibles, una cuarentena de manos incorpóreas.

Y entonces, sencillamente, las detuvo a su alrededor.

Como si todos los relojes del mundo se hubiesen detenido, cada uno de los naipes se quedó completamente inmóvil en el aire. De no ser por el movimiento que Nicholas imprimía a la escena, habría parecido el fotograma extraído de un película muda. Para acabar, el mago hizo una señal con los brazos y, de repente, la lona de la parte superior de la carpa se deslizó hacia un lado, dejando a la vista el cielo nuboso y gris de aquella noche. Luego se apartó y salió de la nube de cartas que se suspendía en el centro del escenario. Se echó a un lado mientras el foco de luz se desdoblaba y lo alumbraban a él y a las cartas. El público estaba ansioso.

Entonces Nicholas giró la cabeza hacia bambalinas, donde Andrei Diranov se había incorporado esperando sus órdenes, y le asintió a este con la cabeza. Contó mentalmente. Tres. Dos. Uno. Y abrió los dedos a la vez que un rayo caía desde el cielo y se colaba por el hueco

de la carpa para achicharrar las cartas dispersas en el aire. La luz eléctrica del rayo hizo que el público se protegiera los ojos con los brazos. Se oyó un crujido ensordecedor y el olor a ozono quemado invadió el lugar. La gente se encogió y agazapó, el rayo había caído realmente cerca de ellos.

Unos segundos después, cuando los primeros se atrevieron a abrir los ojos y mirar al escenario, los restos de cartón de los naipes todavía yacían en ascuas en el suelo sobre una irregular mancha negra de cenizas y albero chamuscado.

Nicholas volvió al colocarse en el centro y se inclinó para saludar. Gustoso, habría muerto de felicidad en ese mismo instante, mientras el público empezaba tímidamente a aplaudir y vitorear. A fin de cuentas, había sido un espectáculo fantástico.

Nicholas suspiró con fuerza y, disfrutando de los ojos emocionados que veía, se vio rodeado por sus compañeros, que salían a escena para saludar también y recibir un baño de aplausos.

—Sabes que nos van a quemar por esta mierda, ¿verdad? —inquirió Román a su lado, casi sonriendo. Las luces se habían vuelto a apagar y los aplausos fervientes les envolvían cálidamente.

—Brindo por ello, amigo —respondió feliz—. Brindo por ello.

8

Un año después, las erecciones cesaron definitivamente.

El mundo no era tan grande. Todos los horizontes resultaban una decepción a medida que Nicholas les ponía los pies encima. Como si fueran de cristal y se hicieran mil añicos. Cada frontera cruzada prometía un mundo distinto con gentes distintas, pero el mago había llegado a la triste conclusión de que, en cualquier rincón del planeta, coordenada arriba o abajo, solías encontrar siempre lo mismo: humanos con mentes humanas. Cada país los acogía con la misma expectación curiosa y los desechaban con una sombría religión añeja. Y esta última nación, la misma en la que empezaron la gira muchos meses atrás, la marchita Gran Bretaña, les estaba golpeando con contundencia.

Nicholas condujo despacio a través del húmedo cemento del puerto de Londres hacia el lugar de la cita, tratando de escrutar la negrura de la noche, apenas rota por las distantes farolas cubiertas de rocío nocturno que disuadían de mala gana a ladrones y vagabundos. Pronto la niebla lo abrazaría todo, como cada ocaso, y la poluta ciudad convertiría cada esquina en un misterio.

El mago extrajo una petaca de whisky del bolsillo de su pellica y le dio un sorbo generoso que le supo tal y como le sabía su propia vida.

—Alabama —dijo Román a su lado—, no me jodas, que no me apetece darme ningún baño. El agua tiene que estar muy fría.

Román hablaba de lo peligroso de conducir con las manos ocupadas en la bebida, pero Nicholas alcanzaba ya un nivel de alcoholismo tal que apenas si distinguía la embriaguez de su estado más sobrio, así que ni dejaba de beber ni le dejaba conducir a su compañero.

—No te preocupes, amigo —respondió mostrando su mohín más ensayado—. Esta ciudad ya no nos puede joder más de lo que lo ha hecho.

Al español no le quedó otra que aceptar el argumento. La vieja Europa había resultado ser condenadamente vieja, y en cada frontera que cruzaban tenían que pagar el alto precio de unos tributos inflados, un montón de papeleo y una prensa implacable y acosadora que cada vez les presionaba más. Tras la presentación en Edimburgo, los medios dudaron sobre la actitud que debían adoptar respecto a ellos. Las celebridades que habían asistido a las funciones hacían declaraciones confusas y contradictorias, mientras que las que no lograron entrar empezaban a mover los hilos en pos de una severa y ridícula venganza VIP. Nicholas supo reaccionar con eficacia, trasladando el circo ese mismo mes a Ámsterdam, donde las mentes estaban más abiertas y los crucifijos menos tatuados en la piel.

Tras una actuación idéntica a la primera, pero rodeada de unas celebridades algo más sanas de espíritu, la prensa volvió a enfocar sus objetivos directamente sobre Nicholas Campbell, con el golpe de suerte de que la revista Time de Estados Unidos, que vivía por aquellos entonces una etapa de imagen de rebeldía, dedicó al circo de los fenómenos un reportaje de tres páginas que tituló *Horrible e Impresionante*.

Aquel artículo proporcionó algo de respiro al espectáculo, permitiéndole realizar varias funciones de forma más continuada en distintas ciudades de países vecinos, caminando siempre en el fino límite entre el éxito y la repudia de los dirigentes.

Fueron los tiempos más gloriosos de la vida de Nicholas, donde el pueblo llano acudía en masa para ver las actuaciones, llegando a pagarse cantidades indecentes de dinero por una butaca en primera fila de la pista. Los comentarios en contra de las celebridades, las trabas administrativas de las autoridades locales y el morbo suscitado en torno a los entresijos del circo, no habían hecho más que

multiplicar el interés de los ciudadanos. Todos querían presenciar el espectáculo y comprobar de primera mano si los rumores oscuros que circulaban de boca en boca contenían algo de verdad.

Pero, definitivamente, las mentes no estaban preparadas del todo para aquello, y pronto la balanza fue inclinándose hacia el lado de la crítica. El primer traspiés vino tras el intento fallido de actuar en España, donde el dictador Francisco Franco asistió en persona a un pase privado de la función junto a un ejército de censores, abandonando su butaca tras el número de Louisa, y prohibiendo indefinidamente la exhibición del espectáculo. No hubo coacciones directas para que abandonaran el país, pero a Nicholas no le costó imaginarse a todos los integrantes del circo trabajando como esclavos en aquella obra faraónica que el dictador estaba construyendo a las afueras de Madrid, por lo que abandonaron España aquella misma noche, con las pelotas encogidas bajo la carpa.

Acto seguido recibieron la repudia directa del Vaticano tras una función en la Piazza del Duomo de Florencia; la prensa mordió presa y decidió no soltarla. El número de ejemplares vendidos por parte de los diarios se vio incrementado notablemente aquellos días, lo que confirmaba que el circo levantaba ampollas allí donde instalaba sus lonas.

Con una Iglesia, por entonces muy influyente en la población, erguida como poderosa enemiga, la venta de localidades empezó a caer en picado –quizá los fieles temían acabar en el infierno si acudían a los pases de Nicholas–, mientras que la consecución de los permisos para montar las carpas se iba complicando por momentos, limitando las actuaciones a pequeñas ciudades sin importancia y con la prensa más pendiente del morbo de su llegada que de la función en sí misma.

Ante tal encrucijada, Nicholas decidió echar el todo por el todo e invirtió una considerable cantidad de las menguadas arcas del circo en sobornar a quien fue necesario para conseguir una función especial en mitad del Hyde Park londinense. El cartel rezaba *Horrible e Impresionante* —aprovechando el tirón del titular que hacía poco había empleado el Time—, y debajo, en letras rojas y quebradas, FUNCIÓN EXTREMA.

En realidad se trataba de la función habitual del circo, algo más pulida y perfeccionada, aderezada con algún toque de última tecnología en cuanto a luz y sonido, pero el resultado fue terrible. Seguramente sugestionada por la publicidad, y sumado a algún tipo de afección coronaria, una mujer de mediana edad falleció en mitad de la función debido a una parada cardiorrespiratoria, armando un gran revuelo adicional en la prensa escrita y radiofónica, que se frotaba las

manos ante la idea de darle a Nicholas Campbell la estocada final, generando tal desconcierto legal que la justicia británica no supo muy bien cómo actuar en primera instancia. Aquel fallecimiento se había convertido en un tema peliagudo, sin lugar a dudas, vapuleado por toda clase de opiniones públicas y privadas. El suceso estaba demasiado lejos del homicidio imprudente, pero no era lo bastante anónimo como para tomarlo como un simple accidente fortuito. Por supuesto, y como solía suceder en estos casos, el pueblo exigía que rodase alguna cabeza, y la de Nicholas resultaba adecuada para colgarla en la plaza mayor de aquel herrumbroso país de arrogancia y buenas costumbres. De modo que las autoridades encargadas del caso decidieron suspender indefinidamente las restantes funciones y acordaron la prohibición de abandonar el país por parte de los miembros del circo hasta que el asunto quedase aclarado. Mandaron crear una comisión de investigación que terminaría recibiendo órdenes extraoficiales e imparciales en pos de hallar cualquier detalle con el que arremeter contra el Circo de los fenómenos. Daba igual lo que encontraran, algún permiso mal cumplimentado o el más mínimo maltrato al último de los animales que aparecían en el espectáculo.

Apartado de todo el material circense, y despojado de su pasaporte,

Nicholas Campbell, ajeno a toda complicación legal, se vio sumergido en una densa balsa de falsa gloria y alcohol desmedido.

El hecho de provocar la muerte a una persona desconocida, tan solo a golpe de función, elevaba a esta a la categoría de absoluta maravilla. Se sentía completamente satisfecho y el alcohol lo multiplicaba hasta la euforia. Los problemas legales lograría quitárselos de encima tarde o temprano. Ahora tenía que disfrutar de su éxito.

Un éxito que, aun siendo del todo falso, superaba sus mejores y más oscuros sueños de juventud.

9

El coche giró entre dos naves hasta el final de un pequeño dique de un astillero donde se encontraba, puntual a la cita, un Mercedes de color negro y diseño diplomático. Cuando Nicholas enfiló hacia allí con decisión, Román se desabrochó la chaqueta y liberó el cierre de seguridad de su pistola.

—Joder, amigo —dijo Nicholas con jovialidad—. ¿Tú no te relajas nunca?

El español se removió inquieto en su asiento del lado izquierdo del vehículo, buscando una total libertad de movimientos.

—Lo tuyo son los negocios —respondió el pistolero, moviendo los dedos de ambas manos como calentamiento—. Esto es lo mío.

—Todos los españoles son unos putos locos —dijo el mago, deteniendo su coche junto al Mercedes.

En realidad, a pesar de la pulla, debía admitir que se sentía bastante aliviado con la presencia de su amigo y con su innato estado de alerta. En situaciones como aquella, no se le ocurría mejor compañía a su lado.

El asunto era bastante turbio, tanto como su mente en los últimos meses. La bebida le estaba pasando una importante factura en cuanto a concentración se refería, y estaba perdiendo cada vez más el control de todo lo que le rodeaba. Se esforzaba para no beber nada antes de cada actuación, con la intención de imprimirles a las marionetas algo de realismo en los movimientos, que se habían vuelto exageradamente erráticos, pero, aun así, los títeres se le derrumbaban varias veces antes de llegar a erguirlos del todo.

En cualquier caso, no era solo el control de su poder lo que estaba perdiendo, sino también el manejo de su mente, y el resto de su vida en general. Rara vez pensaba con total claridad. Y últimamente delegaba demasiadas responsabilidades del circo en los demás, quienes cumplían a regañadientes con las tareas.

La noche anterior, su contable y asesor externo había entrado en el camerino con un par de libros de contabilidad y muchas facturas impagadas. El hombre era enjuto y calvo, de mediana edad, amigo inseparable de una carpeta marrón y unas gafas redondas de montura fina y plateada, como si se tratase de una sarcástica parodia de su propio oficio. Se trataba de un tipo inteligente, de ese modo en el que lo son todos los hombres que viven su vida con la nariz pegada a los números: rápido de cálculo pero con un total y absoluto desconocimiento de la condición humana. Por eso, aunque sin duda Nicholas esperaba esa conversación desde hacía meses, el contable escupió precisamente la única frase que el mago no estaba preparado para escuchar:

—El circo no funciona.

Aquello incendió los alcoholes de Nicholas, para quien la sola mención de que el proyecto de su vida no funcionaba le parecía el mayor acto de sacrilegio que podía pronunciarse en voz alta. Por supuesto que su circo funcionaba, prueba de ello era la mujer del público que ahora descansaba dentro de una barroca caja de pino. Lo que no funcionaba era aquel planeta escacharrado repleto de mentes

obtusas.

Con aquella furia invadiéndole el cuerpo y el fondo de su cabeza, levantó al contable del suelo con una pericia poco habitual para aquellos tiempos —la ira debió de neutralizar los efectos dañinos del alcohol— y desafió la flexibilidad de las vértebras del pobre hombre que se retorcía de dolor. Al final, milagrosamente, la sensatez se abrió paso en su cabeza y Nicholas soltó al contable antes de quebrarlo como a una rama, aún sabiendo que pronto tendría noticias del abogado del asesor, aunque eso le importaba una mierda. Otra causa legal que añadir al saco de arpillera del circo, y otro eslabón de la cadena que le ataba a aquella envidiosa isla que era Gran Bretaña.

De vuelta a la realidad en el puerto de Londres, la ventanilla del Mercedes se abrió con un zumbido y desde el interior del vehículo un tipo les invitó a entrar en él con un gesto serio y decidido. Nicholas apagó el motor y miró a Román con expresión interrogante.

—¿Vamos? —preguntó, casi divertido.

—*The show must go on* —respondió el español, dejando libres los botones de su chaqueta.

10

El interior del Mercedes era pomposo como la mayoría de las cosas en aquel país. Mucha madera y brillantes cromados rodeaban las dos hileras de asientos enfrentados, todo iluminado por dos pequeñas lámparas incrustadas en el techo. Un panel separaba la parte trasera del habitáculo del conductor, donde el chófer aguardaba pacientemente con su traje impoluto y sus ominosas gafas de carey. En el vehículo no había nadie más que ellos y el tipo que los había invitado a subir.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, complexión atlética y cabello gris, muy corto y peinado hacia delante. Su piel morena y curtida contrastaba con su impecable vestimenta confeccionada a medida con tejidos visiblemente exclusivos: pantalón de traje, camisa, tirantes y pistolera por la que asomaba la culata de una Beretta. La chaqueta, cuidadosamente doblada, descansaba a su lado en el asiento.

—¿Me deja ver su arma? —preguntó Román.

El hombre se sorprendió ante la pregunta del español, y movió extrañamente el brazo, intentando cubrir la pistola. O quizá desenfundarla.

—No es el momento, Román —le atajó Nicholas.

—Pero el modelo es...

—Más tarde, ¿estamos?

Román se recostó en el asiento y miró por la ventanilla. No vio nada a través de la noche.

Nicholas miró al hombre y lo instó a hablar.

—Gracias por venir —dijo este con un marcado acento británico.

—¿Le importa? —preguntó Nicholas, mostrando su petaca de whisky.

—Adelante —respondió. En su cabeza pensó que ambos personajes habían perdido la chaveta, que cualquier otra persona se habría acongojado al verse en aquella situación, en lugar de preguntar por el modelo de su pistola o pedir permiso para beber un trago de whisky.

Entonces, Nicholas dio un generoso sorbo a la petaca, reservando parte del contenido por si le hacía falta después de escuchar lo que aquel hombre tuviera que decirles, aunque ya empezaba a fabricarse una idea mental sobre el asunto.

—Usted dirá —dijo Román.

—Bien —comenzó—. Las personas a las que represento están muy interesadas en esa función vuestra.

—Creo que la próxima función tardará un poco en estrenarse —dijo el mago con sarcasmo—. Pero no creo que me haya hecho venir hasta aquí para reservar unas entradas.

El tipo se removió inquieto.

—No —admitió—. La verdad es que les he hecho venir para reservar el circo completo.

Román frunció el ceño extrañado, a diferencia de Nicholas, que ya se esperaba algo así, una petición alocada o alguna noticia bomba. No le había costado demasiado atar varios cabos.

—¿De qué coño va esto? —preguntó Román—. ¿La mafia? El tipo no pudo evitar esbozar una sonrisa de medio lado.

—Nada de eso, Román —respondió el mago, recostándose un poco en el asiento—. Esto es mucho peor —hizo una pausa teatral y después continuó—. La familia real.

La sonrisa del hombre desapareció al instante y la tensión llenó el habitáculo. Las respiraciones eran pesadas; las miradas, desafiantes.

Sin duda, la cordialidad se había terminado.

11

En realidad lo había adivinado más que deducirlo. Lo primero de

todo fue el coche. Nicholas, sin ser demasiado fanático, era bastante aficionado a la automoción, y sabía que ese modelo de Mercedes no estaba disponible actualmente en el mercado. También se fijó en el hecho de que los cristales fueran blindados, lo que limitaba bastante la baraja de posibilidades. Pero fue el tipo de arma lo que al final le hizo decantarse por la respuesta correcta. Sin duda, aquel hombre era un oficial del ejército. Nicholas había visto demasiados capullos integrales a lo largo de su vida como para distinguirlos a un kilómetro de distancia: misma pulcritud en el atuendo y misma arrogancia en las palabras. Y, sobre todo, esa mirada condescendiente del que se cree custodio de una humanidad que en su opinión no merece ser custodiada.

De modo que, puesto que la mafia jamás contrataría a un oficial de ese tipo, las opciones se reducían a dos: dirigente político o miembro de la monarquía. Al final se decidió por la segunda opción porque le parecía más divertido, y, en vista de la expresión del hombre, había acertado de pleno.

—Sean quienes sean mis clientes —dijo el exmilitar, visiblemente contrariado—, quieren una sesión privada, en un lugar que les indicaré en su momento y con unas cuidadas medidas de seguridad y discreción que serán dirigidas por mí y que no serán negociables en absoluto. ¿Entienden?

Tanto Román como Nicholas mantuvieron el silencio a modo de argumento, hasta que el hombre de la pistola volvió a hablar:

—Como puede resultar obvio, estarían dispuestos a pagar una importante suma de dinero.

Nicholas reflexionó y valoró los pros y contras durante unos segundos, tantos como su intuición le pedía que esperase antes de hablar.

—El dinero no nos interesa en absoluto.

Lo inesperado de la respuesta quebró el guión militar de aquel hombre, claramente desacostumbrado a que alguien se saliera del sendero establecido de antemano. El rostro se le encendió y la voz se le volvió más grave que el rugido de un tigre.

—Escuchad, cretinos —dijo la voz de tigre en un tono de amenaza mortal—. Estoy cansado de artistas muertos de hambre que tratan de aprovecharse todo el tiempo de las perversiones de una monarquía de mierda que este gran país no se merece. Putos vagabundos que se dan humos de gente importante y tienen el puto valor de…

Su retahíla se cortó en seco cuando Román sacó su pistola a la velocidad del rayo y la apretó contra el cuello del exmilitar, empujando tanto que este casi pudo notar el sabor del acero del cañón

a través de la garganta.

—Piensa bien la próxima palabra que piensas decir —susurró el español—. He dado por el culo a hombres con más estrellas en el traje de las que tú verás en toda tu vida.

Pasado el sobresalto inicial, el tipo se recostó en su asiento con aplomo profesional, pero sin perder su actitud de sumisión.

—Si no hacéis esta función, os arrepentiréis —la amenaza sonó suficientemente digna, dadas las circunstancias.

Nicholas, que observaba la escena con diversión, abotargado por la cantidad de alcohol que llevaba en la sangre, habló con voz seria y profesional.

—No he dicho que rechacemos la oferta. Solo dejo constancia de que no nos interesa el dinero.

—¿Entonces?

—Entonces —respondió el mago—, la gente para la que trabajas va a quitarnos a las autoridades de encima para que podamos largarnos de este país de mierda cuanto antes. A cambio, nosotros haremos tantos pases privados como sus morbosas mentes aristocráticas deseen.

Aquella negociación parecía agradarle al hombre, gustoso de poder presentarse ante sus clientes con al menos una oferta que fácilmente podían satisfacer. Su estúpido código de honor le impedía salir de aquel coche con las manos vacías.

Tardó unos segundos en responder, como si la petición fuera algo complicado de aceptar.

—Puede hacerse —dijo al poco.

Nicholas volvió a sacar la petaca de su bolsillo y apuró el contenido directamente sobre su garganta de un modo poco cortés y tabernero.

—Entonces, entiendo que hemos llegado a un acuerdo.

—Con una condición —matizó el tipo—. Jamás volveréis a actuar en Gran Bretaña. Cuando os marchéis, será para no regresar nunca.

Nicholas carcajeó de forma sincera mientras se guardaba la petaca vacía en el bolsillo.

Se estrecharon las manos mientras que Román devolvía su pistola a la funda del interior de la chaqueta. Sin enfados ni rencores. Habían hecho un trato. Cuando por fin la niebla les devoró al salir del coche, el tipo se dirigió a ellos por última vez.

—Una última cosa —dijo con voz grave—. Mis representados tienen una única petición acerca de la actuación —dudó un momento antes de continuar—. Que sea algo más… sangriento.

Nicholas frunció el ceño.

—Diles que no se preocupen. Tendrán toda la sangre que quieran. Y, dicho aquello, su maquinaria mental imaginó cosas que jamás se había atrevido a imaginar.

12

Cuando la niebla por fin dejó de hacer acto de presencia en las calles de Londres, habían transcurrido varios meses y un puñado de miles de kilómetros.

Nicholas abrió aquella botella de Jack Daniels, con la solemnidad de quien abre el cofre prohibido de un tesoro milenario, y olía como si hubiesen metido a los Estados Unidos en un alambique y hubieran destilado toda la nación en un solo frasco. Añejo y tostado, como el seco estado de Alabama. Un elixir con el que intentaba inútilmente combatir a sus fantasmas.

Su mente se había convertido en su peor enemigo desde que había vuelto a su ciudad natal. A ese país que tenía un sol mentiroso, un aire mentiroso y una lluvia mentirosa. Elementos impostores que no eran más que enemigos que se armaban de nostalgia para atacar a un Nicholas al que la vida, el destino o los crueles dioses del circo habían empujado al único rincón del planeta que una vez había jurado no volver a pisar jamás. Dio un trago directamente de la botella y tuvo que obligar a su brazo a separar el cristal de sus labios. Tras hacerlo —dudando de si lo que le raspaba la garganta era el licor o la culpa—, miró su reflejo en el espejo de la habitación y tuvo unas ganas irrefrenables de acabar con aquella botella y salir a buscar otra que tuviera un fondo infinito. Como un abismo de licor en el que pudiera sumergirse para buscar cavernas, peces abisales y extraños corales multiformes. Un mundo, en definitiva, que no se pareciese en absoluto al que le había tocado vivir.

Una pistola yacía sobre la mesita donde tenía apoyados los pies. Con el rabillo del ojo miraba el arma, sospechando bajo vagos y neblinosos recuerdos el haberla tenido entre las manos; ignorando, debido al embrujo del alcohol, que se había metido el cañón en la boca varias veces, a punto de apretar el gatillo.

En el espejo de la habitación, un Nicholas pasado de peso, de piel cetrina y la barba salpicada de vómito seco de la noche anterior, sujetaba la botella de whisky que parecía demasiado vacía para haberle dado un único trago. A sus pies, arrugado sobre la madera del parquet, uno de sus mejores trajes descansaba como si fuera la piel muerta de un enorme reptil moribundo. Lo apartó con el tobillo y lo

introdujo bajo la cama de forma despreocupada. No quería verlo. Se parecía mucho a una metáfora gráfica de su vida; por los suelos y arrugada. Algo que se le iba de las manos.

Respiró profundamente y olfateó su propio aliento. Terrible. Tenía que hacer algo; la promesa de cada mañana. Las promesas de que algún día.

Dejó el licor cuidadosamente en el suelo, tan alejado de él cuanto se lo permitió su incipiente barriga, y lo miró fijamente como quien se enfrenta a un contrincante en duelo. Cerró los ojos sin apretarlos y trató de visualizar las manos de su mente, que en los últimos meses se habían convertido en una extraña masa informe llena de imprecisos tentáculos que bailaban con vida propia. Requirió de todo su esfuerzo y concentración, y cuando al final estas aparecieron, intentó controlar esas deformes extremidades blancas como si fuera un inexperto domador de serpientes, logrando únicamente dirigir aquel amasijo blanco e indefinido hacia los alrededores de la botella. De un modo animal, casi sucio.

Pero el cristal, por su simple existencia, se resistía interponiendo su materia transparente. Era esta la que invadía el poder de Nicholas, haciéndole sentir de forma intermitente el contacto con el vidrio. Incluso cuando el mago reunió toda la energía que pudo y embistió con un golpe seco y violento, no consiguió más que atravesar la botella con la mente, sintiendo solo el frío contacto del cristal, luego el licor y al final la nada. El whisky no titubeó ni un poco.

Dándose por vencido, volvió a mirarse en el espejo, donde halló un hombre desnudo con sobrepeso, de piel blanca y peluda, llorando lágrimas de cocodrilo que humedecían la barba que cubría su maldita cicatriz de guerra.

Se asomó a la ventana y oteó el horizonte durante largo tiempo. Y así permaneció, observando cómo el sol delineaba sombras borrosas entre las nubes, hasta que dos sonoros golpes sobre la madera de la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

—Vamos, Alabama —gritó Román con su habitual ánimo contenido,— tienes que salir a recibir a los nuevos.

—Dame diez minutos, amigo —respondió, casi sin reconocer su voz aguardentosa.

Permaneció en silencio mientras oía los pasos de su amigo alejarse a través del pasillo de la granja, respiró fuerte y reaccionó limpiándose las lágrimas con su antebrazo desnudo. Luego hizo acopio del poco arrojo y coraje que restaban en su corazón, y caminó los pocos pasos que le separaban de la ducha. Cuando las primeras gotas de agua impactaron sobre su coronilla, los tentáculos, la botella y el

impostor sol de Alabama habían desaparecido casi por completo. Una dosis de circo era lo único que necesitaba. Ya tendría tiempo de preocuparse después por su alma.

13

Londres había minado la solidez del circo. Aquella última función que habían realizado a las afueras de la ciudad en mitad del campo —una hacienda privada que solía acoger la prestigiosa caza del zorro— había conseguido debilitar la figura de Nicholas ante los demás integrantes de aquella extraña familia. No obstante, ninguno de ellos podía considerarse absolutamente exento de culpa, pues todos habían colaborado en aquella actuación demente, pero lo preocupante era que nadie consiguió detectar en el interior de los ojos del mago dónde estaría el límite de sus actuaciones a la hora de defender su circo. Su hogar, dulce hogar. Su morboso y particular Arca de Noé. De hecho, ni siquiera él mismo sabría contestar a esa pregunta.

Después de aquel discreto encuentro en el puerto de Londres, y después de atender las exigentes indicaciones en boca de aquel corrupto exmilitar —que eventualmente resultó ser el jefe de seguridad de la Casa Real Británica—, Nicholas supo enseguida que aquello les pasaría factura. Una que, por supuesto, no estaba dispuesto a afrontar él solo. La posibilidad de poder abandonar Inglaterra era un pago encomiable, pero los demás integrantes del circo creían que debían recibir a cambio algo más. De modo que, unos días más tarde, negoció el cobro de una importante cuantía de dinero en concepto de su propia discreción respecto a aquel asunto; un importe que hacía equilibrio sobre la línea difusa que separaba los honorarios justos y el puro chantaje.

De tal forma, habían continuado adelante con el proyecto y, siguiendo unas escrupulosas instrucciones, instalaron una carpa en el lugar señalado en un mapa de las afueras, empleando únicamente los recursos mínimos en cuanto a atrezo e infraestructuras. Poco más que lona, pista y telón; el esqueleto de la magia. No hacía falta más.

También decidieron simplificar el contenido de la función, yendo al grano, limitando los pases a los auténticos fenómenos del circo. De modo que, sin ninguna pena para Nicholas, se optó por retirar todo el relleno de actuaciones superfluas.

Fuera bailes. Fuera brincos. Solo espectáculo.

Además, los mismos miembros de la casa real habían solicitado que la función se limitara a los siete platos fuertes del espectáculo —

los licores de mayor graduación—, cuyos rumores encumbraban a lo más insólito e impactante jamás visto antes. Esto le había evitado a Nicholas la necesidad de tener que convencerlos de que lo ideal era una duración corta pero decididamente intensa. Ambas partes coincidían en que lo bueno, si breve...

Y así todo sería perfecto.

Durante los días previos a aquella última función, Nicholas se preguntó una y otra vez si sus fenómenos accederían a todo aquel asunto misterioso y desagradable, sin que llegaran a perderle ese respeto que tanto se esforzaba por mantener.

Pero así eran las cosas, y con eso tenía que conformarse.

En cualquier caso, a sus compañeros les debía un mínimo de lealtad. Lealtad sucia y un futuro plausible, por doloroso que pudiera resultar. Por tanto, el mago había reunido a sus estrellas —Bento, Louisa, Kisho, Jimmy y Trisha— para jugar su baza de la gran familia.

—Voy a solucionar este problema con la justicia —les había dicho con inhóspita sinceridad—, pero todos tendremos que hacer algún esfuerzo. Esfuerzos para el espíritu.

Todos le habían mirado en silencio, recelosos.

—Os garantizo que merecerá la pena —había añadido sin más. Y luego los dejó a solas, para que entre ellos fortalecieran el nexo que los unía; la camaradería que, como un equipo, habían logrado solidificar. Una pausa teatral. Otro juego de malabares con las mentes ajenas. Su auténtica especialidad.

Y el truco, curiosamente, funcionó. Porque Nicholas, a pesar de todo, era magia. Porque su creación, su forma de ver las cosas, era irremediablemente contagiosa y enfermiza. Porque aquellos tipos no estaban mucho más cuerdos que él. Porque todos y cada uno de ellos eran circo. Porque cada uno de ellos era locura. Porque cada uno de ellos había caído rendido a un mundo de oscuridad circense donde lo primordial era sobrevivir, aunque fuera arrastrando la pesada carga de la botella de whisky que se anclaba a las piernas de su líder Nicholas Campbell, otrora Magic Alabama, ora una caricatura de lo que podía haber sido.

Así que lo hicieron. Aceptaron dar el todo por el todo. Una última función en tierras británicas que los sacara de las arenas movedizas que los asfixiaban.

Visto desde el prisma adecuado, tampoco parecía tan terrible. Nicholas había dispuesto la función habitual para cada uno de ellos, con unas ligeras pero desequilibrantes modificaciones que serían impensables e inaceptables más allá de aquel lugar limítrofe con el infierno, la inmoralidad y la más absoluta demencia.

La primera modificación caía en manos del propio Nicholas y era sin duda la más terrible. Sobre el escenario, frente a una gran cabina de espejos donde se sentaban los espectadores, el mago, en lugar de mover las marionetas, había sostenido en el aire a un pequeño zorro vivo, agarrándolo y tirándole con la mente de sus cuatro extremidades hasta desmembrarlo por completo. El pobre animal muerto había caído al suelo entre salpicaduras de sangre que salían a borbotones y los intestinos que se le escapaban de la caja torácica como una catarata de tripas. Un segundo después de que el animal tocara el suelo, Jimmy había entrado en escena resucitando aquella cabeza unida a un cuerpo sanguinolento, como si fuera la más macabra de las pesadillas. La pobre bestia, resucitada, tan solo pudo gritar, mientras que en la cabina de espejos se oían algunos aplausos y numerosas expresiones de repugnancia.

El resto de cambios consistía en un aumento de la intensidad del espectáculo: Louisa invocó fantasmas y espectros terribles, y Kisho permitió que un joven aristócrata, ataviado con una máscara veneciana para salvaguardar la intimidad de sus perversiones, le atravesase el cuerpo con media docena de finas espadas de esgrima, haciendo que el oriental cayese al suelo entre gruñidos de dolor para luego extraerse las armas de sus carnes sin mostrar daño alguno. Jimmy apareció por segunda vez y resucitó durante unos minutos —superando su récord personal— a un par de cabras montesas, a las que previamente les había quebrado el espinazo, y Trisha hipnotizó a la vez a varios miembros del público, haciéndoles creer que todos eran enemigos entre sí y enzarzándolos en una pelea a puñetazos que acabó con casi todos los ojos morados y una docena de dientes sueltos. Querían sentir el espectáculo de cerca y tuvieron su buena dosis de circo concentrado. A lo largo de toda la función, Nicholas había dispuesto en puntos estratégicos del escenario varias parejas de jóvenes desnudos interpretando explícitas escenas de sexo, retorcidas posturas sadomasoquistas que impregnaban las actuaciones de los otros con un halo de impureza y vicio decadente. Querían circo extremo, recibían circo extremo.

—El circo duele, damas y caballeros —había dicho Nicholas a su público, a punto de quedar finalizada la función—. Por eso lo amamos. Ahora, señoras y señores, pueden abandonar sus asientos e ir a sus casas. Y recuerden: lo que acaban de presenciar esta noche en este lugar es pura magia. Una magia que les perseguirá en sus sueños si no la respetan. Por el momento, pueden ir en paz.

El público se levantó y ovacionó a Nicholas. La satisfacción se convirtió en un torrente de adrenalina inyectado en su corazón como

una jeringa llena de epinefrina.

Mientras la gente iba abandonando paulatinamente el circo improvisado, Nicholas le comentó a Bento por lo bajo que una señora de mediana edad había ofrecido —gratis, por supuesto— mantener relaciones sexuales con él durante toda la noche, y el forzudo, satisfecho y algo sorprendido, simplemente le respondió:

—Si quieres me las follo a todas, jefe.

Ambos se echaron a reír. Y con esas risotadas jocosas sabían que acababan de rubricar el pago de sus deudas con la justicia, aliviar en gran parte sus maltrechas cuentas y abrir una grieta insalvable en la hasta entonces inquebrantable imagen de Nicholas Campbell.

Días más tarde, entrada ya la madrugada y mirándose al espejo de su habitación, el mago intentó sacar un poco la cabeza del agujero en el que la había metido, recordando aquella última actuación con un insano cariño nostálgico. No solo porque había sido un salvoconducto de liberación para su circo, sino porque le había parecido una actuación jodidamente magnífica.

Parte 7
1962.
Una frontera hecha de madera

1

De entre todos los posibles trucos de magia, siempre hubo uno que condenadamente se le resistía a Nicholas Campbell pese a todos sus esfuerzos: lograr tener buen aspecto tras una de sus noches de alcohol y lamentaciones. No obstante, aquella tarde la ducha había hecho un trabajo considerable con el despojo humano que minutos antes se reflejaba en el espejo. O quizá fuera que aquel día su mirada lucía con una pequeña yesca de esperanza, prendida por la no demasiado firme determinación de ver cómo emergía de lo más profundo del pozo al que caía irremediablemente.

Con un poco de optimismo recobrado, Nicholas se asomó a la ventana y miró fuera, oteando los prósperos dominios de la granja, donde una enclenque valla blanca de madera, de apenas metro y medio de altura, se había convertido en la más severa de las fronteras. Una que separaba de forma indiscutible su mundo del resto de los Estados Unidos.

Tras la decepción y el duro revés recibidos en la vieja Europa —donde la ciudadanía vivía sumergida en un profundo rasero de doble moral, y sus dirigentes promulgaban una extraña mezcla de modernidad y libertinaje, sin llegar a sacudirse del todo la inflexible e intolerante religión que tenían incrustada en los huesos—, Nicholas había aprendido a fuego la lección: si quería un auténtico mundo donde las mentes estuviesen realmente abiertas, tendría que crearlo él mismo. Y así lo hizo.

Invirtió todo el dinero conseguido en la última actuación londinense, y le sumó lo poco que le quedaba ya del fideicomiso cuya existencia le había desvelado como por arte de magia Wilfred Peterson, el viejo abogado de la familia Campbell. Unas llamadas después, Nicholas fue informado del fallecimiento de este unos años antes, una trágica noticia que no le hizo dudar ni un ápice en su decisión de contratar a los abogados de su bufete. Flanqueado por una horda de hombres enchaquetados y maletines negros, aprovechando los pocos favores que su apellido podía disfrutar por aquel entonces, y entregando calculados y estratégicos sobres llenos de fajos de billetes a las personas adecuadas, Nicholas pudo llevar a cabo el último y más ambicioso proyecto de su vida: La Granja.

Debido a la complejidad legislativa de Estados Unidos, con unas leyes tan enrevesadas que podían llegar a ser un verdadero laberinto normativo en manos del más conocedor del estado de derecho, Nicholas tuvo que ceder y aceptar las directrices de los afiliados del

viejo Wilfred, algo de lo que no se arrepintió en absoluto cuando pudo comprobar la presteza y el dinamismo de aquellos expertos abogados que preparaban la documentación con precisión quirúrgica y salvaban cada uno de los obstáculos que se presentaban irremediablemente cuando Nicholas explicaba lo que tenía en mente.

Uno de los primeros pasos de Nicholas fue aprovechar su ciudadanía estadounidense para salvar cualquier inconveniente con el departamento de inmigración, y conseguir así mayores facilidades a la hora de adquirir una vasta granja de ganado, con un generoso puñado de hectáreas que se extendían en mitad de la arboleda de pinos de un bosque al norte de Alabama. De ese modo, parecía que el hijo pródigo volvía arrepentido a su dulce hogar, y la prensa —pegada a su trasero desde que había abandonado Gran Bretaña— interpretó ese acto como un simple retiro después de una larga batalla perdida con la justicia en el viejo continente. Nicholas Campbell había sido derrotado finalmente. Y con el rabo entre las piernas, había corrido a esconderse entre los árboles de su estado natal.

En cambio, el mago fundó una empresa de cuidado y distribución de ganado vacuno, y contrató a sus fenómenos circenses como empleados de cuadra, veterinarios, cuidadores, cocineros —con Kisho Hanzo a la cabeza—, administradores, tesoreros, e incluso algunos formaron parte del consejo de administración, sorprendiendo a propios y extraños, y provocando que la tinta mojara mucho papel de periódico.

Aquellos empleos proporcionaron *green cards* para todos, y en poco tiempo pudieron establecerse de pleno derecho como ciudadanos de los Estados Unidos, alojándose los numerosos exmiembros del circo en los barracones de madera que se erguían detrás de la enorme casa principal. Al lado de ellos había cuadras para el ganado, caballerizas, cobertizos para herramientas y varios recintos vallados para domar animales. Más allá se extendía un vasto terreno para cultivar y después los árboles, que los aislaba de la civilización. Como si la propia naturaleza estuviera de su parte y hubiera decidido arroparles.

Tras varios meses dedicándose en exclusiva a los trabajos específicos de la granja, comportándose de una forma casi modélica y sin levantar ni un solo atisbo de sospecha, las autoridades del país —que hasta el momento no habían dejado de preocuparse por las verdaderas intenciones del mago en cuanto a su circo se trataba— perdieron paulatinamente el interés y, en cierta medida, tras numerosas inspecciones de trabajo y sanidad, se vieron obligados a apartar su atenta mirada para centrarse en otros menesteres que estrangulaban con bastante fuerza al país.

La prensa también terminó fijándose en otros temas más novedosos. Al fin y al cabo, la granja del señor Campbell parecía a todas luces un negocio limpio y sin recovecos, sus transacciones eran normales, aburridas y, sobre todo, prósperas. Aunque nadie terminó de creerse de veras que ese puñado de seres excéntricos terminara como empleados de una granja, viviendo como una gran familia feliz, los diarios tuvieron que centrarse en lo que demandaban sus lectores, conmocionados mundialmente por el fallecimiento de la actriz Marilyn Monroe, la cruenta crisis de los misiles de Cuba que los dejaba al borde de una guerra nuclear y el primer enlace transatlántico de televisión por satélite.

Y cuando todas las miradas estaban puestas en otro lugar, Nicholas Campbell efectuó la gran jugada.

En una poco concurrida rueda de prensa, cuidadosamente convocada por los abogados de Wilfred y donde todos creían que se publicitaría alguna tediosa y probablemente exitosa extensión del negocio ganadero, Nicholas anunció que, en virtud de las leyes de Alabama en cuanto a libertad religiosa y de culto, declaraba la granja como comunidad religiosa independiente. Mientras lo hacía, frente a los perezosos flashes de los periodistas asistentes, el mago imaginó el estruendo de tambores y trompetas de una banda circense estallando en la alegre melodía de final de truco.

Como era de esperar, este nuevo y sorpresivo paso generó un nuevo revuelo de prensa y autoridades, pero un par de meses más tarde de calma periodística, Nicholas volvió a deshacerse de cualquier mirada recelosa. El objetivo de aquella transformación en comunidad religiosa se basaba en jugar con la moral y el vacío normativo que imperaba en el país en cuanto a esos temas, donde no quedaba muy claro cómo comportarse con exactitud, ni oficial ni extraoficialmente, con este tipo de asociaciones. Sobre todo después de los problemas habidos y por haber con los polémicos y a la vez pacíficos amish. En unos Estados Unidos fundados por inmigrantes llegados desde todas partes del viejo continente, donde la cultura multirracial resultaba un futuro innegociable, con negros y orientales, holandeses e ingleses, españoles y franceses, y mayoritariamente latinoamericanos procedentes de México y Puerto Rico, compartiendo todos ellos la vasta inmensidad del territorio americano, los dirigentes del gobierno no podían arriesgarse a la pérdida de votos en las próximas elecciones ni a convertir en mártir a algún grupo impresentable de radicales fundamentalistas. De modo que, políticos y cuarto poder al margen, sin que aquello le confiriese a la granja una auténtica y completa inmunidad, lo que sí conseguía era que la dejaran tranquila la mayor

parte del tiempo.

De aquel modo, con periodistas, inspectores, abogados y agentes de policía alejados del lugar, Nicholas Campbell vio el cielo despejado en pos de montar de nuevo su circo; de forma clandestina, exclusiva y a hurtadillas, por supuesto, pero también de un modo emocionante, como en los viejos tiempos. Instalaron una pequeña carpa de innegable tipo circense con capacidad para unas trescientas personas, donde podían realizar funciones —a unos precios realmente desorbitados— disfrazadas de falsas reuniones religiosas, dando cobijo al morbo y la decadencia de gente poderosa y corrupta, ávida de magia negra y ansiosa por presenciar los pases de los que, con adjetivos tétricos y macabros, habían oído hablar de su época en Europa. Solo pasaban funciones los sábados de madrugada. Durante la semana, trabajaban con ahínco en la granja y cuando llegaba el fin de semana, derramaban con frenesí su espíritu circense.

Al abrigo de toda aquella cuestionable situación, Román no perdió la oportunidad de ir evolucionando lo que en principio había comenzado como una simple afición y que después fue fijación y que después fue obsesión y que después fue enfermedad. Cuando se le preguntaba, Román afirmaba que su acopio de armas era la prevención del más que probable colapso social que tarde o temprano llegaría, y llegado el caso, él sería uno de los pocos que podría defenderse de los invasores. Para un hombre que había conocido de primera mano el peor lado de la raza humana —la guerra—, un país como aquel, con tanta insensatez y armas rodando por las calles, no tendría más futuro que el caos y la autodestrucción. De manera que, aprovechando las idas de idas y venidas de cabezas de ganado y sacando partido a su perfecto conocimiento de las armas de cualquier tipo, traspasó claramente la frontera entre el coleccionismo y el tráfico de armas. A decir verdad, Estados Unidos era un paraíso para los amantes del plomo veloz, y el español no tardó en entender que sus viejos contactos en Europa pagarían auténticas fortunas por establecer un intermediario de confianza dentro del continente americano. Así, en poco tiempo y casi de forma casual, Román Cruz se convirtió en el líder de un importante negocio de compraventa de armas que funcionaba arropado por la clandestinidad de la granja y su inmune libertad de religión.

Cuando Nicholas fue consciente del imperio ilegal y resbaladizo que su mejor amigo había levantado a sus espaldas —alertado por Trisha, a quien era imposible guardarle secreto alguno, dada su fea costumbre de fisgar en los sueños de todos—, el mago tuvo sentimientos encontrados: recriminaba a Román por exponer a un

claro peligro a la granja y su gente, pero por otro lado admiraba el hecho de que el pistolero hubiese conseguido organizar aquel espectáculo, un trajín de armas que pasaba por delante de sus propios ojos y de los de todas las aduanas del país sin que nadie se hubiera dado cuenta en absoluto. Aquello, a su manera, era un magnífico truco de magia. Un exquisito manejo de manos.

Lo que ninguno de ellos sabía en ese momento era que el agente del FBI Patrick Walker, otrora el joven cabo al que el teniente Nicholas Campbell había impedido saltar en paracaídas del ruidoso Lancaster sobre las tierras enquistadas de Europa, escudriñaba ahora todos y cada uno de los pasos que su antiguo superior daba en la granja, aunque fuera para ir al cagadero. Estudiaba hasta el último detalle de los informes que llegaban de Nicholas y su gente, hasta el punto de que se los aprendía de memoria y era plenamente consciente del gran acopio de armas que el español apodado Dakota realizaba a espaldas del tío Sam, algo que, sin lugar a dudas, convertía al grupo en latentes y peligrosos terroristas.

En realidad, el agente Walker había logrado olvidarse de su superior con el paso de los años, aunque la humillación que le hizo sentir el teniente Campbell al no dejarle saltar del avión, y el posterior terror por el que tuvo que pasar al ser recolocado en la vanguardia del ataque en la costa de Normandía, interruptor de la victoria definitiva de la guerra, provocó que no desapareciese del todo su nombre y su rostro del fondo de su cabeza. Con cada balazo que estuvo a punto de recibir, y con cada puñado de barro que tragó en aquella mierda de playa, había forjado la más sólida de las promesas: algún día obtendría su venganza, aunque fuera en un plato muy muy frío.

De casualidad, y al enterarse por la prensa del regreso de Nicholas a suelo norteamericano, su interés y su fijación por aquel exmilitar de guerra, incapaz de dirigir a su tropa sin mearse en los pantalones, sufrieron un importante crecimiento. Después de mover los hilos correspondientes en la estricta jerarquía de la agencia federal, finalmente logró ser designado como el responsable del caso Campbell. Con el paso de los meses, el agente Walker reunió el material suficiente y las pruebas necesarias como para poder irrumpir con todo un ejército de agentes armados en los dominios de aquellos monstruos de feria; solo debía obtener la orden judicial necesaria para el asalto con un chasquido de dedos y todos ellos estarían detenidos antes del anochecer. Pero, de momento, el resentido y rencoroso agente Walker había optado por guardar silencio y permanecer a la espera.

—Ojo, Román —le había dicho Nicholas al enterarse del

sorprendente número de armas que formaba la colección privada del español—. ¿Estás seguro de lo que haces? ¿Sabes que puedes mandar al mismísimo infierno todo lo que hemos logrado hasta ahora?

El español se limitó a encogerse de hombros y enarcar las cejas:

—Tú eres mago y haces magia. Yo soy lo que soy.

—¿Y qué eres, Román? —le preguntó con parsimonia.

—Soy tu ángel de la guarda, Alabama.

El pistolero miró a Nicholas y le sonrió. Complicidad al máximo exponente.

—Espero que no nos arrepintamos de esto.

—No lo haremos, jefe.

—Confío en ti.

—Eso será porque estás loco —dijo Román, guiñándole un ojo—. Pero tranquilo. Yo me ocupo.

Y aquella forma de hablar, tan honestamente convencido, le pareció el mejor de los argumentos. Confiaba en el español por encima de todas las cosas, podría dejarle la vida en sus manos sin dudarlo y si él pensaba que no había problema con las armas, así sería. Además, tener un buen puñado de pistolas cerca siempre venía bien para la seguridad, de eso no cabía duda. Su difunto abuelo habría estado orgulloso de aquel pensamiento. Pero, al fin y al cabo, la granja era un proyecto fuerte al que había que proteger. Se trataba de la idea más brillante que había tenido en toda su vida, y no estaba dispuesto a que nadie se la arrebatara. Defendería con su vida aquella última creación, pues era lo único que le quedaba.

Y como solía suceder con ese tipo de posesiones, aquellas a las que uno se aferra como si no hubiera un mañana ni un más allá, más pronto que tarde terminó transformándose en una prisión para el espíritu, donde Nicholas casi notaba físicamente sus cadenas y grilletes. Los dominios de la granja, pese a estar construida en campo abierto, alejados de la ciudad, la polución y la mediocridad, incluso exentos de cualquier sometimiento, no dejaban de ser una prisión para aquel hombre atormentado.

Aun incluso sabiéndose poderoso y vencedor, él mismo se había convertido en los barrotes de hierro de su propia celda.

2

Andrei Diranov estaba sentado en su silla de playa —la cual se había traído desde Rusia— a mitad de camino entre las caballerizas y el redil de las ovejas, detrás de la casa principal, y miraba al cielo con

mirada circunspecta. Aunque era habitual en él aquella suerte de retraimiento del grupo, quedándose de pie frente a un lago, observando fijamente una colina o contemplando el cielo ahí quieto como un pasmarote, los integrantes más recientes de la granja aún no habían sido capaces de acostumbrarse del todo a su actitud. Siempre andaba concentrado, callado, pensativo, como si estuviese urdiendo algún plan maquiavélico con el mismísimo diablo.

Aquel día, Andrei se había levantado temprano, casi al amanecer, al igual que cada mañana de las últimas dos o tres semanas, y como ritual indispensable tras tomar un breve desayuno, consistente en un par de rebanadas de pan con mermelada, había colocado su silla en su lugar y sus carnes grasientas se habían encasquetado entre los vencidos reposabrazos de metal.

Si se dedicara a rezar algunas oraciones, a leer algún libro o a tocar una canción con una guitarra, los más nuevos no se hubieran extrañado tanto, pero, sin embargo, Andrei se limitaba a escrutar el cielo, mirar las nubes como si las contara, y esbozar una fina y casi inexistente sonrisa con los labios. Como si el ozono fuera el mejor de los espectáculos.

El cielo estaba cubierto de nubes apretadas y oscuras como las rocas de la caverna de un oso. El ruso apretó ligeramente los dedos sobre los brazos de la silla, y al poco comenzó a lloviznar. Grandes bandadas de pájaros abandonaron las ramas de sus árboles favoritos, y se dirigieron en masa al sur, como si huyeran de algo, como si fueran los primeros en detectar que iba a suceder un terremoto.

—¿Un terremoto? —le había preguntado Trisha con curiosidad.

—Sí. Los pájaros lo saben —había respondido él—. Esos bichos saben cuándo va a ocurrir un terremoto y se marchan con antelación.

—Se marchan… —había repetido Trisha para sí misma, cabizbaja, como si cargara un gran peso sobre sus hombros.

Andrei se había limitado a asentir y volver la mirada hacia el horizonte. Y allí sentado había pasado las horas, desde muy temprano hasta mucho después que empezase a llover con fuerza a eso del mediodía. Jimmy Floyd lo llamó, pero Andrei no se movió. Su cara había palidecido bajo la capa de llovizna y sus labios apretados parecían manchados de sangre. Paulatinamente, la lluvia fue aumentando su intensidad hasta convertirse en una tormenta torrencial. Los integrantes de la granja dejaron sus tareas y volvieron al interior de los cobertizos y cuadras, resguardándose del agua y del frío que empezaba a aterirles la piel.

La lluvia constante no cesó durante un par de horas, cuando, en lugar de amainar, empezó a arreciar. El viento comenzó a aullar. El

semblante sombrío del ruso Andrei, sentado en la oscuridad que proyectaban las nubes cargadas de inmensidad, le profería un aspecto de lunático, como si fuera la muerte en persona esperando a que el cadáver de su peor enemigo pasara por delante para llevárselo lejos, a un lugar donde reinaba el dolor.

Nicholas Campbell salió de su habitación y bajó a la sala de reuniones, donde aquella tarde tendría lugar la segunda entrevista de admisión a nuevos empleados de la granja —que por entonces contaba con más de veinte personas—, labor de la que el mago se encargaba personalmente de modo exhaustivo y meticuloso. Tenía que tener cuidado a la hora de no dejar colar policías infiltrados, periodistas de incógnito o alguno de los numerosos fanáticos que no encajaban en ningún lugar del planeta y terminaban atraídos por el mundo seductor de Nicholas Campbell.

Cuando este entró en la sala y vio el nervioso y expectante grupo de unas quince personas que aguardaban sentadas en sus asientos —el mago siempre les daba un breve pero atemorizante discurso inicial, con la voz engalanada y sin apenas mirarles a los ojos—, lo primero en lo que reparó fue en que había una chica que apenas contaba con unos quince años. Rubia, pecosa, con un peto vaquero y dos trenzas a cada lado de la cabeza. Inocente, fértil… definitivamente imbécil y manejable.

Nicholas sonrió y cabeceó de un lado a otro, con una mezcla de satisfacción y resignación: en cada selección de personal tenía que rechazar a unas cuantas menores… y aceptar a otras tantas.

No era de extrañar que chicas menores de edad se fugasen del tórrido calor de sus hogares para buscar abrigo en aquel extraño y atrayente mundo de repudiados, y Nicholas sentía una oscura y morbosa admiración por aquel gesto de rebeldía que él jamás había tenido el valor de realizar cuando su padre lo maltrataba junto al resto de su familia, sobre todo tratándose de chicas, que claramente le rebasaban en valentía al no haber sido capaz él mismo de abandonar a su familia cuando era un chaval. Y a ellas les había resultado bastante sencillo. Había chicos también, siempre los había. Pero a ellos siempre los mandaba de vuelta a casa, salvo excepciones. A las chicas, si eran bonitas y elocuentes, las dejaba quedarse. De hecho, buscando en lo más recóndito de su espíritu, se regodeaba ante la idea de aquellos padres, similares al que un día había sido el suyo, sufriendo al imaginar qué cosas terribles y obscenas podían estar sucediéndole a sus retoños. Al mago, de forma inconsciente, le encantaba la posibilidad de poder vengarse del apellido Campbell, proyectando sus más profundos rencores en la figura de cualquier padre amante de sus

hijas y protectores de sus familias. Seducir a cualquiera de esas chiquillas y llevárselas a su habitación constituía un placer indescriptible y saciaba viejas rencillas que le incomodaban en su interior. Disfrutaba desvirgando a esas chicas, haciéndoles cosas reprochables, o quizá, sencillamente, encerrándolas debajo de algún cesto de mimbre. Aunque era consciente de que aquello podría ser considerado por las autoridades como un secuestro y, por ende, un delito federal, pensó «qué coño, si Román tenía el cobertizo de atrás repleto de fusiles, ¿por qué no iba a poder él aprovecharse de unas colegialas que estaban dispuestas a chuparle sus vergüenzas?». Cuando en la vida te rodeabas de moral dudosa, se perdía con bastante facilidad la frontera entre lo despreciable y lo tolerable. Además, el alcohol velaba el ínfimo sentimiento de culpabilidad que pudiera pasársele por la cabeza. Alcohol y sexo con chicas rubitas de trenzas largas. Menudo placer. Menuda forma de controlar su mundo.

Ese último pensamiento emergió desde detrás de sus retinas en una curiosa relación de ideas que lo extirpó de su embriaguez. Comenzó a recorrer con la mirada a cada uno de los individuos que habían acudido al reclamo de un empleo estable en la granja. Buscando también, muy posiblemente, esos conocimientos de magia que los círculos cerrados de las localidades cercanas atribuían a Nicholas y su gente. A decir verdad, aquella magia negra, negra y oscura, era la única que Nicholas empezaba a entender como verdadera.

Se asomó a lo más profundo de los ojos del primero de los jóvenes, sin encontrar nada significativo, y luego posó los suyos en la siguiente persona, como un funámbulo que no temiera asomarse a cada uno de esos abismos. Cuando había escrutado a la mitad de ellos, Román irrumpió a la carrera en la sala dándole un empellón a la puerta. Al ver que la habitación estaba tan concurrida, frenó en seco e intentó controlar sus jadeos. Se dirigió a Nicholas y le susurró al oído.

—Alabama, tenemos un problema.

Nicholas, sin saber claramente la razón, supo que lo que Román Dakota Cruz estaba a punto de decirle iba a resultar crítico para la granja. Lo veía en sus ojos desorbitados, en el sudor que le perlaba la frente. Nicholas miró a su izquierda, donde estaba sentada Trisha, y esta bajó la mirada al suelo, como si conociera la realidad del futuro cercano. Luego, Nicholas pidió a Román que hablara.

—El FBI —dijo en un jadeo, aún sin haberse repuesto del susto. Un trueno rugió en el exterior, como si al cielo le molestara lo que acababa de decir el español.

Había muy pocas siglas que pudieran parar la respiración de un

hombre. Las del FBI y las de alguna que otra enfermedad terminal. El resto era soportable.

—¿El F…?

—El FBI —repitió Román—. Están aquí. Por todas partes. Hay agentes armados rodeando toda la granja. Son más de cien.

—¿Más de cien? —Nicholas estaba atónito, el mundo había dejado de girar bajo sus pies—. ¿Cómo es posible?

Un silencio medió entre ellos. Los individuos sentados en sus asientos empezaron a murmurar entre sí. Nicholas se acercó al frontal de la casa, apartó la cortina de la ventana y miró por el cristal. Bajo un aguacero de lluvia implacable, un nutrido grupo de hombres de negro, con cascos y chalecos de *kevlar*, rodeaba a toda prisa los edificios que conformaban la granja. Llevaban fusiles y otras armas automáticas en las manos. A lo lejos, en la entrada y alrededor del perímetro de la propiedad, se agolpaba gran cantidad de vehículos oficiales con las luces rojas y azules encima de los techos. Otros coches no tenían distintivo alguno.

En el interior de la casa, Trisha intervino en la conversación de los dos hombres.

—¿Dónde están todos?

Román la miró.

—No lo sé a ciencia cierta. Aquí están casi todos, refugiados por esta puta lluvia que hoy no deja de darnos por el culo. Los barracones están completamente rodeados por agentes de negro. Las cuadras, los cobertizos. Esta misma casa.

—¡Joder! ¡Joder! ¡JODER!

Nicholas pateó el suelo, dio una palmada y volvió a soltar un improperio. Su mente alcanzó de pronto una repentina y provisional sobriedad inestable.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Román.

Trisha tenía el rostro convertido en una mueca de terror.

—¡No pueden entrar aquí! ¡No pueden entrar aquí! —repitió el mago para sí mismo.

—Ya están dentro, Nicholas.

—¡Somos intocables, y lo saben!

—¡Nadie es intocable, Alabama! —exclamó Román—. ¿Qué hacemos?

Nicholas rebuscó en su cabeza.

—¿Dónde está Andrei?

—Aquí estoy —dijo mientras cruzaba el umbral de la puerta. Aún estaba empapado y su semblante era serio. Rumiaba algo entre dientes. Bajo sus pies se estaba formando un charco con la lluvia que

le goteaba de la ropa. Parecía como si lo hubiera escupido la lluvia.

Nicholas miró a Román y atisbó la empuñadura de la pistola que llevaba ceñida a la cadera. Una bombilla se le encendió en la parte mala de las decisiones de su mente.

—¿Tenemos armas aquí?

Román soltó una risotada nerviosa.

—Como para un ejército entero.

Trisha volvió a intervenir:

—Pero…

—Pero ¿qué?

—¿Vamos a plantarle batalla al mismísimo FBI?

Nicholas tardó en responder.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Entregarnos?

Nada más decirlo, la chica supo que aquello no era una opción. Buceando en los sueños de Nicholas había encontrado cuevas en su subconsciente que jamás se había atrevido a explorar, pero que, desde fuera, olían intensamente a odio y extrañas cosas oscuras. Aquel hombre —o lo que en realidad fuera—, preferiría morir antes que rendirse a la corrupta justicia.

Morir o cosas mucho peores.

—¡¿Por qué, diablos?! ¡¿Por qué vamos a entregarnos?! ¡¿De qué se nos acusa?!

—¡Cálmate, Nicholas!

—¿Cómo voy a calmarme? —preguntó, aunque su tono de voz disminuyó. Las plumas rojizas de unos cuervos cruzaron por delante de sus ojos. Elevó la mano para tocarlas pero no las encontró, las estaba imaginando.

—Cálmate, Nicholas —dijo la hechicera—. Podemos hablar con ellos.

Nicholas reflexionó.

—Román.

—Dime, Alabama.

Trisha y Andrei alternaban la mirada de uno a otro, a la espera de que los jefes tomaran las decisiones.

—Trae las armas —dijo Nicholas al fin.

Román salió disparado de la sala. Las figuras sentadas en sus asientos sofocaron varios gritos y empezaron a quejarse lastimosamente. El alboroto empezó a aumentar y Nicholas se volvió hacia ellos para gritarles que se callaran, que todo iba a salir bien y que no había nada por lo que preocuparse. Cuando alzó la mirada, una mujer estaba de pie entre todos ellos. Nicholas se quedó sin

respiración y todo lo demás dejó de tener importancia. Todos los presentes en la sala desaparecieron para el mago, y la granja se deshizo en un billón de astillas de madera. Aquella mujer, de pie frente a él, superaba con creces la peor de todas sus pesadillas.

—Hola, Nicholas —dijo con voz tímida.

Christina Summer lo miraba cálidamente con sus ojos cargados de miel.

3

Nicholas sujetó sus palabras y rencores, luchando por controlar el temblor que notaba en las piernas. Era probable que, de haber estado solos, él se hubiese desmayado de la impresión, como si se hubiese topado de frente con el fantasma de Hitler con un lanzallamas. De súbito deseó un buen trago de whisky, y después otro y luego otro más. Se sintió sofocado. Necesitaba salir de allí.

—Acompáñame. Vigilad lo de ahí fuera. Pero no hagáis nada —advirtió a Trisha mientras se dirigía a la puerta y cruzaba el umbral.

—De acuerdo —atajó Trisha.

—No tardaré —añadió antes de desaparecer por el pasillo.

Christina hizo lo propio ante la atenta mirada de todos los demás, que permanecían callados observando la escena como si estuvieran en la oscuridad de un cine de barrio, y siguió a Nicholas. En cuanto él y la extraña mujer abandonaron la sala, los murmullos se volvieron un auténtico ajetreo. Nadie entendía nada de lo que estaba sucediendo.

En la habitación contigua —la cocina—, Nicholas apoyó las manos sobre la encimera y agachó la cabeza. Contó mentalmente hasta diez — mientras que su mente detenía inútilmente las manecillas del reloj que había colgado en la pared— y luego se irguió. Agarró un vaso de boca ancha y rebuscó en los muebles colgantes alguna botella de alcohol, le valía cualquiera. En el segundo estante encontró una de bourbon y vertió un poco de su contenido en el vaso para seguidamente darle un buen sorbo. Daba la espalda a Christina, que aguardaba de pie detrás de él, sin pronunciar palabra.

Nicholas se volvió hacia ella y la vio con los brazos cruzados, como si se abrazara para protegerse del frío.

Le ofreció un poco mostrándole el vaso con el brazo extendido.

—No, gracias —dijo, acompañando la respuesta con un movimiento ligero de la cabeza.

A decir verdad, Nicholas había imaginado miles de veces aquella situación —de hecho, incluso la había interpretado en voz

alta, trocando su voz en un hilillo agudo cuando le tocaba hablar a ella—. Pero ahora que el momento había llegado y Christina Summer estaba delante de él, se le antojaba la batalla más desagradable que había luchado en su vida; peor aún que la mismísima guerra europea.

En cualquier caso, allí estaba, frente a él, y había que afrontarlo, enfrentarse a sus fantasmas. La miró a la cara y conectó con sus ojos. Trató de que no le temblara la voz al hablar y lo consiguió solo a medias.

—Estás muy lejos de casa —dijo sin dejar de mirarla a los ojos. En el exterior, la lluvia arremetía contra las paredes de madera de la casa. El viento alcanzaba ya una violencia preocupante. A pocos metros de los cuerpos de Nicholas y Christina, los agentes de negro del FBI comenzaban a afianzar posiciones y a apuntar hacia ellos con sus fusiles de asalto, empapados de lluvia, ateridos de frío.

Christina carraspeó, visiblemente incómoda. Pequeña. Diminuta.

—Hace frío aquí. En la granja. En tus palabras.

La voz de la mujer se le clavaba en los huesos como astillas afiladas.

—¿Qué haces aquí, Christina? —preguntó el mago, masticando sentimientos.

—Hank ha muerto.

Nicholas dio precipitadamente otro sorbo del vaso y parte del líquido se le derramó manchándole las comisuras de la boca, chorreándole el bourbon por la barbilla. Se secó con la manga de la camisa. Tragó y luego se tomó su tiempo en contestar. Se exigió pensar que aquella sentencia no le provocaba ninguna sensación. Nada. Aunque el latido de su corazón se había acelerado violentamente.

—Mucha gente muere —dijo al fin, interpretando una indiferencia dañina—. Todo el mundo muere. Maldita sea, todo se muere algún día.

La propia Christina había muerto muchos años atrás, en aquel octubre de 1930, debajo de aquel funesto cesto de mimbre. Cierto era que habían vuelto a verse después, en 1952, tras el funeral de su padre, y habían terminado irremediablemente entre las sábanas, cerrando círculos y aplacando su almas desbocadas, pero de algún modo Nicholas se obligó a olvidar aquel encuentro, aquella tarde de amor y despedida. Como si nunca hubiese ocurrido, aunque siempre había estado ahí, en el trasfondo de su espíritu, entre las bambalinas de su mente, en el hueco oscuro de los recuerdos que no se pronuncian en voz alta.

Las nubes del cielo del estado de Alabama crujieron y siguieron

descargando una catarata de agua de lluvia. El sol no se distinguía en absoluto a través de la masa negra de cumulonimbos.

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar el mago. Christina vaciló, como si hiciese acopio de su fuerza y valor.

—Tengo un hijo.

—Muy enternecedor —se burló él—. Y seguramente lo habrás llamado Nicholas en mi honor…

—Se llama William.

—Como mi hermano… —de pronto pensó en él, en Billy el cercenado, y le faltó licor en la sangre—. ¿Cómo está mi hermano?

—Murió —no hubo tristeza en su voz.

Nicholas saboreó con amargura la respuesta. No la esperaba tan directa, ni en aquel sentido.

—¿Y mi madre?

—Nicholas… ya no te queda familia viva.

El mago digirió las palabras con una mezcla de dolor e indiferencia. De algún modo, se había vuelto inmune a los dramas y, por supuesto, rehusaba de pleno ejercer el derecho al pataleo. Lo único que le preocupada era conservar la cordura y el ánimo… y aguantar derecho el vaso de bourbon.

—Este circo es mi familia —dijo el mago en voz baja, sin demasiada convicción. Más que nada por rellenar un silencio que debería llenarse con lágrimas.

—William es hijo tuyo —soltó Christina, ignorando la última frase, y esperando la ira de su otrora mejor amigo y amante por un día.

Nicholas apretó la mirada, aun temiendo perderse en los ojos de ella, que eran de un color distinto según el estado de ánimo con el que la recordaba. Permaneció en silencio, como si el sonido del viento huracanado del exterior le dictara frases inconexas.

—Eso es imposible.

—Las fechas cuadran, Nicholas. El niño es tuyo.

—¿Cuánto ha pasado? ¿Tres, cinco años?

—Diez…

Nicholas reflexionó unos segundos.

—¿Ya han pasado diez años?

Era una pregunta para él, una pregunta de reproche.

Sentía verdadero pánico a lo que Christina pudiera decir a continuación: si le pedía dinero, el ínfimo halo de mitología que aún le quedaba de ella se derrumbaría como un castillo de naipes.

—William es hijo tuyo. Y te necesita.

—Necesita a su padre.

—Tú lo eres.

—Lo es Hank.

—Hank lo ha sido. Ahora lo eres tú.

—¿Qué pretendes, Christina? ¿Quieres imponerle a tu hijo de diez años un padre nuevo? ¿Acaso crees que lo aceptaría? ¿Acaso crees que lo aceptaría yo?

En ese momento, Nicholas reparó en el ligero crujido que emitían las tablas de las paredes de la cocina, curvándose hacia adentro empujadas por su mente de forma inconsciente. Como si su cerebro tratase de crear, sin su permiso, una barrera de madera entre él y el mundo que se derrumbaba a su alrededor. Trató de calmarse un poco, y los tableros volvieron a su lugar.

—Además —añadió—, mírame, Christina. ¿Acaso te parezco un padre? En su memoria, siempre se veía como el despojo humano que solía ver en los espejos.

—Él siempre supo que Hank no era su verdadero padre.

—¿Por qué fuiste tan cruel contándoselo?

—No se lo conté. Él lo sabía… de alguna manera.

—Esto no puede estar pasando…

—No es un niño normal —añadió ella, asustada—. Hace cosas.

—¡Todo el mundo hace cosas!

El viento exterior pareció intensificarse un poco más y las vigas de madera crujieron remarcando cada sílaba. A Nicholas le temblaron las piernas y las manos. Se le escurrió el vaso y cayó al suelo haciéndose añicos.

—El niño hace cosas —repitió ella, casi en un tartamudeo.

Christina dio unos pasos hacia Nicholas y este creyó oír el frufrú del mimbre —como el de un cesto— al arrastrarse. Cuando se hubo colocado frente a él, le susurró su nombre. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Nicholas sintió cómo el planeta rotaba bajo sus pies y tuvo que echar los brazos hacia atrás para agarrarse a la encimera de la cocina. Creía que iba a caerse al suelo de un momento a otro. Jamás había barajado una posibilidad semejante. Nunca había pensado que el destino le golpearía de aquella manera. Un hijo. Cuando menos lo esperaba, cuando su vida era una marejada de alcohol, sexo, circo clandestino y largas tardes de paja y heno, un niño de diez años le caía del cielo. Sin cigüeña de por medio. Sin avisar. Aquello parecía la broma más cruel y macabra que la vida podía gastarle. No quería a ese niño. No lo amaba. Ni pretendía hacerlo. A ella tampoco. Quizá en un pasado lo hizo. Y le gustó. Pero ahora las cosas habían cambiado y él era un monstruo sin sangre que apenas desprendía cariño para él mismo. Se detestaba y detestaba a todo el mundo. Solo le daba cabida

a la bebida y al circo y nada más.

Christina alzó una mano e intentó acariciarlo en la mejilla. Nicholas se apartó con brusquedad y se alejó unos pasos. De pronto, las masas informes que formaban las manos de su mente se transformaron de golpe en algo que jamás había sentido: eran garras sólidas de lobo, de lobo sanguinario y ávido de muerte. Cada dedo se afiló como la más tenaz de las espadas. De haber tocado a Christina en ese momento con su mente, lo sucedido al zorro en su última actuación londinense habría parecido una suave caricia.

—Nicholas, por favor…

Una súplica convertida en dieciséis letras.

Nicholas apartó la mirada y posó los ojos más allá de la ventana. De algún modo su atención había vuelto a centrarse en los agentes de allí fuera. Las palabras de Christina resonaban muy lejanas, esparcidas por una vertiginosa galaxia de colores. Colores oscuros y punzantes. El mago observó a las figuras negras moverse entre los obstáculos y los vehículos de asalto, y todo aquel trauma personal dejó de tener importancia. Lo que veía a través de la ventana era mucho más trascendente.

Algo que estaba por encima de todas las cosas. Algo que amenazaba a su circo.

—Vete —dijo por fin, como si la voz no fuera suya.

Peligrando el proyecto de toda su vida, todo lo demás era trivial.

—Nicholas…

—Las cosas se van a poner muy mal por aquí —la atajó—. Vete ahora que puedes, y sé feliz con tu hijo.

—Nuestro hijo…

—Si lo amas, mantenlo alejado de mí. De todo lo que huela a Campbell.

—Por favor…

Christina lo agarró del brazo y él se zafó. Ella sintió un ramalazo de dolor, pero volvió a agarrarlo con más fuerza.

De repente, desde la sala principal, se oyeron los gritos de una fuerte discusión. Nicholas salió a la carrera de la cocina y Christina fue en pos de él. Definitivamente las cosas volvían a quedar incompletas, como la sonrisa de un payaso que esconde detrás las miserias y llantos de un mundo entero.

Cuando Nicholas entró en la sala, Román y Andrei se daban voces y empujones en proporciones equilibradas. Trisha les exigía que parasen y los individuos que habían acudido en busca de trabajo sollozaban parapetados en sus asientos. Jimmy Floyd se había unido a ellos en algún momento de su breve ausencia. No había rastro de

Bento, Kisho o los demás. Encima de una gran mesa de madera descansaban un montón de fusiles y varias armas automáticas. También algunas pistolas.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Nicholas irritado. Christina estaba a su espalda.

Los dos hombres, el español y el ruso, detuvieron la trifulca de inmediato.

—¡Este cabrón no quiere despejar el cielo! —protestó Román. Nicholas no entendió al principio.

—Esto es cosa suya, Alabama —continuó el pistolero—. No nos viene nada bien esta oscuridad y esta lluvia. El FBI nos está sitiando…

El mago se volvió hacia Andrei, que permanecía impávido a las protestas del español.

—¿Este tiempo lo has provocado tú?

—Ya sabes que sí —respondió el ruso—. La naturaleza, por sí sola, no sabría hacer semejante maravilla.

—Ya.

—Es lo que dicta el plan —añadió como justificación.

—¡¿Pero de qué cojones habla este cabrón, Alabama?! —exclamó Román—. ¿De qué puto plan está hablando?

Nicholas le puso una mano en el hombro para calmar a Román y se dirigió de nuevo a Andrei.

—Llevas muchos días atrayendo este temporal…

—No tenía otra alternativa. Toda línea espacial y temporal de nuestra existencia converge en este punto y en este instante precisos. Así como en el espacio en blanco entre los renglones del Gran Libro —dijo encogiéndose de hombros, como si todo fuera evidente, aunque no lo era en absoluto—. Es el plan.

Nicholas suspiró. Cuando el ruso entraba en sus diatribas ancestrales, en sus respuestas vagas e inhóspitas, no había quien le sacara nada en claro. Parecía un odioso sacerdote hablando de dioses y diablos antiguos, de parábolas ininteligibles y enseñanzas bíblicas de carretera. De todas formas, tampoco le importaba. En algún punto recóndito de su corazón sabía que la historia estaba a punto de llegar a su fin.

Entonces, Nicholas se giró y miró a Christina. Posó sus ojos en los de ella y supo que lo que de verdad quería hacer era llorar. Y abrazarla para siempre.

De pronto, una voz metálica y estruendosa invadió la sala y sepultó todos los sonidos.

—*¡Les habla el FBI! ¡Atención al FBI!*

—¡Maldita sea! —protestó Román.

—*¡Salgan con las manos en alto y dejen salir a los rehenes!*

—Pero ¿qué rehenes? —espetó Trisha atónita.

—¡La madre que me parió! —soltó Román como si estuviera en su patria España. Estaba enloquecido, y cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro. De forma inconsciente se llevaba la mano a la cadera, buscando la pistola que como siempre debería estar ahí, y no en la mesa central donde la había dejado junto a las demás armas. El muslo le picaba como un miembro fantasma.

—Calmaos —dijo Nicholas, aunque sabía que eso era lo último que podían hacer.

El mago se acercó a la ventana, corrió un centímetro la cortina y vio a un agente federal con un megáfono en la mano. Lo flanqueaban más de cien figuras armadas hasta los dientes. El cielo lanzaba lluvia de las nubes como si la detestara. El viento soplaba como nunca antes lo había visto soplar.

El rostro de Nicholas tenía un gesto adusto, como de recelo, o incluso de miedo. A través de la ventana había algo que sin duda había visto y no quería volver a ver. Conocía al hombre del megáfono, aunque en ese momento no lo ubicó en ningún pasaje de su vida. Quizá fuera uno de los asistentes en una de sus muchas funciones, pero algo le decía que no se trataba de eso. Quizá no fuese nadie, la verdad era que la lluvia impedía una vista clara del exterior.

Nicholas se preguntó si con su poder podría acabar con todos los intrusos de un solo golpe, barrer al FBI y salvar a todos los miembros de la granja. Estaban armados hasta los dientes, de modo que lo más probable es que alguien saliese herido. Demasiados, para el caso. A la vez, se preguntó si podría solucionar las cosas de otra manera, y que las cosas no se salieran de madre. Reconducir la situación, evitar el desastre.

Aunque quizá el destino era eso: un desastre. Desastre y fatalidad.

—*¡FBI! ¡Repito, FBI! ¡Dejen salir a los rehenes o nos veremos obligados a intervenir!*

En la casa principal de la granja, el mago regresó atrás en el tiempo y se imaginó a sí mismo cuando solo era un niño. Un niño que había sido real, pero en el que ya nunca pensaba.

Nicholas se volvió hacia la gente de los asientos. Los observó uno a uno y se fijó de nuevo en la rubia adolescente con el peto vaquero. Era muy bonita. Contempló a los demás y comprendió lo que decía la estrepitosa voz del exterior. Ahí estaban sus rehenes. Nicholas sonrió para sí mismo, asimilando su error. Su grave e imperdonable error. Se volvió hacia Román y el resto de sus fenómenos y habló con voz queda:

—Coged las armas —dijo con decisión—. Defendamos nuestra granja, defendamos nuestro circo.

Por un momento, lo tuvo todo claro.

4

Rachel Wilson era la chica de quince años que estaba sentada en uno de los asientos de la sala principal de la granja de Nicholas Campbell. Rachel Wilson era la chica rubia, pecosa, con un peto vaquero y dos trenzas a cada lado de la cabeza. Inocente, fértil… definitivamente imbécil y manejable. Rachel Wilson era la chica que se había fugado de casa en busca de un mundo nuevo lleno de aventuras, amores platónicos y una hilera de jóvenes duros y guapos. Rachel Wilson era la hija del juez Michael Wilson, presidente de honor del Tribunal de Cuentas del estado de Alabama, vecino de la capital de Birmingham. La chica era el tesoro más preciado del juez —sobre todo después del fallecimiento de su esposa Mandy—, y cuando este se percató de que su hija Rachel no había pasado la noche en casa, al encontrar la cama sin deshacer al entrar en su habitación por la mañana para despertarla, decidió que haría cualquier cosa que estuviera en su mano para traerla de vuelta. Rebuscó cajones, estanterías, armarios y mochilas. Encontró el diario de Rachel, partió de un golpe el candado de aluminio con el que se cerraban las tapas, y durante un rato estuvo hojeando sus páginas mientras leía los pensamientos más íntimos de su hija. En las últimas páginas encontró la respuesta: Rachel había decidido marcharse y probar suerte en la granja de Nicholas Campbell, el mago regresado de Europa del que se rumoreaban asuntos turbios y delictivos en aquella suerte de comunidad religiosa donde criaban ganado, cultivaban maíz y realizaban sesiones oscuras de magia negra.

El juez Wilson había oído hablar remotamente de Nicholas Campbell y su gente, aunque creía recordar que no había encontrado el modo de meterles mano y echarlos de aquel paraje apartado del estado. Durante un tiempo, las autoridades les habían dejado tranquilos, siempre y cuando ellos siguieran dejándolos tranquilos a ellos. Pero, al parecer, el tal Campbell había cometido el gravísimo error de atraer a sus dominios a su amada y pequeña hija Rachel, y con eso no se jugaba. Con su niñita nadie podía meterse. Nadie iba a inmiscuirse en su familia, ni mucho menos iba a separarlos. Quien osara intentar algo parecido, recibiría la furia que le otorgaba todo su

poder. Por ello Nicholas Campbell sería castigado con mano dura, de forma severa.

Costara lo que costase.

El juez Wilson cogió el teléfono e hizo las llamadas adecuadas hasta lograr ponerse en contacto con el encargado del caso Campbell: el agente Walker, del FBI. Eso eran palabras mayores, dedujo el juez sin sorprenderse. Si la agencia federal estaba a cargo de aquel asunto, debía de haber muchos cabos sueltos que él desconocía. Quizá la granja de Campbell y su estatus de comunidad religiosa escondían algo más turbulento detrás, de eso no cabía duda alguna.

Aunque al principio de la conversación el juez Wilson habló con un tono iracundo y con sentencias que cuando menos exigían una actuación completa e inmediata, se tranquilizó un poco al constatar la buena predisposición del agente Walker, quien parecía dispuesto a desplegar todas las fuerzas policiales del estado en pos de encontrar a la pequeña Rachel. A medida que Walker iba comentándole todos los trapos sucios de Nicholas Campbell —incluida su tendencia a acostarse con las jovencitas o la obsesión de su colega Román de acopiar armas de alto calibre—, fue poniéndose mucho más nervioso, llegando a la decisión más terrible a la que podía llegar un hombre de su posición: «firmaré lo que haga falta».

Al final, el juez Wilson instó a que se llevara a cabo un asalto inmediato a la granja, reprochando que no se hubiese actuado muchísimo antes si existían pruebas de que aquella comunidad era un deleznable grupo de delincuentes y maleantes. Tras haber oído todo lo que Walker tenía que decir, el juez prácticamente le otorgó patente de corso al agente federal, conminándole a que hiciera cualquier cosa que tuviera que hacer. Sería recompensado con un ascenso, como solía suceder en esos casos. No obstante, a Walker le interesaba mucho más acabar con su antaño teniente Campbell, quien había dañado hasta cotas insospechadas el honor de un soldado que un día quiso ser alguien importante en el mundo militar. Aquella fijación con Nicholas podría parecer absolutamente ridícula y absurda, pero, en ocasiones, el mundo se regía por lo absurdo y lo ridículo. Siempre terminaba justificando su obsesión con términos como «justicia», «deber como agente» y «lacra de la comunidad», esquivando la palabra que llevaba moviendo su vida desde que había tenido que abandonar el ejército: «venganza».

Entonces, algo impaciente y con el torrente sanguíneo repleto de adrenalina, el agente Walker prometió al juez que la pequeña Rachel estaría de vuelta en casa para la hora de la cena, y después de colgar el teléfono puso en marcha toda la maquinaria burocrática y federal

para que más de un centenar de agentes se pusiera bajo sus órdenes en menos de una hora.

Al poco, los más de cien agentes federales armados con chalecos antibalas y fusiles de asalto rodeaban el perímetro de la granja bajo las instrucciones de Walker. Los vehículos policiales se detuvieron en la entrada principal, con algunos de ellos en puntos indispensables del terreno para evitar una fuga por la puerta de atrás; no podían irrumpir en la granja y descubrir que todos habían huido entre los árboles del bosque circundante, eso los haría quedar como genuinos inútiles a los ojos de los superiores del gobierno. Y tenía perfectamente claro que haría Cualquier Cosa — con mayúsculas—, antes de sufrir otra humillación a manos de Nicholas Campbell.

Los agentes se adentraron en la propiedad y se apostaron estratégicamente detrás de las vallas de madera de los rediles, tras los fardos de heno que había aquí y allá y detrás de las varias camionetas aparcadas frente a las construcciones de la granja. Los barracones donde dormía la mayor parte de los empleados quedaron sitiados en menos de seis minutos, y la casa principal, donde en ese instante Nicholas pedía a sus compañeros que cogieran armas para defenderse de la invasión enemiga, era el único resquicio de resistencia aparente.

—¡FBI! ¡Repito, FBI! ¡Dejen salir a los rehenes o nos veremos obligados a intervenir!

La voz procedente del megáfono asustó a Nicholas, quien pensaba que para entonces su propiedad era un fortín inexpugnable. Todo le estaba sobrepasando. El FBI, la llegada de Christina, la noticia de que tenía un hijo…

Y luego estaba esa terrible tormenta. Las nubes parecían librar su propia guerra sobre sus cabezas, dejando caer una cantidad de lluvia inverosímil, como si estuviesen a punto de vivir un segundo diluvio universal. Las ventanas temblaban con el ramalazo violento de las ráfagas de agua. El viento chillaba como el cuerno de un guerrero medieval.

Y por fin, de nuevo, la voz estruendosa volvió a hablar:

—¡Dejen salir a los rehenes! ¡Nicholas Campbell, entréguese a las autoridades! ¡Salgan de la casa con las manos en alto!

5

Trisha tenía los ojos desencajados. La tensión se palpaba en el

aire.

—¿Qué vamos a hacer, Nicholas? —preguntó.

—Dejaremos que esta gente se marche.

—¡Van a asaltar la casa, Nicholas! —intervino Román.

—Es lo más probable.

—¡Tenemos que responder!

—Y lo haremos. Pero antes tenemos que esperar. Dejaremos que esta gente se vaya. Tendrán que tomarlo como un gesto de buena voluntad. Luego veremos qué ocurre.

Román estaba muy nervioso. Trisha parecía estar a punto de sufrir un ataque de pánico. Jimmy Floyd había comenzado a pedir a los individuos de los asientos que se fueran poniendo de pie y se dirigieran a la puerta. Andrei estaba en un rincón, como si fuera uno de los confines más seguros de la Tierra.

Nicholas se dirigió a aquella gente, que se cubría las cabezas con las manos y sofocaba sollozos con las mangas de sus camisas.

—Salid con calma… todo irá bien. Nadie saldrá herido.

Jimmy Floyd, fusil en mano, los acompañó hasta la entrada a través del pasillo que recorría el exterior de la habitación, abrió la puerta principal y dejó que uno a uno, en fila india, fueran saliendo al exterior. A medida que se iban introduciendo en el aguacero, sus ropas quedaban empapadas de inmediato. Una joven de cabello castaño cayó al suelo debido al empellón del viento. Se levantó rápidamente y volvió al grupo. Los agentes más cercanos salieron a su encuentro y escoltaron a los rehenes liberados. Jimmy, durante un segundo, estuvo tentado a unirse a los rehenes y entregarse en ese momento con las manos aún limpias, pero algo en su interior —una suerte de lealtad obscena hacia el circo— se lo impidió. Entonces, cerró la puerta de la casa y volvió a la cálida seguridad interior.

En la sala, el silencio dominaba cada rincón.

Cuando Jimmy se acercó a ellos, Trisha le preguntó por Kisho y Bento:

—No los he visto desde la puerta. Llueve a cántaros, apenas se ve una mierda a más de cinco metros. Quizá estén en los barracones, o con Mike y Richard en la zona de las cuadras.

—Maldita sea —intervino Nicholas y se giró para encontrarse de frente con Christina.

La mujer y madre de su único hijo —por lo que sabía, aunque probablemente tuviera alguno que otro en alguna ciudad europea— estaba allí parada, de pie delante de él. Con los ojos manchados de negro por el rímel corrido por las lágrimas.

—¿Qué haces aquí todavía? ¡Márchate!

—No me iré de aquí sin ti.

—¡Joder, Christina! ¡Esto no es un juego! ¡El FBI va a entrar aquí de un momento a otro! ¡Probablemente no sea de forma amistosa!

Trisha abrió los ojos un poco más, a poco de escaparse de las cuencas.

—¿Por qué están aquí, Nicholas? —preguntó Christina—. ¿Qué has hecho?

El mago vaciló.

—¿Qué sé yo? —dijo con sinceridad—. Existir, supongo.

—¿Qué has hecho? —repitió ella.

—¡Márchate!

—¡No!

—¡Llévatela, Trisha!

La hechicera dio un paso hacia Christina e intentó agarrarla del brazo, pero esta se zafó y se volvió a enfrentar a Nicholas.

—Nicholas… te lo ruego…

—¡Márchate! —gritó. Se dio la vuelta, se acercó a la mesa donde yacían todas las armas y eligió una pistola de cañón largo.

Christina parecía atónita.

—Nicholas… tú no eres así.

Nicholas la miró con los ojos viciados por el alcohol.

—Tú no me conoces.

A un par de metros de ellos, Román abrió un poco la ventana y asomó el cañón de su rifle por la rendija. Jimmy Floyd se colocó en el otro extremo e imitó el gesto. Ráfagas de lluvia arremetían con fuerza contra la fachada y los cristales.

La voz del megáfono tronó de nuevo:

—¡Román Cruz y Nicholas Campbell! ¡Salgan con las manos en alto! ¡Se les acusa de varios delitos federales! ¡No opongan resistencia!

Román soltó una risotada.

—¡Mira, Alabama, me han mencionado antes que a ti! ¡Por fin soy más famoso que tú!

En sus palabras había una mezcla indefinida de temor y resignación. También de animosidad, como si hubiese estado esperando ese momento durante mucho tiempo.

Christina se llevó las manos a la boca y reprimió un grito.

—¿Qué has hecho, Nicholas? ¿Qué hacéis en esta granja?

Nicholas sintió que su cuerpo se henchía de cólera y le vociferó que se callara:

—¡Esta granja es mi vida! —gritó—. ¡Y lo único que hago es vivirla a mi manera! ¡Lo mejor que puedo!

Christina dio un paso hacia atrás, asustada, como si pensara que

Nicholas fuese a saltar sobre ella y mordisquearla como un lobo famélico y rabioso en un arrebato de hambre incontenible.

Trisha se asomó a la ventana y abrió un poco las cortinas. Los agentes del FBI se desplegaban alrededor de la casa y tomaban posiciones cada vez más cercanas. Más allá, junto a una berlina negra con los cristales tintados, habían obligado a Bento a apoyarse sobre el capó. Estaban esposándole las muñecas a la espalda. El agente parecía desconcertado ante la posibilidad de utilizar un juego de esposas o dos, dado el número de brazos del italiano. A su lado, un par de agentes apuntaba con sus armas a Kisho y le instaban a que soltara su espada samurái. Este así lo hizo, sumiso y sabio, consciente de que su tiempo de luchar había finalizado y que había que aceptar aquel destino.

El hombre del megáfono seguía su perorata de rendición. Estaban atrapados. No había escapatoria. Tenían pocas opciones. Entregarse o morir.

De pronto, un agente de negro, ataviado con un fusil y un casco oscuro, con las enormes siglas blancas del FBI en la espalda, adelantó su posición y salió como un resorte hacia la casa. Román lo distinguió con el rabillo del ojo, giró violentamente sobre sus talones y enfiló el cañón de su rifle hacia el individuo. Contradiciendo a las leyes de la lógica, Román pensó que el agente se había derrumbado mucho antes de que el sonido del disparo le llegara a sus oídos. El hombre cayó fulminado de frente como un saco de tuercas de hierro.

—¡No! —gritó Nicholas.

Pero ya no había nada que pudiera hacerse. El instinto del español estaba por encima de lógicas.

Sabedor de ello, el mago se volvió hacia Christina y saltó sobre ella, protegiéndola. Una milésima de segundo antes de contactar con su cuerpo, el tronido del tiroteo de los agentes del FBI le sacudió el cerebro. No oyó los gritos de su querida y amada Christina al perder pie por los impactos de bala y salir despedida hacia atrás contra la pared del fondo.

En el exterior, aquel único disparo de Román Dakota Cruz fue el resorte que hizo apretar los gatillos de todas las armas. Una ráfaga de un billón de balas impactó en la fachada de la casa y un billón de astillas de madera, más un billón de esquirlas de cristal y otro billón de sueños despedazados se expandieron por todas partes como la explosión de una bomba nuclear. El ruido restalló como el batir de todos los tambores del mundo. Fuera, los gritos desaforados de «alto el fuego» del agente Walker quedaron amortiguados por el sonido de las balas y la lluvia desgarradora.

Durante casi medio minuto, la casa principal de la granja de Nicholas Campbell fue atravesada por el plomo. Una marea de balas que despedazó la fachada hecha de listones anchos de madera.

Y entonces, de pronto, llegó el silencio. Un silencio encadenado a medida que los agentes del FBI iban dejando de disparar desde sus posiciones privilegiadas. De los agujeros de los disparos se desprendían hilillos finos de humo. Olía a pólvora y a muerte gratuita. Innecesaria. Durante un instante Nicholas pensó que se había quedado sordo, que alguna bala había destruido su pabellón auditivo y que el tiroteo seguía su curso por encima de su cabeza, pero finalmente se esforzó en abrir los ojos y vio que todo estaba en calma, como la calma que precedía a una terrorífica tormenta. A lo lejos recibió el sonido de la lluvia y el viento que volvían a recuperar el protagonismo.

Enseguida, Nicholas hizo un chequeo de su propio cuerpo, pensó en qué zona del cuerpo le dolía y dedujo que había resultado ileso, no sentía nada en ninguna parte. Pura magia, alquimia a raudales. Intentó incorporarse y se dio cuenta de que estaba equivocado, le habían disparado en ambas piernas. Era curioso cómo la adrenalina no le había permitido percatarse antes del impacto de las balas. Pero ahora, en ese instante en los que sus músculos contactaban con su cerebro de forma clara, el dolor que sintió al erguirse le pareció el dolor más afilado que existía, obligándolo a quedarse sentado.

Miró a su alrededor y distinguió miles de trocitos de cristales, pedazos de madera, jirones de tela, muebles destrozados y gotas de sangre. Junto a la ventana, Román estaba caído de rodillas, con la cabeza hacia delante apoyada contra la pared, el rifle aún en la mano: acribillado por todo el cuerpo y borboteando sangre por una docena de orificios de bala. Los agentes de fuera nunca serían conscientes de la suerte que habían tenido de abatir al español antes de que utilizara su arma, ya que, de haber sido así, seguramente habría tantas bajas mortales como balas alojadas en el cargador de su rifle.

A su lado yacía Trisha, tirada en el suelo boca arriba, con un ojo abierto y el resto de la cara tiroteada. El charco de sangre formado bajo su cuerpo dejaba claro que también estaba muerta.

Más allá, Jimmy Floyd estaba hecho un ovillo detrás de un mueble casi destrozado. Tenía la camisa a jirones y debían de haberle alcanzado en alguna parte del cuerpo porque había salpicaduras de sangre en sus brazos y en su rostro. Por los jadeos y sollozos que soltaba, podía deducirse que sobreviviría.

Andrei, cómo no, estaba sentado en un rincón, abrazándose las rodillas y meciéndose hacia delante y atrás, murmurando algo

ininteligible sobre su plan. Parecía ileso, también.

Al final, Nicholas se giró y buscó a tientas a Christina. Cuando distinguió el cadáver de la mujer a unos dos metros de distancia, doblado como una alcayata contra la pared, y el pecho agujereado como una red de pesca, sintió que el mundo volvía a frenarse bajo su cuerpo. Se arrastró con la ayuda de los codos hasta ella y soltó un gemido lastimoso, una mezcla de llanto y grito de rabia unida al dolor de sus heridas. Al llegar hasta ella, le agarró la cabeza y la miró a los ojos, abiertos todavía, un par de pizcas de miel en dos grandes mares de color blanco. El pelo se le había pegado a la frente, manchada de la sangre que manaba de una herida en la parte superior de la cabeza.

Nicholas la besó en los labios, la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza. Le pidió perdón. Pronunció su nombre repetidas veces y volvió a pedirle disculpas. Era su culpa. Todo era culpa de Nicholas Campbell. Sintió que las lágrimas le fundían las mejillas. Sintió que su corazón empezaba una ralentización hasta terminar parándose. Volvió a besar a Christina y entonces oyó el sonido de las pisadas.

Eran los agentes del FBI, que a la carrera se dirigían hacia la casa en busca de los que hubiesen quedado con vida. Iban a entrar en su propiedad. Iban a arrebatarle lo poco que le quedaba ya.

Sintió ira. Sintió desesperación. Sintió la nada. El vacío abismal. Proyectó media docena de manos invisibles y apretó con ellas a muchos agentes, al enemigo oscuro; les hizo añico los huesos, sin necesidad de verlos, tan solo con el pensamiento, los fue convirtiendo en sacos de carne sin vida. Pensó en desmembrarlos, arrancarles la cabeza, lanzarlos por los aires... pero en el fondo de su corazón sabía que la historia —la historia de otoño de su vida— había llegado a su final.

Se volvió hacia Andrei y no le sorprendió que este estuviese mirándolo con una sonrisa.

En la puerta principal, un agente echaba la puerta abajo y entraba un pelotón de hombres uniformados. Nicholas los quebró como a una rama.

—Andrei... —dijo sin mirarlo.

—Lo sé, jefe.

—¡Arrasa con todo!

6

El grito de Nicholas fue sepultado por un trueno majestuoso. Y

luego llegó la nada.

El suspiro estridente del viento cesó de pronto y el silencio los embargó. Alrededor, podían oírse los gritos de los agentes del FBI moviéndose entre las construcciones y los vehículos oficiales. La lluvia remitió durante un instante y entonces el cielo crujió con un estruendoso sonido de succión, como el de la marea retrayéndose en la orilla de la playa, arrastrando infinitas rocas hacia el interior del océano. Y de pronto volvió el salvaje soplido del viento. Un aullido de terror. Un bramido inhumano que degeneró en un silbido malvado en el que casi podía distinguirse palabras. El cielo mudó su color gris por el de un negruzco azul marino. La lluvia volvió a caer con fuerza.

Entonces, de la masa oscura de cumulonimbos se desprendió el vórtice de un tornado que en pocos segundos hizo contacto con el suelo, rotando sobre sí mismo de forma violenta y haciendo el ruido de varios rotores espaciales. La intensidad, potencia y anchura del fenómeno atmosférico traído a la tierra por el ruso Andrei Diranov se multiplicó en cuestión de milésimas y su extremo más angosto arrasó con los dos barracones donde dormían los empleados de la granja, convirtiéndolos en una explosión de astillas, listones y amasijos de materiales diversos, proporcionándole al tornado una nube de desechos y polvo de inmediato.

Si hubiesen podido medirlo, se habrían sorprendido al descubrir que la velocidad de aquella columna de aire era de doscientos setenta kilómetros por hora, con una distancia de unos sesenta y cinco metros de anchura.

Los troncos salieron despedidos, los árboles bloquearon los caminos. Los listones de las vallas del perímetro de la propiedad se volatilizaron y los vehículos de los agentes federales empezaron a volcarse como si fueran cromos de papel con los que jugaban los niños. El agente Walker soltó el megáfono y tiró la pistola a un lado, luego echó a correr junto a varios hombres de su escuadrón. Gritaban de pánico, pero sus voces quedaban mitigadas por el ruido del tornado, que avanzaba inexorablemente de un lado a otro llevándose por delante todo lo que tenía a su paso. La mayor parte de los agentes y empleados de la granja fueron succionados por aquella demoledora torre gris, y otros muchos hombres y mujeres salieron disparados en todas direcciones, rompiéndose piernas y brazos, quebrándose cráneos y partiéndose espinazos.

Las máquinas desbrozadoras y los cortacéspedes rodaban y se volcaban entre los restos y amasijos de metal y trozos de madera. De forma irónica, el refugio antitornados del que disponía la granja tenía las puertas abiertas, como si esperara a que alguien entrara en él. Los

caballos y demás piezas de ganado salieron huyendo a la carrera, desbocados, hacia todas partes.

Los cables eléctricos quedaron colgando y chispeaban peligrosamente; los postes de los rediles fueron arrancados de raíz; y el agua salía desparramada por tuberías fracturadas. El granero y la fachada de las cuadras resultaban destruidos centímetro a centímetro. El techo de la casa principal desapareció por completo antes de que el embudo de nubes llegara hasta allí.

El huerto y la extensión de terreno donde cultivaban maíz y otras hortalizas ya no existían. Las ramas y troncos de los árboles bailaban en el aire en una danza caótica.

Finalmente, el tornado azotó la casa principal y su paso destructor la hizo pedazos.

Andrei Diranov recibió a su creación con un regusto amargo de satisfacción. Esbozó una sonrisa y se dejó llevar. Su plan había llegado a su cenit. Todo cobraba sentido. Todo tenía razón de ser.

Nicholas Campbell sintió que una fuerza sobrehumana tiraba de él hacia el cielo y aferró las manos de la inerte Christina todo el tiempo que pudo. Sin embargo, segundos más tarde, la succión lo sobrepasó y tuvo que soltarla, aunque aún fue capaz de verla elevarse en el aire y perderse en el interior de la masa gris. El sonido era ensordecedor. El dolor era insoportable. Al menos a ella no le dolería. Ya le había hecho suficiente daño en el pasado. Quizá el interior de un cesto de mimbre se pareciera a aquello.

Un montón de desechos y pedazos de astillas enormes le golpearon en la cara y en los costados. Las piernas parecían ramas de goma.

Nicholas supo en ese momento que moriría. Entornó los ojos y aceptó que su granja —su circo— estaba a punto de cerrar sus puertas. De nada le serviría su magia ahora. De nada le serviría su baraja de naipes.

Volando por los aires, sin saber a cuántos metros de altura estaba y adónde terminaría precipitándose su cadáver, cerró los ojos y dejó que la oscuridad lo atrapara con sus garras de negrura. El último golpe de magia lo recibió con el conocimiento ya perdido.

7

No sentía nada.

Su mente era una nebulosa turbulenta.

Ya no llovía, o al menos no percibía las gotas de lluvia sobre su

cuerpo. No soplaba el viento.

Intentó abrir los ojos pero era un movimiento demasiado pesado. El esfuerzo le superaba. Volvió a intentarlo de nuevo. Pudo abrir el ojo bueno; el otro permanecía cerrado por iniciativa propia. Notaba la boca empantanada. Sangre. Tenía la nariz aplastada.

Tragó saliva para saciar la sed que le abrasaba la garganta.

Estaba tirado sobre algo duro hecho de trozos puntiagudos que le molestaban en la espalda, como si tuviera el espinazo partido en mil sitios distintos, y creía que las piernas las tenía dobladas en un ángulo cuando menos incómodo y, sobre todo, doloroso.

Notó una suerte de candor en la piel que atribuyó a los primeros rayos de sol que se colaban por entre las nubes negras.

Los pensamientos le iban y venían.

No sabía dónde estaba. Ni qué hora era.

Los recuerdos le llegaban como una marea que subía y bajaba. Christina.

Trisha.

Whisky.

Bento. Kisho. Andrei. Richard. Mike. Todos los demás. Román Cruz. Su fiel amigo Dakota.

Su madre. Sus hermanos. William. Dominic. Su padre.

El abuelo Campbell. Su tío David.

Su hijo. Ese hijo inesperado.

Oyó voces de personas que ya no existían. Saltaba de un mundo a otro. Gimió. Tragó saliva y volvió a gemir.

Oyó unas pisadas. Intentó girar la cabeza pero no pudo. Alguien se acuclilló a su lado.

Oyó una voz a su lado. No imaginada. Creyó reconocerla.

¿Jimmy Floyd?

—Jefe…

Nicholas suspiró. Dio una profunda y nueva bocanada de aire y exhaló.

—Jimmy…

Sintió que la vida se le escapaba por la boca. Y por varios orificios y heridas del cuerpo.

Antes de que diese su último estertor, el hombre conocido como Jimmy Floyd, que una vez quiso estar subido en un avión para irse de su ciudad hacia un destino que desconocía, le puso una mano en la frente y otra en el pecho, sobre el corazón.

Notó la presión y notó que moría.

La oscuridad lo volvió a alcanzar. Se bajó el telón, no hubo aplausos. Como debía ser.

Epílogo
1964.
Deja descansar a los sueños

El hombre estaba sentado en la mecedora grande del porche trasero de su cabaña. Fumaba un cigarrillo mientras oía de fondo el murmullo de la radio, la cual desde hacía varias semanas solo emitía música country.

La escalinata hecha de gruesos tablones de madera conectaba con un camino de agujas de pino, que serpenteaba hasta llegar a un enorme lago de agua dulce que se extendía a lo largo de unos cuantos centenares de metros. El agua lucía gris como el filo de una espada. En el lado más alejado, una empalizada de roca caliza se elevaba al cielo desde donde caía una cascada abundante y helada. El rugido del líquido al chocar con la superficie del lago sometía al resto de sonidos del bosque, aunque de tanto en cuanto se podía oír el estruendo de las explosiones. Al otro lado de la cabaña, más allá de las copas frondosas de los árboles, el humo de un incendio amenazaba los cielos disfrazado de columnas negras y densas.

El hombre no temió por las llamas, con un poco de suerte el viento no cambiaría de dirección en los próximos días. Y si lo hacía, recibirían la muerte con un cálido abrazo. Resignado, dio una calada profunda a su cigarrillo y elevó la mirada hasta el agua cristalina del lago. Como respuesta, la silueta de una trucha plateada dio un brinco acrobático a varios metros de la empalizada.

Al poco rato, su hijo salió al porche. Tenía el cabello desmadejado y los ojos enrojecidos, como alguien que se ha despertado de una siesta pero que no la ha disfrutado lo suficiente. Aún llevaba el pijama con un oso sonriente en la pechera.

El niño dio unos pasos y se apoyó en la barandilla de madera. Miró al cielo, miró al bosque y luego a la cascada. Sin mirar a su padre, habló con voz ronca:

—He tenido una pesadilla.

—Si quieres, puedes contármela —repuso su padre—. Así no se hará realidad… Y nadie podrá asomarse dentro —añadió tras una pausa.

—Era una tontería.

—¿Estás seguro?

El niño vaciló unos segundos y se encogió de hombros.

—No era nada —y como si con él no fuera la cosa, cambió rápidamente de tema—: ¿Podremos salir a pescar más tarde?

—Claro. Jimmy Floyd está ahí abajo. Aunque si lo prefieres podemos ir a cazar.

—No. Hoy quiero comer pescado.

—Está bien.

De nuevo, de esa forma sutil que solo los niños manejan a la perfección, el jovencito dirigió la conversación a otra parte:

—¿Mamá está cuidando de nosotros?

El hombre tardó en responder, obligándose a contener las lágrimas que asomaban en sus ojos.

—En algún sitio, William. Quizá en esa cascada. Vigilándonos y cuidándonos. Siempre está ahí, aunque no la veamos.

El niño miró el agua que caía con violencia al lago, preguntándose para sus adentros si conseguiría detener el flujo. Quizá detrás la encontrara a ella. O quizá, sencillamente, pudiera convencer a las gotas de río para que se unieran formando una nueva madre.

Jimmy Floyd estaba sentado a lo lejos, con la caña de pescar bien asegurada en las manos. Un avión surcó el cielo a veinte mil pies de altura dejando una estela plateada a su paso. Hacía días que no veían ninguno, y no pudo evitar evocar el fotograma de una vida anterior en la que le gustaba acercarse al extremo oeste de la pista de aterrizaje de un aeropuerto —que ya apenas recordaba— y observar cómo despegaban las aeronaves hacia un destino desconocido. Pasado el tiempo, tanto tiempo, ya no deseaba estar sentado en uno de sus asientos. Ni marcharse de aquel claro del bosque donde se habían escondido.

Jimmy miró el agua, y sintió que podían seguir considerándose seres humanos. Porque el resto del mundo, por alguna razón, había perdido la chaveta. Y allí estaba a gusto, con el pequeño William y el jefe Campbell, al que durante un tiempo llamaron Alabama, y le gustaba oír cómo el hombre le hablaba a su hijo y le explicaba la vida que habían llevado. Cómo le hablaba del circo y de guerras en Europa. De faquires imposibles y gondoleros cazadores de cocodrilos.

Cuando su padre acababa de explicarle todas aquellas cosas, el niño ponía los ojos en blanco y sacudía la cabeza creyéndolo todo a medias, y deseando que fuera cierto. Ambos terminaban echándose a reír y el hombre le decía que lo único que tenía que recordar era que su madre estaba en aquella cascada, en el agua que todo lo puede. Y que desde esa balsa de agua, ella velaba por ellos y lo haría para siempre. Si no podía darle una madre, al menos crearía la ilusión tras la cortina.

Espectáculo, como solo él sabía hacerlo.

Y el niño lo creía, porque para eso era niño. Porque para eso era público.

La verdad era que el muchachito echaba mucho de menos a su madre, por supuesto, aunque con el tiempo lo superaría; con los niños siempre pasa de esa manera.

William se acercó a su padre y se sentó a su lado. Se cruzaron sus ojos y el hombre le mantuvo la mirada durante un instante. Tenía la misma expresión en los ojos que Christina, fallecida hacía casi un año por culpa de demasiadas balas perdidas. Sintió un ramalazo de añoranza. Hacía tiempo que no sentía rabia, ni el deseo absoluto de un vaso repleto de whisky. La necesidad de circo —de sus ojos de circo— también había desaparecido, del mismo modo que no había vuelto a usar su magia. Ya no la necesitaba, aunque la extrañaba tenuemente durante algunas noches tristes de lluvia.

El hombre levantó la mano y sacudió el pelo del niño, que sonrió de hito en hito dejando entrever los hoyuelos heredados de su madre.

—¿Es esto el fin del mundo? —preguntó el niño con solemnidad, preocupado por algo que había leído en un libro de cómic.

—No —respondió su padre esbozando un suave mohín—. Aunque es el final de una larga historia.

Luego se levantaron, entraron en la casa y recogieron los bártulos de pesca. Minutos más tarde, ambos se dirigieron a la orilla del lago. Allí, Jimmy Floyd los recibió con una sonrisa sincera y una cesta llena de truchas plateadas. Padre e hijo se sentaron al lado del hombre y se dispusieron a esperar.

El niño lanzó el anzuelo y la boya dibujó en el aire una trayectoria imposible.

Aquella noche, como muchas que habían pasado y otras que estaban por llegar, comieron un pescado extremadamente sabroso.

Agradecimientos

Los autores queremos mostrar nuestro más sincero agradecimiento a María Dorrego, Emilio Arbués «Alcorze», Reme Esteban y Yoli Martos, que fueron unos magníficos lectores cero a la hora de aportar ideas, detectar gazapos y corregir algunos pasajes.

También a nuestro editor Marc Gras y a todo el equipo de Tyrannosaurus Books, por apostar por la novela y darnos la oportunidad.

Gracias a ti también, lector, por elegir este libro de entre todos los que había para escoger.